





ANT

XIX

1

ELENA
DÉ ORLEANS.

R.43.530

14 cm51



ELENA

DE ORLEANS,

NOVELA HISTÓRICA,

POR M. ALEJANDRO DUMAS.



TOMO I.

SEVILLA.—1849.

Imprenta de Gomez, Editor, calle de
la Muela número 32.



REVISTA

DE ECONOMIA

ANUAL

1910

TOMO I

1910

Imprenta de Gomez y Pineda, Calle de
de la Cruz número 28



ELENA DE ORLEANS.

CAPITULO I.

Una abadesa del siglo xviii.

El día 8 de febrero de 1719, un carruaje blasonado con tres flores de lis de Francia, y encima el lambel del Orleans, entraba, precedido de dos picadores y un paje, bajo el pórtico romano de la abadía de Chelles, en el momento en que daban las diez.

Detúvose en el peristilo, y el paje, que ya habia echado pie á tierra, abrió la portezuela sin tardanza, y bajaron los dos viajeros que contenia.

El que salió primero era un hombre de cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, de

pequeña estatura, bastante grueso, encendido de color, libre en sus movimientos, y con cierto aire de superioridad y de mando en todos sus gestos.

El otro, que bajó lentamente y uno á uno los tres escalones del estribo, era tambien pequeño, pero delgado y raquítrico, y su rostro, sin ser precisamente feo, ofrecia algo de desagradable, á pesar de la inteligencia que brillaba en sus ojos, y de la expresion de malicia que levantaba el extremo de sus labios; parecia muy sensible al frio, que en efecto, era bastante intenso, y seguia á su compañero, tiritando, debajo de una ancha capa.

El primero de estos dos hombres se dirigió rápidamente á la escalera, y subió los peldaños como persona que conoce las localidades; pasó á una vasta antesala, saludando á muchas religiosas que se inclinaron hasta el suelo, y corrió, mas bien que marchó hácia una sala de recepcion, situada en los entresuelos, y en la cual, preciso es decirlo, no se advertia ninguna huella de esa austeridad, que es ordinariamente la primera condicion de lo interior de un claustro.

El segundo, que habia subido la escalera lentamente, pasó por las mismas piezas, saludó á las mismas religiosas, que se inclinaron casitanto como lo habian hecho para

su compañero, á quien consiguió alcanzar en el salon, pero sin apresurarse lo mas minimo.

—Ahora, dijo el primero de los dos hombres, espérame aquí calentándote, que voy á entrar en su cuarto, y en diez minutos acabo con todos los abusos que me has hecho notar: si ella niega y tengo necesidad de pruebas, te llamo.

—¡Diez minutos, monseñor! respondió el hombre de la capa; mas de dos horas pasarán antes de que V. A. haya llegado al objeto de la visita. ¡Oh! la señora abadesa de Chelles es muy lista. ¿Lo ignorais por ventura?

Y diciendo estas palabras se tendió sin cumplimientos en un sillón que habia acercado al fuego, y estiró sus piernas enjutas sobre los morillos en la chimenea.

—¡Dios mio, no! repuso con impaciencia aquel á quien se calificaba con el título de *alteza*; y si yo pudiera olvidarlo, tú te encargarias de recordármelo, á Dios gracias, bastantes veces. ¡Diablo de hombre! ¿Para qué me has hecho venir aquí hoy con este tiempo y con esta nieve?

—Porque no quisísteis venir ayer, monseñor.

—Ayer era imposible, pues justamente tenia cita á las cinco con milord Staer.

—En una casita de la calle de los Bons-Enfants. ¿Milord no vive ya en el palacio de la embajada de Inglaterra?

—Señor abate, ya os he prohibido que me hagais seguir.

—Monseñor, mi deber es desobedeceros.

—¡Pues bien! desobedecedme; pero dejadme mentir á mis anchas, sin tener la impertinencia, para probarme que vuestra policía esta bien organizada, de hacerme notar que conoceis que miento.

—Monseñor puede estar tranquilo, y de aqui en adelante creeré todo cuanto me diga.

—Yo no me comprometo á hacer lo mismo, señor abate: porque, justamente aqui, me parece que habeis cometido algun error.

—Monseñor, yo sé lo que he dicho, y no solo lo repito, sino que lo afirmo.

—¡Pero no ves!... Nada de ruido, ni de luces, una paz de claustro: mal adquiridas son tus noticias, querido, y bien se ve que no son muy listos tus agentes.

—Monseñor, ayer habia aqui, donde vos estais, una orquesta de cincuenta músicos; allí, donde se arrodilla tan devotamente aquella jóven hermana convertida, habia un aparador; lo que habia sobre ese aparador; no os lo digo; pero lo sé, y en esta galería, aqui á la izquierda, donde se prepara

para las santas hijas del Señor una modesta comida de lentejas y de queso, se bebía y se hacía...

—¡Qué!... ¿Qué se hacía?

—Monseñor... se hacían el amor doscientas personas.

—¡Diablo, diablo! ¿Estais bien seguro de lo que me decis?

—Un poco mas seguro que si lo hubiera visto con mis propios ojos; por eso no habeis hecho bien en venir hoy; mejor hubiérais hecho en venir ayer. Este género de vida no conviene realmente á abadesas, monseñor.

—No; ¿eso es bueno para abates, verdad.

—Yo soy un hombre político, monseñor.

—¡Pues bien, mi hija es una abadesa política.

—¡Oh! nada importa eso, monseñor; dejemos hacer si así os conviene: pues, como sabeis mejor que nadie, yo no soy quisquilloso en moral. Mañana me compondrán una cancion... pero ya me la han compuesto ayer, y lo mismo harán mañana... ¿Qué es una cancion mas?

—Vamos, vamos, está bien; espérame aquí, que voy á reñir.

—Creedme, monseñor; si quereis hacer buen negocio, reñid aquí, reñid delante de mi, y estaré seguro del lance: si os faltan

razonamientos ó memoria, hacedme una seña, ó iré en vuestro auxilio.

—Si, tienes razon, dijo el personaje que se habia encargado del papel de enderezador de entuertos, y en el cual esperamos que el lector habrá reconocido al regente Felipe de Orleans.—Si, es preciso que este escándalo cese... al menos un poco: es preciso que la abadesa de Chelles reciba de aqui en adelante dos veces á la semana; que no se sufra mas esta barahunda y estas danzas, y que la clausura sea restablecida, á fin de que el primer llegado no entre ya en este convento como un cazador en el bosque. Mile. de Orleans ha pasado de la disipacion á las ideas religiosas, dejando el Palais-Royal por Chelles, y esto, á pesar mio, que he hecho todo lo posible por impedirlo. ¡Pues bien! que durante cinco dias de la semana haga la abadesa, y aun le quedarán otros dos para hacer gran señora; me parece que esto es bastante.

—Muy bien, monseñor; muy bien comenzais á considerar la cosa bajo su verdadero punto de vista.

—¿No es eso lo que tu quieres, di?

—Eso es lo que se necesita; me parece que una abadesa que tiene treinta criados de á pie, quince lacayos, diez cocineros, ocho picadores, una trabilla, que hace ar-

mas, que toca el cuerno, que sangra, que purga, que hace pelucas, que tornea pies de sillón, que tira pistoletazos y fuegos artificiales; me parece, repito, que una abadesa de esta suerte no debe fastidiarse mucho de ser religiosa.

—¡A ver! dijo el duque á una religiosa vieja que atravesaba el salón con un manojito de llaves en la mano; ¿no han avisado á mi hija mi llegada? desearia saber si debo pasar á su cuarto ó esperarla aqui.

—Ya viene la señora, monseñor, respondió respetuosamente la hermana, inclinándose.

—Me alegro mucho, murmuró el regente, que comenzaba á encontrar que la digna abadesa se portaba un poco ligeramente como hija y como súbdita.

—Vamos, monseñor; recordad la famosa parábola de Jesus echando á los mercaderes del templo; lo sabeis, la habeis sabido, ó debiais saberla, porque yo os la enseñé con otras muchas cosas en el tiempo en que fui vuestro preceptor; echadme unos de esos músicos, de estos fariseos, de estos comediantes y anatomistas, solo tres de cada profesion, y os respondo que esto nos formará una bonita escolta para acompañarnos á la vuelta.

—No haya miedo, pues me siento en vena de predicar.

—Pues viene á las mil maravillas, respondió Dubois levantándose; porque aqui está ella.

En efecto, en este momento se abria una puerta que daba al interior del convento, y aparecia en el umbral la persona tan impacientemente esperada.

Digamos en dos palabras quién era esta digna persona, que habia llegado á fuerza de locuras á escitar la cólera de Felipe de Orleans; es decir, del hombre mas devoto y del padre mas indulgente de Francia y de Navarra.

Mlle. de Chartres, Luisa Adelaida de Orleans, era la segunda y la mas bonita de las tres hijas del regente; tenia un cutis hermoso, una tez soberbia, bellos ojos, linda estatura y manos delicadas; sus dientes, sobre todo, eran magnificos, y la princesa palatina, su abuela, los compara á un collar de perlas en una cajita de coral.

Ademas, bailaba bien, cantaba mejor, leia música de repente, y acompañaba de un modo admirable: su maestro de música habia sido Cauchereau, unos de los primeros artistas de la Opera, con el cual habia hecho mas rápidos progresos que los que hacen ordinariamente las mugeres, y sobre todo las princesas: es verdad que la señorita de Orleans ponía una asiduidad grande

en sus lecciones, asiduidad cuyo secreto tal vez será revelado pronto al lector, como lo fué á la duquesa su madre.

Por lo demas, todos sus gustos eran los de un hombre, y parecia haber cambiado de sexo y de carácter con su hermano Luis gustaba de los perros, de los caballos y de las cabalgatas; todo el dia manejaba floretes, tiraba con pistola ó carabina, hacia fuegos artificiales, sin gustar de nada en el mundo de lo que agrada á las mugeres, y ocupándose apenas de su figura que, como hemos dicho, valia la pena de ello.

Sin embargo, el talento que mas preferia Mlle. de Chartres era el de la música, y llevaba hasta el fanatismo su predileccion hácia este arte; rara vez faltaba á una de las representaciones de la Opera en que trabajaba su maestro Cauchereau, dando al artista pruebas de su simpatía aplaudiendo como una cualquiera; y una noche que el cantante se escedió á si propio, comenzó ella á gritar:—¡Ah, bravo, bravo! mi querido Cauchereau.

La duquesa de Orleans encontró no solo un poco vivo este entusiasmo, sino tambien algo atrevida la exclamacion para una princesa de la sangre. Decidió que la señorita de Chartres sabia ya bastante música, y Cauchereau, bien pagado de sus lecciones,

recibió aviso de que la educacion de su discípula estaba terminada, y que ya no tenia necesidad de presentarse en el Palais-Royal.

Ademas, la duquesa invitó á su hija á que fuese á pasar quince dias en el convento de Chelles, cuya abadesa, hermana del mariscal de Villars, era amiga suya.

Durante este retiro fué sin duda cuando Mlle. de Chartres, que todo lo hacia por saltos y brincos, dice Saint-Simon, tomó la resolucion de renunciar al mundo: sea de esto lo que fuere, hácia la Semana Santa de 1718 ya habia pedido á su padre, y otorgado este, ir á pasar las Pascuas á la abadía de Chelles; pero esta vez, en lugar de volver á tomar su puesto de princesa de la sangre en el Palais-Royal, pidió permanecer en Chelles como simple religiosa.

El duque, que encontró habia en su familia mas de un monge, pues asi llamaba á su hijo legitimo Luis, sin contar uno de sus hijos naturales, que era abad de Saint-Albin, hizo todo lo que pudo para oponerse á esta rara vocacion; pero sin duda porque hallaba esta oposicion se empeñò mas la señorita de Chartres, y fué preciso ceder, hasta que pronunció sus votos el 23 de abril de 1718.

Pensando entonces el duque de Orleans que no por ser su hija religiosa dejaba de

ser princesa de la sangre, trató con la señorita de Villars de su abadia, y doce mil libras de renta que le aseguró concluyeron el negocio.

Mlle. de Chartres fué nombrada en su lugar abadesa de Chelles, y un año hacia que ocupaba este puesto alcanzado de tan estraña manera, cuando escitó, del modo que hemos visto, las susceptibilidades del regente y de su primer ministro.

Era, pues, esta abadesa de Chelles, tanto tiempo esperada, la que llegaba, obedeciendo al fin las órdenes de su padre, no ya rodeada de aquella corte elegante y profana que habia desaparecido á los primeros rayos del día, sino seguida, por el contrario, de seis religiosas vestidas de negro, que llevaban cirios encendidos lo cual hizo pensar al regente que su hija se sometia de antemano á sus deseos. Nada ya de aire de fiesta, de frivolidad, ni de desvergüenza, sino, por el contrario, rostros austeros y un aparato sombrío.

No obstante, pensó el regente que todo el tiempo que lo habian hecho esperar pudo muy bien ser empleado en preparar esta lúgubre ceremonia.

—No me gustan las hipocresías, dijo con tono recortado, y perdono fácilmente los vicios que no se pretende ocultarme bajo

virtudes. Todos estos vicios de hoy me representan muy bien los restos de las bugías de ayer, señora. Tanto habeis ajado esta noche vuestras flores y cansado á los convidados, que no podreis enseñarme hoy ni un solo ramillete ni un solo bailarín.

—Señor, dijo la abadesa con tono grave: mal llegais si venís á buscar aquí distracciones y fiestas.

—Sí, ya lo veo, dijo el regente echando una ojeada sobre los espectros de que iba acompañada su hija; y tambien veo que si ayer hicisteis mártes de carnaval hoy enterrais la sardina.

—¿Habeis venido, señor, para hacerme sufrir un interrogatorio? En todo caso, lo que veis puede responder á las acusaciones que contra mi hayan llegado hasta V. A.

—Venía á deciros, señora, repuso el regente, que comenzaba á impacientarse á la idea de que querian burlarse de él, que me desagrada el género de vida que llevais; vuestros escesos de ayer sientan mal á una religiosa, y vuestras austeridades de hoy son exageradas para una princesa de la sangre; elegid, una vez por todas, entre ser abadesa ó alteza real; ya comienzan á hablar muy mal de vos en el mundo, y tengo bastante con mis enemigos sin que desde este convento me echeis los vuestros tambien.

—¡Ay, señor! repuso la abadesa con tono resignado; dando festines, bailes y conciertos que se citaban como los mas hermosos de Paris, no he conseguido agradar á esos enemigos, ni agradaros á vos ni á mi misma, con tanta mas razon quanto que vivo reclusa y retirada. Ayer fué mi última relacion con el mundo; esta mañana he roto definitivamente con él, y hoy, ignorando vuestra visita, habia tomado un partido del cual estoy decidida á no volverme atras.

—¿Cuál? preguntó el regente sospechando que se trataba de alguna de esas nuevas locuras tan familiares á su hija.

—Acercaos á la ventana y mirad, dijo la abadesa.

El regente se acercó en efecto á la ventana, y vió un patio, en medio del cual ardia una grande hoguera; y al mismo tiempo Dubois, curioso como si hubiera sido un verdadero abate, se deslizaba á su lado.

Delante de la hoguera pasaban y volvian á pasar gentes apresuradas, que arrojaban á las llamas diferentes objetos de forma singular.

—¿Qué es esto? preguntó el regente á Dubois, que parecia tan sorprendido como él.

—¿Lo que arde en este momento? preguntó el abate.

—Sí, contestó el duque.

— Monseñor, á fe mia que tiene todas las trazas de ser un contrabajo.

— En efecto, dijo la abadesa; es el mio, un excelente contrabajo de Valeri.

— ¡Y lo quemais! exclamó el regente.

— Todos esos instrumentos son fuentes de perdicion, dijo la abadesa con un tono de compuncion que indicaba el mas profundo arrepentimiento...

— ¡Qué! ¿Tambien un clave? interrumpió el duque.

— Mi clave, señor, era tan perfecto, que me arrastraba á ideas mundanas, y lo he condenado.

— ¿Y qué son todos esos cuadernos de papel con que alimentan el fuego? preguntó Dubois, á quien parecia interesar hasta el último punto este espectáculo.

— Mis papeles de música.

— ¿Vuestra música? preguntó el regente.

— Sí, y aun la vuestra, dijo la abadesa; mirad bien, y vereis pasar toda vuestra ópera de *Pantheo*; ya comprendereis que una vez tomado mi partido, la ejecucion debia ser general.

— ¡Ah! pero por esta vez estais loca, señora; encender fuego con papeles de música y mantenerlo con claves y contrabajos es verdaderamente demasiado lujo.

— Hago penitencia, señor.

—¡Hum! Decid mas bien que renovais vuestro menaje, y que todo esto es para vos un medio de comprar nuevos muebles, disgustada como sin duda estais de los antiguos.

—No, monseñor; no es nada de eso.

—¿Pues qué es entonces? habládme francamente.

—Es que me fastidio de divertirme, y que efectivamente pienso en hacer otra cosa.

—¿Y qué vais á hacer?

—Voy á visitar con mis religiosas el panteon que debe recibir mi cuerpo, y el lugar que ocuparé en este panteon.

—¡El diablo me lleve! dijo el abate; monseñor, por esta vez se le trastorna la cabeza.

—Eso será muy edificante ¿no es verdad, señor? continuó gravemente la abadesa.

—Ciertamente, y no dudo que si eso sucede, repuso el duque, se rian de ello mucho mas que de vuestros festines.

—¿Venís, señores? continuó la abadesa; voy á meterme por algunos minutos en mi sepultura, pues es un capricho que tengo hace mucho tiempo.

—¡Eh! bastante tiempo teneis que estar en ella, señora, dijo el regente; ademas, no sois vos quien ha inventado esa diversion, pues Carlos V, que se habia hecho monge, como vos os habeis hecho monja, sin saber por qué, pensó en ello antes que vos.

—¿De modo que no me acompañais, monseñor? dijo la abadesa á su padre.

—¡Yo! dijo el duque, que no tenia la menor aficion á las ideas sombrías: yo, ir á ver subterráneos mortuorios, oir un *De profundis*... ¡No, pardiez! Y la única cosa que me consuela de no poder escapar del dia del *De profundis*, y del subterráneo, es que al menos ese dia espero no oir el uno ni ver el otro.

—¡Ah, señor! dijo la abadesa con aspecto escandalizado: ¿no creéis, acaso, en la inmortalidad del alma?

—Creo que estais loca de atar, hija mia. ¡Diablo de abate este, que me promete una orgía y me trae á un entierro!

La abadesa saludó, y dió algunos pasos hácia la puerta. El duque y el abate se miraban, no sabiendo si debian reir ó llorar.

—Una palabra, dijo el regente á su hija: ¿os habeis decidido bien esta vez, ó no es mas que una fiebre que os ha comunicado vuestro confesor? Si estais bien decidida, nada tengo que decir; pero si no es mas que una fiebre, quiero que os curen, pardiez. Tengo á Moreau y á Chirat, á quienes pago para que cuiden de mí y de los míos.

—Monseñor, repuso la abadesa: olvidais que yo sé bastante medicina para curarme yo misma si me creyese enferma; mas puedo aseguraros que no estoy mala, sino que soy

jansenista, y nada mas.

—¡Ah! exclamó el duque. ¡Hé aquí otra obra del padre Le Doux, execrable benedictino!.. Al menos para este sé yo un régimen que lo curará.

—¿Cuál? preguntó la abadesa.

—¡La Bastilla! respondió el duque.

Y salió furioso, seguido de Dubois, que reia con todas sus fuerzas.

—Ya ves, le dijo despues de un largo silencio y cuando estaban cerca de Paris, que tus noticias son adsurdas... Yo tenia ganas de sermonear, y he sido quien ha sufrido el sermon.

—Pues bien, eso quiere decir que sois un padre feliz, y os doy la enhorabuena por las reformas de vuestra hija segunda mademoiselle de Chartres; desgraciadamente la primogénita la señora duquesa de Berry...

—¡Oh! no me hables de esa, Dubois; esa es mi úlcera. Asi, cuando estoy de mal humor....

—¿Que?

—Tengo ganas de aprovecharlo para concluir con ella de un solo golpe.

—¿Está en el Luxemburgo?

—Creo que si.

—Pues vamos allá monseñor.

—¿Vienes tu conmigo?

—Yo no os dejo en toda la noebe.

—¡Bab!

—Tengo proyectos sobre vos.

—¿Sobre mi?

—Os llevo á una cena.

—¿Con mugeres?

—Si.

—¿Y cuantas habrá?

—Dos.

—¿Y cuantos hombres?

—Dos.

—¿Conque es una partida redonda? preguntó el principe.

—Justamente.

—¿Y me divertiré?

—Lo creo.

—Cuidado, Dubois, que te encargas de una gran responsabilidad.

—¿Gusta monseñor de lo nuevo?

—Si.

—¿De lo inesperado?

—Si.

—¡Pues bien! habrá de todo eso, y es todo lo que puedo decir.

—Corriente, dijo el duque; al Luxemburgo primero....¿y luego despues?

—Luego despues al barrio de Saint-Antoine.

Y con esta nueva determinacion, el cochero recibió la orden de parar en el Luxemburgo, en vez de parar en el Palais-Royal.

II.

Decididamente la familia se arregla.

La señora Duquesa de Berry, á cuya habitacion se trasladaba el regente, era, por mas que se dijese, la hija querida de su corazon: acometida á la edad de siete años de una enfermedad que los médicos juzgaron mortal, y abandonada por ellos, habia caido en manos de su padre, que entendia algo de medicina como es sabido, y que, tratándola á su manera, consiguió salvarla. Desde entonces el amor paternal del regente se convirtió en una especie de debilidad, dejando hacer cuanto queria á esta niña voluntariosa y altanera; á pesar de lo descuidada que fué su educacion, Luis XIV la eligió para hacerla esposa de su nieto el duque de Berry.

Sabido es cómo la muerte deshizo de pronto esta triple posteridad régia, y cómo murieron en algunos años el delfin mayor el duque y la duquesa de Borgoña y el duque de Berry.

Viuda á los veinte años, amando á su padre con una ternura casi igual á la que él le profesaba, teniendo que elegir entre la sociedad de Versailles y la del Palais-Royal, la duquesa de Berry, bella, jóven, ardiente al placer, no habia vacilado compartiendo las fiestas, placeres, y aun algunas veces las orgías del duque, y muchas otras estrañas calumnias que salian á la vez de Saint-Cyr y de Sceaux, originadas de Mad. de Maitenon y Mad. de Maine, se habian propalado sobre las relaciones del padre y de la hija. El duque de Orleans, con su abandono ordinario, habia dejado que estos rumores se hiciesen lo que podian ser, y estos rumores se convirtieron y han permanecido sendas acusaciones de incesto, que por no tener ningun carácter histórico á los ojos de los hombres que conocen á fondo esta época, no por eso dejan de ser un arma en manos de las gentes que tienen un interés en afeár la conducta del hombre privado para disminuir la grandeza del hombre político.

No era esto todo: por su debilidad, siempre creciente, el duque habia acreditado estos rumores, dando á su hija, que ya tenia seiscientas mil libras de renta, cuatrocientos mil francos sobre su propia fortuna, lo cual elevaba sus rentas á un millon: ade-

más le habia abandonado el Luxemburgo, dándole una compañía de guardias de su persona, y, en fin, lo que mas habia exasperado á los partidarios de la antigua etiqueta, era que el duque solo se habia encogido de hombros cuando la duquesa de Berry atravesó por Paris, precedida de cémbalos y de trompetas, lo cual habia escandalizado á toda la gente honrada, y solo se habia reido cuando la princesa recibió al embajador veneciano sobre un trono de tres gradas, lo cual estuvo á punto de embrollar á la Francia con la república de Venecia.

Habia mas: y era que iba á concederle otra peticion no menos esorbitante, y que de seguro hubiera causado un movimiento en la nobleza: esa concesion era un dosel en la Opera, cuando felizmente para la tranquilidad pública, y desgraciadamente para la dicha del regente, la duquesa de Berry se habia enamorado del caballero de Riom.

Era este un segundon de Auvernia, sobrino del duque de Lauzon; que habia llegado á Paris en 1715 para buscar fortuna, y que la habia encontrado en el Luxemburgo; introducido cerca de la princesa por Mad. de Mouchy, de la cual era amante, no habia tardado en ejercer sobre ella esa influencia de familia que su tio el duque de Lau-

zun, ejerció cincuenta años antes en *Mademoiselle* mayor, y pronto fué declarado amante, á pesar de la oposicion de su antecesor Lahaie, que entonces habian enviado como agregado á la embajada de Dinamarca.

Hecha bien la cuenta, la duquea de Berry solo habia tenido, pues dos amantes, lo cual habia que convenir era casi virtud para una princesa de aquellos tiempos; Lahaie, á quien jamás habia declarado por tal; y Riom á quien proclamaba en voz alta. En verdad que esta no era causa suficiente para el encarnizamiento con que perseguian á la pobre princesa; pero no debe olvidarse que ese encarnizamiento tenia otra causa que encontramos consignada, no solo en Saint-Simon, sino tambien en todos los historiadores de la época; y era aquel fatal paseo por Paris con cémbalos y trombones, aquel malaventurado trono de los tres escalones, sobre el cual habia recibido al embajador de Venecia; y, en fin, aquella ecesorbitante pretension, teniendo ya una compañía de guardias, de tener además un dosel en la Opera.

Pero no era esta indignacion general, levantada por la princesa, la que habia escitado al duque de Orleans contra su hija, sino el imperio que le habia dejado tomar á

su amante Riom, discípulo de aquel mismo duque de Lauzun que por la mañana deshacía una mano de la princesa de Monaco con el tacon de las botas, que por la noche se hacia sacar por la hija de Gaston de Orleans, y que, con respecto á princesas, habia dado á su sobrino terribles instrucciones, que este siguiera al pie de la letra.—«Las hijas de Francia, le habia dicho á Riom, quieren ser tratadas con el *palo levantado*.» Y lleno Riom de confianza en la esperiencia de su tío, habia educado tan bien á la duquesa de Berry, que esta no se atrevia á dar una fiesta sin su parecer, presentarse en la Opera sin su permiso, ni ponerse un traje sin su consejo.

De aqui habia resultado que el duque, que amaba mucho á su hija, habia tomado á Riom un odio mas fuerte del que permitia su abandonado carácter. So pretesto de servir á las miras de la duquesa, habia dado un regimiento á Riom, luego el gobierno de la ciudad de Cognac, y por último de orden de trasladarse á su residencia, lo cual comenzaba, para todas las personas que veian un poco claro, á trocar su favor en desgracia.

Tampoco la duquesa se habia engañado, y al instante corrió al Palais-Royal, donde pidió y suplicó á su padre, aunque inútil-

mente, gritando y amenazando luego, pero inútilmente tambien. En fin, salió intimando al duque con toda su cólera, y afirmándole que Riom no se marcharia, á pesar de su órden.

Por toda respuesta reiteró el duque á Riom la órden de marchar, y Riom le habia contestado respetuesamente que obedeceria al instante.

En efecto, el mismo dia, que era la víspera de aquel á que hemos llegado, Riom habia salido ostensiblemente del Luxemburgo y el duque de Orleans habia sabido, por el mismo Dubois, que el nuevo gobernador seguido de sus equipajes, habia partido á las nueve de la mañana para Cognac.

Todo esto habia pasado sin que el duque de Orleans volviese á ver á su hija; y así, cuando hablaba de aprovecharse de su cólera para ir á concluir con ella, era mas bien un perdon el que iba á pedirle que un disgusto que fuera á causarle.

Dubois, que lo conocia, *no habia sido juguete de esta pretendida resolucion*; pero Riom habia salido para Cognac, y esto era todo lo que el ministro pedia. Durante su ausencia esperaba destlizar algun nuevo secretario de gabinete ó algun otro teniente de guardias que borrarse el recuerdo de Riom en el corazon de la princesa; entonces reci-

biria orden de unirse en España al ejército del mariscal de Berwick, y estando en él, no se trataria de él mas que se habia tratado de Lahaie en Dinamarca.

Todo esto no era tal vez un proyecto muy moral, mas por lo menos era un plan muy lógico.

No sabemos si el ministro habia dado la mitad de este plan á su amo.

La carroza paró delante del Luxemburgo, que estaba alumbrado como de costumbre. El duque se apeó, y subió la escalinata con extraordinaria ligereza, y Dubois, á quien detestaba la duquesa, se quedó acurrucado en un rincon del coche.

Al cabo de un instante volvió á presentarse el duque á la portezuela.

—¡Ah, ah! monseñor, dijo Dubois; ¿acaso estará escludo V. A. de entrar?

—No; pero la duquesa no está en el Luxemburgo.

—¿Pues donde está, en las Carmelitas?

—Está en Meudon.

—¡En Meudon! ¡En el mes de febrero y con un tiempo como este! Monseñor, este amor al campo me parece sospechoso.

—Y á mi tambien, lo confieso; ¿qué diablos puede hacer en Meudon?

—Eso es fácil de saber.

—¿Como?

—Vamos á Meudon.

—¡Cochero, á Meudon! dijo el regente metiéndose en el carruaje; veinte y cinco minutos os doy para llegar allá.

—Haré observar á monseñor, dijo humildemente el cochero, que los caballos han andado ya diez leguas.

—Reventadlos; pero estad en Meudon en veinte y cinco minutos.

Nada habia que responder á órden tan explícita.

El cochero sacudió un enérgico latigazo á los nobles animales, sorprendidos de que se creyera haber necesidad de recurrir á semejante extremo, y partieron á un trote tan rápido como si saliesen de la cuadra.

Durante el camino, Dubois estuvo mudo y el regente preocupado; de vez en cuando, uno y otro echaban una mirada investigadora al camino, pero este no ofrecia ninguna cosa digna de llamar la atencion del regente y de su ministro, y llegaron á Meudon sin que nada pudiera guiar al duque en el dédalo de pensamientos en que estaba sumergido. Esta vez se apearon ambos: la explicacion entre el padre y la hija podia ser larga, y Dubois deseaba esperar el fin en un lugar mas cómodo que su coche.

En la escalinata encontraron al portero de gran librea, y como el duque iba en vuel-

to en su gaban forrado y Dubois en su cepa los detuvo: entonces se descubrió el duque.

—Perdon, dijo el portero; pero ignoraba que ese esperase á monseñor.

—Está bien, dijo el duque; esperado ó no, ¡lego; conque avisad á la duquesa con un lacayo

—¿Conque monseñor es de la ceremonia? preguntó el portero, que parecia visiblemente cortado, pues tenia sin duda una consigna severa.

—¡Toma! sin duda que monseñor es de la ceremonia, respondió Dubois cortando la palabra al duque de Orleans que iba á preguntar de qué ceremonia se trataba; y yo tambien soy de ella.

—Entonces conduciré directament e á monseñor á la capilla.

Dubois y el duque se miraron como hombres que no comprenden una palabra.

—¡A la capilla! preguntó el duque.

—Si, monseñor; porque la ceremonia ha comenzado hace ya veinte minutos.

—¡Ah! dijo el regente inclinándose al oido de Dubois: ¿si tambien esta se hará religiosa?

—Monseñor, dijo Dubois: ¿apostemos mejor á que se casa?

—¡Diablo! esclamó el regente; pues no faltaria mas que eso.

Y subió la escalera seguido de Dubois.

—¿No quiere monseñor que le guie? dijo el portero.

— Es inútil, dijo el rejente ya en lo alto de la escalera; sé bien el camino.

En efecto, con aquella agilidad tan sorprendente en un hombre de su corpulencia, el regente atravesaba cámaras y corredores, seguido de Dubois, que esta vez tomaba en la aventura ese diabólico interes de la curiosidad, que hacia de él el Mefistófeles de ese otro investigador de lo desconocido, que se llamaba, no Fausto, pero si Felipe de Orleans.

Así llegaron á la puerta de la capilla, que parecia estar cerrada, pero que cedió al primer esfuerzo que hicieron para abrirla.

Dubois no se habia engañado en sus conjeturas.

Riom, que habia vuelto en secreto, estaba con la princesa de rodillas delante del limosnero particular de la señora duquesa de Berry; mientras que Mr. de Pons, pariente de Riom, y el marques de La Rochefoucault capitán de los guardias de la princesa, sostenian el yugo nupcial sobre sus cabezas: los señores de Mouchy y de Lauzun estaban uno á la izquierda de la duquesa y otro á la derecha de Riom.

—Decididamente la fortuna está en contra

uestra, monseñor, dijo Dubois; hemos llegado con dos minutos de tardanza.

—¡Pardiez! exclamó el duque exasperado dando un paso hácia el coro: ¡eso lo veremos!

—¡Chito, monseñor! dijo Dubois: en mi cualidad de abate me toca impedir os cometer un sacrilegio. ¡Ah! si fuera útil, no digo que no; pero este seria en pura pérdida.

—¡Conque están ya casados! preguntó el duque retrocediendo á la sombra de una columna.

—Los mas casados posibles, monseñor; y ahora ni el mismo diablo los descasaria sin la asistencia del padre santo.

—¡Pues bien! escribiré á Roma, dijo el duque.

¡Guardaos de eso monseñor! exclamó Dubois no gasteis vuestra influencia en cosa semejante, pues necesitareis de ella cuando se trate de hacerme nombrar cardenal.

—¡Pero semejante alianza es intolerable! dijo el regente.

—Esas *desalianzas* están muy de moda, dijo Dubois, y hoy no se oye hablar de otra cosa: S. M. Luis XIV se desalió casándose con Mad. de Maintenon, á la cual dais todavía una pensión como á su viuda; *Mademoiselle* mayor se desalió casándose con Mr. de Lauzun: vos os habeis desaliado casándoos con Mlle. de Blois, y hasta tal punto, que

cuando anunciásteis este matrimonio á la princesa palatina, vuestra madre, os respondió con un soplamocos. En fin, yo mismo, monseñor, ¿no me desalié casándome con la hija del maestro de escuela de mi aldea? Ya veis que despues de tantos augustos ejemplos, la princesa vuestra hija bien puede casarse mal tambien.

—Cállate demonio, dijo el regente.

—Ademas, monseñor, continuó Dubois: gracias á las habladurias del abad de San Sulpicio, los amores de la señora duquesa de Berry comenzaban á meter mas ruido del que conviene: aquello era un escándalo público, que ese matrimonio secreto, que mañana va á ser conocido de todo Paris, va á hacer cesar, y nadie tendrá nada que decir, ni vos tampoco. Decididamente, monseñor, vuestra familia se arregla.

El duque de Orleans profirió una imprecacion terrible, á la cual respondió Dubois con una de esas sonrisas sardónicas que le hubiera envidiado el mismo Mefistófeles.

—¡Silencio ahí bajo! gritó un portero que ignoraba quién hacia este ruido, y que queria que los dos esposos no perdiesen ni una palabra de la piadosa exhortacion que les hacia el limosnero.

—Silencio, pues, monseñor, repitió Dubois; ya veis que estais turbando la ceremonia.

—Vas á ver, repuso el duque, que si no llamamos, ella va á mandar que nos pongan á la puerta.

—¡Silencio! repitió el pertiguero dando un golpe con la alabarda en el suelo, mientras que la duquesa de Berry enviaba al señor de Mouchy á saber quien causaba el escándalo.

El Sr. de Mouchy obedeció las órdenes de la princesa, y distinguiendo en la sombra dos personajes que parecian querer ocultarse, se acercó á ellos con la cabeza erguida y paso apresurado.

—¿Quién hace aquí ruido? dijo. ¿Quién os ha permitido entrar en esta capilla señores?

—Quien tendria buenas ganas de haceros salir á todos por la ventana, respondió el regente; pero que se contenta por el pronto con encargaros que deis orden al Sr. de Riom de que en este mismo instante salga para Cognac, y de intimar á la duquesa de Berry la prohibicion de volverse á presentar nunca en el Palais-Royal.

Y diciendo estas palabras salió el regente haciendo á Dubois seña de que le siguiera, y dejando al duque de Mouchy y á su enorme vientre aterrados con esta aparicion.

—¡Al Palais-Royal! dijo el principe metiéndose en el coche.

—¡Al Palais-Royal! repuso con viveza Dubois; no, señor, olvidais nuestros convenios; yo os he seguido con la condicion de que vos me seguiriais despues. Cochero, al barrio de Saint Antoine.

—¡Vete al diablo; no tengo hambre!

—Bien, no comerá S. A.

—Ni estoy de humor para divertirme.

—Corriente no se divertirá S. A.

—¿Pues que haré entonces, si ni como ni me divierto?

—S. A. verá comer y divertirse á otros.

—¡Qué quieres decir!

—Quiero decir que Dios está en ánimo de hacer milagros por vos, monseñor, y que como la cosa no le sucede todos los dias, no se debe abandonar la partida en tan buen camino; ya hemos visto dos esta noche, y vamos á asistir á la tercera.

—¡A la tercera!

—Sí, «numero Deus impare gaudet; el número impar agrada á Dios. Creo que no habreis olvidado el latin monseñor.

—Espílicate, dijo el regente, cuyo humor no estaba por el momento para bromas; tu eres basiante feo ciertamente para hacer de esfinge, pero yo no soy ya bastante jóven para hacer el papel de Edipo.

—Pues bien; decia, monseñor, que despues de haber visto á vuestras dos hijas que

eran demasiado locas, dar su primer paso hácia la prudencia, vais á ver á vuestro hijo que era demasiado prudente, dar su primer paso hácia las locuras.

—¡Mi hijo Luis!

—Vuestro hijo Luis en persona se suelta esta noche misma, monseñor, y á este espectáculo tan adulator para el orgullo de un padre es al que os convido.

El duque movió la cabeza con aire de duda.

—¡Oh! menead la cabeza cuanto gustéis, monseñor; pero así es, dijo Dubois.

—¿Y de qué manera se suelta? preguntó el regente.

—De todas las maneras, monseñor, y al caballero de M^{...} es á quien he encargado de hacerle probar sus primeras armas: á estas horas cena en partida redonda con él y dos mujeres.

—¿Y quiénes son las mujeres? preguntó el regente.

—Yo no conozco mas que á una, y el caballero está encargado de llevar la otra.

—¿Y él ha consentido?

—Con mil amores.

—¡Por mi alma! dijo el duque; creo, Dubois, que si hubieses vivido en el tiempo del rey San Luis, habrias concluido por llevarlo á casa de la Fillon de la época.

Una sonrisa de triunfo pasó por la cara de mono de Dubois.

—Monseñor, continuó; queríais que el Sr. Luis tirase una vez de la espada, como vos hacíais en otro tiempo, y como aun hoy so-
leis hacer; pues bien, mis precauciones es-
tán tomadas para esto.

—¿De veras?

—Si; el caballero de M^{...}, cuando estén en la cena, le buscará una buena camorra de aleman; no tengais cuidado por esto. Queríais tambien que el Sr. Luis corriese algun lance amoroso; pues bien, si resiste á la sirena que le he soltado, es un San Antonio.

—¿Eres tú quien la ha escogido?

—Pues no, monseñor; cuando se trata del honor de vuestra familia, V. A. sabe que de nadie fio sino de mí. Conque para esta noche la orgia, y mañana por la mañana el duelo; y por la noche podrá nuestro neófito firmar Luis de Orleans sin comprometer la reputacion de su augusta madre, porque se verá que el jóven es de vuestra sangre; y siguiendo en la misma conducta que observa, el diablo me lleve si no habria motivos para dudar de ello.

—Dubois, eres un miserable, dijo el duque, riendo por la primera vez desde que salieron de Chelles, y vas á perder al hijo como ya has perdido al padre.

—Como querais, monseñor, respondió Dubois; ¿es preciso que el sea principe, si ó no? ¿Que sea hombre ó que sea monge? Aun es tiempo para que se decida por uno ú otro partido. Monseñor, no teneis mas que un hijo; un hijo que pronto teudrá diez y seis años; un hijo á quien no enviais á la guerra so pretesto de que es vuestro hijo único; pero en realidad porque no sabeis como se portaria en ella...

—¡Dubois! dijo el regente.

—Nada mañana lo sabremos á que atennos, monseñor.

—¡Pardiez! vaya un negocio dijo el regente.

—¿Conque creéis que dejará bien puesto su honor? repuso Dubois.

—¡Ah, tuno! ¿Sabes que concluyes por insultarme? ¿Te parece una cosa verdaderamente imposible hacer que se enamore un hombre demi sangre, y un milagro extraordinario hacer echar mano á la espada á un principe de mi nombre? Amigo Dubois tú has nacido abate, y abate morirás.

—¡No, no, monseñor! exclamó Dubois: ¡diablo! Pretendo algo mas que eso.

El regente se sonrió.

—Al menos tú tienes una ambicion, y no eres como ese imbécil de Luis, que nada desea, y esa ambicion me divierte mas de lo que puedes imaginarte.

—¡De veras! dijo Dubois: no creia sin embargo ser tan bufon.

—Pues era modestia porque eres la criatura mas divertida de la tierra cuando no eres la mas perversa; asi, te juro que el dia que seas arzobispo...

—¡Cardenal, monseñor!

—¡Ah! ¿Es cardenal lo que quieres ser?

—Esperando que sea papa.

—¡Bueno! pues ese dia, te juro...

—¿El dia que sea papa?

—No; el dia que seas cardenal; se reirá mucho en el Palais-Royal, te lo juro.

—Tambien se reirán en Paris, monseñor; pero como habeis dicho, antes soy algunas veces bufon, y quiero hacer reir; por eso me atengo á ser cardenal.

Y cuando Dubois manifestaba esta pretension, la carroza cesó de rodar.

III.

Le Rat et Sourte (1).

La carroza habia parado en el barrio de Saint-Antoine, delante de una casa cubierta por un gran muro, detras del cual se elevaban muchos árboles como para ocultar esta casa al muro mismo.

— ¡Calle, dijo el regente; me parece que por este sitio está la casita de Nocé!

— Justamente; monseñor tiene buena memoria; le he pedido la casa prestada por esta noche.

— ¡Pero al menos has hecho las cosas bien Dubois? ¿La cena es digna de un príncipe de la sangre?

— Yo mismo la he encargado. ¡Ah, nada faltará al Sr. Luis, pues le sirven los laca-

(1) La Souris era como llamaban á una cortesana célebre en aquellos tiempos, y le Rat á una compañera de todos sus estravios. Este calembourg pierde toda su gracia traduciéndolo: el raton macho y el raton hembra.

yos de su padre, le guisa el cocinero de su padre, y hace el amor á la!...

—¿A la qué?...

—Ya lo vereis vos mismo, pues es preciso que os cause una sorpresa, ¡qué diablo!

—¿Y los vinos?

—Vinos de vuestra propia bodega, monseñor; y espero que esos licores de familia impedirán que la sangre siga mintiendo, como hace de mucho tiempo acá.

—No te ha costado tanto hacer hablar á la mia; ¿no es verdad, corruptor?

—Yo soy elocuente, monseñor; pero es preciso convenir en que vos sois tierno. Entremos.

—¿Pero tienes la llave?

—¡Pardiez!

Y DuLois sacó del bolsillo una llave, que metió discretamente en la cerradura: la puerta se abrió sin ruido, y volvió á cerrarse detrás del duque y su ministro con el mismo silencio: esta era una de esas puertas de casa que conocen sus deberes con respecto á los grandes señores que les hacen el honor de atravesar su umbral.

Por las persianas corridas se vieron algunos reflejos de luz, y los lacayos que estaban de centinela en el vestibulo dijeron á los ilustres recién llegados que la fiesta estaba comenzada.

—¡Tú triunfas, abate! dijo el regente.

—Coloquémonos pronto, monseñor, dijo Dubois, pues confieso que tengo prisa por ver cómo se porta el Sr. Luis.

—Y yo tambien, dijo el duque.

—Entonces seguidme, y silencio.

El regente siguió á Dubois á un gabinete que se comunicaba por medio de un arco con el comedor; pero este arco estaba cubierto de tiestos de flores, al traves de cuyas ramas se podia perfectamente ver y oir los convidados.

—¡Ab, ah, dijo el regente reconociendo el gabinete; estoy en pais conocido!

—Mas de lo que creéis, monseñor; pero no olvidéis que, sea cualquiera la cosa que veáis ú oigáis es preciso callar, ó al menos hablar bajo.

—Descuida.

Ambos se acercaron al arco que daba á la sala del festin; se arrodillaron sobre un camapé, y apartaron las hojas para no perder nada de lo que iba á pasar.

El hijo del regente, de edad de quince años y medio, estaba sentado en un sillón, justamente enfrente de su padre: al otro lado de la mesa, volviendo la espalda á los dos curiosos, estaba el caballero de M^{...}, y dos mugeres, con trajes mas brillantes que honestos, completaban la partida redonda pro-

metida por Dubois al regente: una de ellas estaba sentada al lado del joven príncipe y la otra al del caballero.

El anfitrión, que no debía, peroraba; la mujer que tenía á su lado le hacía muecas, y cuando no le hacía muecas, bromeaba.

—¡Ah, dijo el duque, que era miope, creyendo reconocer la mujer colocada en frente suyo; me parece que conozco esa cara.

Y la miró con mas atención que antes. Dubois se reía por lo bajo.

—Pero... ¡una mujer rubia con ojos azules! continuó el regente.

—Una mujer rubia con ojos azules, repuso Dubois; ¿qué mas, monseñor?

—Esa figura esbelta, esas manos afiladas...

—¿Qué mas, qué mas?

—Esa boquita sonrosada... ¡pardiez! no me engaño, es la Souris.

—Vamos, al fin...

—¿Como has elegido justamente la Souris? ¡Malvado!

—Una chica de las mas encantadoras, monseñor; una ninfa de la Opera me ha parecido lo mejor que habria para soltar á un joven.

—Luego es esta la sorpresa que me preparabas cuando me dijistes que Luis estaba servido por los lacayos de su padre, que

bebía los vinos de su padre y que hacía el amor á la...

—A la querida de su padre; si, monseñor; eso es.

—¡Pero, infeliz! exclamó el duque; ¡no ves que eso es casi un incesto!

—¡Bah! dijo Dubois.

—¡Y la pícara acepta esta clase de partidas!

—Ese es su oficio, monseñor.

—¿Y con quién cree que está?

—Con un caballero de provincia, que viene á comerse su legitima á Paris.

—¿Quién es su compañera?

—¡Ah! en cuanto á esa, nada sé absolutamente; pues el caballero de M^{...} se encargó de completar la partida.

—En este momento la mujer que estaba sentada cerca del caballero creyó oír cuchichear detras de si, y se volvió.

—¡Ah! exclamó Dubois estupefacto á su vez, ¡no me engaño!

—¿Qué?

—La otra mujer...

—La otra mujer, ¿qué?... preguntó el duque.

La linda convidada se volvió de nuevo.

—¡Es Julia! exclamó Dubois. ¡Desgraciada!

—¡Pardiez! dijo el duque, esto si que ha

ee la cosa completa; ¡tu querida y la mía! Palabra de honor que daría cualquiera cosa por poder reir á mis anchas.

—Esperad, monseñor; esperad.

—¿Estás loco? ¿Qué diablos vas á hacer, Dubois? Te mando estarte quieto, pues estoy curioso por ver cómo termina esto.

— Obedezco, monseñor, dijo Dubois; pero os declaro una ccsa.

—¿Cual?

—Que ya no creo en la virtud de las mujeres?

—Dubois, dijo el regente apoyándose en el camapé mientras que el ministro hacia otro tanto; ¡palabra de honor que eres adorable! Déjame reir, ó reviento.

—Riamos, monseñor; pero riamos de quedo, teneis razon; es preciso ver como concluye esto.

Y ambos rieron lo mas silenciosamente que podian, despues de lo cual volvieron á su observatorio, un instante abandonado.

La pobre Souris mascaba hasta desencajarse las quijadas.

—¿Sabeis, monseñor, dijo Dabois, que el Sr. Luis no está completamente aturdido?

—Es decir, que se creeria que no ha bebido.

—Pues, y esas botellas que están ahí vacias, ¿se han gastado ellas solas?

—Tienes razon; pero, sin embargo, está muy grave el caballero.

—Tened paciencia; mirad, ya se anima y va á hablar.

En efecto, el jóven duque se levantó del sillón, rechazó con la mano la botella que le daba la Souris, y dijo sentenciosamente:

—He querido ver lo que era una orgia; ya lo he visto, y me declaro un si es no es satisfecho. Un sabio ha dicho: «Ebrictas omne vitium deliquit.

—¿Qué diablos canta? dijo el duque.

—Esto va mal, murmuró Dubois.

—¿Cómo, caballero! exclamó la vecina del jóven duque con una sonrisa que hizo brillar una fila de dientes mas lindos que perlas; ¿no os gusta cenar?

—No me gusta comer ni beber, respondió el Sr. Luis, cuando no tengo ni hambre ni sed.

—¿Tonto! murmuró el regente.

Y se volvió hácia Dubois, que se mordía los labios.

El compañero del Sr. Luis comenzó á reirse, y le dijo:

—Espero que esceptuareis á nuestras lindas convidadas.

—¿Qué quereis decir, caballero?

—¡Ah! se enfada, dijo el regente; ¡bueno!

—¡Bucno! repuso Dubois.

—Quiero decir, respondió el caballero, que no hareis á estas damas la injuria de demostrarle poco interes en gozar de su compañía retirándoos de ese modo.

—Se hace tarde, caballero, dijo Luis de Orleans.

—¡Bah! repuso el caballero; aun no son las doce.

—Y ademas, repuso el duque buscando una excusa; y ademas...estoy encargado á uno.

Las damas prorumpieron en risa.

—¡Qué animal! murmuró Dubois.

—¡Cómo! dijo el regente.

—¡Ah! es verdad, lo olvidaba; perdon, monseñor.

—Querido, dijo el caballero: oleis á provincia de una manera que trastorna.

—¡Diablo! dijo el regente; ¿cómo ese jóven habla así á un principe de la sangre?

—Es que finge creer que habla con un simple caballero; ademas de que yo le he dicho que le incite.

—Perdon, caballero, repuso el jóven principe; creo que hablásteis; pero como esta señora me dirigia la palabra al mismo tiempo, no he oido lo que me deciais.

—¿Y quereis que repita lo que he dicho? respondió con aire de zumba el caballero.

—Me dareis mucho gusto.

—Pues decia que oleis á provincia de una manera que trastorna.

—Me aplaudo de ello, caballero, si eso debe distinguirme de ciertos aires parisienses que yo conozco, contestó el Sr. Luis.

—¡Vamos, vamos; no mal respondido! dijo el duque.

—¡Pell... dijo Dubois.

—Si es por mí por quien decís eso, caballero, os responderé que no sois bien educado, lo cual no seria nada con respecto á mí, á quien podeis dar razon de vuestra impolítica; pero no tiene excusa tratándose de estas damas.

—Tu provocador va demasiado lejos, abate, dijo el regente inquieto, y ahora mismo van á cortarse el pescuezo.

—Si acaso los prenderemos, dijo Dubois.

El jóven príncipe no pestañeó: pero levantándose, y dando una vuelta á la mesa, se acercó á su compañero de cena, y le habló á media voz.

—¡Lo ves! dijo á Dubois el regente conmovido; cuidado abate; yo no quiero que me lo maten.

Pero Luis se contentó con decir al jóven:

—Caballero, ¿por vuestra conciencia, os divertís aquí? Yo por mi os declaro que me aburro horriblemente. Si estuviéramos solos os hablaria, de una cuestion muy importan-

te que me ocupa en este momento, y es sobre el capítulo sexto de las confesiones de S. Agustin.

—¡Como! dijo el caballero estupefacto y sin fingir esta vez; ¿os ocupais de religion? Me parece demasiado pronto...

—Caballero, dijo doctoralmente el príncipe: nunca es demasiado pronto para pensar en la salvacion.

El regente dió un profundo suspiro, y Dubois se rascó la punta de la nariz.

—¡A fe de caballero, dijo el príncipe, que eso es una deshonra para la raza; esas mujeres van á dormirse.

—Esperemos, dijo el abate; tal vez si ellas se duermen él se animará.

—¡Pardiez! contestó el regente; si él se hubiera de animar, ya lo estaria, pues la chica le lanza unas ojeadas capaces de resucitar un muerto... Mírala que guapa está repantigada en el sillón.

—Es preciso que os consulte luego sobre esto, dijo Luis; San Gerónimo pretende que la gracia no es realmente eficaz sino cuando llega por la contricion.

—¡El diablo os lleve! exclamó el caballero; si hubiérais bebido diria que teníais mal vino.

—Esta vez, repuso el jóven príncipe, me corresponde haceros observar que sois vos

el mal criado, y yo os responderia en el mismo tono, sino fuera pecado prestar oido á las injurias; pero, á Dios gracias, soy mejor cristiano que vos.

—Cuando se cena en una casa como esta, repuso el caballero, no se trata de ser buen cristiano, sino buen convidado. ¡Peste con vuestra sociedad! Mejor quisiera la del mismo San Agustin, aun cuando fuese despues de su conversion.

El jóven duque llamó, y se presentó un lacayo.

—Alumbrad, dijo con aire de principe; yo me marcharé dentro de un cuarto de hora. Caballero, ¿teneis carruaje?

—No, á fé mia.

—Pues en ese caso disponed del mio, dijo el jóven; me desespera no poder cultivar vuestra amistad; pero ya os he dicho que vuestros gustos no son los míos, y ademas, me vuelvo á mi provincia.

—¡Pardiez! dijo Dubois; seria curioso que despidiese á su compañero para quedarse solo con las mujeres.

—Sí, seria curioso, dijo el duque; pero no sucederá.

En efecto, mientras que el duque y Dubois cambiaban algunas palabras, el caballero se habia retirado, y Luis de Orleans, solo con las mugeres, verdaderamente dor-

midas, habiendo sacado del bolsillo de su casaca un gran rollo de papel, y un lapicero de plata, se puso á hacer anotaciones al márgen con un ardor completamente teológico, en medio de los platos todavía humeantes, y de las botellas aun medio vacías.

—Que me ahorquen si este príncipe hace jamás sombra á la rama primogénita. ¡Que digan ahora que educó á mis hijos en la esperanza del trono!

—Monseñor, dijo Dubois: os juro que estoy malo de ver esto.

—¡Ay, Dubois; mi hija segunda, janse-nista; mi hija mayor, filósofa; mi hijo único, teólogo; estoy endiablado! Palabra de honor, que si no me contuviera hacia quemar todos estos seres maléficos.

—Cuidado, monseñor, que si los mandais quemar se dirá que estais continuando el gran rey y la Maintenon.

—¡Pues que vivan! Pero ya comprendes que es para perder la cabeza el que ese muñeco escriba ya in-folios: verás cuando yo muera como hace quemar mis grabados de Dafne y de Clóe por mano del verdugo.

Por espacio de diez minutos continuó Luis sus anotaciones; luego se guardó cuidadosamente su manuscrito, llenó un gran vaso de agua, mojó en él una corteza de pan, hizo piadosamente su oracion, y saboreó con

una especie de voluptuosidad esta colacion de anaeoreta.

—¡Tambien penitencias! murmuró el regente desesperado; pero dime, Dubois, ¿quién diablos le ha enseñado todo esto?

—No he sido yo, monseñor; os respondo de ello.

El principe se levantó, y llamó de nuevo.

—¿Está de vuelta el coche? preguntó al lacayo.

—Si, monseñor.

—Pues me voy, y cuando estas damas despierten, os poneis á sus órdenes.

El lacayo se inclinó, y el principe salió con un paso de arzobispo que da su bendicion.

—Monseñor, dijo Dubois: sois un padre feliz, tres veces feliz; ¡vuestros hijos se hacen canonizar, y aun calumnian á esta santa familia! Por mi capelo de cardenal, quisiera que estuviesen aquí los principes legitimados.

—¡Pues bien! dijo el regente; voy á mostrarles cómo un padre endereza los entuer-tos de su hijo. Ven, Dubois.

—No es comprendo monseñor...

—El diablo me lleve si no me has comprendido.

—¿Yo?...

—Si, tú... allí hay una cena dispuesta...

allí hay vino que beber... allí hay dos mujeres dormidas que despertar... ¿Y no me comprendes? Dubois, tengo hambre, tengo sed; conque entremos, y tomemos las cosas donde las han dejado esos imbéciles. ¿Comprendes ahora?

—A fe mía que es una idea esa, dijo Dubois frotándose las manos, y que vos sois el único hombre que siempre se halla á la altura de su reputacion.

Las dos mugeres seguian durmiendo, Dubois y el regente dejaron su escondite, y entraron en el comedor; el principe fué á sentarse en el lugar de su hijo, y Dubois en el del caballero.

El regente cortó los hilos de una botella de vino do Champagne, y el ruido que hizo el tapon al saltar despertó á la durmiente.

—¡Ah! ¿Al fin os decidis á beber? dijo la Souris.

—Y tu á despertar, respondió el duque.

Esta voz hirió en el oido de la pobre mujer, como lo hubiera becho un sacudimiento eléctrico; se refregó los ojos, como quien no está seguro de estar despierto; se levantó á medias, y reconociendo al regente, volvió á caer en el sillón, pronunciando dos veces el nombre de Julia.

Esta estaba como fascinada por la mirada burlona y la cabeza grotesca de Dubois.

—Vamos, vamos, la Souris, dijo el duque ya veo que eres una buena muchacha, y que me has dado la preferencia: te he convidado á cenar por medio de Dubois, y teniendo mil negocios á diestra y á siniestra, has aceptado sin embargo.

La compañera de la Souris, aun mas espantada que esta, miraba á Dubois, al principio y á su amiga, ruborizándose y perdiendo su serenidad.

—¿Que teneis, señorita Julia? preguntó Dubois, ¿se engañará acaso monseñor, y habreis venido quizás por otros?

—Yo no digo eso, respondió la señorita Julia.

—La Souris se hechó á reir, y dijo:

—Si es monseñor quien nos ha hecho venir aqui, el lo sabrá, y no hay preguntas que hacer; y si no es el, entonces es indiscreto, y yo no respondo.

—¡Cuando yo te lo decia, abate! exclamó el duque riendo; ¡cuando yo te decia que esta era una muchacha de talento!

—¡Y cuando yo os decia que el vino era escelente! dijo Dubois sirviendo de beber á las señoritas y tocando con sus labios un vaso de vino de Champagne.

—Veamos la Souris, dijo el regente: ¿no reconocis este vino?

—Sin duda, monseñor; pues lo mismo

sucede con el vino que con los amantes.

—Decididamente eres la muchacha mas henrada que conozco. ¡Ah, no eres nada hipócrita! continuó el duque dando un suspiro.

—Pues bien, monseñor, repuso la Souris; puesto que la tomáis de ese modo.

—¿Qué?

—Que voy á interrogaros yo.

—Interroga, que yo responderé.

—¿Sois inteligente en sueños, monseñor?

—Yo soy adivino.

—¿Entonces podreis explicarme el mio?

—Mejor que nadie, Souris: ademas, que si me quedo corto en mi explicacion, ahí tienes al abate que me entrega dos millones al año para ciertos gastos particulares, que tienen por objeto conocer los buenos y los malos sueños que se tienen en mi reino.

—¿Y qué?

—Que si me quedo corto, el abate concluirá; dime tu sueño.

—Monseñor, ya sabeis que, cansadas Julia y yo de esperaros, nos habiamos dormido.

—Sí, ya sé eso: sigue.

—Pues bien, monseñor; no solo dormia yo, sino que soñaba.

—¿De veras?

—Sí, monseñor; yo no sé si Julia soñaba ó no; pero en cuanto á mí, oid lo que creia ver.

—Escucha, Dubois; me parece que esto va á ser interesante.

—En el sitio en que está el señor abate se hallaba un oficial, del cual no me ocupaba yo; me parece que estaba allí por Julia.

—¿Oís, señorita? dijo Dubois; hé ahí una terrible acusacion que lanzan contra vos.

Julia, que no era fuerte, y que por oposicion á la Souris, con quien siempre compartia las expediciones amorosas, le habian puesto el nombre de Rat, en vez de responderse contentó con ruborizarse.

—¿Y quién estaba en mi lugar? preguntó el duque.

—A eso iba precisamente, dijo la Souris; en el sitio en que está monseñor habia... por su puesto que en sueños...

—¡Pardiez! dijo el duque; ya está convenido eso.

—Pues habia un hermoso jóven de quince á diez y seis años; pero tan singular, que se hubiera dicho que era una muchacha, á no ser porque hablaba latin.

—¡Ah, pobre Souris! exclamó el duque; ¿qué me estás diciendo?

—En fin, despues de una hora de conversaciones teológicas, de las disertaciones mas interesantes sobre San Gerónimo y San Agustín, y de ideas en extremo luminosas sobre Jansenio, á fe mía, monseñor, que á pesar

de estar soñando, me pareció que me dormía.

—¿De modo que en este momento sueñas que sueñas?

—Sí, y me parece esto tan complicado, que curiosa por tener una esplicacion que no podia darme yo misma, ni preguntar á Julia, me he dirigido á vos, monseñor, que sois un gran adivino para obtenerla.

—Souris, dijo el duque sirviendo de beber á su vecina; prueba con cuidado ese vino, pues creo que has calumniado á tu paladar.

—En efecto, monseñor, repuso la Souris despues de haberse bebido el vaso; este vino me recuerda otro que solo he bebido en...

—¿En el Palais-Royal?

—¡Sí, eso es!

—Pues bien; si no has bebido ese vino mas que en el Palais-Royal, es porque no lo hay mas que allí, ¿no es verdad? Tú estás bastante relacionada en el gran mundo para hacer justicia á mi bodega.

—¡Oh! se la hago de todo corazon.

—Conque no habiendo este vino mas que en el Palais-Royal, es claro que yo lo he enviado aqui.

—¿Vos, monseñor?

—Yo ó Dubois, pues tu sabes que ademas de la llave de la bolsa, él tiene tambien la de la bodega.

—La llave de la bodega, puede ser, dijo la señorita Julia, que al fin se decidia á soltar una palabra; pero la de la bolsa, nadie lo sospecharia.

—¿Entiendes, Dubois? dijo el regente.

—Monseñor, dijo el abate; como S. A. ha podido notar, la niña no habla muchas veces; pero cuando habla por casualidad, lo hace como San Juan Crisóstomo, por sentencias.

—Y si he enviado aquí este vino, es claro que no puede ser sino para un duque de Orleans.

—Pero, ¿es que hay dos! dijo la Souris.

—¡Comol! dijo el regente.

—El hijo y el padre; Luis de Orleans, Felipe de Orleans.

—¡Que te quemas, la Souris; que te quemas!

—¡Comol! exclamó la bailarina prorumpiendo en una carcajada: ¿se jóven, esa muchacha, ese teólogo, esa jansenista?...

—Sigue.

—¿Que yo veia en mi sueño?

—Si.

—¿Aquí, en vuestro lugar?

—En este mismo sitio.

—¿Era monseñor Luis de Orleans?

—En persona.

—¡Ah, monseñor; en nada se os parece

famoso por la residencia de Abelardo, se alzaba una estensa y negra casa, rodeada de esos árboles espesos y sombríos de que está cubierta la Bretaña; setos de ramaje en el camino, setos en el muro del recinto, setos en todas partes, espesísimos, impenetrables aun á las miradas, y solo cortados é interrumpidos por una alta verja de madera con una cruz encima, que servía de puerta. Esta verja única no daba entrada mas que á un jardin, en cuyo fondo se veia un muro con una puertecilla estrecha y siempre cerrada. Esta morada triste parecia desde lejos una cárcel llena de dolores sombríos; mas de cerca era un convento de jóvenes Agustinas sujetas á una regla muy poco severa, atendidas las costumbres de la provincia; pero rígida, comparada á las de Versalles y de Paris.

La casa era inaccesible por tres de sus costados; pero el cuarto, que era la fachada opuesta al camino, se apoyaba en un ancho estanque de agua, que bañaba el pie del muro; á diez pies de la superficie líquida y movediza, estaban las ventanas del refectorio.

Este pequeño lago, como todo lo demas del convento, parecia cuidadosamente guardado, pues estaba cercado de altas empalizadas, que desaparecian en la estremidad

del estanque, detras de cañaverales inmensos que dominaban las anchas hojas de ninfea flotando á flor de agua, y en cuyos intervalos se abrian frescos y suaves cálices blancos y amarillos que parecian lirios en miniatura. Por la tarde, bandadas de pájaros, y sobre todo de estorninos, se posaban en estos cañaverales y gorjeaban alegremente hasta que se ponía el sol; entonces, con las primeras sombras de la noche, se esparcía el silencio por todas partes; un vapor ligero, semejante á humo, flotaba sobre el pequeño lago, y subia como un blanco fantasma en la oscuridad, cuyo silencio turbaba únicamente de vez en cuando el canto prolongado de la rana, el grito agudo de un mochuelo ó el lúgubre gemido del buho.

Una sola reja de hierro se abria sobre este lago, dando paso al mismo tiempo á las aguas de un riachuelo que lo alimentaba, y que, por la parte opuesta, salia por una reja semejante, pero sólida y que no se abria; en cuanto á deslizarse por debajo de esta, bajando ó subiendo la corriente del riachuelo, era cosa completamente imposible, en atencion á que los barrotes entraban mucho en su cauce.

En el verano se veia dormir entre los juncos y espadañas una barquita de pescador amarrada á esta misma reja, toda tapizada

vuestro hijo, y me alegro haber despertado!

—No me sucede á mi eso, dijo Julia.

—¡Qué tal! cuando yo os lo decia, monseñor, exclamó el abate: ¡Julia, hija mia, vales tanto oro como pesas!

—¿Conde me amas siempre, Souris? dijo el regente.

—El hecho es que tengo por vos una debilidad, monseñor.

—¿A pesar de tus sueños?

—Sí, monseñor; y algunas veces á causa de ellos.

—Eso no es muy adulador, si tus sueños se parecen á los de esta noche.

—¡Ah! suplico á V. A. que crea que no todas las noches me dan mareos.

Y á esta respuesta, que confirmó aun mas á S. A. R. en la opinion de que la Souris era decididamente una muchacha de talento, la cena interrumpida volvió á empezar, y duró hasta las tres de la mañana.

A cuya hora, el regente llevó á la Souris al Palais-Royal en la carroza de su hijo, mientras que Dubois conducia á Julia á su casa en el coche de monseñor.

Pero antes de acostarse, el regente, que solo con dificultad habia vencido la tristeza que tratára de combatir toda la noche, escribió una carta, y llamó á su ayuda de cámara.

—Tomad, le dijo; cuidado de que un correo extraordinario lleve esta misma mañana esta carta, y que no la entregue sino en propia mano.

La carta iba dirigida: «A sor Ursula, superiora de las ursulinas de Clisson.

IV.

Lo que pasaba tres noches despues á cien leguas del Palais-Royal.

Tres noches despues de esta noche, en la cual, para buscar desengaños sucesivos, hemos visto trasladarse al regente de Paris á Chelles, de Chelles á Meudon y de Meudon al barrio de Saint-Antoine, pasaba en los alrededores de Nantes una escena, de la que no podemos omitir el menor detalle sin dañar á la inteligencia de esta historia. Vamos pues, en virtud de nuestro privilegio de novelistas á trasladar al lector con nosotros al lugar de esa escena.

En el camino de Clisson, á dos ó tres leguas de Nantes, y cerca de aquel convento

de campanillas acuáticas y de musgo, que disimulaban bajo su verde cubierta el orin de que la humedad habia cubierto el hierro.

Esta barca era la del jardinero, que alguna vez se servia de ella para tirar la rez ó el anzuelo en las partes del estanque mas apropósito para la pesca, dando entonces á las pobres y aburridas reclusas el espectáculo de la pesca.

Pero algunas veces tambien siempre en el verano y únicamente en las noches mas oscuras, la reja del rio se abria misteriosamente, y un hombre silencioso y envuelto en una capa entraba en la barquilla, que parecia separarse por si sola del barrote á que estaba amarrada, y que deslizándose entonces sin ruido y como empujada por un sopro invisible, iba á pararse contra el muro del convento precisamente debajo de una de las ventanas del refectorio. Entonces se oia una seña imitando el canto de una rana, el chillido del mochuelo ó el ahullido del gato montés, y una jóven aparecia en aquella ventana, cuyas rejas eran bastante anchas para que pasase por ella su linda y rubia cabeza, pero cuya altura era demasiado elevada para que el joven de la capa, á pesar de los reiterados esfuerzos que habia hecho, pudiese llegar nunca hasta su mano.

Era, pues, preciso contentarse con una

conversacion muy tímida y muy tierna, cuya mitad se llevaban el rumor de las aguas ó la brisa. Despues de pasar así una hora, comenzaban los adioses, que duraban otra, y luego, en fin, cuando los jóvenes habian convenido en otra noche y otra señal, la barca se volvía por el mismo sitio, la reja se cerraba con el mismo silencio, y el joven se alejaba enviando un beso hácia la ventana, que la jóven cerraba con un suspiro.

Pero no se trata ahora del verano, pues, como hemos dicho, estamos al principio del mes de febrero del terrible invierno de 1719: los hermosos y copudos árboles están cubiertos de escarcha, los cañaverales despojados de sus alegres huéspedes, que han ido á buscar unos un clima mas templado, otros un abrigo mas caliente; las espadañas y ninfeas vejetan negras y abatidas sobre hielos verdosos, y en cuanto á la casa negra, parece mas negra aun envuelta como está en esa capa blanca que la cubre como un sudario, desde sus techos brillantes por la escarcha, hasta su escalinata cubierta de nieve. El estanque no podria ser atravesado en el batel, porque está helada su tersa superficie.

Y sin embargo, á pesar de esta noche oscura, á pesar de este frio punzante, á pesar de la completa ausencia de estrellas en el

cielo, un caballero solo, sin lacayo, salia por la puerta mayor de Nantes y se aventuraba en el campo, no siguiendo el camino real que conduce de Nantes á Clisson, sino uno de travesía que desembocaba en este mismo camino á unos cien pasos de los fosos: apenas estuvo en él dejó caer la brida sobre el cuello de su montura, escelente caballo de raza, que en vez de correr aturdidamente como hubiera hecho otro menos bien enseñado, se contentò con tomar un trote bastante moderado para dejarle colocar los pies con precaucion y seguridad sobre aquel camino que parecia terso como una mesa de villar, pero que todo él estaba lleno de agujeros y piedras que ocultaba traidoramente la nieve. Por espacio de un cuarto de hora todo fué bien; sin oponerse la brisa á la marcha del caballero, hacia ondear los plieges de su capa los árboles, esqueletos negros, huian á derecha é izquierda como fantasmas, mientras que la reververacion de la nieve, única luz que guiaba la marcha aventurera del caballero, alumbraba únicamente lo preciso para que pudiese seguir el camino que llevaba: mas á pesar de las precauciones instintivas tomadas por el caballo, el pobre animal tropezó con un guijarro, y estuvo á punto de caer; sin embargo, esto fué cosa de un instante, pues se levantò en el momento

en que sintió la brida: pero el ginete no pudo menos de conocer, á pesar de su preocupacion, que el caballo comenzaba á cojear. Al principio no se inquietó por ello, y continuó su camino; pero pronto se hizo mas marcada la claudicacion, y pensando el jóven que algun pedazo de guija se habria clavado, hechó pié á tierra y examinó el casco, que le pareció, no solo desherrado, sino tambien ensangretando: en efecto, miró á la nieve, vió una mancha rojiza que no le dejaba duda alguna de que su caballo estaba herido.

El jóven parecia vivamente contrariado por este accidente, y sin duda pensaba en los medios de remediarlo, cuando creyó oir los pasos de una cabalgata, á pesar del tapiz de nieve que cubria el camino. Aplicó el oido un instante para cerciorarse, convenciéndose luego de que muchos hombres á caballo llevaban el mismo camino que él, y conociendo que si estos hombres iban por ventura persiguiéndole no podian tardar mucho en alcanzarlo, tomó su partido al instante: volvió á montar á caballo, hízole andar diez pasos fuera del camino, colocóse con él detrás de algunos árboles derribados, y preparando la espada y una pistola, esperó.

En efecto, unos caballeros llegaban á to-

do correr, y á pesar de la oscuridad, se distinguian sus capas oscuras y el caballo blanco de uno de ellos; eran cuatro, y marchaban sin hablar: el desconocido, por su parte, retenia el aliento, y el caballo, como si comprendiese el peligro que corria su amo, estaba inmóvil y silencioso como él. No oyendo ningun ruido, la cabalgata pasó el grupo de troncos que ocultaba á caballo y caballero, y ya se creia este último desembarazado de aquellos importunos quienes quiera que fuesen, cuando de repente paró la cabalgata; el que parecia gefe de ella se apeó, sacó una linterna sorda de los pliegues de su capa, y alumbró el camino. Como en este no vieron ya el bulto que siguieran hasta entonces, creyeron que lo habrian adelantado, y volvieron atras para reconocer el sitio en que caballo y caballero habian tropezado, dando entonces algunos pasos, el que llevaba la linterna la dirigió hácia el grupo de árboles, en medio del cual les fué fácil distinguir, á pesar de su silencio y de su inmovilidad, un ginete con su caballo.

Al instante se oyó el ruido de muchas pistolas que se armaban.

—¡Hola, señores! dijo entonces el caballero del caballo herido: ¿quien sois, y que quereis?

—Es el murmuraron dos ó tres voces, no nos habíamos equivocado.

El hombre de la linterna continuó entonces adelantándose en dirección del caballero desconocido.

—Si dais un paso mas, os mato, dijo el caballero; decid al instante vuestro nombre para que yo sepa con quien me las hé.

—No mateis á nadie, Sr. de Chanlay, respondió el hombre de la linterna con voz tranquila, y guardad esas pistolas en sus fundas.

—¡Ah! ¿Sois vos, marqués de Pontcalée? respondió aquel á quien se habia dado el nombre de Chanlay.

—Si, señor; yo soy.

—¿Y qué venis á hacer aquí?

—A pedir os algunas esplicaciones sobre vuestra conducta; acercaos, y responded, si gustais.

—Haceis la invitacion de una manera singular, marques: ¿no podriais, si deseais que responda á ella, hacerla en otros términos, y darle otra forma?

—Acercaos, Gaston, dijo otra voz, que realmente tenemos que hablaros, querido.

—Sea en buen hora, dijo Chanlay; reconozco vuestro modo de hacer las cosas, Montlouis, pero confieso que aun no estoy acostumbrado á las maneras del marqués de Pontcalée.

—Mis maneras son las de un franco y ru-

do breton que nada tiene que ocultar á sus amigos, respondió el marqués, y que no se opone á que le interroguen tan francamente como él pregunta á los demas.

—Me uno á Montlouis, dijo otra voz, para suplicar á Gaston que se explique amigablemente; me parece que nuestro primer interes es no hacernos la guerra.

—Gracias Couedie, dijo el caballero; tambien es ese mi parecer, y en consecuencia, héme aqui.

Y diciendo estas palabras ya pacíficas, el jóven metió la pistola en su funda y la espada en su vaina, y se acercó al grupo que estaba en medio del camino, esperando el resultado de la conferencia.

—Sr. de Talhouet, dijo el marqués de Pontcalée con el tono de un hombre que ha adquirido ó á quien han concedido el derecho de dar órdenes; poneos de centinela, y que nadie se acerque sin que seamos prevenidos.

El Sr. de Talhoue obedeció, y comenzó á describir círculos al rededor del grupo, no cesando un instante de estar al acecho, segun le habian indicado.

—Y ahora, dijo el marqués de Pontcalée volviendo á caballo, apaguemos la linterna, puesto que ya hemos encontrado á nuestro hombre.

Señores, dijo entonces el caballero de Chanlay, permitidme que os diga que me parece extraño todo lo que pasa en este momento. Segun parece, es á mi á quien seguiais realmente; es á mi á quien buscábais pues que habiéndome encontrado apagais la linterna. Veamos, ¿qué significa esto? Si es una broma, os confieso que la hora y el lugar me parecen mal escogidos....

—No, caballero, respondió el marques de Pontcalée con su tono duro y recortado; esto no es una broma, sino un interrogatorio.

—¿Un interrogatorio? dijo el caballero de Chanlay arrugando el entrecejo.

—Es decir, una esplicacion, dijo Montlouis.

Interrogatorio ó esplicacion, repuso Pontcalée, poco importa; la circunstancia es demasiado grave para argüir sobre el sentido de las palabras; interrogatorio ó esplicacion, repito, responded á nuestras preguntas, Sr. de Chanlay.

—Muy duramente mandais, marques, repuso el caballero.

—Si mando, es porque debo hacerlo; ¿soy ó no vuestro jefe?

—Si tal que lo sois; pero esa no es una razon para olvidar los miramientos que se deben entre caballeros.

—¡Sr. de Chanlay, todas esas dificultades

se parecen mucho á escapatorias; habeis hecho juramento de obedecer; conque obedeced!

—Sin duda que he hecho juramento de obedecer, replicò el caballero; pero no como un lacayo.

—Habeis jurado obedecer como un esclavo; obedeced, pues, ó sufrireis los resultados de vuestra desobediencia.

—¡Señor marqués!

—Vamos, mi querido Gaston, dijo Montlouis, habla y será lo mejor, pues con una palabra puedes destruir todas nuestras sospechas.

—¡Sospechas! exclamó Gaston pálido y estremeciéndose de cólera: ¿conque sospechais de mi?

—Sin duda que si, repuso Pontcalée con su ruda franqueza. ¿Creeis que si no sospecháramos de vos nos habríamos divertido en seguiros con un tiempo como el que hace?

—¡Oh, eso es distinto, marques! repuso friamente Gaston; si sospechais de mi, decid las sospechas, que ya escucho.

—Caballero, recordad los hechos; nosotros cuatro conspirábamos juntos, sin reclamar vuestro apoyo, y vos llegásteis á ofrecérmolo diciendo que, además del bien general que queríais ayudarnos á hacer, teniais

por vuestra parte una ofensa particular que vengar: ¿es así como os presentásteis?

—Así fué.

—Entonces os acogimos como un amigo, como un hermano, y os confiamos todas nuestras esperanzas y proyectos: además, os elegimos por suerte para dar el golpe más útil y más glorioso. Todos nos ofrecimos entonces á tomar vuestro lugar, pero os negásteis á ellos... ¿no es cierto?

—No decís una palabra que no sea la pura verdad, marques.

—Esta mañana fué cuando echamos suertes... esta noche debíais estar camino de París... ¿Y á dónde os encontramos en vez de esto? En el camino de Clisson, donde viven los más mortales enemigos de la independencia bretona, donde vive el mariscal de Montesquiou, nuestro enemigo jurado.

—¡Ah! dijo desdeñosamente Gaston.

—Responded con palabras francas y no con sonrisas despreciativas; responded, Sr. de Chanlay; yo os lo mando.

—¿Y sobre qué quereis que responda?

—Sobre vuestras frecuentes ausencias hace dos meses; sobre el misterio de que envolvéis vuestra vida, rehusando una ó dos veces por semana asistir á nuestras reuniones nocturnas. Gaston, os lo confesamos francamente; todos esos misterios nos tienen

inquietos, y una sola palabra vuestra puede tranquilizarnos.

—Bien veis que érais culpable, caballero, cuando os ocultábais en vez de proseguir vuestro camino.

—No podia continuar, porque mi caballo se ha herido, como podeis ver por la sangre que mancha la nieve.

—Pero ¿por qué os ocultábais?

—Porque antes de todo queria saber quiénes me perseguian... ¿No debo temer que me prendan tanto como vosotros?

—Pero, en fin, ¿donde íbais?

—Si hubiérais continuado siguiéndome de lejos, como hicisteis hasta aqui, entonces habrías visto que no era á Clisson.

—¿Ni á Paris tampoco?

—Señores, os suplico tengais confianza en mi... Este es un secreto de jóven; un secreto en el cual está comprometido, no solo mi honor, sino tambien el de otra persona, y no sabeis vosotros cuán estremada es mi delicadeza en este punto.

—¿Es acaso un secreto de amor? dijo Montlouis.

—Si, señores; y un secreto de primer amor, respondió Gaston.

—¡Escusas! exclamó Pontcalée.

—¡Marques! prorumpió Gaston con altivez.

—Eso es decir muy poco, amigo mio, repuso Douedie. ¿Cómo hemos de creer que vas á una cita con este tiempo abominable, y que esta cita no es en Clisson, cuando, salvo el convento de las Agustinas, no hay una sola casa á diez leguas á la redonda?

—Señor de Chanlay, dijo el marques de Pontcalée muy agitado; habeis jurado obedecerme como á vuestro jefe, y entregaros en cuerpo y alma á nuestra santa causa: Sr. de Chanlay, la partida que hemos emprendido es grave, pues jugamos en ella nuestros bienes, nuestra libertad, nuestra cabeza, y, mas que todo esto, nuestro honor. ¿Quereis responder clara y categòricamente á las preguntas que voy á dirigiros en nombre de nosotros todos, y responder de manera que no nos quede la menor duda? Si no, Sr. de Chanlay, á fe de caballero y en virtud del derecho de vida y muerte sobre vos que me habeis dado de libre voluntad, á fe de caballero, repito que os levanto la tapa de los sesos.

Un profundo y triste silencio acogió estas palabras; pero ni una voz sola se alzó para defender á Gaston, que fijó los ojos sucesivamente en sus amigos, y sus amigos apartaron la vista de él.

—Marqués, dijo entonces el caballero con voz conmovida: no solo me insultais sospe-

hando de mí, si que tambien me partís el corazon afirmando que yo no puedo destruir esas sospechas sino iniciándoos en mi secreto. Tomad, añadió sacando una cartera del bolsillo, escribiendo algunas palabras con un lápiz, y rompiendo en seguida la hoja: aquí está el secreto que quereis saber: con una mano lo tengo, y con la otra armo una pistola; ó me haceis una reparacion del ultrage de que acabais de cubrirme, ó á mi vez tambien os doy palabra de caballero que me salto la tapa de los sesos. Muerto yo, abrireis mi mano, leereis este billete, y vereis entonces si merecia una sospecha semejante.

Y Gaston se acercó la pistola á la sien con la fria resolucion que indica que los hechos van á seguir á las palabras.

—¡Gaston, Gaston, exclamó Montlouis mientras que Couedie lo asia por un brazo; detente en nombre del cielo! Marques, lo hará como lo dice: perdonadle, y os lo dirá todo. ¿No es verdad, Gaston, que no tendrás secretos para tus hermanos cuando te supliquen que se lo digas todo en nombre de sus mugeres y de sus hijos?

—¡Ciertamente que le perdono, dijo el marques; y aun mas, que le amo, bien lo sabe él, pardiez! Que nos pruebe únicamente su inocencia, y al instante le hago todas

las reparaciones que le son debidas; pero antes, nada: él es jóven, está solo en el mundo, y no tiene como nosotros mujer, madre é hijos cuya felicidad y fortuna esponga: él no arriesga mas que su vida y hace el caso de ella que se hace á los veinte años; pero juega con su vida las nuestras, y sin embargo, que nos diga una sola palabra, que nos presente una justificacion probable, y yo seré el primero que le abra mis brazos.

—¡Pues bien! marques, dijo Gaston despues de algunos segundos de silencio; seguidme, y quedareis satisfecho.

—¿Y nosotros? preguntaron Montlouis y Coudie.

—Venid tambien, señores; todos sois caballeros, y no arriesgo mas confiando mi secreto á cuatro que á uno solo.

El marques llamó á Talhouet, que habia estado de guardia durante todo este tiempo, y fué á reunirse al grupo, siguiendo al caballero sin hacer una sola pregunta sobre lo que habia pasado.

Entonces continuaron los cinco hombres su camino, pero mas lentamente, porque el caballo de Gaston cojeaba: el caballero, que les servia de guia, los condujo hácia el convento que ya conocemos, y al cabo de una media hora llegaron á las márgenes del riachuelo: á diez pasos de la reja se paró Gaston, y dijo:

—Aquí es.

—¿Aquí?

—¿En este convento de agustinas?

—Aquí mismo, señores; en este convento hay una jóven, á quien amo hace un año por haberla visto en la procesion del Corpus en Nantes: ella tambien me vió, la seguí, la espíé, é hice de modo que llegó una carta á sus manos.

—¿Pero como la veis? preguntó el marques.

—Cien luises han puesto al jardinero en mis intereses, y me ha dado una llave de esta reja: en el verano llego en la lancha hasta debajo de los muros del convento: á diez pies de la superficie de las aguas hay una ventana pequeña donde ella me espera, y si hiciera mas claro podríais distinguirla desde aqui, aunque yo la veo á pesar de la oscuridad.

—Sí, ya comprendo como lo haceis en el verano, repuso el marques; pero ahora no puede navegar la barquilla.

Verdad es, señores; pero á falta de barca hay esta noche una capa de hielo por la cual iré; tal vez se rompa y me sumerja; pero tanto mejor, pues entonces vuestras sospechas me seguirán y desaparecerán conmigo.

—Tengo un peso enorme de menos en el pecho, dijo Montlouis. ¡Ah, Gaston; me ha-

ces feliz, pues Comedie y yo habíamos respondido de ti!

— ¡Ah, caballero! exclamó el marques; ¡perdonadnos, abrazadme!

— Con mucho gusto, marques; pero habeis destruido una parte de mi felicidad.

— ¡Como!

— ¡Ay, yo queria ser solo en saber que amaba, pues tanta necesidad tengo de ilusion y de valor! ¿No voy á dejarla esta noche para no volverla á ver jamás?

— ¿Quién sabe, caballero? Me parece que vislumbrais el porvenir muy tristemente.

— Yo sé lo que digo, Montlouis.

— Si salis bien del lance, y con vuestro valor, resolucion y sangre fria debeis salir, entonces la Francia es libre, caballero; entonces la Francia os debe su libertad, y se-reis dueño de hacer lo que os agrade.

— ¡Ah, marques! si sálgo bien, será por vosotros: en cuanto á mi, mi suerte está fijada.

— ¡Vamos, caballero, valor! y entre tanto, permitidnos que os veamos trabajar un poco en vuestras empresas amorosas.

— ¡Todavía desconfianza, marques!

— Siempre, querido Gaston; yo desconfio hasta de mí mismo, y esto es muy natural, despues del honor que me habeis hecho todos en nombrarme vuestro jefe: sobre mí

pesa toda la responsabilidad, y debo velar por vosotros á pesar vuestro.

—Pues en todos casos, mirad; tan ansioso estoy de llegar al pie de aquel muro, como vos de verme llegar así es que no os haré esperar mas tiempo.

Gaston ató su caballo á un árbol: gracias á una tabla que habia echada, á manera de puente, sobre el riachuelo, abrió la reja, y habiendo seguido algun tiempo las empalizadas, puso al fin los pies sobre el hielo, que al instante crugió de una manera sorda y prolongada.

—¡En nombre del cielo! exclamó Montlouis á media voz; nada de imprudencias, Gaston.

—¡Por Dios, marques; mirad, mirad!

—¡Os creo, os creo, Gaston! dijo Pontcalée.

—Pues eso redobla mi valor, dijo el caballero.

—Una palabra, Gaston: ¿cuando marchareis?

—Mañana á estas horas, marques, ya habré yo andado veinte y cinco ó treinta leguas del camino de París.

—Pues venid entonces para que nos despidamos y abracemos: venid, Gaston.

—Con mucho gusto.

Y el caballero volvió atrás, y luego fué

abrazado cordialmente por los cuatro caballeros, que esperaron, para alejarse, que él hubiese llegado al término de su peligroso paseo, para prestarle auxilio si llegaba á necesitarlo.

V.

De cómo la casualidad arregla algunas veces las cosas de manera que causa vergüenza á la Providencia misma.

A pesar de los crugidos de la nieve, Gaston prosiguió audazmente su camino, porque á medida que se acercaba distinguía una cosa que le hacia latir el corazon; era que las lluvias del invierno habían hecho subir las aguas del pequeño lago, y que, llegando al pie del muro, sin duda iba á poder alcanzar á la ventana.

Y no se engañaba; llegado el término de su camino, juntó las manos, imitó el ahullido del gato montés y se abrió la ventana.

Al instante, dulce recompensa del peligro que habia corrido, vió aparecer, casi á la altura de la suya, la hermosa cabeza de su

amada, mientras que una mano dulce y tibia buscaba y encontraba su mano: era esta la primera vez, y Gaston asió aquella mano con trasporte, cubriéndola de besos.

—Gaston, habeis venido sobre el hielo á pesar del frio, ¿no es verdad? Bien os lo habia prohibido en mi carta sin embargo.

—Con vuestra carta sobre mi corazon, Elena, me parecia no correr ningun peligro. ¿Pero que teneis que decirme tan triste y tan serio? ¡Habeis llorado!....

—¡Ay, amigo mio; no hago otra cosa desde esta mañana!

—Desde esta mañana, murmuró Gaston con triste sonrisa; ¡es extraño! Y yo tambien hubiera llorado desde esta mañana á no ser hombre.

—¿Que decis, Gaston?

—Nada, amiga mia; volvamos á nosotros. ¿Cuales son vuestras penas, Elena? Decid-melas.

—¡Ay! bien sabeis que yo no me pertenezco, que soy una pobre huérfana educada aqui, sin tener mas pátria ni mas mundo que este convento; jamás he visto á nadie á quien pudiese aplicar el nombre de padre y de madre: creo que esta ha muerto, y siempre me han dicho que mi padre estaba ausente; yo dependo, pues, de un poder invisible, que solo se revela á nuestra supe-

riora que esta mañana me ha llamado, y con lágrimas en los ojos me ha anunciado mi marcha.

—¡Vuestra marcha, Elena! ¡Dejais este convento!

—¡Sí, Gaston; mi familia me reclama.

—¡Vuestra familia, Dios mío! ¿Qué nueva desgracia es esta?

—¡Oh! sí, es una desgracia, aunque la buena superiora me haya felicitado como si fuera una dicha. Yo era muy feliz en este convento, y no pedía al Señor otra cosa que permanecer en él hasta el instante en que fuese vuestra muger. El Señor lo dispone de otro modo; ¿qué va á ser de mí?

—Y esa órden que os sacan del convento....

—No admite ni discusion ni tardanza, Gaston. ¡Ay! parece que pertenezco á una familia poderosa y que soy hija de un gran señor: cuando la buena superiora me anunció que era preciso dejarla, me desbice en lágrimas, me eché á sus pies, y le dije que solo pedía una cosa, y era no abandonarla jamás. Entonces sospechó ella que habia otro motivo que el que yo le daba; me interrogó, me instó, y perdonadme, Gaston, yo tenia necesidad de confiar mi secreto á alguien, necesidad de quejarme y ser consolada, y se lo dije todo; que os amaba y me

amábais, menos la manera que teníamos de vernos, pues temí, si decia esto, que me impidiesen veros la última vez, y yo queria decirs adios.

—Pero ¿no habeis dicho, Elena, cuáles eran mis proyectos sobre vos? ¿Que ligado ahora á una asociacion que dispone de mí por seis meses, un año tal vez, cuando espire este término y vuelva libre, en fin, mi nombre, mi mano, mi fortuna, mi vida entera os pertenecerá?

—Lo he dicho, Gaston, y eso me ha hecho pensar que sea hija de algun gran señor, porque la buena madre Ursula me respondió entonces: «Es preciso olvidar al caballero, hija mia, porque ¿quién sabe si vuestra familia consentiria en esa union?»

—¿Pero no soy yo de una de las familias mas antiguas de la Bretaña, y, sin que sea rico, no es independiente mi fortuna? ¿Le habeis hecho esta observacion, Elena?

—¡Oh! yo le dije: «Gaston me aceptaba huérfana, sin nombre y sin fortuna... pueden separarme de él, madre mia, ¡pero seria una cruel ingratitud que yo le olvidase, y no le olvidaré nunca!»

—¡Elena, sois un ángel! ¿No sospechais quienes puedan ser los parientes que os reclaman, ni cuál es la suerte desconocida que os está destinada?

—No; parece que esto es un secreto profundo, inviolable, del cual depende toda mi felicidad futura; pero, Gaston, temo que esos parientes sean demasiado grandes señores, porque me ha parecido que la misma superiora me hablaba... no sé cómo deciros esto. Gaston; me hablaba con respeto...

—¿A vos, Elena?

—Sí.

—¡Vamos, tanto mejor! dijo Gaston dando un suspiro.

—¡Cómo tanto mejor! exclamó Elena, Gaston, ¿os alegraríais de nuestra separacion?

—No, Elena; pero me alegro que encontréis una familia en el momento tal vez en que vais á perder un amigo.

—¡Perder un amigo, Gaston! Yo no tengo mas amigo que vos; ¿voy á perderos por ventura?

—Al menos me voy á ver obligado á dejáros por algun tiempo, Elena.

—¿Qué quereis decir?

—Quiero decir que el destino ha tomado por tarea hacernos semejantes en un todo, y que no sois vos la sola en ignorar lo que os aguarda el dia de mañana.

—Gaston, Gaston, ¿qué significa ese extraño language?

—Que yo tambien, Elena, me veo empujado por una fatalidad, á la cual es preciso

que obedezca; que yo tambien estoy sometido á un poder superior é irresistible.

—¿Vos? ¡Dios mio!

—A un poder que me condenará tal vez á abandonaros dentro de ocho dias, de un mes y no solo á abandonaros, sino tambien á salir de Francia.

—¿Qué me estais diciendo, Gaston!

—Lo que en medio de mi amor, ó mas bien de mi egoismo, no habia osado deciros todavia: yo caminaba hácia esta hora con los ojos cerrados; esta mañana los he abierto, y es preciso que os deje, Elena.

—¿Mas para qué? ¿Qué habeis emprendido? ¿Qué va á ser de vos?

—¡Ay! tenemos cada cual nuestro secreto, Elena, dijo el caballero moviendo tristemente la cabeza: que el vuestro no sea tan terrible como el mio, es todo lo que pido á Dios.

—¡Gaston!

—¿No habeis dicho la primera que era preciso separarnos, Elena? La primera tambien, ¿no habeis tenido el valor de renunciar á mí? ¡Pues bien! Dios os bendiga por ese valor que me da el ejemplo, porque yo, ¡oh! yo no lo tenia.

Y diciendo estas palabras, el jóven apoyó de nuevo sus labios en la bella mano que no se habia pensado un instante en separar de

las suyas; y á pesar de los esfuerzos que hizo sobre si mismo, Elena conoció que lloraba amargamente.

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! murmuró ella; ¿qué hemos hecho al cielo para ser tan desgraciados?

A esta esclamacion alzó el jóven la cabeza, y dijo como hablando consigo mismo:

—¡Vamos, vamos, valor! Hay en la vida necesidades contra las cuales es inútil defenderse, obedezcamos, pues, cada uno por nuestra parte, Elena; obedezcamos sin lucha, sin murmurar, y tal vez desarmemos la suerte á fuerza de resignacion. ¿Podré volver á veros antes de que marcheis?

—Creo que no, pues marchó mañana.

—¿Y qué camino llevais?

—El de Paris.

—¡Como!... ¿Vais?...

—Voy á Paris.

—¡Gran Dios! exclamó Gaston; ¡y yo tambien!

—¿Y vos tambien, Gaston?

—Si, yo tambien. ¡Elena! nos equivocá- bamos, pues así no nos separaremos.

—¡Oh, Dios mio! ¿Qué me estais diciendo, Gaston?

—Que hacíamos mal en acusar á la Pro- vidence, y que se venga concediéndonos mas de lo que hubiésemos osado pedirle. No

solo podremos vernos todo el camino, sino tambien en Paris, donde no estaremos enteramente separados.—¿Como viajais?

—Creo que en la carroza del convento, la cual irá por la posta, pero á pequeñas jornadas, para no cansarme.

—¿Y con quién marchais?

—Con una religiosa que me dan para que me acompañe, y que se volverá al convento cuando me haya entregado en manos de las personas que me esperan.

—Entonces todo va bien, Elena; yo iré á caballo como un viajero desconocido; todas las noches os hablaré, y cuando no consiga hablaros, os veré al menos, y asi no estaremos separados sino á medias.

Y los dos jóvenes, con la estremada confianza de su edad en el porvenir, despues de haberse acercado aquella misma noche con las lágrimas en los ojos y la turbacion en el espíritu, se despidieron con la sonrisa en los labios y la esperanza en el corazon.

Gaston atravesó por segunda vez y con igual écsito que la primera el helado estanque, y se dirigió al árbol en que quedó atado su caballo herido; pero en vez de este encontró el de Montlouis, y gracias á esta atencion de su amigo, dió la vuelta á Nantes en menos de tres cuartos de hora, sin haber tenido ningun mal encuentro.

VI.

El Viage.

En el resto de la noche escribió Gaston su testamento, que al dia siguiente depositó en el oficio de un escribano de Nantes.

Legaba todos sus bienes á Elena de Chaverny, suplicándole si el moria que no por eso renunciase el mundo, sino que dejase ir su bella existencia por el camino que le estaba destinado; pero como el era el último de su familia, le pedia que, en recuerdo suyo, pusiese el nombre de Gaston á su primer hijo.

Despues fué á ver por última vez á sus amigos, y especialmente á Montlouis, con quien estaba mas unido; espresó á todos la confianza que tenia en el éxito de la empresa; recibió de Pontcalée la mitad de una moneda de oro y una carta, que debia entregar á cierto capitan La Jouquiere, correspondal de los conjurados en Paris, y el cual debia poner á Gaston en relaciones con los personajes importantes que iba á buscar en

la capital; metió en su valija todo el dinero contante que pudo reunir, y acompañado únicamente de un doméstico, llamado Oven que hacia tres años estaba á su servicio, y al cual creia poder fiarse, salió de Nantes solo, porque sus cuatro compañeros juzgaron prudente no acompañarlo un trecho, por temor de despertar sospechas.

Era mediodiá; un magnífico sol de invierno alumbraba los campos resplandecientes de nieve; gotas de agua congelada, que pendian de las ramas de los árboles, reflejaban los rayos del sol como si fueran estatísticas de diamantes; y sin embargo, el ancho camino estaba casi desierto, sin ver delante ni detras nada que se pareciese á aquella carroza del convento, verde y negra, tan conocida de Gaston, y en la cual las buenas agustinas de Clisson enviaban á buscar ó devolvian las pensionistas á sus familias. Gaston manifestaba en su rostro esa alegría mezclada de angustias que oprime el corazón del hombre á la vista de las bellezas de la naturaleza que un suceso fatal é inevitable quizás puede hacer perder para siempre.

El orden de las paradas estaba fijado hasta el Mans entre Gaston y sus amigos, pero muchas razones incitaban al jóven á invertir este orden; primero la helada, que habia puesto al camino brillante como un espejo,

obstáculo insuperable y que Gaston hubiera mirado como tal aun cuando hubiese podido atravesarlo, porque le era necesario no ir demasiado deprisa: solo para su lacayo fingió apresurarse mucho; pero habiéndose resbalado dos veces el caballo de Gaston, y caido del todo el de Oven, se presentó una ocasion muy natural para continuar el camino al paso.

Desde el momento de salir parecia el lacayo mas apresurado que su amo; verdad es que era de esa clase de gentes que desean siempre llegar pronto, en atencion á que, no proporcionando un viaje mas que fastidios y trabajos, quieren abreviarlos todo lo posible. Ademas, adoraba á Paris en Perspectiva, aunque jamás lo habia visto; pero le habian hecho de él relaciones tan maravillosas, decia, que si hubiera podido poner alas á los pies de los caballos, la distancia se habria salvado algunas horas.

Gaston fué, pues, muy pausadamente hasta Oudon; pero la carroza de las agustinas habia marchado mas despacio todavia, pues en estos tiempos la posta en los caminos reales, salvos para aquellos que podian hacer andar, no á los caballos sino á los postillones con el látigo en la mano, era un rodar bastante pausado, y mucho mas cuando se trataba de carruajes de damas.

El caballero hizo alto en Oudon, donde escogió la posada del *Carro coronado*, la cual tenia á la calle dos ventanas salientes que dominaban todo el camino: además, se habia informado de que esta posada, ilustre entre todas las de la villa, era el punto de reunion habitual de casi todos los coches.

Mientras que se preparaba la comida, y podian ser las dos de la tarde, poco mas ó menos, Gaston, de centinela en la ventana, á pesar del frio, no perdió de vista un solo instante el camino; pero solo vió, en cuanto pudo alcanzar su vista, pesados carros y coches llenos de gente; pero nada absolutamente del carruaje verde y negro tan esperado.

Entonces, en su impaciencia, pensó Gaston que Elena le habria precedido y que estaria en la posada. En consecuencia se dirigió á una ventana que daba al patio, y desde la cual podia hacer fácilmente la inspeccion de todos los carruajes que estuviesen en los cobertizos. No estaba la carroza del convento entre ellos; mas no por eso dejó su observatorio, porque vió que su lacayo hablaba activamente con un hombre vestido de gris, y que se ocultaba en una capa cortada á manera de las que usaban los militares de la época. Despues de su conversacion con Oven, este hombre montó en un buen caballo de posta, y á pesar de la nie-

ve y del hielo, salió como jinete que tiene sus razones para ir de prisa, por mas que, al hacerlo así, debiera romperse la cabeza. Pero ni se resbaló ni cayó, y por el ruido que hizo el caballo al alejarse, adivinó Gaston que se dirigia hácia Paris.

En este momento levantó el lacayo los ojos y vió á su amo que le miraba; púsose muy encendido, y como hombre sorprendido en una falta, pretendió fingir tranquilidad limpiando los paramentos de su vestido y sacudiéndose la nieve que tenia en los pies. Gaston le hizo seña de que se acercase al pie de la ventana, y obedeció, por mas que esta órden le fuese evidentemente desagradable.

—¿A quien hablabas ahí, Oven? preguntó el caballero.

—A un hombre señor Gaston, respondió aquel con ese aire de necedad mezclado de malicia peculiar á los campesinos.

—¡Muy bien!...¿Pero quien era ese hombre?

—Un viajero, un soldado que me preguntaba su camino, señor caballero.

—¡Su camino! ¿Para donde?

—Para Rennes.

—Pero tu no lo sabes, porque no eres de Oudon, ¿eh?

—Por eso fui á preguntárselo al huesped Sr. Gaston.

—¿Y por qué no fué el mismo?

—Habia tenido una disputa con el á propósito del precio de su comida, y no queria dirigirle la palabra.

—¡Hum! murmuró Gaston.

Nada mas natural que todo esto, y sin embargo, Gaston volvió á su cuarto pensativo; ese hombre, que siempre le habia servido fielmente, era sobrino del primer ayuda de cámara del Sr. Montaran, antiguo gobernador de Bretaña, á quien las quejas de la provincia habian hecho reemplazar por Mr. de Montesquiou; este tio era el que habia hecho á Oven el brillante cuadro de Paris que le introdujera en el corazon tan grande deseo de ver la capital, deseo que, contra toda probabilidad, iba á realizarse.

Pero reflexionando en ello, pronto se disiparon las dudas que Gaston habia concebido sobre Oven, y se echó en cara su timidez, cuando se trataba de adelantar en una senda que ecsigia todo su valor. Sin embargo, la nube que súbitamente habia cubierto su frente al ver á Oven charlando con el hombre de lo gris no se desvaneció del todo; entre tanto, el coche verde y negro no llegaba.

Pensó un momento,—los corazones mas puros tienen á veces estas ideas vergonzosas,—que Elena habia buscado un rodeo

para separarse de él; pero pronto reflexionó que en los viajes todo se vuelve accidentes y tardanzas. Así fué que se sentó á la mesa, aunque ya hacia tiempo que terminára su comida, y como Oven le miraba con sorpresa, le pidió vino, conociendo la necesidad que tenia de aparentar indiferencia, como el mismo Oven la habia tenido un cuarto de hora antes.

Oven habia ya tenido el cuidado de llevarse la botella que le pertenecia de derecho, y mirando á su amo, que ordinariamente era muy sobrio, repitió con aire estupefacto:

—¿Vino?

—¡Si, vino! dijo Gaston impaciente; quiero beber... ¿qué hay de extraño en esto?

—Nada, señor, respondió Oven.

Y fué hasta la puerta á transmitir la orden de su amo á un mozo, que llevó otra botella.

Gaston se sirvió un vaso de vino, lo bebió, y se llenó otro.

Oven abria los ojos como el puño.

En fin, pensando que era de su deber y de su interés al mismo tiempo, pues esta segunda botella tambien le pertenecia como la primera, de tener á su señor en la pendiente funesta en que parecia aventurarse, le dijo:

—Señor, he oido contar que beber con

frio entorpece mucho á un ginete, y olvidais que aun nos queda por andar un camino muy largo, y que mientras mas esperemos mas frio hará; sin contar con que, si nos tardamos mucho, podriamos no encontrar ya caballos de postas.

Gaston estaba absorto en sus pensamientos, y no respondió la menor palabra á esta observacion, por justa que fuese.

—Os haré observar, continuó Oven, que pronto serán las tres, y que ya es de noche á las cuatro y media.

Esta insistencia del lacayo sorprendió á Gaston.

—Muy de prisa estás, Oven, le dijo. ¿Tendrías acaso cita con ese viajero que te ha preguntado su camino?

—Bien sabe el caballero que eso es imposible, respondió Oven sin desconcertarse, puesto que ese viajero iba á Rennes, y nosotros vamos á Paris.

Sin embargo, á la mirada fija de su amo, Oven no pudo menos de ruborizarse, y ya abria Gaston la boca para hacerle otra pregunta, cuando se oyó el ruido de un coche. Gaston corrió á la ventana, y vió la carroza verde y negra.

Entonces lo olvidó todo, y dejando á Oven que se repusiera á sus anchas, salió fuera del aposento.

Ahora tocó á Oven el turno de ver por la ventana qué importante objeto habia podido causar esta distraccion en el ánimo de su señor, y vió el coche verde y negro que paraba. Un hombre envuelto en una espesa capa bajó el primero del pescante, y abrió la portezuela, por la cual vió salir una mujer jóven, envuelta en un manto negro, y detras una hermana agustina. Anunciando las dos damas que continuarian su camino despues de comer, pidieron un aposento particular. Mas para llegar á este aposento les era preciso atravesar la sala común donde estaba Gaston, al parecer indiferente. Elena y el caballero cambiaron una mirada rápida, pero significativa, y con gran satisfaccion de Gaston, reconoció en el hombre de la capa espesa al jardinero del convento, del cual tenia, como ya sabemos, la llave de la reja. En las circunstancias en que se encontraba, era este un poderoso ausiliar.

Sin embargo, Gaston, con una calma que hacia honor á su poder sobre si mismo, dejó pasar al jardinero sin detenerlo: mas cuando vió que este atravesaba el patio y entraba en la cuadra, lo siguió para interrogarle. Quedábale un último recelo, y era que el jardinero no llegase mas que hasta Oudon, y que se volviera inmediatamente al convento.

Pero á las primeras palabras quedó tranquilo Gaston; el jardinero acompañaba á las dos damas hasta Rambouillet, término momentáneo del viaje de Elena; y despues se volvia al convento de Clisson con la hermana Teresa, que era el nombre de la agustina, á quien la superiora no habia querido dejar espuestas sola á los peligros de un camino tan largo.

Al concluir esta conversacion, que habia tenido lugar en el umbral de la puerta de la cuadra, Gaston alzó los ojos á su vez, y vió á Oven que le miraba; esta curiosidad de su lacayo le desagradó.

—¿Que haceis ahí? preguntó el caballero.

—Espero vuestras órdenes, señor, dijo Oven.

Nada habia de sorprendente en que un lacayo desocupado mirase por una ventana y Gaston se contentó con fruncir el ceño.

—¿Conoceis á ese mozo? preguntó Gaston al jardinero.

—¿Al Sr. Oven, vuestro criado? respondió aquel sorprendido de la pregunta; sin duda que lo conozco, pues somos del mismo pais.

—Tanto peor murmuró Gaston.

—¡Oh! es un guapo mozo el Sr. Oven, repuso el jardinero.

—¡No importa, no le digais ni una pala-

bra de Elena; os lo suplico!

El jardinero se lo prometió, pues nadie estaba mas interesado que el en guardar el secreto de sus relaciones con el caballero.

El descubrimiento del préstamo de la llave hubiera producido inmediatamente la pérdida de su plaza y es una plaza excelente para un hombre que sabe hacerla valer, la de un jardinero de un convento de agustinas.

Gaston volvió entonces á la sala comun, donde encontró á Oven que le esperaba, y como era preciso alejarlo de alli, le ordenó que ensillase los caballos.

Durante este tiempo el jardinero habia dado prisa á los postillones, y el coche solo esperaba á las viajeras que, despues de una corta y frugal comida, pues era dia de abstinencia, atravesaron de nuevo la sala. En la puerta encontraron á Gaston con la cabeza descubierta y dispuesto á ofrecerles la mano para subir al coche. Estas urbanidades de parte de los señores jóvenes estaban muy de moda en aquella época y por otra parte aun para la hermana agustina, no era Chanlay de todo punto desconocido. Recibió, pues, sus obsequios sin hacer demasiado; la dueña, y aun le dió gracias con una amable sonrisa: no es necesario decir que despues de haber ofrecido la mano á la her-

mana Teresa, Gaston tubo el derecho de ofrecerla á Elena, que era, como puede comprenderse, el objeto á que se propusiera llegar.

—Señor, dijo Oven detras del caballero: ya estan listo los caballos.

—Está bien respondió el jóven, voy á tomar un vaso de vino, y marchamos.

Gaston saludó otra vez á las damas y subió á su cuarto, donde, con gran sorpresa de su lacayo, se hacia llevar la otra tercera bote!la, porque la segunda habia desaparecido como la primera. Verdad es que del contenido de todas Gaston solo habia bebido vaso y medio.

Esta nueva estacion á la mesa hizo ganar á Gaston un cuarto de hora mas, y luego no teniendo ya ningun motivo para permanecer en Oudon, y deseando ahora casi tanto como Oven ponerse en camino, montó á caballo, y marchó.

No habrian andado un cuarto de legua, cuando en una revuelta del camino, y á cincuenta pasos delante de sí, vieron el carruaje verde y negro, que, habiendo roto el hielo, se habia empotrado tan profundamente, que á pesar de los esfuerzos del jardinero, que levantaba una rueda, y de las exhortaciones acompañadas de latigazos que el postillon dirigia á los caballos, el coche permanecia estacionario.

Este accidente era un verdadero don del cielo, pues Gaston no podia dejar á dos mujeres en semejante aprieto, sobre todo cuando el jardinero, reconociendo á su paisano Oven, hizo un llamamiento á su amistad. Los dos ginetes echaron pié á tierra, y como la buena hermana agustina tenia mucho miedo, abrieron la portezuela, bajaron las dos mugeres al camino, y entonces, con el auxilio poderoso de Gaston y de Oven, el coche salió del mal paso en que se habia metido. Las dos damas volvieron á subir, y continuaron su marcha.

Pero el conocimiento estaba ya hecho, y comenzaba por un servicio prestado, lo cual ponía al caballero en escelente posicion: la noche avanzaba, y la hermana Teresa se habia informado tímidamente del caballero si creia el camino seguro, pues la pobre agustina, que jamás habia salido del convento, creia que los caminos estaban infestados de ladrones. Gaston se guardò muy bien de tranquilizarla completamente, y solo le dijo que, como llevaba el mismo camino que ella, y solo debian parar en Ancenis, él y su criado escoltarian el coche hasta aqui. Esta oferta, que miró la monja con la mas galante posible, y que aceptó sin vacilar lo mas mínimo, acabó de tranquilizar á la buena hermana Teresa.

En esta pequeña comedia Elena habia representado admirablemente su papel; lo cual prueba que una jóven, por sencilla y cándida que sea lleva en si misma un instinto de disimulo que solo aguarda el momento favorable para desenvolverse.

Seguian, pues, el camino de Ancenis; pero como era estrecho, tortuoso y resbaladizo, Gaston iba al lado de la portezuela, lo cual daba á la hermana Teresa la facilidad de dirigirle algunas preguntas. Entonces supo que el jóven se llamaba el caballero Livry y era hermano de una de las pensionistas mas queridas de las agustinas, la cual se habia casado tres años antes con Montlouis; y fuerte ya con este conocimiento, la hermana Teresa no veia ningun inconveniente en aceptar la escolta del caballero, opinion que Elena se guardó muy bien de contradecir.

Como estaba convenido de antemano, pararon en Ancenis y Gaston, siempre con la misma urbanidad y con el mismo pensamiento, ofreció la mano á las dos mujeres para ayudarlas á bajar del coche. El jardinero habia confirmado todo lo que dijera Gaston de su parentesco con la señorita de Livry; de suerte que la hermana Teresa no sospechaba nada, y aun encontraba á este caballero muy fino y atento porque nunca

se acercaba ni se alejaba sino con profundas reverencias.

Así fué que la mañana siguiente se puso muy contenta, cuando al subir en el carruaje ya encontró á caballo á Gaston con su lacayo en el patio de la posada. Al instante echó pié á tierra, y con las cortesías acostumbradas, ofreció la mano á las dos señoras; pero Elena sintió que su amante le deslizaba en la suya un billete, y con una mirada le anunció que aquella misma noche tendria la respuesta.

El camino estaba peor aun que la víspera, por cuya circunstancia no se separaba Gaston un momento del carruaje, pues á cada instante se atajaban las ruedas y era preciso ayudar al postillou y al jardinero, y la pobre agustina no sabia cómo dar gracias á Gaston.

—¡Dios mio! decia á Elena: ¿qué hubiera sido de nosotras á no habernos deparado el Señor este bueno y escelente caballero?

Un poco antes de llegar á Angers preguntó Gaston á las damas en qué posada pensaban apearse, y consultando la agustina un librito, respondió que pararian en el Rastriillo de Oro. Por casualidad tambien era este el meson adonde iba el caballero, al cual mandó á Oven que se adelantase para tomar los aposentos.

Al llegar recibió Gaston su billetito, que Elena habia escrito durante la comida, y el cual le entregó al bajar de la carroza. ¡Ay! Los pobres niños habian olvidado ya todo lo que se dijeran en la noche de la entrevista por la ventana; hablaban de su amor como de una cosa sin término, y de su dicha como si no tuviera por límite mismo del viaje.

Gaston leyó el billete con profunda tristeza, pues el no se hacia ilusiones, y veia el porvenir como era realmente; esto es, desesperado. Ligado como estaba por juramento á una conjuracion; enviado á Paris para llevar á cabo una mision terrible, no tomaba la alegria que le llegaba sino como un descanso á su desgracia; pero esta siempre estaba amenazadora y terrible al fin de esta alegria.

Sin embargo, habia momentos del dia en que olvidaba todo esto, y eran aquellos en que iba al lado del coche, ó en que daba el brazo á Elena para subir alguna cuesta; entonces todo eran miradas tiernas que henchian de felicidad el corazon de los dos amantes, palabras comprendidas por ellos solos, que eran promesas de amor eterno, sonrisas celestiales que por un momento abrian el cielo al pobre caballero. A cada instante sacaba la jóven la cabeza por la portezuela para admirar la montaña ó el valle; pero

Gaston sabia muy bien que era él solo á quien su amiga miraba, y que las montañas y los valles, por pintorescos que fuesen, no hubieran dado á sus ojos una languidez tan adorable.

Llegado el conocimiento al punto en que estaba, Gaston tenia mil motivos para no separarse del coche, para este infeliz eran estos, á un tiempo, los primeros y los últimos resplandores de su vida. Admiraba, con un sentimiento de amarga rebelion contra su destino, como al gustar por primera vez de la dicha iba á ser privado de ella para siempre; olvidaba que él mismo se habia lanzado á esa conspiracion que ahora le envolvía, le apretaba por todas partes y le forzaba á seguir un camino que le conduciría al destierro ó al cadalso, al paso que saliéndose de este camino descubria otro risueño y alegre que le habria llevado directamente y sin rodeos á la felicidad. Verdad es que cuando se habia metido en esta conjuracion falta aun no conocia á Elena, y se creia solo y aislado en el mundo. El pobre insensato, con veinte y dos años, creyó que este mundo le habia negado para siempre sus alegrías y desheredado inexorablemente de sus placeres. Un dia encontró á Elena y desde este momento se le presentó el mundo como era realmente; es decir, lleno de

promesas para quien sabe [esperarlas, y lleno de recompensas para quien sabe merecerlas; pero ya era demasiado tarde. Gaston habia entrado ya en un camino del que no le era posible volver atras sino marchar adelante y llegar al término, cualquiera que fuese, feliz ó fatal, pero de todos modos sangriento, hácia el cual marchaba.

Por eso en estos últimos instantes que le eran concedidos nada se escapaba al pobre caballero; ni un apretón de manos, ni una palabra de los labios, ni una sonrisa del corazón, ni el contacto de los pies debajo de la mesa de la posada, ni el roce del traje de lana por su rostro cuando Elena subia al carruaje, ni la dulce presión de su cuerpo cuando bajaba.

Como puede pensarse, Oven habia sido olvidado en todo esto, y las sospechas que Gaston concibiera en un momento de mal humor habian huido como esos pájaros nocturnos que desaparecen cuando nace el sol. Gaston no habia visto, pues, que desde Oudon al Mans habló Oven con otros dos ginetes semejantes á aquel que vió la primera noche, y que, como este, todos tomaban el camino de Paris.

Pero Oven, que no estaba enamorado, nada perdía de lo que pasaba entre Gaston y Elena.

A medida que adelantaban, Gaston se ponía mas triste, pues él no contaba por dias, sino por horas; y como ya llevaban una semana de camino, por lentamente que marchasen, al fin era preciso concluir por llegar. Asi fué que al llegar á Chartres, y al oír que el mesonero, interrogado por sor Teresa, respondia:—«Dándoos una poca de prisa, mañana podreis llegar á Rambouillet» Gaston creyó que era como si hubiese dicho:—«Mañana sereis separados para siempre.»

Elena vió la impresion profunda que estas pocas palabras hicieron en Gaston, pues se puso este tan pálido, que ella dió un paso hácia el preguntándole si se hallaba indispuesto; pero Gaston la tranquilizó con una sonrisa, y todo se acabó.

Sin embargo, Elena tenia sus dudas en el fondo del corazon. ¡Ay! la pobre niña amaba como aman las mujeres cuando aman de veras; es decir, con la fuerza, ó mas bien con la debilidad de sacrificarlo todo á su amor: ella no comprendia cómo el caballero que era un hombre, no encontraba algun medio para combatir esa injusta voluntad del destino que los separaba. Por mas que estuviesen cerradas las puertas del convento á esos libros que pervierten la juventud y que se llaman novelas, habian llegado, sin embargo, hasta ella algunos volúmenes

acaso el porvenir? Este es, para nosotros, muchos años, y por consiguiente mucha esperanza. Somos jóvenes, nos amamos; ¿no hay medio de luchar contra el cruel destino del momento? ¡Oh, Gaston! Yo me siento con una fuerza inmensa, y si me decis... pero soy una insensata; yo soy quien sufre, y yo quien consuela.

—Os comprendo, Elena, respondió Gaston; me pedis una promesa, nada mas que una promesa, ¿no es verdad? Pues mirad si soy desgraciado... no puedo prometer. Me pedis que espere, y yo desespero. Si yo tuviera delante, no digo veinte, diez años, sino uno solo, os lo ofreceria, Elena, y me tendria por dichoso; pero no es así, y en el momento en que nos separemos, me perdeis y os pierdo desde mañana... ya no me pertenezco.

—¡Desgraciada! exclamó Elena tomando las palabras al pie de la letra; ¿me habeis engañado diciendo que me amábais? ¿Estareis prometido á otra mujer?

—Pobre amiga, dijo Gaston puedo tranquilizaros al menos sobre ese punto, pues no tengo mas amor ni mas comprometida que vos.

—¡Pues entonces, aun podemos ser felices, Gaston! ¿Si yo obtuviera de mi nueva familia que os mirase como mi marido?

—Elena, ¿no veis que cada una de vuestras palabras me traspasa el corazón.?

—¡Pero al menos, decidme alguna cosa!

—Elena, hay deberes á los cuales no se puede uno sustraer, y lazos que no pueden romperse.

—¡Yo no los conozco! exclamó la jóven. Me prometen riquezas, una familia, un nombre; ¡pues bien! ¡Decid una palabra, decidla, y os prefiero á todo! ¿Por qué no habeis de hacer otro tanto por vuestra parte?

Gaston bajó la cabeza, y no respondió: en este momento los alcanzaba la agustina, y como la noche comenzaba á cerrar, no vió el semblante trastornado de las dos jóvenes.

Cada cual en su puesto, continuaron el camino hácia Rambouillet.

A una legua de la ciudad llamó la agustina á Gaston, que se acercó cuanto pudo á la portezuela.

Era para hacerle observar que tal vez saldrían á recibir á Elena, y que rostros estraños, y sobre todo de hombres; estarían fuera de su lugar en esta entrevista. Gaston tambien habia pensado en esta circunstancia, pero no habia tenido valor para hablar de ella. Elena esperaba. ¿Pero que? Ella misma lo ignoraba.

¿Que el dolor arrebatase al jóven á algun

desparejados de la Clelia ó del Gran Giro, y visto en ellos como los caballeros y las doncellas de los antiguos tiempos salian del paso en casos semejantes; es decir, huyendo de sus perseguidores y buscando algun venerable ermitaño que los casaba buenamente delante de una cruz de madera y de un altar de piedra; tambien era preciso algunas veces, para arrancar á la jóven de sus perseguidores, seducir guardias, derribar murallas, y partir por medio á encantadores ó genios, lo cual no era cosa fácil, y sin embargo, se hacia siempre para mayor gloria del amante amado. Pero no habia nada de esto que hacer, ni mas guardias que seducir que la pobre monja; ninguna muralla que derribar sino una portezuela que abrir; ningun encantador ni gigante que matar, excepto el jardinero, que no parecia muy temible, y que por otra parte, si ha de creerse en la historia de la llave de la reja, estaba de antemano de parte del caballero.

Elena no comprendia, pues, esta sumision pasiva á los decretos de la Providencia y se confesaba que hubiera querido ver hacer alguna cosa al caballero para luchar contra ellos.

Pero Elena era injusta con Gaston, pues las mismas ideas le pasaban á él por el cerebro, y le atormentaban cruelmente. En

las miradas de la jóven adivinaba que una sola palabra suya bastaria para que ella le siguiese al fin del mundo; tenia su maleta llena de oro, y una noche, en vez de acostarse, podria Elena bajar, y subiendo entonces en una verdadera silla de posta, tirada por verdaderos caballos, andar como se anda en todos tiempos, pagándolo bien, y en dos dias verse mas allá de la frontera, libres y felices, no para un mes ni para un año, sino para siempre.

Pero habia una palabra que se oponia á todo esto; una reunion de letras que, á los ojos de ciertos hombres, tiene un sentido, y ninguno á los ojos de otros, y esta palabra se nombra «honor.»

Gaston habia empeñado su palabra á cuatro hombres de honor como él; estos hombres se llamaban Pontcalée, Montlouis, Couedie y Talhouet, y estaba deshonorado si no la cumplia.

Por eso el caballero estaba muy decidido á sufrir su desgracia en toda su estension, pero á cumplir su palabra; verdad es que cada vez que conseguia esta victoria sobre sí mismo le desgarraba el corazon un dolor punzante.

Elena confiaba positivamente que por la noche obraria Gaston, ó cuando menos hablaría, porque era la última; pero con gran

sorpresa suya ni obró ni habló Gaston, y la pobre niña se acostó con el corazón oprimido y el llanto en los ojos, convencida de que no era amada como amaba ella.

Pero se engañaba mucho, porque aquella noche no se acostó Gaston, y el día le sorprendió mas pálido y desesperado que nunca.

Después de esta noche lúgubre, pasada en Chartres, salieron á la mañana siguiente para Rambouillet, camino de Gaston, destino de Elena. Owen habia hablado otra vez en Chartres con uno de aquellos ginetes vestidos de gris, que parecian centinelas apostados en el camino, y mas alegre que nunca por hallarse tan cerca de Paris, apresuraba la marcha de la caravana.

En una aldea almorzaron, y el desayuno fué silencioso. La agustina pensaba en que por la noche volveria á tomar el camino de su amado convento; Elena pensaba que Gaston se decidia á hora que ya seria demasiado tarde; y Gaston pensaba que aquella misma noche iba á abandonar la dulce compañía de esta mujer amada por la terrible sociedad de hombres misteriosos y desconocidos, á los cuales debia ligarse para siempre una obra fatal.

A eso de las tres de la tarde llegaron á una subida tan rápida, que fué preciso apearse; Gaston ofreció su brazo á Elena, y

la agustina tomó el del jardinero. El corazón de los dos amantes latía con violencia; Elena silenciosa, sentía las lágrimas correr por sus mejillas, y Gaston sentía en el pecho un peso enorme porque no lloraba, no porque le faltasen ganas, sino porque, como era hombre, no osaba llorar.

Llegaron á lo alto de la cuesta los primeros, y mucho antes que la agustina, y desde allí vieron alzarse en el horizonte un campanario, y enrededor suyo un buen número de casas que se agrupaban como ovejas alrededor de su pastor.

Era Rambouillet: nadie se lo dijo, y sin embargo, ambos lo adivinaron al mismo tiempo.

Gaston fué el primero en romper el silencio.

—Allí, dijo estendiendo la mano hácia el campanario y las casas, van á separarse nuestros destinos, tal vez para siempre; ¡oh! os conjuro, Elena, que conserveis mi memoria, y que no la maldigais nunca, suceda lo que sucediere.

—Nunca me habláis sino de cosas desesperadas, amigo mio, dijo Elena; yo necesito valor, y en vez de dármele, me partís el corazón. ¿Nada teneis que decirme, ¡Dios mio! que me cause alguna alegría? Bien veo que lo presente es terrible; pero ¿es lo mismo

estremo?... Pero Gaston se contentó con inclinarse profundamente, dió las gracias á las damas por haberles permitido que las acompañase, é hizo ademán de que se alejaba.

Elena no era una muger vulgar, y vió en el aspecto de Gaston que llevaba la muerte en el alma.

—¿Es esto adios ó hasta la vista? dijo audazmente. El jóven se volvió á acercar palpitante, y contestò:—Hasta la vista, si me haceis ese honor?

Y se alejó al gran trote.

VII.

Un aposento del meson del Tigre Real en Rambouillet.

Gaston se habia alejado, sin decir palabra sobre la direccion que tomaria ni sobre los medios de volverse á ver; pero Elena pensó que todo esto era negocio de un hombre, y lo siguió con la vista hasta que desapareció en la oscuridad. Un cuarto de hora despues entró en Rambouillet.

Entonces la agustina sacó un papel de su

profundo bolsillo, y leyó á la luz del farol colocado junto á la portezuela la direccion siguiente:

«Mad. Desroches, meson del *Tigre Real*.»

La agustina trasmitió estas señas al postillon, y diez minutos despues paraba la carroza en la casa designada.

Una muger que esperaba en una sala, cuya puerta daba á la principal del meson, salió precipitadamente, se acercó al coche, y con una reverencia respetuosa, ayudó á las damas á bajar de el, guiándolas algunos pasos por una galeria sombría, precedida de un criado que llevaba dos linternas pintadas.

Al llegar á la puerta de un vestibulo de hermosa apariencia, Mad. Desroches se hizo á un lado, hizo subir delante á Elena y á sor Teresa, y cinco minutos despues se encontraron las dos viajeras sentadas en un muelle sofá delante de un hermoso fuego.

El aposento en que se hallaban era grande y amueblado al gusto de la época, bastante severo aun, porque no se habia llegado todavia al tiempo caprichoso que ha sido bautizado con el nombre, de *Rococo*: la arquitectura pertenecia al estilo triste y magestuoso del gran reinado; inmensos espejos con marcos dorados adornaban el frente de la chimenea; una araña con rema-

tes y adornos dorados colgaba del techo, y unos leones dorados servian de pantalla en el hogar.

—En este salon habia cuatro puertas.

La primera era aquella por donde habian entrado.

La segunda conducia al comedor, que estaba alumbrado, caliente y con la mesa puesta.

La tercera daba á un dormitorio muy decentemente preparado.

La cuarta estaba cerrada, y no se abria.

Elena admiraba sin sorprenderse todas estas magnificencias, como tambien el silencio de los criados y su aspecto tranquilo y respetuoso, tan diferentes de las alegres caras de los posaderos solicitos que habia visto en el camino. La agustina tartamudeaba el benedícite, codiciando la comida humeante que estaba sobre la mesa, y felicitándose en voz baja de que no fuese dia de vigilia.

Mad. Desroches, que habia dejado un instante á las viajeras solas en el salon, entró por segunda vez, y acercándose á la agustina, le entregó una carta, que esta abrió con la mayor presteza.

La carta contenia las palabras siguientes:

«La hermana Teresa podrá pasar la noche en Rambouillet ó marcharse en la misma, segun le convenga: recibirá doscientos luisés,

gratificación ofrecida por Elena á su querido convento, y abandonará su pensionista á los cuidados de Mad. Desroches, honrada con la confianza de los parientes de Elena.»

En el extremo de esta carta, y en lugar de firma, habia una cifra que la monja acercó á otra impresa en una carta que llevaba de Clisson, y probada su identidad, dijo:

—Hija mia, vámos á separarnos despues de comer.

—¡Ya! exclamó Elena, que se apegaba á sor Teresa solamente por su vida pasada.

—Si, hija mia; me ofrecen, sin duda, que duerma aquí; pero quiero mejor volverme esta misma noche, porque tengo muchas ganas de ver nuestra buena casa de Bretaña, donde he contraído todos mis hábitos, y donde nada faltará á mi alegría, á no ser que ya no estareis vos allí.

Elena echó sus brazos, llorando, al cuello de la buena religiosa: acordábase de su juventud, tan dulcemente pasada en medio de todas aquellas compañeras queridas y tan fieles á ella, ya por el respeto que les tenia encargado la superiora, ya porque ella misma se hubiera hecho querer. Por uno de esos milagros del pensamiento, que la ciencia no explicará jamás, el pequeño lago, los bosquecillos de setos y las campanillas silves-

tres se representaron en su memoria, y toda aquella existencia, que ya miraba como un sueño perdido, pasó vivo y alegre por delante de sus ojos cerrados.

La buena sor Teresa, por su parte, lloraba á mares, y tanto le habia cortado el apetito este suceso inesperado, que ya se levanta para marcharse sin haber comido, cuando Mad. Desroches recordó á las dos que la sopa estaba en la mesa, haciendo observar á la monja que viajaba toda la noche, como tenia intencion, no encontraria ningun meson abierto, y por consiguiente nada que comer hasta el dia siguiente; por eso la invitaba á tomar alguna cosa, ó al menos hacer provisiones para el camino.

Convencida sor Teresa por este razonamiento lleno de lógica, se decidió en fin á sentarse á la mesa, y tanto suplicó á Elena que la acompañase, que tambien se sentó esta, pero sin que pudieran decidirla á tomar nada; en cuanto á la religiosa, comió apresuradamente algunas frutas y bebió medio vaso de vino de España, y se levantó abrazando otra vez á Elena, que queria acompañarla al menos hasta el carruaje; pero á lo cual observó Mad. Desroches que estando el meson del *Tigre Real* lleno de forasteros, seria inconveniente que saliera de su cuarto y se espusiese á ser vista.

Elena pidió entonces ver al jardinero que le habia servido de escolta; el pobre hombre habia solicitado este favor, pero no hemos dicho que se ocuparon muy poco de sus sentimentales reclamaciones. Sin embargo, apenas oyó Mad. Desroches que Elena espresaba un deseo en armonía con el del pobre hombre, lo hizo subir, y le fué permitido ver otra vez á aquella de quien creia separarse para siempre.

En los momentos supremos, y Elena habia llegado á uno de estos momentos, todos los objetos ó todas las personas á quienes se abandona, crecen y se adhieren al corazon; por eso aquella vieja relijiosa y este pobre jardinero se habian convertido en amigos para ella, y tuvo la mayor pena del mundo en dejarlos, recomendando á la una sus amigas y al otro sus flores, dirigiéndole al mismo tiempo algunas miradas de agradecimiento, que tenian relacion con la llave de la reja.

Como Mad. Desroches vió que Elena buscaba en su bolsillo, pero inútilmente, porque el poco dinero que tenia estaba metido en su maleta, le preguntó:

—¿Tendria la señorita necesidad de alguna cosa?

—Sí, dijo Elena; hubiera querido dejar un recuerdo á este buen hombre.

Entonces entregó Mad. Desroches veinte y cinco luises á Elena, que sin contarlos los deslizó en la mano del jardinero, cuyos gritos y lágrimas se redoblaron á esta muestra de generosidad inesperada. En fin cuando fué preciso separarse, Elena corrió á la ventana para verlos, pero encontró cerrados los postigos, entonces se puso á escuchar, y un instante despues oyó el ruido de un coche que se alejó hastaperderse, en cuyo momento cayó la pobre niña anonadada en un sillón.

Entonces se acercó Mad. Desroches, y advirtió á la jóven que aun cuando se habia sentado á la mesa, no tomó ni un bocado, y era preciso comer algo: Elena consintió, no porque tuviese apetito, sino porque esperaba tener aquella misma noche noticias de Gaston y queria ganar tiempo.

Sentose pues á la mesa, invitando á Mad. Desroches á que hiciera otro tanto; pero no consintió la nueva dama de compañía sino despues de mas reiteradas instancias de Elena, y á pesar de ellas no quiso comer, y se contentó con servir á la jóven.

Terminada la comida, Mad. Desroches salió delante de Elena, y enseñándole su dormitorio, le dijo:

—Cuando gustéis llamar á una doncella que está á vuestras órdenes, tocareis la

campanilla, señorita, porque habeis de saber que probablemente recibireis una visita esta noche.

—¡Una visita! exclamó Elena interrumpiéndola.

—Sí, señorita; una visita de uno de vuestros parientes.

—¿Y ese pariente es el que vela por mí?

—Desde vuestro nacimiento, señorita.

—¡Oh, Dios mío! dijo Elena poniendo la mano sobre su corazón; ¿y decís que va á venir?

—Así lo creo, porque tiene muchas ganas de conoceros.

—¡Oh! murmuró Elena: me parece que voy á ponerme mala.

Mad. Desroches corrió á ella, y la sostuvo en sus brazos.

—¿Tanto os asusta, le dijo, el encontraros cerca de alguno que os ame?

—No es que me asuste, dijo Elena, sino que me conmueve; yo no estaba prevenida de que eso sucedería esta noche, y esa noticia importante que me habeis dado sin preparacion alguna, me ha aturdido.

Pues no es eso todo, continuó Mad. Desroches; pues esa persona se ve obligada á rodearse del mayor misterio.

—¿Y por qué?

—Me está prohibido responder á esa pregunta, señorita.

—¡Dios mio! Pero ¿qué significan semejantes precauciones tratándose de una pobre huérfana como yo?

—Son necesarias, creedlo.

—Pero, en fin, ¿en qué consisten?

—Primeramente no podeis ver el rostro de esa persona, porque si casualmente la encontráseis mas tarde, no debe ser reconocida por vos.

—¿Conque esa persona vendrá enmascarada?

—No, señorita; pero se apagarán todas las luces.

—¿Y estaremos en completa oscuridad?

—Sí.

—Pero os quedareis aqui conmigo, ¿no es verdad?

—No, señorita; eso me está espresamente prohibido.

—¿Por quién?

—Por la persona que debe venir á veros.

—¿Pues debeis una obediencia tan absoluta á esa persona?

—Mas que eso le debo, señorita: le debo el mas profundo respeto.

—¿Conque es una persona de cualidad?

—Es uno de los mas grandes señores de Francia.

—¿Y ese gran señor es pariente mio?

—El mas próximo.

—En nombre del cielo, Mad. Desroches, no me dejes en esta incertidumbre.

—Ya he tenido el honor de deciros, señorita, que habia ciertas preguntas á las cuales me estaba espresamente prohibido responder.

Y Mad. Desroches dió un paso para retirarse.

—¡Os vais ya! exclamó Elena.

—Os dejo para que arregleis vuestro tocado.

—Pero, señora...

Mad. Desroches hizo entonces una profunda reverencia llena de ceremonia y de respeto, y salió andando de espaldas, y cerrando luego la puerta del aposento.

VIII.

**Un picador con la librea de S.
A. R. monseñor el duque de
Orleans.**

Mientras que estas cosas que acabamos de referir pasaban en el pabellon de la posada del *Tigre real*, en otro aposento del mismo meson estaba sentado un hombre cerca de un gran fuego, sacudiendo sus botas llenas de nieve, y desatando los cordones de una ancha cartera.

Este hombre vestia un traje de picador con la librea de caza de la casa de Orleans: casaca roja galoneada de plata, calzones de ante, botas largas y sombrero de tres puntas, galoneado como la casaca; sus ojos eran vivos, su nariz larga, puntiaguda y granu-gienta, y la frente arqueada y llena de una franqueza que desmienten sus labios delgados y contraidos. Sobre una mesa puesta delante de él hojeaba con cuidado los papeles de que estaba atestada la cartera.

Por una costumbre que le era particular, este hombre hablaba solo, ó mas bien murmuraba entre dientes frases que interrumpia con exclamaciones y juramentos que parecian pertenecer menos al sentido de las palabras que pronunciaba que á otros pensamientos que le cruzaban instantáneamente el espíritu.

—Vamos, vamos, decia; no me ha engañado el señor de Montaran, y ya tenemos á mis bretones en el negocio; ¿pero cómo ha venido á tan cortas jornadas? Salió el 14 á mediodia, y llega el 21 á las seis de la tarde, ¡Hum! Esto me oculta probablemente algun nuevo misterio que va á descubrirme el mozo que me ha recomendado el Sr. de Montaran, y con el cual se han puesto en relaciones mis gentes durante el camino. ¡Hola! Uno aqui.

Y al mismo tiempo, el hombre de la casa roja agitó una campanilla de plata, y se presentó y saludó uno de los correos vestido de gris que ya hemos visto en el camino de Nantes.

—¡Ah! ¿Sois vos, Tapin? dijo el hombre de la casaca roja.

—Si, monseñor; el negocio es importante y he querido venir en persona.

—¿Habeis interrogado á los hombres que colocásteis en el camino?

—Si, monseñor; pero no saben mas que las diferentes paradas que ha hecho nuestro conspirador: por lo demas, esto es todo lo que yo les habia encargado averiguar.

—Pues voy á tratar de saber mas por medio del criado. ¿Qué clase de hombre es?

—Es uno de esos necios malignos, mitad normando, mitad breton; un mal parroquiano, en suma.

—¿Y qué hace en este momento?

—Está sirviendo la comida á su amo.

—¿A quien habrán colocado, como he dicho, en un cuarto del piso bajo?

—Sí, monseñor.

—En un cuartito sin cortinillas.

—Sí, monseñor.

—¿Y habeis hecho un agujero en el postigillo?

—Sí.

—Bien, enviadme ese criado, y quedaos siempre á distancia conveniente.

—Allí estoy.

—Corriente.

El hombre de la casa roja sacó un reloj de valor, al cual consultó.

—Las ocho y media, dijo. A estas horas está monseñor de vuelta de Saint-Germain, y pregunta por Dubois; pero como se le dice que Dubois no está allí, se frota las manos y se dispone á hacer alguna locura. Frotaos

las manos, monseñor, y haced la escapatória á vuestras anchas. No es en Paris donde está el peligro, sino aquí. ¡Ah! ya veremos si esta vez os burlais de mi policia secreta. ¡Ah! aquí está nuestro hombre.

En efecto, el Sr. Topin introducía en este instante á Oven.

—Aquí está la persona consabida, dijo.

Y cerrando la puerta, se retiró de nuevo.

Oven se quedó en el umbral, de pie y temblando, mientras que Dubois, envuelto en una capa que solo dejaba ver la parte superior de su cabeza, fijaba en él sus ojos de gato salvaje.

—Acércate, amigo, dijo Dubois.

No obstante lo cordial de esta invitacion, iba hecha con una voz tan estridente, que Oven hubiera deseado estar, por el momento, á cien leguas de aquel hombre que le miraba de una manera tan estraña.

—¡Vamos! dijo Dubois viendo que no se movia ni una pulgada; ¿no me has oido, be-litre?

—Si tal, monseñor, dijo Oven.

—Pues entonces, ¿por qué no obedeces?

—No creí que era á mi á quien haciais el honor de decirme que me acercára.

Y dió algunos pasos hácia la mesa.

—¿Has recibido cin cuenta luises por decir la verdad? continuó Dubois.

—Perdon, monseñor, respondió Oven, á quien esta interrogacion casi afirmativa devolvió una parte de su atrevimiento; yo no los he recibido... sino que me los han prometido.

Dubois sacó un puñado de oro de su bolsillo, y contó cincuenta luses, haciendo con ellos una pila, que quedó sobre la mesa inclinada y temblando.

Oven miró esta pila de oro con una expresion que se hubiera creído impropia de su mirada opaca y velada.

—¡Bueno! dijo Dubois; es avaro.

En efecto, estos cincuenta luses siempre habian parecido á Oven mágicos é inverosímiles: habia hecho traicion á su amo sin esperarlos, solo deseaándolos, y sin embargo, los cincuenta luses prometidos estaban allí delante de sus ojos.

—¿Es que puedo tomarlos? preguntó Oven alargando la mano hácia la pila de oro.

—Un instante, dijo Dubois, que se divertia en escitar esta codicia, que sin duda habria ocultado un hombre mas culto; pero que el campesino mostraba á las claras: un instante; vamos á hacer un contrato.

—¿Cual? dijo Oven.

—Aquí están los luses prometidos.

—Bien los veo, dijo Oven pasándose la lengua por los labios como un perro goloso.

—A cada repuesta que des á mis preguntas, si la respuesta es importante, añado diez luises, y si es ridícula ó estúpida, quito otros diez.

Oven abrió los ojos enormemente; el contrato le parecia, á no dudar arbitrario.

—Conque ahora charlemos, dijo Dubois; ¿de donde vienes?

—De Nantes, en linea recta.

—¿Con quién?

—Con el señor caballero Gaston de Chanlay.

Componiéndose evidentemente este interrogatorio de preguntas preparatorias, la pila permanecia la misma.

—¡Atencion! dijo Dubois alargando su flaca mano al alcance de los luises.

—Escucho con toda mi alma, dijo Oven.

—¿Tu amo viaja con su propio nombre?

—Con él salió de su casa, pero ha tomado otro en el camino.

—¿Cual?

—El de Sr. de Livry.

Dubois añadió diez luises; pero como no podian tenerse sobre la misma pila, formó otra, que colocó al lado de la primera.

Oven dió un grito de alegria.

—¡Oh, oh! dijo Dubois; no te alegres tan pronto, pues no hemos concluido. Atencion; ¿hay un Sr. de Livry en Nantes?

—No, monseñor; pero sí hay una señorita de Livry.

—¿Y quién es esa señorita?

—La esposa del Sr. de Montlouis amigo íntimo de mi amo.

—¡Bueno dijo Dubois añadiendo otros diez luises; ¿y qué hacia tu amo en Nantes?

—Hacia lo que todos los señores jóvenes: cazaba, jugaba á las armas, iba á los bailes....

Dubois retiró diez luises, y Oven sintió un escalofrío que le corrió todo el cuerpo.

—¡Esperad, esperad! dijo; tambien hacia otra cosa.

—¡Ah! dijo el abate; veamos que hacia.

—Salía de noche una ó dos veces á la semana, y no volvía regularmente hasta las tres ó las cuatro de la mañana.

—¡Bueno! dijo Dubois; y ¿donde iba?

—De eso no se nada, respondió Oven.

Dubois conservó los diez luises en la mano.

—¿Y que ha hecho desde que salió de Nantes?

—Ha pasado por Oudon, Ancenis, el Mans Nogont y Chartres.

Dubois alargó la mano y con sus afilados dedos pellizcó otros diez luises.

Oven dió un grito sordo de dolor.

—¿Y en el camino, preguntó Dubois, no

ha hecho conocimiento con nadie?

—Con una pensionista de las agustinas de Clisson, la cual viajaba con una hermana del convento, llamada sor Teresa.

—¿Y como se llamaba la pensionista?

—La señorita Elena de Chaverny.

—¡Elena! El nombre promete...¿Y esa bella Elena es sin duda la querida de tu amo.

—¡Diablo! Yo no se nada de eso, respondió Oven: ya comprendereis que el nome lo ha dicho.

—¡Que! talento tiene! dijo Dubois atacando la pila, y tomando de ellas diez luises de los cincuenta.

Un sudor frio corria por la frente de Oven. Cuatro repuestas como esta; y habia vendido á su amo por nada.

—¿Y esas damas van á Paris con el? continuó Dubois.

—No, señor; se detienen en Rambouillet.

—¡Ah! dijo Dubois.

La exclamacion pareció á Oven de buen agüero.

—Y aun la buena madre Teresa se ha vuelto ya al convento, continuó.

—Vamos, dijo Dubois; todo esto no tiene grande importancia; pero no es bueno desalentar á los principiantes.

Y añadió diez luises á la pila.

—¿De suerte, repuso Dubois; que la jóven se ha quedado sola?

—No, dijo Oven.

—¿Como, no?

—La esperaba una señora de Paris.

—¿Una señora de Paris?

—Sí.

—¿Sabes su nombre?

—He oido á sor Teresa que la llamaba Mad. Desroches.

—¡Mad. Desroches! exclamó Dubois comenzando á formar otra pila con diez lises. ¡Mad. Desroches, dices!

—Sí, contestó Oven radiante de alegría.

—¿Estás seguro?

—¡Pardiez si estoy seguro! Es una muger alta, delgada, pálida...

—Dubois añadió diez lises, y Oven se arrepintió entonces de no haber colocado un intervalo entre cada epíteto; es evidente que habia perdido veinte lises por su precipitacion.

—Alta, delgada, amarilla, repitió Dubois; eso es.

—Cuarenta á cuarenta y cinco años, añadió Oven esperando esta vez.

—¡Esa es! repitió Dubois añadiendo otros diez lises.

—Vestida con un traje de seda con grandes ramos, continuó Oven, que queria sacar partido de todo.

—Está bien, está bien, repuso Dubois.

Oven vió que su interrogador sabia ya bastante sobre la mujer, y esperó.

—¿Y dices que tu amo ha hecho conocimiento con esa señorita en el camino?

—Es decir, ahora que pienso en ello, creo que el tal conocimiento era una comedia.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que ya se conocian de antemano, y aun estoy seguro de que á ella fué á quien esperó mi amo tres horas en Oudon.

—Bien, dijo Dubois añadiendo diez luises; vamos, vamos; algo se podrá hacer de tí.

—¿No quereis saber nada mas? dijo Oven alargando la mano hácia las dos pilas que le ofrecian treinta luises de ganancia, con el semblante de un jugador que desea copar.

—Un momento, dijo Dubois: ¿es bonita la jóven?

—Cómo un ángel, contestó Oven.

—¿Y sin duda se han dado cita para Paris?

—No, señor; creo, por el contrario, que se han dicho adios para siempre.

—Comedia tambien.

—No lo creo; el Sr. de Chanlay estaba demasiado triste cuando se separaron.

—¿Y ya no deben verse mas?

—Si tal; la última vez, segun creo, y todo habrá concluido.

—Vaya, toma tu dinero, y acuérdate de que si dices una palabra, diez minutos despues eres muerto.

Oven saltó sobre los ochenta luises, que desaparecieron al instante, sepultados en el insondable bolsillo de sus calzones.

—¿Conque ahora puedo ya escaparme? dijo.

—¡Escaparte, imbécil! No; desdeeste momento me perteneces porque te he comprado, y en Paris sobre todo me será muy útil.

—En ese caso, me quedaré; os lo prometo, dijo Oven dando un profundo suspiro.

—No tienes necesidad de prometerlo:

En este momento se abrió la puerta, y apareció el Sr. Tapin con el semblante trastornado.

—¿Qué hay de nuevo? preguntó Dubois, que era inteligente en fisonomias.

—Una cosa muy importante, monseñor; pero alejad este hombre.

—Vuelve al lado de tu amo, dijo Dubois, y si escribe, á quien quiera que sea, acuérdate de que estoy lo mas curioso del mundo porconocer su letra.

Encantado Oven de verse libre un momento, saludó y salió.

—Vamos, Sr. Tapin: ¿qué'tenemos?

—Tenemos, monseñor, que despues de la cacería de Saint-Germain, en vez de vol-

ver á Paris S. A. R., se ha contentado con despedir la comitiva y los trenes, y dado órden de marchar á Rambouillet.

—¡A Rambouillet! ¿El regente viene á Rambouillet?

—Aquí estará dentro de media hora, y ya lo estaria si por fortuna no hubiese entrado en el palacio á tomar un bocado.

—¿Y qué viene á hacer á Rambouillet?

—Nada se, monseñor, á menos que no sea por esa jóven que acaba de llegar con una religiosa, y que está alojada en el pabellon de la posada.

—Teneis razon, Tapin; por ella es, por la misma. ¿Sabíais que Mad. Desroches estaba aquí?

—No, monseñor; lo ignoraba.

—¿Y estais seguro de que va á venir? ¿Estais seguro de que no os han dado una noticia falsa, mi querido Tapin?

—¡Oh, monseñor! Yo dejé al Despierto cerca de S. A. R., y lo que el Despierto dice ya sabeis que es el Evangelio.

—Teneis razon, repuso Dubois, que parecia conocer á fondo las cualidades de aquel cuyo elogio se hacia; teneis razon, y si es el Despierto, no cabe la menor duda.

—Y de tal modo, que el pobre muchacho ha reventado su caballo, que cayó muerto al entrar en Rambouillet.

—Treinta luses por el caballo, y el hombre ganará luego cuanto pueda.

Tapin tomó los treinta luses.

—Querido, continuó Dubois: ¿conoceis la forma del pabellon?

—Perfectamente.

—¿Cuál es?

—Uno de sus lados da al segundo patio del meson, y el otro á una callejuela desierta.

—Pues poned unos hombres en ese patio y en esa callejuela disfrazados de palafreneros, de mozos de mulas, como gustéis; pero que nadie mas que monseñor ó yo podamos entrar en ese pabellon, señor Tapin; en esto va la vida de S. A. R.

—Estad tranquilo, monseñor.

—¡Ah! ¿Conoceis á nuestro breton?

—Lo he visto bajarse del caballo.

—¿Y vuestros hombres, le conocen?

—Todos ellos le han visto en el camino.

—Bien, os lo recomiendo.

—¿Será preciso prenderlo?

—¡Diablo! Guardaos bien de ello, Sr. Tapin, es preciso dejarlo ir y dejarlo obrar, á fin de que haga y obre: si lo prendemos ahora, no diria nada, y nuestra conspiracion abortaba.—¡Diablo! Nada de eso; es preciso que alumbre.

—¿El qué? preguntó Tapin, que parecia

tener con Dubois ciertas privanzas.

— ¡Mi mitra de arzobispo, señor Lecoq! dijo Dubois; conque idos á vuestro negocio, que yo me voy al mio.

Y ambos salieron de la sala y bajaron rápidamente la escalera; pero á la puerta se separaron, Lecop subiendo precipitadamente la ciudad y siguiendo la calle de París, y Dubois deslizándose contra la pared para ir á aplicar su ojo de lince al agujero del postiguito.

IX.

De la utilidad de los sobres de cartas.

Gaston acababa de comer; pero á su edad, este enamorado ó desesperado, la naturaleza no pierde jamás sus derechos, y á los veinte y cinco años solo las personas que tienen mal estómago dejan de comer, Lieumas, bien menos.

Estaba apoyado en la mesa, y reflexionaba. La luz de la lámpara reflejaba sobre su

rostro, y servia admirablemente á la curiosidad de Dubois.

Así es que este lo miraba con una atencion singular y terrible: su ojo inteligente se habia dilatado; su boca irónica se crispaba con sonrisa fatal, y cualquiera que hubiese sorprendido esta sonrisa ó esta mirada, ciertamente habria creído ver al demonio que ve en las tinieblas una de las víctimas que le están destinadas marchar hácia su objeto de perdicion.

Y al mismo tiempo que miraba, murmuraba segun su costumbre:

—Jóven, guapo, ojo negro, labios orgullosos; este es un breton que aun no se ha corrompido, como mis conspiradores de Cellamare, á las dulces ojeadas de las damas de la córte. ¡Así va él, diablo!... Los otros solo hablan de destronar... ¡Tonterías! ¡Mientras que este... diablo!...

Y sin embargo, continuaba Dubois despues de una pausa; en vano busco la astucia en esa frente pura; el maquiavelismo en los extremos de esa boca llena de lealtad y de confianza; pero no hay que dudar en esto, y todo está arreglado para sorprender al regente en su cita con la vírgen de Clisson: que digan ahora que esos bretones son cabezas obtusas.

Decididamente, continuaba despues de

otro momento de exámen, no es esto, y aun no es esto, al cabo es imposible que este jóven de mirada triste, pero tranquila se apreste á matar á un hombre dentro de un cuarto de hora; ¡y á qué hombre! ¡Al regente de Francia, al primer príncipe de la sangre! No, es imposible, y no podria comprenderse semejante sangre fria.

No obstante, esto debe ser; el regente me hace un secreto de este nuevo amorío; á mí, que me lo dice todo; va de caza á Saint-Germain; anuncia en voz alta que irá á dormir al Palais-Royal, y luego, de repente, da contraórden é indica Rambouillet á su cochero. En Rambouillet es donde espera la jóven, que es recibida por Mad. Desroches. ¿A quién espera sino es al regente? Y esa jóven es la querida del caballero.

¿Pero es de veras su querida? ¡Ah, vamos á saberlo! Aqui está nuestro amigo Oven, que, despues de haber puesto en seguridad sus ochenta luises, trae papel y tinta á su amo. Va á escribir; sea en buen hora, pues asi sabremos algo de positivo. Y veamos tambien hasta qué punto podemos contar con ese bergante de criado.

Y dejó su observatorio tiritando, porque, como se recordará, no hacia calor.

Dubois se detuvo en la escalera, y esperó desde el escalon en que se hallaba, entera-

mente oculto en la sombra, descubria la puerta del aposento de Gaston, toda iluminada.

Al cabo de un instante se abrió la puerta, y apareció Oven, que permaneció un segundo parado volviendo y revolviendo una carta entre sus manos; luego pareció decidirse, y subió la escalera.

—¡Bueno! dijo Dubois; ha probado el fruto prohibido, y ahora ya es mio.

Y deteniendo á Oven en la escalera, le dijo.

—Está bien; dame la carta que me traes y espera aqui.

—¡Cómo sabeis que os traia una carta! dijo Oven admirado.

Dubois se encogió de hombros, le tomó la carta, y desapareció.

Ya en su cuarto, examinó el sello: el caballero, que no tenia lacre ni oblea, se habia valido del pegamiento del tapon de la botella, apoyando encima la piedra de una sortija.

Dubois acercó delicadamente la carta á la llama de la bugia, y se derritió el lacre.

Entonces abrió la carta, y leyó lo que sigue.

»Querida Elena: Vuestro valor ha redoblado el mio; haced que yo pueda entrar en la casa, y entonces sabreis cuáles son mis proyectos.»

—¡Ah, ah! dijo Dubois; parece que ella no los sabe todavía; vamos, no están tan adelantadas las cosas como yo creía.

Volvió á cerrar la carta, escogió entre las numerosas sortijas de que sus dedos estaban cargados, y que llevaba tal vez con este objeto, una piedra semejante á la del caballero, y habiendo acercado de nuevo el lacre á la bujía, selló muy propiamente la carta.

—Toma, dijo á Oven devolviéndosela; aqui tienes la carta de tu amo, llévala fielmente; tráeme la respuesta, y te doy diez luises.

—¡Diablo! dijo Oven para sí; ¡tiene este hombre una mina de oro!

Y se marchó corriendo.

Diez minutos despues estaba de vuelta con la carta esperada.

Esta iba escrita en un lindo papel perfumado, y cerrada con un sello, en el que se veia la única letra E.

Dubois abrió una caja, y sacó una pasta, que se puso á ablandar para darle la figura del sello; pero al entregarse á esta operacion vió que la carta estaba doblada de modo que sin abrirla se podria leer perfectamente.

—Vamos, dijo; esto es mas cómodo.

Y leyó dando vueltas á la carta, lo que sigue:

«La persona que me hace venir de Bre-
taña, sale por su parte á mi encuentro, en
vez de aguardarme en Paris, tan impaciente
está, segun dice, de verme: creo que se vol-
verá esta misma noche. Venid mañana por
la mañana antes de las nueve, y os diré to-
do lo que haya pasado entre ella y yo, y en-
tonces veremos el modo de que debemos
obrar.»

—Esto me parece mas claro, dijo Dubois,
siguiendo siempre su idea, que hacia de Ele-
na la cómplice del caballero. ¡Diablo, que
niña tan descocada! Si es así como se educa
en las agustinas de Clisson, daré la enhora-
buena á la superiora. ¡Y monseñor que la
tomaré por una simple, en vista de sus diez
y seis años! ¡Oh, ya me echará de menos!—
Toma, dijo Oven; aquí tienes tus diez lises
y tu carta: ya ves que todo es ganancia.

Oven se embolsó los diez lises, y llevó
la carta: el honrado mozo nada comprendia
de esto, y se preguntaba qué le reservaria
Paris, cuando semejante maní caia en los
arrabales.

En este momento daban las diez, y al
ruido monótono y lento del péndulo se mez-
claba el rodar sordo de un carruaje que se
acercaba con estrépito. Dubois se puso á la
ventana, y vió pararse á la puerta del me-
son el coche, en el cual se repantigaba un

caballero muy grave, que á la primera ojeada reconoció por la Fare, capitan de la guardia de S. A.

—Vamos, dijo; es mas prudente de lo que yo creia: ¿pero dónde está él?... ¡Ah!...

Esta exclamacion era arrancada por la vista de un picador vestido con la misma librea roja que él tambien ocultaba bajo la ancha capa en que estaba envuelto, y que seguia el coche en un magnifico potro de España, sobre el cual habia montado pocos momentos antes; pues á pesar del tiempo helado que hacia, los caballos del coche iban cubiertos de espuma, y el suyo apenas estaba sudado.

El carruaje habia parado á la puerta del meson, y todo el mundo se apiñaba enrededor de La Fare, que hacia el gran señor pidiendo en voz alta un aposento y cena. Durante este tiempo el picador se apeaba del caballo, dando las bridas á un paje, y se dirigia hácia el pabellon.

—¡Bien, bien! dijo Dubois, todo esto es claro como el agua destilada; ¿pero cómo no ha aparecido aqui el rostro del caballero? ¿Está tan preocupado con su niña que no ha oido el carruaje? En cuanto á vos, monseñor, estad tranquilo, que no interrumpiré vuestra conferencia. Saboread á vuestras anchas este principio de ingenuidad que

promete tan felices consecuencias. ¡Ah, monseñor; bien se conoce que sois corto de vista!...

Monologando así, habia bajado el abate á su observatorio.

En el momento en que acercaba un ojo al postiguillo, se levantó Gaston, despues de haber metido el billete en la cartera, y esta en el bolsillo.

—¡Ah, voto á cristo! dijo Dubois alargando instintivamente hácia el caballero sus garras, que solo encontraron la pared; ¡ah! esa cartera es la que yo necesito y la que pagaria muy cara. ¡Hola! Se dispone á salir nuestro caballero; se cuelga la espada; busca la capa... ¿Dónde va?... ¿A esperar á S. A. á la salida? ¡No, pardiez! No es ese el semblante de un hombre que llega al momento de matar á otro, y mas bien estoy tentado por creer que esta noche se contentará con hacer el majo al pie de las ventanas de su bella. A fe mia que si tuviera esta buena idea, tal vez habria medio... Seria imposible describir la espresion de la sonrisa que en este momento pasó por el rostro de Dubois.—Si, pero, dijo respondiéndose á si propio, si fuese á atrapar una buena estocada en la empresa, ¡como se reiria monseñor!... Pero ¡bah! No hay peligro, pues nuestra gente debe estar en su puesto, y

ademas, quien no arriesga no gana.

Y animado con este refran aventurero, Dubois dió rápidamente la vuelta al meson, á fin de presentarse en un extremo de la callejuela, mientras que el caballero apareceria por la otra, suponiendo que Gaston saliese á pasearse pura y simplemente al pie de las ventanas de su querida, lo cual parecia indicar la espresion triste, pero tranquila, de su rostro.

No se habia engañado Dubois: á la entrada de la callejuela encontró á maese Tapin, que despues de haber encargado al Despierto del interior del patio, se habia puesto de centinela en lo exterior: en dos palabras lo puso al corriente de su proyecto. Este le enseñó con el dedo á uno de sus hombres acostado en los escalones de una puerta exterior, mientras que otro, sentado en un poste de esquina, arañaba una especie de guitarra, segun la costumbre de los cantores ambulantes que van pidiendo limosna por los mesones: tambien debia haber otro por allí escondido, pero no se le veia.

Seguro Dubois de ser sostenido, se embozó hasta los ojos en su capa, y se aventuró en la callejuela.

Apenas habia dado algunos pasos, cuando apercibió una sombra que se adelantaba por el otro extremo; esta sombra tenia toda

las trazas de la persona que Dubois buscaba.

Efectivamente, á la primera vez que los dos hombres se cruzaron, Dubois reconoció al caballero; pero este preocupado con sus pensamientos, no intentó saber con quién se cruzaba, y probablemente no habia visto que pasaba un hombre.

No era esto lo que acomodaba á Dubois: necesitaba una buena camorra, y viendo que no se las buscaban resolvió tomar la iniciativa.

A este efecto volvió atras, y deteniéndose delante del caballero, que parado él mismo pretendia distinguir cuál de las cuatro ó cinco ventanas que daban al callejon correspondia al aposento que en aquel instante habitaba Elena:

—¡Eh, amigo! le dijo con voz ronca; ¿qué haceis aquí á estas horas, delante de esta casa?

Gaston bajó los ojos del cielo á la tierra, y de la poesía de sus pensamientos cayó en el materialismo de la vida.

—¿Que decis, caballero? dijo Dubois; creo que me habeis hablado

—Si, señor, respondió Dubois; os he preguntado lo que haciais aqui.

—Seguid vuestro camino, dijo el caballero; yo no me ocupo de vos, conque no os ocupeis de mi.

—Así podría ser, replicó Dubois, si no me estorbase vuestra presencia.

—Esta callejuela, por estrecha que sea es bastante ancha para nosotros dos; caballero; paseaos por un lado y yo me pasearé por otro.

—Pero yo tengo gusto en pasearme solo dijo Dubois; conque así, os invito á que os marcheis á otro callejon, pues no faltan en Rambouillet: escoged.

—¿Y por qué no podré mirar á esas ventanas, si me conviene? preguntó Chanlay.

—Porque son las del cuarto de mi muger respondió dubois.

—¿De vuestra muger?

—Si de mi muger, que acaba de llegar de Paris, y de la cual estoy muy celoso, os lo prevengo.

—¡Diablo! murmuró Gaston; probablemente es el marido de la persona encargada de cuidar de Elena.

Y cambiando de plan súbitamente, con el fin de contemplar á este personaje importante de quien podría tener necesidad mas tarde, dijo, saludando urbanamente á Dubois.

—Caballero, eso es otra cosa, y estoy dispuesto á dejaros el puesto porque me paseaba sin objeto alguno.

—¡Diablo! dijo Dubois: ¡he aquí un conspirador bien criado! Pero eso no me con-

viene; necesito una camorra.

Gaston se alejaba.

—Os engaÑais, caballero, dijo Dubois.

—Chanlay se volvió tan vivamente como si le hubiera picado una vivora; pero prudente á causa de Elena y de la mision que habia emprendido, se contubo.

—Caballero, le dijo ¿acaso porque uso de buena crianza dudais mi palabra?

Usais de buena crianza, porque teneis miedo; mas no por eso es menos cierto que os he visto mirar á esa ventana.

—¡Miedo, yo miedo! exclamó Chanlay poniéndose de un salto enfrente de su antagonista. ¿Habeis dicho que yo tenia miedo, caballero?

—Lo he dicho, respondió Dubois.

—¿Conque es una disputa lo que buscáis conmigo?

—¡Pardiez! ¡Pues me parece que es bien claro!....¿Venis de algun villorro?

—¡Voto á!...esclamó Gaston sacando la espada. ¡Vamos, caballero; tizona en mano!

—Y vos casaca abajo, si gustais, dijo Dubois tirando la capa y disponiéndose á hacer otro tanto con la casaca.

—¡Casaca abajo! ¿Para que? preguntó el caballero.

—Porque yo no os conozco, y porque los que rondan de noche suelen llevar pruden-

temente una buena cota de malla debajo de su vestido.

Apenas Dubois había pronunciado estas palabras, cuando la capa y jubon del caballero caian lejos de el; pero en el momento en que Gaston, espada en mano, se lanzaba sobre su adversario, el hombre ébrio fué á rodar entre sus piernas, el tocador de guitarra le asió del brazo derecho, maese Tapin el izquierdo, y el cuarto, á quien no se habia visto, lo agarró por medio del cuerpo.

— ¡Un duelo, gritaban estos hombres, á pesar de la prohibicion del rey!... Y lo arrastraban hácia la puerta en cuyos escalones estaba acostado el hombre ébrio.

— ¡Un asesinato! murmuraba Gaston entre dientes, no atreviéndose á gritar, por miedo de comprometer á Elena. ¡Misera- bles!

— Caballero, somos perdidos, decia Dubois haciendo un lío de la capa y casaca del caballero; y poniéndolo debajo de su brazo; pero ya nos volveremos á encontrar mañana; no hay cuidado.

Y corria á todo correr hácia el meson, mientras que encerraban á Chanlay en la sala baja.

Dubois subió la escalera en dos saltos, y encerrándose en la sala, sacó la preciosa cartera del bolsillo de la casaca del caballero.

En un secretillo de la misma habia una moneda partida por la mitad, y un nombre de hombre.

La moneda era evidentemente un signo de reconocimiento.

El nombre era sin duda el de la persona á quien Gaston iba dirigido, y que se llamaba «el capitan La Jouquiere. El papel estaba cortado de una manera particular.

—¡La Jouquiere! murmuró Dubois; La Jouquiere eso es; ya le teníamos ojeado. Muy bien.

Y ojeó rápidamente el resto de la cartera, donde no habia otra cosa.

—Poco es, dijo; pero basta.

—Entonces cortó un papel en la misma forma que el hombre, apuntó el nombre, y llamó luego.

A poco llamaron suavemente á la puerta, que estaba cerrada por dentro.

—Es verdad, dijo Dubois; lo habia olvidado: y fué á abrir.

Era el Sr. Tapin.

—¿Qué habeis hecho de él? preguntó Dubois.

—Está encerrado en la sala baja, con guardias de vista.

—Pues llevad esta capa y este jubon al sitio donde él los tirò, á fin de que los encuentre; dadle las excusas que os parezca,

y soltadlo. Cuidad de que nada falte en los bolsillos de la casaca, ni la cartera, ni la bolsa, ni el pañuelo, pues importa que él no conciba sospecha alguna. Al mismo tiempo me traereis mi capa y mi casaca, que se quedaron en el campo de batalla.

Maese Tapin se inclinó hasta el suelo, y se retiró para efectuar las órdenes que acababa de recibir.

X

La visita.

Toda esta escena, como hemos dicho, habia pasado en la callejuela á que daban las ventanas de la habitacion de Elena, la cual habia oido el rumor de la contienda; y como en medio de aquellas voces creyera oir la del caballero, se acercó con inquietud á la ventana, en el momento mismo en que se abrió la puerta y entró Mad. Desroches.

Iba á suplicar á Elena que pasase al salón, pues habia llegado la persona que debia visitarla.

Elena se estremeció, y se sintió próxima á desmayar; quiso interrogar, pero le faltó

la voz, y siguió á Mad. Desroches, trémula y muda.

El salon en que la introdujo su guia estaba sin luz alguna; todas las bugias cuidadosamente apagadas y solo la chimenea, en la cual aun ardia un resto de fuego, lanzaba sobre la alfombra una luz imperceptible, que no subia hasta el rostro; pero madama Desroches derramó una poca de agua de un jarro en aquella llama moribunda, y quedó la sala en completa oscuridad.

Y despues de haber encargado Mad. Desroches á Elena que no tuviese miedo alguno, se retiró.

Un instante despues oyó la jóven una voz detras de aquella cuarta puerta, que aun no se habia abierto.

Y se estremeció al sonido de esta voz.

Dió casi á pesar suyo algunos pasos en la direccion de la puerta, y se puso á escuchar con avidez.

—¿Está dispuesta? decia la voz.

—Sí, monseñor, respondió Mad. Desroches.

—¡Monseñor! murmuró Elena. ¡Quien, pues, Dios mio, va á venir aqui!

—¿Conque está sola?

—Sí, monseñor.

—Y no seremos interrumpidos?

—Monseñor puede contar conmigo.

—¿Y no hay luz?

—Completa oscuridad.

Después se oyeron pasos que se acercaban, hasta que al fin pararon.

—Decidme francamente, Mad. Desroches, decía la voz: ¿la habeis encontrado tan bonita como se dice?

—Mas hermosa de lo que puede figurarse V. A.

—¡Vuestra alteza, Dios mío! ¡Qué dice esa mujer! murmuró la jóven, próxima á desmayarse.

En el mismo instante giró la puerta del salon sobre sus goznes dorados, y Elena sintió que toda su sangre afluia al corazón.

—Señorita, dijo la misma voz: os suplico tengais la bondad de recibirme y escucharme.

—Aquí estoy, murmuró Elena casi moribunda.

—¿Estais asustada?

—Lo confieso, se... ¿Diré señor, ó monseñor?

—Decid amigo.

En este momento tocó su mano la del desconocido.

—¡Estais ahí, Mad. Desroches! exclamó Elena retrocediendo á pesar suyo.

—Mad. Desroches, repuso la voz: decid á la señorita que aquí está en tanta seguridad

como en un templo delante de Dios.

—¡Oh, monseñor! estoy á vuestros pies; perdonadme.

—Hija mia, levantaos y sentaos aqui. Mad. Desroches, cerrad todas las puertas; y ahora, continuó el desconocido dirigiéndose á Elena, dadme vuestra mano, os lo suplico.

Elena estendió su mano, que por segunda vez encontró la del extranjero, pero que ya no se retiró.

—¡Diríase que tambien tiembla él murmuró la jóven.

—Vaya, ¿qué teneis? dijo el desconocido; ¿os causo miedo, por ventura!

—No, respondió Elena; pero al sentir vuestra mano estrechar la mia, una sensacion rara... un estremecimiento incomprendible...

—Habladme, Elena, dijo el desconocido con una espresion de ternura infinita; ya sé que sois hermosa; pero esta es la primera vez que oigo el sonido de vuestra voz. Habladme, que os escucho.

—¿Pero acaso me habeis visto ya? preguntó Elena con gracia.

—¿Os acordais que hace dos años la abadesa de las agustinas mandó hacer vuestro retrato?

—Si, me acuerdo; por un pintor que fué espresamente de Paris, segun me aseguraron.

—Pues yo fui quien envié ese pintor á Clison.

—¿Y era para vos ese retrato?

—Aquí lo tengo, respondió el desconocido, sacando de su bolsillo una miniatura, que no se podia ver pero que hizo tocar á Elena.

—¿Pero qué interes podeis tener en mandar hacer y en conservar luego el retrato de una pobre huérfana?

—Elena, respondió el desconocido despues de un instante de silencio: soy el mejor amigo de vuestro padre.

—¡De mi padre! exclamó Elena. ¿Conque vive?

—Sí.

—¿Y lo veré algun dia?

—Tal vez.

—¡Oh, bendito seais! exclamó Elena estrechando las manos del desconocido; ¡bendito seais, porque me traeis esta buena noticia.

—¡Niña querida! murmuró el desconocido.

—Pero si vive, continuó Elena con ligero acento de duda, ¿cómo ha tardado tanto en informarse de su hija?

—Todos los meses tenia noticias vuestras, y, aunque de lejos, velaba por vos, Elena.

—Y sin embargo, repuso esta con acento de respetuosa reconvencion, confesareis que ne me ha visto en diez y seis años.

—Creed, replicó la voz, que han sido precisas consideraciones de la mas alta importancia para que se privara de esa felicidad.

—Os creo, caballero; no me corresponde acusar á mi padre.

—No; pero sí perdonarlo si él mismo se acusa.

—¡Yo perdonarle! Esclamó Elena sorprendida.

—Sí; y ese perdon, que no puede pedirlo en persona, soy yo quien viene á pedirlo en su nombre.

—No os comprendo caballero, dijo Elena.

—Pues oidme, dijo el desconocido.

—Ya os escucho.

—Dadme primero vuestra mano.

—Aquí la teneis.

Hubo un instante de silencio, como si el desconocido quisiera reunir todos sus recuerdos de un golpe, y en seguida continuò:

—Vuestro padre tenia un mando en los ejércitos del difunto rey: en la batalla de Nerxvinde, en la cual cargó á la cabeza de la guardia real, uno de sus escuderos llamado Mr. de Chanverny, cayó á su lado herido de un balazo. Quiso socorrerlo vuestro

padre; pero la herida era mortal, y el escudero, que conoció su situacion, le dijo moviendo la cabeza:—«No es tiempo de pensar en mí, sino en mi hija.» Vu stro padre le apretó la mano en señal de promesa y el herido, que se habia sostenido sobre una rodilla, cayò y murió, como si únicamente esperase aquella seguridad para cerrar los ojos. ¿Me estais escuchando Elena?

—¡Oh, y me lo preguntais! exclamó la jóven.

—En efecto, continuó el narrador; terminada la campaña el primer cuidado de vuestro padre fué ocuparse de la huérfana niña encantadora de diez á doce años, que ya á esta edad prometia ser hermosa, como vos lo sois al presente. La muerte de su padre le arrebatava todo apoyo y fortuna, y el vuestro la hizo entrar en el convento de la Visitacion del barrio de Saint-Antoine, anunciando de antemano que cuando llegase á la edad competente, él solo se encargaba de su dote.

—¡Gracias, Dios mio! exclamó Elena; gracias por haberme hecho hija de un hombre que tan fielmente cumplia su promesa.

—Esperad, Elena, repuso el desconocido, porque este es el momento en que vuestro padre va á cesar de merecer vuestros elogios.

Elena calló, y continuó el desconocido:

—Vuestro padre, en efecto, cuidó de la huérfana, hasta que cumplió los diez y ocho años: era una jóven adorable, y vuestro padre conoció que sus visitas al convento se hacian mas frecuentes y largas de lo que convenia. Comenzaba á amar á su pupila, y su primer movimiento fué asustarse de este amor, porque pensaba en la promesa que habia hecho al Sr. de Chaverny moribundo, y comprendia que era cumplirla mal seducir á su hija: por eso encargó á la superiora que se informase de un partido conveniente para la jóven, y supo que un sobrino de la abadesa, caballero de Bretaña, que viera á la pensionista al hacer una visita á su tia, se habia enamorado de ella, y manifestóle el deseo ardiente de obtener su mano.

—¿Que mas? preguntó Elena, viendo que el desconocido vacilaba en continuar.

—¡Que mas! Que fué grande la sorpresa de vuestro padre cuando supo de boca de la superiora que la señorita de Chaverny habia respondido que no queria casarse; que su mayor deseo era permanecer en el convento, y que el dia mas feliz de su vida seria aquel en que pronunciase sus votos.

—¡Amaba á alguno! dijo Elena.

—Si respondió el desconocido; lo habeis

adivinado; ¡hay! la señorita de Chaverny amaba á vuestro padre, y por mucho tiempo encerró en su corazón su secreto; pero un día vuestro padre la escitaba á que renunciase al estraño proyecto de tomar el velo, la pobre niña lo confesó todo, no pudiendo contenerse por mas tiempo. Vuestro padre se rindió entonces, pues ambos eran jóvenes; vuestro padre apenas tenia veinte y cinco años, y la señorita de Chaverny diez y ocho.

—Pero si tanto se amaban, preguntó Elena ¿por qué no se casaron?

—Porque toda union era imposible entre ellos, á causa de la distancia que los separaba; no os han dicho que vuestro padre era un gran señor?

—¡Ay, sí! respondió Elena; ya lo se.

—Durante un año, continuó el desconocido, todo fué contento y felicidad; pero al cabo de este tiempo vinisteis vos al mundo, y....

—¿Y?... murmuró tímidamente la jóven.

—Y vuestro nacimiento costó la vida á vuestra madre..

Elena prorrumpió en sollozos.

—Si continuó el desconocido con voz conmovida por sus recuerdos; si, llorad llorad á vuestra madre, que era una santa muger de la cual ha conservado siempre vuestro pa-

dre un noble recuerdo; por eso ha puesto en vos todo el amor que tenia á ella.

—Y sin embargo dijo Elena con leve acento de reconvencion mi padre ha consentido en alejarme de si, y no me ha vuelto á ver desde mi nacimiento.

—Elena repuso el desconocido: sobre este punto debeis perdonar á vuestro padre porque no tiene culpa alguna: vinisteis al mundo en 1703; es decir, en el momento mas austero del reinado de Luis XIV, en cuya desgracia, ó mas bien en la de Mad. de Maintenon, habia ya caido vuestro padre; y por vos mas bien que por el se decidió á alejaros de su lado, enviándoos á Bretaña, al convento de Ursulinas en que os habeis criado. En fin habiendo muerto el rey cambiando todas las cosas en francia se ha resuelto llevaros á su lado: durante el camino debeis haber notado su tierna solicitud, y hoy mismo cuando supo que debiais llegar á Rambouillet, ¡ah! no ha tenido el valor de esperar á mañana, y ha venido á vuestro encuentro, Elena.

—¡Dios mió! exclamó Elena: ¡seria cierto!

—Y al veros, ó mas bien al escucharos, he creido oir á vuestra madre, con la misma pureza en la expresion, con el mismo acento en la voz. ¡Elena, Elena! Sed mas feliz que ella, es lo que pido al cielo con lo íntimo de mi corazón.

—¡Oh, Dios mio! exclamó Elena; esta emocion en vuestra mano, que tiembla... ¿Señor, decís que mi padre ha venido á mi encuentro?

= Sí

—¿Aquí, á Rambouillet?

—Sí.

—¿Decís que ha sido feliz en volverme á ver.

—¡Oh! si, muy feliz.

—¿Pero esa felicidad no le ha bastado, es verdad? ¿Ha querido hablarme ha querido contarme él mismo la historia de mi nacimiento, ha querido que yo pueda darle gracias por su amor, caer á sus pies, pedirle su bendicion! ¡Oh! añadió arrodillándose; ¡estoy á vuestras plantas; bendecidme, padre mio!

—¡Elena, hija mia! dijo el desconocido; ¡oh, no á mis pies, en mis brazos, en mis brazos!

= ¡Padre mio, padre mio! murmuró Elena.

—Y sin embargo, continuó el desconocido; habia venido resuelto á negarlo todo, á permanecer extraño para tí; pero al sentirte cerca, al estrechar tu mano, al oir tu voz tan dulce, no he tenido fuerza; pero no me hagas arrepentir de mi debilidad, y que un secreto eterno...

—¡Por mi madre os lo juro! exclamó Elena.

—¡Pues bien! eso es lo necesario, repuso el desconocido. Ahora, escuchadme, pues me es preciso dejaros.

—¡Oh! ¿Ya, padre mio?

—Es preciso.

—Obedezco.

—Mañana saldreis para Paris, donde os espera la casa que os está destinada. Mad. Desroches, que tiene mis instrucciones, os conducirá á ella, y yo iré á veros en el primer momento que me dejen libre de mis deberes.

—¿Pero pronto, es verdad, padre mio?... No olvidéis que estoy sola en el mundo.

—Lo mas pronto que pueda.

Y acercando otra vez sus labios á la frente de Elena, depositó en ella unos de esos suaves y castos besos, que son tan dulces al corazon de un padre como un beso de amor al corazon de un amante.

Diez minutos despues entró Mad. Desroches con una bujia en la mano. Elena estaba arrodillada, y oraba con la cabeza apoyada en un sillón: alzó los ojos, y sin interrumpir su plegaria, le hizo señas de que pudiese la bugia sobre la mesa. Mad. Desroches obedeció, y se retiró.

Elena rezó algunos minutos mas, y le-

vantándose luego, miró enrededor suyo, porque le parecia salir de un sueño; pero todos los objetos, testigos de la entrevista de la jóven con su padre, estaban allí presentes, y hablando por decirlo así. Aquella bugía solitaria, que apenas alumbraba el aposento; aquella puerta siempre cerrada hasta entonces, que la Desroches habia dejado entrea-bierta al retirarse, y mas que todo esto, la emocion profunda que sentia la jóven, le hacian comprender que no era aquello un sueño, sino un acontecimiento grande y positivo.

En medio de todo esto se presentaba á su espíritu el recuerdo de Gaston. Este padre á quien temia tanto ver; este padre, tan bueno y tan afectuoso, no contrariaría ciertamente su voluntad: por otra parte, Gaston, sin ser de una raza ni histórica ni ilustre, era el último vástago de una de las mas antiguas familias de Bretaña. Elena lo amaba hasta el punto de morir si la separaban de él, y si su padre la amaba verdaderamente, no podia querer de ningun modo su muerte.

Tal vez habia tambien algun impedimento de parte de Gaston; pero estos obstáculos no podian ser sino ligeros en comparacion de los que pudieran elevarse por su parte; este se allanaria como los otros, y el porve-

nir que los jóvenes habían entrevisto tan sombrío, lleno ya de esperanzas para Elena, pronto estaría para los dos llenos de amor y de felicidad.

Elena se durmió en estos risueños pensamientos, que le proporcionaron los mas dulces sueños.

Por su parte, Gaston, devuelto á la libertad con muchas excusas de parte de los que le habían preso, que pretendia haberlo tomado por otro, habia ido lleno de ansiedad á recoger su capa y su jubon, que, con grande alegría, encontró en el mismo sitio, y corriendo luego al meson del «Tigre real,» se encerró cuidadosamente en su cuarto, y abrió con precipitacion la cartera, que estaba en el mismo estado en que la dejara, y en el secretillo particular halló la mitad de la moneda de oro y las señas del capitan La Jouquiere, las cuales quemó al instante para mayor seguridad.

Y si no mas alegre, al menos mas tranquilo, atribuyendo el suceso de aquella noche á uno de esos mil accidentes que suelen asaltar á un paseante nocturno, se retiró á su habitacion, y se acostó, despues de haber dado sus instrucciones á Oven, murmurando el nombre de Elena, como esta habia murmurado el suyo.

Durante este tiempo, salian dos carrua-

jes del meson del «Tigre real.» el primero, en el cual iban dos caballeros con librea de caza, iba profusamente alumbrado, y seguido de dos picadores á caballo.

Sin linternas el segundo, y conteniendo un solo viajero envuelto en su capa, seguia al primero á doscientos pasos de distancia, sin perderlo un instante de vista; separáronse en la barrera de la Estrella, y mientras que el coche alumbrado se detenia al piede de la escalera principal del Palais-Royal, el coche sin luces paraba en la puertecilla de la calle de Valois.

Ambos habian llegado sin accidente alguno.

XI.

Donde prueba Dubois que su policía particular estaba mejor desempeñada por quinientas mil libras que la policía general actual por tres millones.

El duque de Orleans no cambiaba en nada la disposicion de sus trabajos durante el dia, á pesar de que hubiese pasado las no-

ches en caminatas y orgías. Todas las mañanas eran dedicadas á los negocios, y ordinariamente comenzaba á trabajar solo ó con Dubois, aun antes de vestirse: luego hacia esta operacion, que era corta, y durante la cual recibia poca gente. Luego comenzaban las audiencias, que en general le ocupaban hasta las once ó las doce, y en seguida entraban los jefes de los consejos: primero La Vrillere; luego Leblanc, que le daba cuenta de sus espionajes; despues Torey, que le llevaba cartas importantes que habia sustraído, y por último el mariscal de Villeroy. A eso de las dos y media le llevaban su chocolate, única cosa que tomaba por las mañanas, y estos delante de todo el mundo, charlando y riendo. Este descanso, intervalo en el dia, duraba una media hora, y despues pasaba á la audiencia de las mujeres, terminada la cual iba al cuarto de la señora duquesa de Orleans, de donde salia para ir á saludar al jóven rey, á quien veia invariablemente una vez al dia, mas tarde ó mas temprano, y al cual no se acercaba sino con un aire de respeto y con unas reverencias que á todos enseñaban la manera con que se debia hablar á un rey. Este programa se aumentaba una vez á la semana con la recepcion de los ministros extranjeros, y los domingos y dias de fiesta con una misa di-

cha y oída en la capilla particular.

A las seis de la tarde, si habia consejo, y á las cinco, si no lo habia, todo estaba ya terminado, y no se hablaba mas de negocios. El regente entonces iba á la Opera ó á casa de Mad. de Berry; pero esta última distraccion tenia necesidad de ser reemplazada por otra, pues, como hemos visto al principio de esta historia, el duque se habia indispuerto con su hija querida á causa de su matrimonio con Riom. Despues llegaba la hora de aquellas famosas comidas que tanto ruido han hecho y que tenian lugar, en el verano, en Saint-Cloud ó en Saint-Germain, y en el invierno en el Palais-Royal.

Estos convites se componian de diez á quince personas, rara vez menos, y rara vez mas. Los convidados constantes eran el duque de Broglie, Noel, Brancás, Biron, Canillac, y algunos otros jóvenes brillantes por su talento ó por sus calaveradas. Las mujeres eran las Sras. de Paravire, de Phalaris, de Sabrau y de Averne, alguna figurante de la Opera, bailarina ó actriz, y muchas veces la duquesa de Berry.

En estos convites, donde reinaba la libertad mas absoluta, era donde reyes, ministros, consejeros, damas de la corte, todo era pasado en revista, criticado, mordido y manchado. Allí la lengua francesa llegaba

á la libertad de la lengua latina; allí todo se contaba, se decia ó se hacia, con tal que se contara, dijera ó hiciera con talento. Por eso tenian estas comidas tal encanto para el regente, que cuando llegaba la hora y entraba el último convidado, se cerraban y atrincheraban las puertas de tal manera, que, aun cuando ocurriese el negocio mas importante, interesase al rey, á la Francia ó al regente mismo, era inútil intentar penetrar hasta él, y el encierro duraba hasta la mañana siguiente.

Dubois asistia rara vez á estas comilonas que le prohibia su mala salud, y por eso sus enemigos escogian este momento para morderle: el duque de Orleans se reia á mas no poder de los ataques contra su ministro, y, como los demas, daba su picotazo, arañazo ó dentellada al amazon descarnado de su ex-ayo. Dubois sabia perfectamente que por punto general él era quien hacia los gastos de la comida; pero como tambien sabia que el regente tenia ya olvidado por la mañana lo que se habia dicho por la noche, se inquietaba poco de todos aquellos asaltos que se daban á su influjo, demolido todas las noches y creciente todos los dias. Era tambien que el regente, que se sentia entorpecido de dia en dia, estaba seguro de poder contar con la vigilancia de Dubois.

Dubois velaba mientras el regente dormía ó cenaba, y aunque parecía no poder sostenerse sobre las piernas, era infatigable, y estaba á la vez en el Palais-Royal, en Saint-Cloud, en el Luxemburgo, en la Opera y en todas partes donde se hallaba el regente, pasando detrás de él como una sombra y presentando su cara de zorro en un corredor, entre las dos puertas de una sala ó detrás de la ventana de un palco. Dubois, en fin, parecía tener el don de la ubiquidad.

Al volver de su correría á Rambouillet, donde lo hemos visto velar enrededor del regente con toda solicitud y asiduidad, habia hecho llamar á maese Tapin, que, montado en un excelente caballo inglés, y vestido de picador, se habia mezclado á la comitiva del príncipe, y vuelto con ella sin ser conocido, gracias á la oscuridad. Habia hablado con él una hora, dándole instrucciones para el día siguiente; habia dormido cuatro ó cinco horas y levantándose á las siete, contento de las ventajas que habia conquistado sobre el regente, y de las cuales esperaba sacar mucho partido. Inmediatamente se presentó en la puertecilla del dormitorio de S. A., la cual siempre abría el ayuda de cámara á su primera requisición, aun cuando no estuviese solo el duque de Orleans.

Aun dormía el regente.
— Dubois se acercó al lecho, y lo miró algún tiempo con aquella sonrisa que tenía al mismo tiempo de mono y de demonio.

En fin, se decidió á despertarlo.

— ¡Hola, monseñor; despertemos! gritó.

El duque de Orleans abrió los ojos, vió á Dubois, y esperando deshacerse de él por alguno de aquellos bufidos, á los cuales estaba tan acostumbrado el ministro, que resbalaban sobre él como sobre un hule, le dijo:

— ¡Ab! ¿Eres tú, abate? ¡Vete al diablo! Y se volvió al otro lado.

— Monseñor, de él vengo; pero está demasiado ocupado para recibirme, y me ha enviado á vos.

— Déjame tranquilo; estoy cansado.

— Ya lo creo; la noche ha sido borrascosa, ¿no es verdad?

— ¿Qué quieres decir? preguntó el duque volviéndose á medias.

— Digo que el oficio que habeis hecho esta noche pasada no vale nada para un hombre que da citas á las siete de la mañana.

— ¿Te he citado á las siete, abate?

— Sí, monseñor; ayer antes de marcharos á Saint-Germain.

— Pues es cierto, ¡pardiez! dijo el regente.

— Monseñor ignoraba que la noche sería tan fatigosa.

—¿Fatigosa? Me he levantado de la mesa á las siete.

—¡Si, pero despues!

—¿Despues, qué?

—Pero al menos, monseñor, estais contento y la jóven vale la correría?

—¿Qué correría?

—La que monseñor hizo ayer noche despues de comer.

—A oírte, parece que es muy cansado volver de Saint-Germain aquí.

—Tiene razon monseñor; de Saint-Germain aquí no hay mas que un paso, pero no falta un medio para alargar el camino.

—¿Cuál?

—Pasar por Rambouillet.

—¡Tú sueñas, abate!

—Pues si sueño, voy á contaros mi sueño, y probaré á V. A. que hasta soñando me ocupo de su persona.

—Alguna faramalla.

—Nada de eso; he soñado que monseñor habia lanzado el ciervo en la encrucijada del Treillage, y que el animal, civilizado como un ciervo de buena casa, se habia hecho acosar durante cuatro leguas, despues de lo cual habia ido á dejar coger en Cham-bourey.

—Hasta ahí se parece tu sueño á una verdad; continúa, abate; continúa.

—Despues de lo cual volvió monseñor á Saint-Germain, y al sentarse á la mesa á las cinco y media, dió orden de que para las siete y media le tuvieran enganchado con cuatro caballos un carruaje sin armas. —

—¡Vamos, no va eso mal, abate; no va eso mal!

—A las siete y media, en efecto monseñor despidió á toda su servidumbre excepto á la Fare, con el cual se metió en el coche: ¿no es esto, monseñor?

—¡Sigue, s'gue!

—El coche tomó el camino de Rambouillet, donde llegó á las diez menos cuarto; pero antes paró en las primeras casas de la villa; monseñor montó en un caballo que le esperaba, y mientras que la Fare continuaba el camino hácia el meson del Tigre monseñor le seguia vestido de picador.

—Aqui es donde se embrolla tu sueño, ¿no es verdad?

—No monseñor; no tan pronto.

—Pues continúa.

—Mientras que ese fátuo de La Fare fingia comer una mala cena que le servian llamándole escelencia, monseñor entregaba su caballo á un page y se dirigia á un pabellon pequeño.

—¿Pero donde estabas escondido, demonio?

—Yo no he salido del Palais Royal, donde he dormido como una marmota, y la prueba es que os estoy contando mi sueño.

—¿Y que habia en ese pabellon?

—A la puerta habia una horrible dueña, grande, amarilla, y seca.

—Dubois, te recomendaré á Mad. Desroches y puedes estar seguro de que la primera vez que te encuentre te sacaré los ojos.

—Luego en lo interior... ¡ah, diablo! en lo interior...

—=Ahi está lo que ya no puedes ver, ni aun en sueño, pobre abate mio.

—No, monseñor; creo que me suprimiríais mis quinientas mil libras de policia secreta si, gracias á ellas, no viese yo en los interiores.

—¡Pues bien! ¿Qué has visto en este?

—A fe mia monseñor, que he visto una lindísima bretona: diez y seis á diez y siete años bonita como unos amores, y aun mas bonita que ciertos amores, llegando en línea recta de las agustinas de Clison, y acompañada hasta Rambouillet por una hermana vieja, cuya presencia, un poco incómoda, ha sido suprimida al instante, ¿no es verdad?

—Dubois, muchas veces he pensado que tu eras el diablo, y que habia tomado la figura de abate para perderme.

—¡Para salvaros, monseñor; para salva-

ros! Yo soy quien os lo digo.

—¡Para salvarme! No lo habia sospechado.

—Por eso, continuó Dubois con su sonrisa de demonio, os preguntaba si habíais salido contento de la chica.

—¡Encantado!

—¡Pardiez! Para eso lo haceis venir desde tan lejos; y á no ser asi, os habrian robado.

El regente arrugó el entrecejo; pero reflexionando que si Dubois lo sabia todo hasta allí, sin duda ignoraria el resto, su ceño terminó en una sonrisa.

—Vamos, dijo; decididamente eres un grande hombre, Dubois.

—¡Ah, monseñor; vos sois el único que lo sospechais, y sin embargo me retirais vuestra gracia!

—¡Cómo!

—Sin duda, puesto que me ocultais vuestros amores.

—Vaya, no te enfades, Dubois.

—Pues, sin embargo, hay motivos, monseñor; ¿convenís en ello?

—¿Por qué?

—Porque yo la hubiera encontrado tan buena y quizás mejor: ¿por qué diablos no me dijísteis que os hacia falta una bretona? Yo os la hubiera hecho traer, monseñor.

—¿De veras?

—¡Oh, Dios mío! ¿Acaso no habría encontrado yo bretonas?

—¿Como esa?

—Y aun mejores.

—¡Abatel!...

—¡Pardiez, vaya una buena ganga que ha sido esa!

—¡Sr. Dubois!...

—Pero creéis haber puesto la mano en un tesoro?

—¡Sr. Dubois!...

—¡Cuando sepais lo que es vuestra bretona, y á lo que os esponeis!

—Basta de bromas, abate; te lo suplico.

—¡Oh, monseñor! de veras que me afligís

—¿Qué quieres decir?

—Una apariencia os persuade; una noche os embriaga como á un estudiante, y á la mañana siguiente nada hay comparable con la recién venida; ¿pero es tan bonita esa niña, monseñor?

—¡Encantadora!

—Y honesta, la virtud misma; os la han escogido entre ciento, ¿no es verdad?

—Como lo dices, querido.

—Pues bien, yo os declaro que estais perdido, monseñor.

—¿Yo?

—Vuestra bretona es una mujercilla.

—¡Silencio, abatel!

— ¡Cómo silencio!

— Si, ni una palabra mas, te lo prohibo, repuso el regente con aire grave.

— Monseñor, vos tambien habeis tenido un mal sueño; dejadme esplicároslo.

— Señor José, os enviaré á la Bastilla.

— Cuando querais, monseñor; mas no por eso dejareis de saber que esa picarilla...

— ¡Es mi hija, señor abate!

Dubois retrocedió un paso, y su sonrisa burlona cedió el puesto al mas profundo estupor.

— ¡Vuestra hija, monseñor! ¿Y de quién diablos habeis tenido esta?

— De una mujer honrada, abate, que tuvo la dicha de morir sin haberle conocido.

— ¿Y la niña?

— La niña ha estado oculta á todos para que no fuera manchada con la mirada de los seres venenosos como tu.

Dubois se inclinó profundamente, y se retiró en la actitud de un hombre chasqueado: el regente lo siguió con una mirada victoriosa, hasta que se cerró la puerta.

Pero Dubois no se apuraba así como quiera, y aun no habia cerrado la puerta que lo separaba del regente, cuando vió en la oscuridad que un momento habia velado sus ojos, una luz que valia para él tanto como la mas brillante alegría.

—Y yo que decia, murmuró bajando la escalera, que esta conspiracion daria á luz mi mitra de arzobispo. ¡Imbécil! Llevándola con tiento, parirá muy cómodamente mi capelo de cardenal.

XII.

Rambouillet otra vez

Muy impaciente Gaston, se habia dirigido á la hora convenida al aposento de Elena, pero le fué preciso esperar algun tiempo en la antesala, porque Mad. Desroches ponía dificultades para autorizar esta visita: mas Elena se esplicó tan clara como firmemente y declaró que, considerándose como dueña de juzgar por si misma lo que era conveniente ó no lo era, estaba decidida á recibir á su compatriota, el Sr. de Livry, que venia á despedirse de ella. Recordarás que este era el nombre que se habia dado Gaston durante el camino, y que pensaba conservar, escepto para aquellos con quienes iba á ponerle en contacto el negocio que le llevaba á Paris.

Mad. Desroches se retiró, pues con bastante mal humor á su cuarto, con la intencion de oír lo que hablaban los jóvenes; pe-

ro Elena, que sospechò alguna sorpresa, fué y corrió el cerrojo de la puerta que daba al corredor.

—Amigo mio dijo á Gaston: os esperaba y no he dormido en toda la noche.

—Ni yo, Elena; pero dejadme admirar vuestras magnificencias.

Elena se sonrió.

—Ese trage de seda... ese tocado... ¡Qué hermosa estais así!

—No pareceis estar muy sastifecho de ello.

Gaston no respondió, y continuó su investigacion.

—Este tapiz es rico, estos cuadros de mérito... oro, plata en las cornisas; vuestros protectores son opulentos, segun parece, Elena.

—Eso creo, dijo la jóven sonriendo; pero me han dicho, sin embargo, que todos estos adornos y dorados que admirais, como yo son antiguos, pasados de moda, y que los reemplazarán con otros.

—Veo que Elena va á convertirse en una alta y poderosa señora, dijo Gaston esforzándose por sonreir; ya me hace guardar antesala.

—¿No me lo guardábais allá en el lago, cuando vuestra barca esperaba horas enteras?

—Entonces estábais en el momento, y solo esperaba que la madre abadesa....

—¿Ese título es muy sagrado, no?

—¡Oh, si mucho!

—¿Y os impone respeto y obediencia?

—Sin duda.

—Pues juzgad de mi alegría, amigo mio; aquí encuentro la misma protección, el mismo amor, pero mas poderoso todavía, mas sólido, mas durable.

—¡Cómo! dijo Gaston sorprendido.

—Aquí encuentro...

—Hablad, en nombre del cielo.

—¡A mi padre!...

—¡Vuestro padre!... ¡Ah, querida Elena; participo de vuestra alegría! ¡Qué felicidad!.. ¡Un padre que vá á cuidar de mi amiga, de mi esposa!

—Cuidar... desde lejos.

—Qué, ¿se separa de vos?

—¡Ay, el mundo nos separa, segun parece!

—¿Eso es un secreto?

—Aun para mí misma, pues ya pensareis que si no fuese así, lo sabriais todo: yo no tengo secretos para vos, Gaston.

—Una desgracia de nacimiento... una proscripción en vuestra familia; algun obstáculo pasajero?...

—Lo ignoro.

Decididamente es un secreto; pero, dijo sonriendo cuento con vos, y os permito hasta que seais discreta conmigo, si vuestro padre os lo ha ordenado. Sin embargo, os preguntaré mas: ¿os enfadareis?

—¡No, no!

—¿Estais contenta? ¿Es ese un padre de quien podeis estar orgullosa?

—Eso creo; su corazon parece noble y bueno; su voz es dulce y armoniosa.

—Su voz... pero... ¿se os parece?

—Yo no sé... yo no le he visto.

—¿No le habeis visto?

—No... estaba muy oscuro.

—¿Vuestro padre no ha hecho por ver á su hija?... ¡A vos tan bella!... ¡Oh, qué indiferencia!

—Pero, amigo mio, no es indiferente, pues me conoce por tener mi retrato; ya sabeis... aquel que os puso tan celoso el año pasado.

—Pero, no comprendo...

—Os digo que estaba oscuro.

—Pues en ese caso se encienden estas bugías, dijo con fria sonrisa Gaston.

—Eso es bueno para cuando se quiere ser visto; pero cuando se tienen sus razones para ocultarse...

—¡Qué decís! repuso Gaston pensativo; ¿qué razones tiene un padre para ocultarse de su hija?

—Escelentes, segun creo; y vos, un hombre formal, podriais comprenderlas mejor que yo...

—¡Oh querida Elena! dijo Gaston; ¿qué me habeis contado? ¿Qué terrores acabais de difundir en mi alma?

—Me asustais con vuestros terrores, Gaston.

—Decidme, ¿de qué os ha hablado vuestro padre?

—Del amor que siempre ha tenido por mí. Gaston hizo un movimiento.

—Me ha jurado que de aquí en adelante viviria yo feliz, que queria hacer cesar toda la incertidumbre de mi suerte pasada, y que despreciaria las consideraciones que hasta ahora le han obligado á renegarme por hija suya.

—¡Palabras... palabras nada mas!... Pero ¿qué testimonio os ha dado de ese amor?.... Perdonad mis preguntas insensatas, Elena; pero veo un abismo de desgracias, y quisiera que por un momento vuestro candor de ángel, que tanto me enorgullece, cediera su puesto á la infernal sagacidad del demonio; ya me comprenderéis, y asi no tendré la vergüenza de mancharos con este interrogatorio tan bajo y sin embargo, tan necesario para nuestra felicidad futura.

—No comprendo vuestra pregunta, Gaston; si no responderia.

—¿Os ha demostrado mucho afecto?

—Mucho, seguramente.

—Pero, en fin, ¿en aquellas tinieblas... para hablar?...

—Me tomó la mano, y la suya temblaba mas que la mia.

Gaston crispó sus puños de rabia.

—¿Y os abrazó paternalmente, no es verdad?

—Y me dió un beso en la frente... uno solo, que recibí de rodillas.

—¡Elena, Elena! exclamó; ¡creo en mis presentimientos, y sois engañada, sois víctima de un lazo infernal! ¡Elena, ese hombre que se oculta, que teme la luz, que os llama su hija, no es vuestro padre!

—Gaston, me destrozais el corazón.

—Elena, vuestra inocencia daría envidia á las criaturas mas celestiales; pero de todo se abusa en la tierra, y los ángeles han sido insultados y profanados por los hombres. Ese, á quien conoceré y á quien obligaré á tener confianza en el amor y honor de una jóven tan leal como vos, me dirá si no es el mas vil de los hombres, y si puedo llamarle mi padre ó matarlo como á un infame!

—¿Qué estais diciendo, Gaston? Vuestra razon se extravía.... ¿Qué puede haceros sospechar tan horribles traiciones? Y ya que despertais mis sospechas; ya que llevais la

antorcha sobre esos innobles dédalos del corazón humano que yo me negaba á contemplar, os hablaré con la misma franqueza. ¿Ese hombre, no me tenía en su poder? ¿La casa en que estoy, no es la suya? ¿Las gentes de que me han rodeado, no están á sus órdenes? Gaston, teneis sobre mi padre un mal pensamiento, del cual me pedireis perdón si me amais.

El jóven se dejó caer desesperado en un sillón.

—Amigo mio, no me enveneneis la única alegría pura que he gustado en mi vida, continuó Elena; no enveneneis la felicidad de una vida que he gemido de pasar solitaria, abandonada, sin otro afecto que aquel de que el cielo nos manda ser avaros. Dejad que el amor ficial me indemnice de los remordimientos que experimento muchas veces por amaros con una ido'atria condenable.

—Perdonadme, Elena exclamó Gaston; si teneis razon; yo he manchado con mi contacto material vuestras puras alegrías, el afecto, tal vez noble, de vuestro padre; pero, amiga mia, á nombre de Dios, oid los temores de mi experiencia y de mi amor. No es esta la vez primera que las pasiones criminales del mundo especulan sobre la inocente credulidad. El argumento que me

presentais es débil: apresurarse á demostraros un amor tan culpable era una torpeza de que son incapaces esos hábiles corruptores; pero desarraigar poco á poco la virtud de vuestro corazon, seduciros por un lujo nuevo, acostumar vuestro espiritu al placer, vuestros sentidos á impresiones nuevas, engañaros, en fin, por la persuacion, es una victoria mas dulce que la que resulta de la violencia. ¡Oh, querida Elena! escuchad mi prudencia de veinte y cinco años, y digo mi prudencia, porque no es mi amor el que habla; mi amor, á quien veríais tan humilde á la menor señal de un padre, que lo fuera verdaderamente para vos.

Elena bajó la cabeza, y no respondió.

—Os lo suplico, continuó Gaston; no toméis ninguna resolucion estrema, pero vigilad sobre todo lo que os rodea, desconfiad de los perfumes que os den, del vino dorado que os ofrezcan, del sueño que os sea prometido. ¡Velad por vos, Elena, pues sois mi honor, mi felicidad, mi vida!

—Yo os obedeceré; pero creed que esto no me impedirá amar á mi padre.

—Ni de adorarle, si yo me engaño, querida Elena.

—Sois un amigo noble, Gaston mio...

Henos ya concertados.

—A la menor desconfianza, escribirme.

—¡Escribiros!... ¿Pues os marchais?

—Voy á Paris para aquellos negocios de familia de los que ya conoceis alguna cosa... Me alojaré en la fonda del «Barril de Amor» calle de Bourdonnais; escribid estas señas, querida amiga y no se las mostreis á nadie.

—¿Por qué tantas precauciones?

Gaston vacilò.

—Porque si conociesen á vuestro defensor, podrian deshacerle todos sus proyectos en caso de malas intenciones.

—¡Vamos, vamos! tambien vos sois un poco misterioso, mi amado Gaston: tengo un padre que se oculta, y un...amante... que se va á ocultar.

—Pero de este ya conoceis las intenciones, dijo el jóven intentando reir para ocultar su rubor y turbacion.

—¡Ah! Mad. Desroches vuelve, pues oigo que abre la primera puerta... La conversacion le ha parecido demasiado larga, y estoy en tutela, amigo mio... lo mismo que en el convento.

Despedido Gaston, depositó un beso en la mano que le alargaba su amiga, y como en este momento apareció Mad. Desroches, Elena hizo una reverencia muy ceremoniosa á Gaston, que este le devolvió con la misma magestad. Entre tanto fijaba la dueña

sobre el jóven unas miradas, de las cuales debia resultar la mas exacta filiacion que jamás haya podido hacer un espia enfrente de un sospechoso.

Gaston tomó al instante el camino de Paris. Oven le esperaba con impaciencia. Para que sus lises no sonasen en su bolsa de cuero, los habia cosido entre las costuras de su casaca, tal vez tambien queria acercarlos á sí por este medio todo lo posible. Chanlay llegó en tres horas á Paris, y Oven no pudo esta vez echarle en cara su lentitud: hombres y caballos iban cubiertos de espuma al entrar por la barrera de la Conference.

XIII.

El capitán La Jouquiere.

Como el lector ha podido aprender por las señas dadas por Gaston á Elena, habia en la calle de Bourdonais una posada, que casi podia llamarse una fonda, pues estaba bastante bien provista para poder habitar y comer en ella; pero, sobre todo, se podia beber.

En su entrevista nocturna con Dubois, maese Tapin habia recibido el famoso nombre de La Jouquiere, que habia pasado al

Despierto, y este á su vez transmitido á todos los gefes de brigada, los cuales se pusieron al instante en busca del oficial sospechoso, registrando, con la actividad que constituye la principal virtud de los agentes de policía, todos los garitos y todas las casas equívocas de Paris: la conspiracion de Cellamare, que hemos contado en nuestra historia de «El Caballero de Harmental,» y que fué al principio de la regencia lo que esta presente historia fué á su fin, habia enseñado á todos los descubridores de complots que allí, sobre todo, era donde se encontraban los conspiradores, y este negocio de Bretaña no era mas que la cola de la conspiracion española: *in cauda venenum* decia Dubois, que sabia algun latin; pues cuando se ha sido domine de colegio, aunque no sea mas que una hora, siempre queda de ello alguna cosa para todo el resto de la vida.

Cada cual se puso, pues, á la obra; pero, fuese fortuna ó destreza, maese Tapin fué quien, despues de dos horas de corretear las calles de la capital, descubrió en la de Bourdonnais, y con la muestra del *Barril de Amor*, la famosa posada de que hemos hablado al principio de este capítulo, y que habitaba en cuerpo y alma este famoso La Jouquiere, que, por el momento, era la pesadilla de Dubois.

El huésped tomó á Tapin por un pasante de procurador, y respondió con afabilidad á sus preguntas, que efectivamente allí vivia el capitan La Jouquiere; pero que habiendo vuelto á casa pasada media noche, el bravo oficial dormia todavia, lo cual era tanto mas excusable cuanto que apenas eran las seis de la mañana.

Tapin no pedia mas que esto, pues era un hombre muy recto y casi algebráico, que marchaba de deduccion en deduccion. El capitan La Jouquiere dormia; luego estaba acostado: estaba acostado; luego habitaba la posada.

Tapin volvió directamente al Palais-Royal donde encontró á Dubois, que salia del cuarto del regente, y á quien tenia de buen humor la perspectiva de su capelo rojo: nada menos que esta feliz disposicion de ánimo le habia sido necesaria para no romper la cabeza á todos sus emisarios, que ya le habian puesto bajo los cerrojos de For-l'-Eveque una serie de supuestos La Jouquiere.

Uno era el capitan de contrabandistas, llamado La Jouciere, descubierto y arrestado por el Despierto: por lo demas, este era el nombre que mas se acercaba al original.

Era otro un tal La Jouquille, sargento de guardias francesas. Como habian recomendado á los sabuesos las casas mal afamadas,

en una de estas encerraron á maese La Jouquille, y víctima de un momento de debilidad de parte suya, y de error de los lebreles del abate, habia sido arrestado tambien.

Un tercero se llamaba La Jupiniere, y era portero de una casa de la grandeza: desgraciadamente el tal portero era tartamudo, y el sabueso, que estaba lleno de buena voluntad, habia oido La Jouquiere en lugar de La Jupiniere.

Ya estaban presas diez personas, y apenas habia vuelto la mitad de la escuadra: era, pues, evidente que continuaban los arrestos, y que iban á pasar revista á todas las analogias nominales, porque despues de la órden dada por Dubois la analogia reinaba despóticamente en Paris. Cuando Dubois, que apesar de su buen humor maldecia y juraba por no perder la costumbre, oyó la relacion de Tapin, se rascó la nariz hasta sacar sangre, lo cual era buena señal.

—¿Luego entonces es el capitan La Jouquiere el que tú has encontrado?

—Si, monseñor.

—Y se llama sin dñda La Jouquiere?

—Si, monseñor.

—La Jouquiere, repitió Dubois apoyándose en cada sílaba.

—La Jouquiere, repitió maese Tapin.

—¿Un capitan?

—Si, monseñor.

—¿Un verdadero capitán?

—He visto su plumero.

Esta conclusion pareció suficiente á Dubois en cuanto al grado, pero no en cuanto á la identidad.

—¡Bueno! dijo; ¿y qué hace?

—Espera, se fastidia y bebe.

—Eso debe ser, dijo Dubois; espera, se fastidia y bebe.

—Y bebe, repitió Tapin.

—¿Y paga? dijo Dubois, dando evidentemente una grande importancia á esta pregunta.

—Muy bien Monseñor.

—Corriente, Tapin; sois hombre de talento.

—Monseñor, dijo Tapin con modestia: me adulais, pero eso es muy sencillo: si no pagase, no podia ser un hombre sospechoso.

Ya hemos dicho que maese tapin era un mozo lleno de lógica.

Dubois le entregó diez luises á titulo de gratificación; le dió nuevas órdenes; dejó á su secretario para decir á los otros lebreles, que irian llegando sucesivamente, que ya habia bastantes La Jouquiere; vistiose prontamente, y se encaminó á pie hácia la calle de Bourdonnais.

El Sr. Voyer d, Argenson habia puesto

— 101 —

desde las seis de mañana á disposicion de Dubois una mediana escena de espías, disfrazados de guardias francesas y provistos de instrucciones, unos de los cuales le seguian y otros le habian precedido.

Ahora digamos una palabra del interior de la posada en que vamos á introducir al lector.

Era el «Barril de Amor,» como hemos dicho medio fonda, medio taberna, donde se bebia, se comia y se dormia; los cuartos para habitacion estaban en el piso principal, y las salas de taberna en el bajo.

La principal de estas, que era la comun, estaba amueblada con cuatro mesas de encina y una cantidad innumerable de escabeles y de cortinas rojas y blancas, antigua tradicion de las tabernas. Algunos bancos á lo largo de las paredes; vasos en una especie de aparador; imágenes pintadas, representando unas las diversas emigraciones del Judío Errante; otras la condenacion y ejecucion de Duchâuffour: el total ennegrecido por el humo, y devolviendo, despues de haberlo absorbido, un olor á pipa muy nauseabundo, que completaba el conjunto de aquella respetable «terulia,» como dicen los ingleses, por donde daba vueltas un hombre gordo y colorado, de treinta y cinco á cuarenta años, y bullia una chica de semblante pálido, de doce á catorce.

Eran estos el dueño del «Barril de Amor» y su hija única, la cual iba a heredar su casa y su comercio, que ya bajo la dirección de su padre se iba poniendo en estado de continuar.

Un marmiton aderezaba en la cocina un guisote que esparcía un fuerte olor á criadillas en vino.

La sala estaba aun vacía; pero en el momento en que el péndulo daba la una, entró un guardia frances, y murmuró deteniéndose en el umbral:

—Calle de Bourdonnais, en la sala comun del «Barril de Amor, una mesa á la izquierda, sentarse y esperar.

Y en ejecucion de esta consigna, el digno defensor de la patria, silbando una cancion de guardia y retorciéndose el bigote con un gesto de coqueteria militar, fué á sentarse en el lugar indicado.

Apenas levantaba el puño para dar un golpe en la mesa, lo cual quiere decir en todas las tabernas del mundo:—¡Vino! cuando otro guardia frances, vestido esactamente como el primero, atravesó el umbral, murmurò algunas palabras, y despues de un momento de indecision, fué á sentarse junto al primero.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ELENA
DE ORLEANS.

LIBRARY

DE OREANS.

ELENA
DE ORLEANS,
NOVELA HISTÓRICA,
POR M. ALEJANDRO DUMAS.



TOMO II.

SEVILLA.—1849.

Imprenta de Gomez, Editor, calle de
la Muela número 32.

ELIENNA

DE OBRAS

NOVELA HISTÓRICA.

DE DON ALFONSO GONZÁLEZ



TOMO II.

SEVILLA.—1819.

Imprenta de Gómez, Editor, calle de
la Muela número 32.



ELENA DE ORLEANS.

CAPITULO I.

El capitan La Jouquiere.

Los dos soldados se miraron fijamente, y luego dejaron escapar ambos esta doble exclamacion:

—¡Ah, ah!

Que tambien en todos los paises del mundo indica la sorpresa.

—¡Eres tu, Grippa t! dijo el uno

—¡Eres tu, Machuga! dijo el otro.

—¿Que vienes á hacer en esta taberna?

—¿Y tu?

—Yo no se nada.

—Ni yo tampoco.

—¿Luego estas aqui?...

—De orden superior.

—Lo mismo que yo.

—¿Y esperas?...

—A un hombre que debe venir.

—¿Con una contraseña?

—¿Y á esa contraseña?

—Intimacion de obedecer, como al mismo maese Tapin.

—Eso es, y me han dado un doblon para beber entre tanto que llega.

—Tambien á mi me han dado un doblon pero no me han dicho que beba.

—¿Y en caso de duda?

—En caso de duda, como dice el sabio, yo yo no me abstengo.

—Pues bebamos.

Y la mano alzada sobre la mesa cayó esta vez para llamar al huesped; pero era cosa inútil pues habia visto entrar á los parroquianos, y reconociéndolos en el uniforme por aficionados, estaba de pie, cuadrado, con la mano izquierda en la costura de los calzones, y la derecha en su gorro de algodón.

Era un hombre muy jocoso el mesonero del «Barril de Amor.»

—¡Vino! dijeron los dos guardias.

—De Orleans, añadió uno de ellos, que parecia mas aficionado; que pica en la garganta y me gusta.

—Señores dijo el mesonero con uua sonrisa horrible: mi vino no pica, sino que, al contrario, es muy suave.

Y llevó una botella ya destapada.

Los dos consumidores llenaron los vasos y bebieron, y luego los pusieron sobre la mesa con un gesto diferente, pero que sin embargo indicaba la misma opinion.

—¿A que diablos dices que tu vino pica cuando desgarras?

—¡Ah! es un soberbio vino, señores, dijo el hostelero.

—Si, repuso el segundo guardia frances; no le falta mas que el estragon.

El hostelero se sonrió como hombre que entiende la chanza.

—¿Oureis de otro? dijo.

—Si se quiere, se te pedirá.

—El huesped se inclinó, y comprendiendo la invitacion, dejó á los dos soldados solos con sus negocios.

—¿Pero tu sabrás algo mas de lo que me has dicho? dijo uno de los soldados al otro.

—¡Oh! yo se que se trata de cierto capitán.

—Si, eso es; pero para prender al capitán presumo que nos darán auxilio.

—Sin, duda, dos contra uno no es bastante.

—Te olvidas del hombre de la contraseña pues ese es el auxilio.

—Aunque vinieran otros dos mas... pero me parece que oigo alguna cosa.

—En efecto, alguien baja la escalera.

—¡Chito!

—¡Silencio!

Y los dos guardias franceses, mas esclavos á su consigna que si hubiesen sido verdaderos soldados, llenaron otra vez los vasos y bebieron, mirando con el rabo del ojo hácia la escalera.

No se habian equivocado los dos observadores; los peldaños de una escalera que hemos olvidado mencionar, y que subia apoyada contra la pared, rechinaban por el momento bajo un peso bastante respetable, y los huéspedes momentáneos de la sala comun pudieron ver primero unas piernas, luego un torso y despues una cabeza: las piernas iban vestidas de unas medias de seda muy estiradas y de unos calzones de casimir blanco; el torso de un jubon azul, y la cabeza llevaba un sombrero tricornio coquetamente inclinado sobre una oreja. Un ojo menos ejercitado que el de los guardias franceses habria reconocido al instante en la totalidad á un capitan, pues sus charreteras y espada no dejaban sobre ello la menor duda.

Este capitán, que era el capitán La Jouquiere, era un hombre de cinco pies y dos pulgadas, bastante grueso, bastante vivo, y cuyos ojos malignos se fijaban sobre todo con una sagacidad maravillosa: hubiérase dicho que conocía á los espías bajo el uniforme de guardias, porque les volvió la espalda al entrar, y luego dió un acento particular á su conversacion con el huésped.

—En verdad, le dijo, que hubiera deseado comer aquí pues me ha abierto el apetito ese olor excelente de criadillas con vino; pero me aguardan unos buenos amigos en la *Flauta de Paphos*. Tal vez venga á pedirme cien doblones un jóven de mi provincia, á quien no puedo esperar ahora mas tiempo; si viene y se nombra, decidle que estaré aquí dentro de una hora, y que tenga á bien esperarme.

—Muy bien, capitán, respondió el mesonero.

—¡Eh, vino! dijeron los guardias.

—¡Ah, ah! murmuró el capitán echando una mirada, al parecer indiferente, á los dos bebedores; hé aquí unos soldados que tienen muy poco respeto á las charreteras.

Y volviéndose al tabernero, añadió:

—Servid á esos señores, pues ya veis que están de prisa.

—¡Ah! dijo uno de ellos levantándose, si el señor capitán lo permite...

—Sin duda que lo permito, dijo La Jouquiere sonriendo con los labios, en tanto que se le pasaban muy buenas ganas de abofetear á los dos tunos cuyos rostros le desagradaban; pero llevado por la prudencia, dió algunos pasos hácia la puerta.

—Pero, capitán; dijo el hostelero deteniéndolo; no me habeis dicho el nombre del caballero que debe venir á preguntar por vos.

La Jouquiere vaciló; un movimiento bastante militar de uno de los dos guardias, que se volvió cruzando una pierna sobre otra y retorciéndose el bigote, le devolvió alguna confianza, al mismo tiempo que el segundo imitó con un dedo metido en la boca el tapon de una botella de vino de Champagne que salta.

La Jouquiere quedó tranquilizado completamente.

—Se llama el caballero Gaston de Chanlay, dijo respondiendo al fondista.

—Gaston de Chanlay, repitió este; ¡diablo si olvidaré el nombre! Gaston, Gascon; bueno: me acordaré de Gascon...Canlay; bien; me acordaré de Candela.

—Eso es, repuso gravemente La Jouquiere. Gascon de Candela.—Os invito, mi querido huesped, á abrir un curso de mnemónica, y todas vuestras reglas son tan segu-

ras como esta, no dudo que hagais fortuna.

El hostelero se sonrió del cumplimiento, y el capitán La Jouquiere salió despues de haber mirado bien toda la calle como para hacer tiempo, pero en realidad para registrar los rincones de las puertas y los ángulos de las casas.

Aun no habia dado cien pasos hácia la calle de Saint-Honoré, á la cual se dirigió, cuando Dubois se presentó en la puerta de la taberna, habiéndose cruzado con el capitán La Jouquiere; pero como no habia visto nunca á este importante personage, no pudo reconocerle.

Presentose en el umbral con un atrevimiento completamente desvergonzado, llevando la mano á su sombrero raído, un casacon gris, calzas prietas, y, en fin, todo el aspecto de un mercader de provincia.

II.

El Sr. Montonnet, mercader de paños en Saint-Germain en-Laye.

Despues de haber echado una ojeada sobre los dos guardias franceses que continuaban

bebiendo en su rincón, Dubois llamó al hostelero, que paseaba su sala entre los bancos y escabeles.

—Señor, le dijo tímidamente: ¿no es aquí donde se aloja el señor capitán La Jouquiere? Quisiera hablarle.

—¿Quereis hablar al capitán La Jouquiere? dijo el huésped examinando al recién venido de pies á cabeza.

—Si fuera posible, dijo Dubois, confieso que tendria gusto en ello.

—¿Pero es con el que vive aquí con quien teneis que tratar? preguntó el posadero, que no reconocia de ningun modo en el que llegaba á aquel que era esperado.

—Ya lo creo, dijo modestamente Dubois.

—Un hombre grueso.

—Ese es.

—Bebedor.

—Ese mismo.

—Y siempre dispuesto á levantar el palo cuando no se hace al instante lo que manda.

—El mismo, ¡Querido capitán!

—¿Conque lo conoceis? preguntó el fondista.

—¡Yo! Nada de eso, respondió Dubois.

—¡Ah! es verdad; debéis haberlo encontrado á la puerta.

—¡Diablo! ¿Ha salido? dijo Dubois con un movimiento de mal humor mal comprimido;

pero comprendiendo al instante la imprudencia que habia cometido, dió á su rostro la mas amable de todas las sonrisas.

—¡Oh! aun no hace cinco minutos, dijo el huésped.

—¿Pero sin duda volverá? preguntó el abate.

—Dentro de una hora.

—¿Me permitís que lo espere?

—Ciertamente, con tal de que tomeis alguna cosa entre tanto.

—Me dareis guindas en aguardiente, dijo Dubois, pues nunca bebo vino fuera de las comidas.

Los dos guardias cambiaron una sonrisa de supremo desden.

El hostelero se apresuró á llevar un vasito que contenia las guindas pedidas.

—¡Ah, dijo Dubois; aquí no hay mas que cinco! En Saint-Germain-en-Laye dan seis.

—Es posible, respondió el posadero; pero en Saint-Germain no hay derechos de puertas.

—¡Eso es justo, dijo Dubois; perfectamente justo! Olvidaba los derechos de puertas; perdonad.

Y se puso á masticar una guinda, sin poder menos, á pesar de su fuerza sobre si mismo, de hacer un gesto de los mas acentuados.

El hostelero, que lo seguía con los ojos, vió este gesto con una sonrisa de satisfacción.

—¿Y dónde habita ese bravo capitán? dijo Dubois para entrar en materia.

—Esa es la puerta de su cuarto, contestó el fondista; ha preferido habitar en el piso bajo.

—Lo concibo, murmuró Dubois; las ventanas dan á la calle pública.

—Sin contar con que tiene una puerta que sale á la calle de las Deux-Boules.

—¡Ah! ¿Tiene una puerta que da á la calle de las Deux-Boules? ¡Diablo; qué cómodo es eso!

—Y el ruido que se hace aquí no le incomoda?

—¡Oh! tiene otro cuarto arriba, y se acuesta unas veces en uno, otras en otro.

—Como Dionisio el tirano, dijo Dubois, que no podía deshacerse de sus citas latinas ó históricas.

—¿Como? dijo el hostelero.

Dubois vió que había cometido una nueva imprudencia, y se mordió los labios; por fortuna uno de los guardias pidió vino en este momento, y el posadero salió al instante fuera del aposento.

Dubois lo siguió con la vista, y volviéndose luego hácia los guardias franceses, les dijo:

—¡Eh! Gracias.

—¿Qué hay, paisano? preguntaron los guardias.

—*Francia y Regente*, respondió Dubois.

—¡La contraseña! exclamaron á un tiempo los dos fingidos soldados levantándose.

—Entrad en ese cuarto, dijo Dubois señalando al de La Jouquiere; abrid la puerta que da á la calle de las Deux-Boules, y escondedvos detras de una cortina, debajo de una mesa, en un armario, donde podais: si veo la punta de la oreja de uno de vosotros cuando entre, os suprimo el sueldo por seis meses.

Los dos guardias franceses vaciaron sus vasos como hombres que nada quieren perder de los bienes de la tierra, y entraron en el cuarto indicado, mientras que Dubois, que advertia que ellos se habian olvidado de pagar, echaba una moneda sobre la mesa: corriendo luego á abrir la ventana, y dirigiéndose á un cochero de fiacre que estaba parado delante de la casa, le dijo:

—Despierto, arrimad la carroza á la puercecilla que da á la calle de las Deux-Boules, y decid á Tapin que suba cuando yo haga una seña tocando con los dedos en los cristales: ya tiene él sus instrucciones; corred.

Y volvió á cerrar la ventana, al mismo tiempo que se oia el rumor del carruaje que se alejaba.

Ya era tiempo, pues volvía el ágil posadero, que á la primera ojeada advirtió la ausencia de los guardias franceses.

—¡Calle! dijo: ¿donde están mis hombres?

—Un sargento los ha llamado.

—¡Pero se han ido sin pagar! exclamó el huésped.

—No, pues, como veis, han dejado una moneda sobre la mesa.

—¡Diablo! doce sueldos: yo vendo mi vino de Orleans á ocho la botella.

—Pues sin duda habrán pensado, repuso Dubois, que como eran militares hariais alguna pequeña rebaja en su favor.

—¡En fin, dijo el mesonero, que hallando sin dudarazonable la ganancia se consolaba fácilmente; en fin, no se ha perdido todo, y es preciso esperarse estas cosas en nuestro oficio.

—Felizmente no teneis semejante cosa que temer con el capitan La Jouquiere, dijo Dubis.

—¡Oh! en cuanto á ese, es la flor y nata de mis parroquianos; todo lo paga al contado y sin regatear. Verdad es que nunca encuentra nada bueno.

—¡Diablo! dijo Dubois; eso debe ser una mania.

—Habeis dado con la palabra que yo buscaba; si, es una mania.

—Eso que me decis de la exactitud en pagar del capitán me causa mucho placer, añadió el abate.

—¿Venís á pedirle dinero? dijo el del meson; en efecto, me ha dicho que esperaba á uno á quien debía cien doblones.

—Al contrario, respondió Dubois; yo le traigo cincuenta lises.

—¡Cincuenta lises! ¡diablo! repuso el huésped; ¡bonito dinero! Entonces yo habré oído mal, y en vez de pagar tendrá que recibir, sin duda. ¿Os llamareis por ventura el caballero Gaston de Chanlay?

—Al menos así me lo ha dicho, dijo el hostelero un poco sorprendido del entusiasmo con que hacia su pregunta el comedor de guindas, que continuaba en su tarea con los últimos gestos de un mono que masca almendras amargas; ¿pero sois vos el caballero Gaston de Chanlay?

—No, yo no tengo el honor de ser noble, y me llamo Montonnet á secas.

—La nobleza no hace nada al caso, dijo el fondista en tono sentencioso. Puede uno llamarse Montonnet y ser un hombre honrado.

—Si, Montonnet, repuso el abate aprobando con una seña la teoría del mesonero; Montonnet, mercader de paños en Saint-Germain-en-Laye.

—¿Y decís que teneis que entregar cincuenta lises al capitán?

—Si señor contestó Dubois bebiendo concienzadamente el liquido, despues de haberse comido concienzadamente las guindas Imaginaos que hojeando unos registros antiguos de mi padre he descubierto en la columna de lo pasivo que debia cincuenta lises al padre del capitán La Jouquiere. Entonces me puse en campaña, y no hetenido paz ni tregua hasta que, á falta del que ha muerto, he conseguido descubrir al hijo.

—¿Pero sabéis, Sr. Montonnet, repuso el del meson, maravillado de tan suprema delicadeza, que no hay muchos deudores como vos?

—Asi somos nosotros de padres en hijos, y de Montonnet en Montonnet; pero cuando se nos debe... ¡Ah, entonces tambien somos inexorables! Mirad, hay un tuno que debia ciento sesenta libras á la casa de Montonnet é hijo. ¡Pues bien! mi abuelo lo hizo meter en la carcel, y en ella ha estado por espacio de tres generaciones, hasta que murió. Registrando las cuentas hace unos quince dias he averiguado que ese picaro nos ha costado doce mil libras en el tiempo que ha estado bajo llaves; pero no importa, el principio ha sido mantenido. Mas, perdonadme mi querido huesped, añadió Dubois, que con el ru-

bo del ojo acechaba la puerta de la calle ante la cual aparecía una sombra bastante parecida á la de su capitan; perdonadme por haberos entretenido con estos chismes que ningun interes tienen para vos; ademas, áhi os llega un nuevo parroquiano.

—¡Ah! dijo el mesonero, justamente es la persona que esperais.

—¡El valiente capitan La Jouquiere! exclamó Dubois.

—El mismo.

Venid, capitan, dijo el huésped; están aguardándoos.

El capitan no habia desechado aun sus sospechas de aquella mañana, pues vió en la calle una multitud de rostros desconocidos que le parecieron siniestros y entró lleno de desconfianza en el meson. Primeramente echó una mirada de las mas investigadoras sobre el sitio en que habia dejado á los guardias franceses, cuya ausencia le tranquilizó algun tanto, y en seguida sobre el recién venido, que no dejaba de inquietarle. Pero las gentes cuya conciencia no está tranquila concluyen por encontrar en el exceso mismo de sus inquietudes valor para desafiar sus presentimientos, ó mejor dicho, se familiarizan con su miedo hasta el punto de no escucharlo. Tranquilizado La Jouquiere por la buena cara del pretendido

mercader de paños de Saint-Germain-en-Laye, le saludó amablemente, y Dubois, por su parte, hizo una de las mas corteses reverencias.

Volviéndose entonces La Jouquiere hácia el mesonero, le preguntó si habia llegado el amigo á quien esperaba.

—Nadie ha venido mas que el señor, respondió el fondista; pero nada perdeis en este cambio de visita; uno venia á reclamarnos cien doblones, y el otro viene á traerlos cincuenta luises.

Sorprendido La Jouquiere, se volvió hácia Dubois, que soportó la mirada dando á su rostro toda la indiferencia estúpida de que era susceptible.

El capitan La Jouquiere quedó aturdido de la peregrina historia que Dubois le repitió con un aplomo admirable, y se sonrió al ver aquella restitucion inesperada, á causa de ese amor inmoderado que todos los hombres tienen generalmente á lo imprevisto en materia de hacienda: conmovido luego por la generosa accion de este hombre, que le buscaba por toda la tierra para pagarle un dinero tampoco esperado, pidió al hostalero una botella de vino de España, é invitó á Dubois á que le siguiera á su cuarto.

Dubois se acercó á la ventana para tomar su sombrero, que estaba sobre una silla, y

mientras que La Jouquiere charlaba con el huésped, tocó el tambor con los dedos sobre el cristal.

En este momento se volvió el capitán.

—Pero quizá os estorbaré en vuestro cuarto, dijo el abate dando á su semblante la mas risueña espresion que pudo.

—¡Nada de eso, nada de eso! respondió el capitán; tiene muy buenas vistas, y al mismo tiempo que bebamos miraremos pasar la gente por las ventanas: hay muy lindas damas en la calle de Bourdonnais. ¡Ah! eso os hace sonreir, ¡eh!

—¡Bah! dijo Dubois rascándose la nariz por distraccion.

Este ademan imprudente le habria perdido en un radio menos retirado del Palais-Royal; pero en la calle de bourdonnais pasó desapercibido.

La Jouquiere entró delante, el mesonero delante de La Jouquiere, las botellas delante del mesonero. Dubois, que iba el último tuvo tiempo para hacer una seña de inteligencia á Tapin, que aparecia en la primera sala seguido de dos hombres; y luego, como hombre bien criado, cerró la puerta detrás de sí.

Los dos acólitos de Tapin se fueron en derechura á la ventana, y corrieron las cortinas de la sala comun, mientras que su jefe se

colocaba detras de la puerta del cuarto de La Jouquiere, de modo que quedase oculto por ella cuando se abriera. El posadero volvió casi al instante, pues ya habia servido al capitan y al Sr. Montonet, y ademas recibido del primero, que pagaba siempre al contado, un escudo de tres libras, cuya entrada iba á sentar en el libro, encerrando el dinero en su cajon; pero apenas hubo cerrado la puerta, cuando Tapin, que estaba al acecho, le pasó un pañuelo por la boca, le metió el gorro de algodón hasta el cuello, y lo trasportó como si fuera una pluma á un segundo fiacre que estaba á la puerta. Al mismo tiempo uno de los esbirros se apoderó de la muchacha que freía huevos, el otro se llevó envuelto en un mantel al marmiton que tenia el mango de la sarten, y al mismo tiempo el mesonero, su hija y su pinche rodaban hácia Saint-Lazare conducidos demasiado rápidamente por dos caballos demasiado buenos, y por un cochero demasiado impaciente para que el carruaje que los llevaba fuese realmente un fiacre.

Al instante registró Tapin un armario que habia junto á la puerta de la cocina, tomó un gorro de algodón y un mandil, é hizo señas á un curioso que miraba por los vidrios, y que en un momento quedó transformado en mozo de taberna bastante vero-

simil. En este mismo instante se oyó en el cuarto del capitán una infernal barahunda, parecida al ruido de una mesa que se cae con botellas y vasos que se quiebran, luego juramentos terribles, luego el resonar de una espada sobre el pavimento, y luego nada.

Al cabo de un minuto hizo retumbar la casa el rodar de un fiacre que se alejaba por la calle de las Deux-Boules.

Tapin, que con aire inquieto había prestado oído atento, dispuesto á lanzarse en el cuarto con su cuchillo de cocina en la mano, se irguió con ademán alegre y dijo:

—¡Bien! El golpe está dado.

—Ya era tiempo, mi amo, dijo el mozo; aquí está un parroquiano.

III.

Fiaos en las contraseñas.

Tapin creyó al principio que era el caballero Gaston de Chanlay; pero se engañaba, pues era una mujer que iba por una botella de vino.

—¿Qué le ha sucedido á ese pobre Sr. Bourguignon, que se lo llevan en un fiacre

con gorro y todo? dijo la mujer.

—¡Ay, querida señora! respondió Tapin; una desgracia que estábamos muy lejos de esperar. Ese pobre Bourguignon, estando hablando aquí conmigo, cuando menos pensaba, fué acometido de una apoplejía fulminante.

—¡Bondad divina!

—¡Ay! repuso Tapin alzando los ojos al cielo; esto prueba que todos somos mortales.

—Pero, ¿y la niña que también se llevan! preguntó la comadre.

—La niña cuidará á su padre, que deber suyo es.

—¿Y el marmiton? repuso la muger, que queria saberlo todo.

—El marmiton le guisará, que ese es su oficio.

—¡Dios mio de mi alma! Todo eso habia visto desde la puerta de mi casa, y nada comprendia; por eso, aunque no tenia necesidad, venia á comprar una botella de vino blanco, para saber á qué atenerme.

—Pues ya lo sabeis todo, querida vecina.

—Pero, ¿quién sois vos?

—Yo soy Champagne, el primo de Bourguignon, que por casualidad he llegado esta mañana del pais; le traia noticias de su familia, y de repente la alegría, la conmocion le handado ese golpe terrible. Preguntad,



preguntad á Gravigeon, continuó Tapin señalando á su ayudante de cocina, que concluía la tortilla comenzada por la hija del mesonero y su pinche.

—¡Oh, Dios miol! Asi ha pasado exactamente, como lo cuenta el Sr. Champagne, respondió Gravigeon enjugando una lágrima con el mango del cucharón.

—¡Pobre Sr. Bourguignon! ¿Y creéis que será preciso rogar á Dios por él?

—Nunca es malo rogar á Dios, dijo sentenciosamente Tapin.

—¡Ah! un instante; oid; medidme bien al menos.

Tapin hizo una seña afirmativa, y midió en efecto muy convenientemente, lo cual no era muy difícil, pues se trataba pura y simplemente de prodigar lo de otro: Bourguignon hubiera exhalado alaridos de dolor si hubiese visto la medida que Tapin llenó á la muger de un buen vino de macon por dos sueldos.

—¡Vaya, vaya! dijo esta; voy á tranquilizar al barrio, que comenzaba á conmoverse; yo prometo conservaros mi parroquia, Sr. Champagne; y hay mas, si al Sr. Bourguignon no fuera vuestro primo, os diria lo que pienso de el.

—¡Oh, vecinal! decid lo que queráis.

—¡Pues bien! acabo de conocer que me

robaba escandalosamente. La misma botella que acabais de llenarme por dos sueldos, apenas me la mediaba el por cuatro.

—¡Habrased visto! dijo Tapin.

—¡Oh, Sr. Champagnel! á decir verdad, ya veis que no hay justicia aquiabajo; pero la hay en todo allá arriba, y es una dicha que os hayais encontrado aqui para continuar su comercio.

—Ya lo creo, dijo en voz baja Tapin: una felicidad para sus clientes.

Y se apresuró á despedir á la muger, porque temia ver llegar á quien esperaba, y semejantes esplicaciones podian parecer sospechosas al recién llegado.

En efecto, pocos instantes despues, y cuando el reloj daba las dos y media, se abrió la puerta, y entró un apuesto jóven, envuelto en una capa azul llena de nieve.

—¿Es esta la posada del *Barril de Amor*? preguntó el caballero á Tapin:

—Si caballero.

—¿Y vive aqui el señor capitan La Jouquiere?

—Si, señor.

—¿Y está en su cuarto en este momento?

—Justamente acaba de entrar ahora.

—Pues bien; tened la bondad de avisarle la llegada del caballero Gaston de Chanlay.

—Tapin se inclinó ofreció al caballero una silla, que este rehusó y entró en el cuarto del capitan La Jouquiere.

Gaston sacudió la nieve pegada á sus botas, luego la de su capa, y se puso á mirar, con la curiosidad ociosa de un hombre que espera, las imágenes que tapizaban las paredes de la taberna, sin sospechar que habia alli, alrededor de las hornillas, tres ó cuatro espadas, que un solo guiño del urbano y humilde posadero podia hacerlas pasar de sus vainas á su pecho.

Al cabo de cinco minutos volvió Tapin, y dejando la puerta abierta para indicar el camino, dijo:

—El señor capitan La Jouquiere está á las órdenes del señor caballero Gaston de Chanlay.

Este se dirigió al cuarto en una actitud completamente militar; en el aposento estaba aquel á quien el mesonero presentaba como el capitan La Jouquiere, y sin ser un fisonomista muy ejercitado, conoció, ó que este hombre ocultaba muy hábilmente su juego, ó que no era ningun tremendo matamoros.

Pequeño, seco, con la nariz granugienta, los ojos grises, bailando dentro de un uniforme bastante raído, y que sin embargo le estorbaba sus movimientos, y ciñendo una

espada tan larga como el, tal apareció á Gaston este capitan formidable, hácia el cual le habian recomendado los mayores miramientos las intrucciones del marques de Pontca-lée y de los otros conjurados.

—Este hombre es feo, y tiene el aspecto de un sacristan, pensó Gaston.

Pero al ver que este hombre se adelantaba hácia él para recibirlo, le dijo:

—¿Es al capitan La Jouquiere á quien tengo el honor de hablar?

—Al mismo, dijo Dubois, metamorfoseado en capitan; y saludando á su vez, añadió: ¿Y es el señor caballero Gaston de Chanlay quien tiene á bien hacerme una visita?

—Si, señor, respondió Gaston.

—¿Teneis las señas convenidas? preguntó el falso capitan La Jouquiere.

—Aqui está la mitad de la moneda de oro.

—Y aquí la otra mitad, dijo Dubois.

Y acercó los dos fragmentos de moneda, que encajaban perfectamente.

—Ahora, dijo Gaston, veamos los dos papeles.

Gaston sacó del bolsillo aquel papel cortado de una manera tan estraña, y sobre el cual estaba escrito el nombre del capitan La Jouquiere.

Dubois sacó tambien del suyo un papel

semejante, en el que estaba escrito el nombre del caballero Gaston de Chanlay, y puestos uno sobre otro, se vió que estaban cortados esactamente sobre el mismo patron, y que se ajustaban con esactitud los recortes interiores.

—¡Perfectamente! dijo Gaston; ahora las carteras.

Las carteras de Chanlay y del fingido La Jouquiere fueron comparadas; eran esactamente iguales, y ambas, aunque nuevas, contenian un calendario del año 1700; es decir, de diez y nueve años antes. Era esta una doble precaucion que se habia tomado, por miedo de que las imitasen.

Pero Dubois no habia tenido necesidad de imitar, pues todo se lo habia cogido al capitán La Jouquiere, y con su diabólica sagacidad é infernal instinto todo lo habia adivinado y sacado partido de todo.

—¿Y ahora?... dijo Gaston.

—Ahora, contestó Dubois, podemos hablar de nuestros negocios... ¿No es eso lo que quereis decir, caballero?

—Justamente; ¿pero estamos en seguridad?

—Como si estuviésemos en un desierto.

—Pues entonces, sentémonos y hablemos.

—Con mucho gusto, caballero.

Los dos hombres se sentaron uno á cada

lado de la mesa, sobre la cual habia una botella de Jerez y dos vasos.

Dubois llenó uno; pero en el momento en que iba á hacer lo mismo con el otro, el caballero puso la mano encima, para indicarle que no beberia.

—¡Diablo! dijo el abate para si; es sobrio: mala señal. César desconfiaba de las gentes que no bebian vino jamás, y estas gentes eran Bruto y Casio.

Gaston parecia reflexionar, y de vez en cuando fijaba sobre Dubois una mirada de profunda investigacion.

Dubois saboreaba á menudos tragos el vino de España, y soportaba perfectamente la mirada del caballero.

—Capitan, dijo al fin Gaston despues de un momento de silencio: cuando se emprende, como hacemos nosotros, un negocio en el que se arriesga la cabeza, creo que es bueno conocerse, á fin de que lo pasado responda de lo porvenir.

Montlouis, Talhouet, Coudie y Pontcalée son mis introductores con vos; ya sabeis mi nombre y mi condicion, y que he sido educado por un hermano que tenia motivos de odio personal contra el regente. Este odio lo he heredado yo, y ha resultado de ello que, cuando se formó en Bretaña la liga de la nobleza, hace ya cerca de tres años, yo

entré tambien en la conjuración; ahora he sido elegido por los conjurados bretones para venir á entenderme con los de Paris, y para recibir las instrucciones del baron de Vales, que ha llegado de España, trasmitirlas al duque de Olivares, agente de S. M. C. en Paris, y asegurarme de su asentimiento.

—¿Y qué debe hacer en todo eso el capitán La Jouquiere? preguntó Dubois como si fuera él quien dudase de la identidad del caballero.

—Debe presentarme al duque. Dos horas hace que he llegado: he visto primeramente al Sr. de Vales, y, en fin, vengo á hacerme conocer de vos; ahora ya conocéis mi vida como yo mismo.

Dubois habia escuchado falseando cada una de las impresiones que recibia, como pudiera hacerlo el mejor cómico; y luego, cuando Gaston concluyó, le dijo repantigándose en la silla con un aire de noble indolencia:

—En cuanto á mí, caballero, debo confesar que mi historia es un poco mas larga y algo mas llena de accidentes que la vuestra. Sin embargo, si deseais que os la cuente, será un deber mio obedeceros.

—Ya os he dicho, capitán, repuso Gaston inclinándose, que cuando se está en la posición en que nosotros estamos, una de las

primeras necesidades es conocerse bien.

—¡Pues bien! repuso el abate; yo me llamo, como sabeis, el capitan La Jouquiere; mi padre, lo mismo que yo, era oficial de aventuras, oficio en que se gana mucha gloria, pero en el cual se reune por punto general muy poco dinero. Mi glorioso padre murió, dejándome por toda herencia su tizona y su uniforme: ceñí la tizona, que era un poco larga, y me encajé el uniforme; que era un poco ancho, y desde aquel tiempo, continuó Dubois haciendo notar al caballero la holgura de su casaca, holgura que el caballero ya habia advertido; y desde aquel tiempo he contraido la costumbre de ir cómodo y de no encontrar estorbo en mis movimientos.

Gaston se inclinó en señal de que nada tenia que decir en contra de esta costumbre, y de que, aun cuando estuviera mas oprimido en su casaca de lo que estaba, tenia por bueno aquel hábito.

—Gracias á mi buen aspecto, continuó Dubois, fui recibido en el Real-Italiano, que por economia al principio, y luego porque la Italia ya no era nuestra, se reclutaba por el momento en Francia. Ocupaba en él una plaza muy distinguida, como cabo, cuando a víspera de la batalla de Malplaquet tuve con mi sargento un ligero altercado, á propósito de una orden que me daba con la

punta del baston levantada, en vez de dármela, como era mas conveniente, con la punta de aquel en el suelo.

—Perdon, dijo Chanlay: pero no comprendo qué diferencia podia causar eso en la órden que os daba.

—La diferencia fué que, al bajar el baston, rozó con la pluma de mi sombrero que cayó á tierra. De esta torpeza resultó un miserable duelo, en el cual le deslicé mi sable al traves del cuerpo; y como incontestablemente me hubieran pasado por las armas si tengo la complacencia de esperar que me arrestasen, di media vuelta á la izquierda, y me desperté á la mañana siguiente, el diablo me lleve si sé cómo sucedió esto, en el ejército del principe de Marlborough.

—Es decir, que desertásteis, repuso el caballero sonriendo.

—Tenia el ejemplo de Coriolano y del gran Condé, continuó Dubois, lo cual me pareció una excusa suficiente á los ojos de la posteridad. Asistí, pues, como actor á la batalla de Malplaquet; solo que en vez de hallarme á un lado del rio me encontré en el otro; en vez de volver la espalda á la aldea, la tenia enfrente de mí. Creo que este cambio de puesto fué muy afortunado para vuestro servidor, pues el Real-Italiano dejó ochocientos hombres sobre el campo de batalla,

mi compañía destrozada, y mi camarada de cama partido en dos pedazos por uno de los diez y siete mil cañonazos que se dispararon en la jornada. La gloria de que mi difunto regimiento se habia cubierto encantó de tal modo al ilustre Marlborough, que me hizo abanderado en el mismo campo de batalla. Con semejante protector, yo debia ir lejos; pero su mujer, lady Marlborough, que el cielo confunda, habiendo tenido, como sabeis, la torpeza de dejar caer un jarro de agua sobre el vestido de la reina Ana, este gran suceso cambió la faz de los sucesos en Europa, y en el trastorno que produjo me encontré sin otro protector que mi mérito personal y los enemigos que este me habia creado.

—¿Y qué hicisteis entonces? preguntó Gaston, que tomaba cierto interes en la vida aventurera del fingido capitán.

—¡Qué quereis! este aislamiento me condujo, bien á pesar mio, á pedir servicio á S. M. C., el cual, debo decirlo en honor suyo, accedió graciosamente á mi demanda. Al cabo de tres años ya era capitán; pero de un sueldo de treinta reales diarios nos retenian veinte, ponderándonos el honor infinito que nos hacia el rey de España llevándonos nuestro dinero. Como este método de pagas no me parecia que presentase la se-

guridad necesaria pedí permiso á mi coronel para dejar el servicio de S. M. C. y volver á mi bella patria, acompañado de una recomendacion cualquiera, para que no me molestasen mucho con respecto á mi negocio de Malplaquet. El coronel me dirigió entonces al Excmo. señor príncipe de Cellamare, el cual, habiéndome reconocido en mi cierta disposicion natural á obedecer las órdenes que me daban sin discutir las nunca, cuando me son dadas de una manera conveniente y acompañadas de cierta música, iba á emplearme activamente en la famosa conspiracion á que ha dado su nombre, cuando de repente marró el golpe, como ya sabeis, por la doble denuncia de la Fillon y de un miserable escritor llamado Buvat. Pero como S. A. pensó muy juiciosamente que lo que era diferido no era perdido, me recomendó á su sucesor, al cual espero que mis servicios podrán ser de alguna utilidad, y á quien doy gracias con toda mi alma por haberme proporcionado esta ocasion de hacer conocimiento con un caballero tan cumplido como vos. Consideradme, pues, caballero, como vuestro mas humilde y obediente servidor.

—Mi peticion se limitará, respondió Gaston, á suplicaros me presentéis al duque, el único á quien puedo confiarme, segun mis

instrucciones, y al cual debo entregar los despachos del baron de Valf. Pienso seguir á la letra mis instrucciones, y os suplico capitan, que me presenteis á su escelencia.

—Hoy mismo, caballero, dijo Dubois, que parecia haber tomado una resolucion; dentro de una hora si quereis ó de diez minutos si es necesario.

—Lo mas pronto posible.

—Escuchad dijo el abate; me he adelantado un poco al deciros que haríais viéseis á su escelencia dentro de una hora; en Paris no se está seguro de nada, y el quizas no esté prevenido de vuestra llegada, ni os espere ni tal vez se encuentre en su casa.

—Comprendo, tendré paciencia.

—Tal vez, en fin, continuó Dubois, no me sea posible volver por vos.

—¿Por que?

—¿Por qué? ¡Diablo, caballero; como se conoce que este es el primer viaje que haceis á Paris!

—¿Que quereis decir?

—Quiero decir que en Paris hay tres policias, todas diferentes, todas distintas, y que sin embargo se cruzan y reunen cuando se trata de atormentar á los hombres honrados que no piden otra cosa que la destruccion de lo que existe, para poner en su lugar lo que no existe. Primero, la poli-

cia del regente, que no es mucho de temer segundo, la del Sr. Voyer-d'Argenson, la cual tiene sus dias de mal humor, cuando el ha sido mal recibido en el convento de la Magdalena del Tresnel; tercero, la de Dubois. ¡Ah! esta es otra cosa; maese Dubois es un gran.

—¡Un gran miserable! repuso Gaston: ya lo se nada me enseñais de nuevo.

—Dubois se inclinó con su fatal sonrisa de mono.

—¡Y bien! ¿Para escarpar á esas tres policias?... dijo Gaston.

—Se necesita mucha prudencia, caballero.

—Pues entonces, instruidme, capitan, porque pareceis estar mas al corriente que yo; ya os lo he dicho; soy un provinciano, y nada mas.

—Pues primeramente seria muy importante que no viviésemos en el mismo meson.

—¡Diablo! respondió Gaston, que recordaba las señas que habia dado á Elena, eso me contraria, pues tengo mis razones para desear permanecer aquí.

—Nada importa eso, caballero, pues yo seré quien me vaya: tomad una de mis dos habitaciones; bien esta, bien la del piso principal.

—Prefiero esta.

—Y teneis razon; es piso bajo, ventanas á una calle, puerta secreta á otra. Vamos vamos; teneis buen ojo, y se podrá hacer alguna cosa de vos.

—Volvamos á nuestro asunto, dijo el caballero.

—Es muy justo. ¿Qué iba diciendo?

—Que tal vez no podríais volver á buscarme.

—Sí pero en ese caso cuidad mucho de no seguir á quien venga á buscaros sin una buena contraseña.

—Decidme las señales que podrán servirme para reconocer al que venga de parte vuestra.

—En primer lugar, es preciso que traiga una carta mia.

—Yo no conozco vuestra letra.

—Por eso voy á daros una muestra.

Dubois se sentó á la mesa, y escribió las líneas siguientes:

«Señor caballero:

«Seguid con confianza al hombre que os entregará este billete, pues tiene encargo mio de conducirlos á la casa en que os esperan el señor duque de Olivares y el capitán La Jouquiere.»

—Tomad, le dijo entregándoles el billete si alguien viene en mi nombre, os entregará un autógrafo semejante á este.

—¿Será esto bastante?

—Nunca es esto bastante; además del autógrafo, os enseñará la mitad de la moneda de oro, y en la puerta de la casa á que os conducirá, le pedireis la tercera contraseña.

—¿Qué será?...

—Que será el papel.

—Está bien, dijo Gaston: con estas precauciones, al diablo si nos dejamos prender conque ahora ¿qué tengo que hacer?

—Ahora esperar. ¿No pensais salir hoy?

—No.

—Pues bien, quedaos quieto y oculto en este meson, donde nada os faltará: voy á recomendaros al mesonero.

—Gracias.

—Querido Sr. Champagne, dijo al abrir la puerta La Jouquiere á Tapin; aquí teneis al caballero de Chanlay, que se queda con mi cuarto; os lo recomiendo como á mí mismo.

Y cerrándola luego, añadió:

—Ese mozo vale tanto oro como pesa, maese Tapin, dijo Dubois á media voz; que ni vos ni vuestra gente le pierdan un instante de vista, pues me respondeis de él con la cabeza.

IV.

Su escelencia el duque de Olivares.

Iba admirando Dubois como, ya habia tenido ocasion de hacerlo muchas veces, la casualidad providencial, que otra vez ponía en sus manos todo el porvenir del regente de Francia. Al atravesar la sala comun, reconoció al Despierto que charlaba con Tapin y le hizo señas de que lo siguiera: recordárase sin duda que el Despierto fué quien tuvo el encargo de hacer desaparecer al verdadero La Jouquiere. Ya en la calle, Dubois se informó con interes de lo que habia sido del digno capitan: debidamente amarrado, habia sido conducido al torreón de Vincennes, para que no estorbase ninguna de las maniobras del gobierno. En esta época habia una manera de sistema preventivo, admirablemente cómodo para los ministros.

Ilustrado sobre este punto importante, Dubois continuó su camino muy pensativo: solo estaba hecha la mitad del negocio, que era la mas fácil, y ahora se trataba de decidir al regente á que se metiera en una clase de asuntos que le causaban horror; la política de asechanzas.

Dubois comenzó por informarse del lugar en que estaría el regente y de lo que hacia.

El príncipe estaba en su gabinete, no de negocios, no de trabajo, no de regente, sino de artista, concluyendo un grabado al agua fuerte, preparado por su químico Humbert, el cual, en una mesa inmediata, embalsamaba una cigüeña por el procedimiento de los egipcios, que pretendia haber encontrado. Al mismo tiempo un secretario leia al príncipe una correspondencia, cuya clave solo era conocida del regente.

De pronto se abrió la puerta, con gran sorpresa del regente, cuyo refugio era este gabinete, y con voz sonora anunció el ugiere al señor capitán La Jouquiere.

El regente se volvió.

— ¡La Jouquiere! dijo; ¿quién es ese?

Humbert y el secretario se miraron sorprendidos de que un extranjero se metiera de aquel modo en su santuario.

Al mismo tiempo una cabeza puntiaguda y larga, bastante semejante á la de una zorra, se deslizó por la puerta entreabierta.

El regente estuvo un instante sin reconocer á Dubois, tan bien disfrazado estaba; pero al fin aquella nariz en punta, que no tenia igual en el reino, lo denunció.

La espresion de una suprema hilaridad reemplazó en el rostro del duque la de la

sorpresa que al principio se habia retratado en él.

—¡Cómo! ¿Eres tú, abate? dijo S. A. prorumpiendo en risa. ¿Qué significa ese nuevo disfraz?

—Monseñor, esto significa que cambio de piel, y que de zorro me convierto en leon. Y ahora, señor químico y señor secretario, hacedme el gusto de iros á disecar vuestro pájaro, y á acabar vuestra carta á otra parte.

—¿Y por qué? preguntó el regente.

— Porque tengo que hablar á V. A. de negocios importantes.

—¡Vete al diablo con tus negocios! La hora ha pasado, y puedes volver mañana, dijo el regente.

—Monseñor no querrá esponerme á que me quede hasta mañana bajo esta sucia envoltura, pues ello me bastaria para morir de repente. ¡Vaya! Jamás me consolaria de esto.

—Arréglate como puedas, pues he decidido consagrar el resto del dia al placer.

—¡Bien! A las mil ma'avillas, pues vengo á proponeros tambien un disfraz.

—¡Un disfraz para mí! ¿Qué quieres decir, Dubois? continuó el regente, que creyó se trataba de una de sus mascaradas ordinarias.

—Vamos, ya se os hace la boca agua, Sr. Alain.

—Habla, ¿qué has dispuesto?

—Despedid primero al químico y al secretario.

—¿Te hace al caso?

—Absolutamente.

—Puesto que lo quieres...

Y despidió á Humbert con un ademán amigable, y al secretario con un gesto de mando. Ambos salieron.

—Veamos ahora, dijo el regente: ¿qué me quieres?

—Monseñor, quiero presentaros un jóven que llega de Bretaña, y que me está recomendado particularmente; un mozo encantador.

—¿Y cómo le llamas tú?

—El caballero Gaston de Chanlay.

—Chanlay... repuso el regente buscando en sus recuerdos; ese nombre no me es del todo desconocido.

—¿De veras?

—No; me parece haberlo oido pronunciar otra vez; pero no recuerdo en qué circunstancia. ¿Y qué viene á hacer en Paris tu protegido?

—Monseñor, no quiero quitaros la sorpresa del descubrimiento, pues él mismo os dirá lo que viene á hacer en Paris.

— ¡Cómo! ¿A mí mismo?

— Sí; es decir, á su escelencia el duque de Olivares, cuyo puesto vais á ocupar si os agrada. ¡Ah! mi protegido es un conspirador muy discreto, y mucho me ha costado, gracias á mi policia, la misma siempre que os siguió á Rambouillet; mucho me ha costado, digo, ponerme al corriente de las cosas. El venia dirigido á un tal La Jouquiere, el cual debia presentarlo al Escelentísimo Señor Duque de Olivares. Comprenderéis ahora, ¿no es verdad?

— Confieso que no.

— ¡Pues bien! Yo he sido el capitan La Jouquiere; pero no puede ser al mismo tiempo el capitan La Jouquiere y el duque de Olivares.

— De modo que has reservado ese papel...

— Para vos, monseñor.

— ¡Gracias! Luego quieres que con el auxilio de un nombre falso sorprenda yo los secretos...

— De vuestros enemigos, interrumpió Dubois. ¡Pardiez! Bueno está el crimen....y decís eso como si os costára mucho cambiar de nombre y de vestidos; como si ya gracias á medios semejantes, no hubiérais sorprendido otra cosa que secretos. Pero recordar, monseñor, que gracias al caracter aventurero de que el cielo os ha dotado, nuestra

vida, la de nosotros dos, es una especie de mascarada continúa. ¡Que diablos! Monseñor, despues de haberos llamado Sr. Alain y maese Juan, bien podeis llamaros, sin rebajarse, el duque de Olivares.

—Querido, nada deseo mas que disfrazarme cuando la broma debe procurarme una distraccion cualquiera; pero.

—Pero disfrazaros, continuó Dubois, para conservar el reposo á la Francia, para impedir que les intrigantes trastornen el reposo; para impedir tal vez que un asesino os dé de puñaladas; ¡bah! la cosa es indigna de vos; ¡ya comprendo eso!... Si fuera para seducir á la quincallera del Pont-Neuf, ó á aquella linda viuda de la calle de Saint-Augustin, no digo que no; ¡diablo! ¡Eso valdria la pena!

—Pero, en fin, repuso el regente; si, como siempre, cedo á lo que me pides, ¿que resultará de ello?

—Resultará que al fin quizas convengais en que no soy yo un visionario, y entonces permitireis que vele sobre vos, ya que no quereis hacerlo vos mismo.

—Pero una vez por todas si la cosa no vale la pena, ¿me veré libre de tus obceciones?

—Por mi honor, me comprometo á ello.

—Abate, si te es igual, quisiera mejor otro juramento.

—¡Oh, que diablos! Monseñor, sois muy difícil, y cada cual jura por lo que puede.

—Está escrito que este tuno no cederá jamas.

—¿Consiente monseñor?

—¡Aun esa majaderia!

—¡Diablo! Ya vereis si esta lo es ó no.

—Dios me perdone; pero creo que fraguas complots solo por asustarme.

—Pues ya vereis este que bien hecho está.

—¿Estás contento de el?

—Lo encuentro muy agradable.

—Si no me da miedo, ¡ay de ti!

—Monseñor exige demasiado.

—Es que no estás seguro de tu conspiracion, Dubois.

—Pues os juro, monseñor, que gozaríais de cierta emocion, y que os tendreis por muy dichoso hablando por boca de su escelencia.

Y temiendo Dubois que el regente se arrepintiera de su decision, aun mal consolidada, se inclinó, y salió.

No hacia cinco minutos que se marchára, cuando un correo entró precipitadamente en la antecámara, y entregó una carta á un page; este page lo despidió, y entró la carta al regente, que, á la simple inspeccion de la letra del sobre, dejó escapar un movimiento de sorpresa.

—¡Mad. Desroches! dijo: algo hay de nuevo; y rompiendo con precipitación el lacre, leyó lo que sigue:

«Monseñor: La jóven que me habeis confiado no me parece en seguridad aquí.»

—¡Bah! exclamó el regente, y continuó:

«La residencia en la ciudad, que V. A. tenia para ella, vale cien veces mas que el aislamiento, y no siento en mi la fuerza para defender como quisiera, ó mas bien como sería necesario la persona que V. A. me ha hecho el honor de confiarme.

—¡Cómo! dijo el regente; me parece que esto se embrolla.

«Un jóven, que ya ayer habia escrito á la señorita Elena un momento antes de vuestra llegada, se ha presentado esta mañana en el pabellon; yo he querido echarlo, pero la señorita me ha ordenado tan perentoriamente obedecer y retirarme, que en su mirar inflamado, en su gesto de reina, he reconocido la sangre que manda.»

—Si, si, dijo el regente, sonriendo á pesar suyo, ¡es mi hijal... ¿Pero quién puede ser ese jóven? Un mozalbeté que la habrá visto en el locutorio del convento: si esta loca de Mad. Desroches me dijera su nombre... y continuó:

«Creo, monseñor, que este jóven y la señorita se han visto ya; yo me he permitido

escuchar por servir á V. A., y á pesar de la doble puerta he podido distinguir estas palabras: «Veros como en tiempo pasado.»

«Sea V. A. R. bastante bueno para salvarme del peligro real que corre mi vigilancia, y le suplico me trasmita una orden positiva, por escrito, al abrigo de la cual pueda ponerme durante los ratos de cólera de la señorita.»

—¡Diablo! continuó el regente; esto complica la situación: ¡ya el amor! Pero no, es imposible... educada tan severa y aisladamente, en el único convento de Francia en que los hombres no pasan nunca del locutorio; en una provincia que se dice ser de costumbres tan puras... No, eso será alguna aventura que no comprende esta Desroches, acostumbrada á las truhanerías de la corte, y sobreescitada por las travesuras de mis otras hijas.

Pero, ¿qué mas dice? veamos:

«Postdata.» Acabo de tomar informes del mesonero del «Tigre Real: el jóven ha llegado ayer á las siete de la noche; es decir, tres cuartos de hora antes que la señorita: venia por el camino de Bretaña; es decir, por el mismo que ella, y viaja con el [nombre de caballero de Livry.»

—¡Oh, oh! dijo el regente; esto se va haciendo peligroso, pues revela un plan con-

venido de antemano. ¡Pardiez! mucho se reiría Dubois si yo le hablase de este asunto. ¡Cómo me volvería al cuerpo mis disertaciones sobre la pureza de las jóvenes que se crían lejos de Versalles ó de París! pero creo que, á pesar de su policía. no sabrá nada de todo esto.

—¡Hola, paje!

El paje que habia llevado la carta se presentó de nuevo.

El duque escribió apresuradamente algunas líneas, y preguntó por el mensajero que acababa de llegar de Rambouillet.

—Espera la respuesta, monseñor, respondió el joven.

—Entregadle este mensaje, y que vuelva á marchar inmediatamente.

Un instante despues se oían resonar en el patio las herraduras sonoras de un caballo.

En cuanto á Dubois; al mismo tiempo que preparaba la entrevista de Gaston con el supuesto duque, hacia «in petto» este pequeño cálculo:

—Tengo agarrado al regente por si mismo y por su hija. La intriga de la joven es sin consecuencia ó formal: si es sin consecuencia, la destruyo ecsagerándola; si es formal, tengo para con el duque el mérito de haberla descubierto. Solo que es preciso no dar los dos golpes á un tiempo: «Bis

repetita placent. ¡Bueno, otra cita!... ¡Maldito, jamás podrás desacostumbrarte de ellas! Conque salvemos primero al duque, luego á su hija, y habrá dos recompensas. Pero veamos si esto está bien así.. El duque primero; si, eso es... que una muchacha sucumba, nadie sufre por ello; pero que muera un hombre, y un reino se pierda..... comencemos por el duque.

Y ya tomada esta resolucion, Dubois espidió un correo ganando hora al Sr. de Montaran en Nantes.

Ya hemos dicho que el Sr. de Montaran era el antiguo gobernador de la Bretaña..

Tambien Gaston habia tomado su partido: avergonzado por haber tenido que hárselas con un hombre del temple de La Jouquiere, y de estar colocado con respecto á semejante tuno en una posicion subordinada, se felicitaba ahora por tener que comunicarse con el jefe mas digno de la empresa, resuelto, si encontraba en este rango la misma bajeza y venalidad, á volverse á Nantes para contar á sus amigos lo que habia visto y preguntarles lo que debia hacer.

Ya no dudaba con respecto á Elena, pues conocia el valor indomable de esta niña, su amor y su lealtad, y sabia, á no dudar, que mas bien moriria ella, antes que tener que ruborizarse, aun involuntariamente, delan-

te de su amigo querido. Veia con placer que la dicha de encontrar un padre no habia alterado su firme afecto, y que la fortuna presente no le habia hecho olvidar lo pasado. Pero tambien por otra parte sus temores con respecto á esa paternidad misteriosa no le abandonaban un momento desde que se separó de Elena. En efecto, ¿qué rey no hubiera reconocido á semejante hija, á menos que alguna cosa vergonzosa presentase un obstáculo?

Gaston se vistió con esmero, pues existe la coqueteria del placer y la coqueteria del peligro. Embelleció su juventud, tan fresca y tan graciosa ya, de todo lo que el magnifico traje de la época podia dar atractivos á un rostro varonil rodeado de bellisimos cabellos negros; su pierna delgada y nerviosa se dibujaba debajo de la seda; sus hombros y su pecho se movian con libertad debajo del terciopelo; una pluma blanca, despues de redondearse debajo de la forma de su sombrero, caia con gracia sobre sus hombros, y mirándose en un espejo, Gaston se sonrió encontrándose un conspirador de muy buen aspecto.

El regente habia tomado su parte, y siguiendo el consejo de Dubois, un vestido de terciopelo negro, y sepultado la mitad de su rostro en un enorme corbatin de encajes,

para que el jóven no pudiera reconocerlo, recordando los retratos multiplicados que corrian de su persona en aquella época. La entrevista debia tener lugar en una casita del barrio de Saint-Germain, que estaba ocupada por una de sus queridas, á la cual habia dado órden de que la evacuase. Entre los dos cuerpos [de edificio habia un pabellon aislado, cerrado completamente á la luz y guarnecido de espesas tapicerías. Aqui fué donde llegó el regente á eso de las cinco; es decir, al caer la noche, trasportado en una berlina que salió por una puerta trasera del Palais-Royal.

V.

Monseñor, somos bretones.

Gaston se habia quedado en el aposento del piso bajo, y se vestia, como hemos dicho, mientras que maese Tapin continuaba haciendo su aprendizaje; de tal modo, que ya por la tarde sabia medir un azumbre tan bien como su antecesor, y aun mejor quizas, porque habia comprendido que en las indemnizaciones que se pagasen á Maese Bourguignon entraria por cuenta el despilfarro, y que mientras menos despilfarro,

hubiese mas ganancias sacaria de el. Asi fué que la parroquia de por la mañana fué muy mal servida, y salió muy descontenta.

Ya vestido Gaston, para acabar de fijarse en el carácter del capitan La Jouquiere hizo el inventario de su biblioteca, que se componia de tres clases de libros: libros obscenos de aritmética y de teoria. Entre estos últimos el «Perfecto Sargento mayor» estaba arrugado de una manera particular, y parecia haber sido leído muchísimas veces; luego venian las memorias del capitan, memorias de gastos se entiende cuyas cuentas estaban llevadas con todo el órden de un furrier de compañía. ¡Cuanta sutileza! Pero Gaston pensó que todo esto era una máscara á la Fiesque para cubrir el rostro del conspirador.

—Mientras que Gaston se entregaba concienzudamente á este inventario apreciador, entró un hombre introducido por Tapin que lo anunció dejándolo discretamente solo con el caballero. Tan pronto como se hubo cerrado la puerta, se acercó el hombre á Gaston y le anunció que, no pudiendo ir el capitan La Jouquiere, lo enviaba en lugar suyo. Gaston le exigió la prueba de esta comision, y el desconocido sacó primero una carta del capitan exactamente en los mismos términos y de la misma letra que el

original que el jóven tenia entre sus manos, y luego despues de la carta la mitad de la moneda de oro. Entonces conoció Gaston que aquel era el enviado que esperaba, y no puso la menor dificultad en seguirlo. Subieron ambos en una carroza herméticamente cerrada, la cual nada tenia de sorprendente en vista del motivo de la correa: vió Gaston que atravesaba el rio por el Pona-Neuf y que bajaba los muelles; pero entrando en la calle del Bac, ya no vió nada porque al cabo de un instante paró el carruaje en un patio, enfrente de un pabellon. Entonces, y sin que Gaston se lo pidiera, su compañero sacó del bolsillo el papel cortado sobre el cual estaba escrito el nombre del caballero; de suerte que este si hubiera conservado algunas dudas, se habrian dissipado con esto.

Gaston y su compañero bajaron del coche, subieron los cuatro escalones de una grada y se encontraron en un vasto corredor circular que daba vuelta á la única pieza de que se componia el pabellon. Antes de levantar la cortina que tapaba una de las entradas, Gaston se volvió hácia su guia, pero su guia habia desaparecido ya, y el caballero estaba completamente solo.

El corazon le latió con violencia, pues ya no era á un hombre vulgar á quien iba á

hablar, ni se trataba del instrumento grosero puesto en acción; era el pensamiento mismo del complot el que iba á ver de frente; era la idea de la rebelión hecha hombre; era el representante de un rey, ante el cual iba á encontrarse él, representante de la Francia; iba á hablar, mano á mano, con la España, llevando al extranjero las ofertas de una guerra común contra su patria, y jugando la mitad de un reino contra otro reino.

En esto resonó una campanilla en lo interior.

Cuyo ruido hizo estremecer á Gaston, que se miró en un espejo, y se vió pálido como la muerte; apoyóse en la pared, porque sus rodillas vacilaban, y le asaltaron mil pensamientos que jamás le habían ocurrido hasta entonces: el pobre mozo no había llegado aun al fin de sus padecimientos.

La puerta se abrió, y Gaston se encontró delante de un hombre, en quien reconoció á La Jouqueire.

— ¡Todavía! murmuró con despecho.

Pero el capitán, á pesar de su ojo vivo y ejercitado, no pareció advertir la nube que oscurecía la frente del caballero.

— Venid, caballero, le dijo; nos esperan.

Entonces Gaston, tranquilizado por la importancia misma de la acción que emprendía se adelantó con paso bastante firme sobre

la alfombra, que apagaba el ruido de sus pasos: parecíale que era una sombra que iba á comparecer ante otra sombra.

En efecto, un hombre mudo é inmóvil, con la espalda vuelta hácia la puerta, estaba sentado, ó mas bien sepultado en un sillón. Solo se distinguían sus piernas, cruzadas una sobre otra, pues la luz de la única bugia, colocada sobre una mesa en un candelabro de plata sobredorada, y cubierta con una pantalla, no iluminaba mas que la parte inferior de su cuerpo, pues la cabeza y los hombros, protegidos por la proyeccion del biombo de la chimenea, quedaban en la penumbra.

El caballero encontró franca y noble la fisonomía del personaje, y como era inteligente en personas de raza, comprendió al instante que aquel no era un capitán La Jouquiere. Su boca era benévola, su ojo grande, atrevido y fijo como el de los reyes y aves de rapiña; en su frente leyó elevados pensamientos, una gran prudencia y alguna firmeza en los finos contornos de la parte inferior del rostro: y todo esto lo veía en medio de la oscuridad, y á pesar de la corbata de encajes.

—Este es el águila, dijo para sí; el otro no era mas que el cuervo, ó todo lo mas el buitre.

El capitán La Jouquiere se quedó respetuosamente de pie, ensanchando las caderas para tener la actitud marcial, y el desconocido, después de haber mirado algún tiempo á Gaston, que le saludaba en silencio, se levantó y saludó á su vez moviendo la cabeza dignamente, y luego fué á recostarse contra la chimenea.

—El señor es la persona de quien he tenido el honor de hablar á V. E., dijo La Jouquiere: el señor caballero Gaston de Chanlay.

El desconocido se inclinó de nuevo ligeramente, pero no respondió.

—¡Pardiez! le soplo al oído Dubois; si no le hablais, no responderá.

—¿Creo que llegais de Bretaña? respondió friamente el duque.

—Sí, monseñor; mas, perdoneme V. E.; el señor capitán La Jouquiere le ha dicho mi nombre, pero yo no he tenido aun el honor de saber el suyo; perdonad mi falta de urbanidad, monseñor, pues no soy yo quien habla, sino el país que me envía.

—Teneis razon, caballero, dijo con viveza La Jouquiere, sacando de una cartera que estaba colocada sobre la mesa una tarjeta, en cuya parte inferior habia una rúbrica con el escudo del rey de España.—Este es el nombre, añadió.

—«Duque de Olivares,» leyó Gaston.

Y volviéndose luego hácia aquel á quien le presentaban, sin notar el ligero rubor que coloraba sus mejillas, se inclinó respetuosamente.

—Ahora, caballero, dijo el desconocido, presumo que ya no vacilareis en hablar.

—Creia que primeramente debia escuchar, respondió Gaston teniéndose aun á la defensiva.

—Es verdad, caballero; sin embargo, no olvidéis que es un diálogo el que vamos á empezar, y que en una conversacion cada cual habla á su vez.

—V. E. me hace demasiado honor, monseñor, y voy á darle ejemplo de confianza.

—Ya escucho, caballero.

—Monseñor, los estados de Bretaña...

—Los descontentos de Bretaña, interrumpió sonriendo el regente, á pesar de una terrible seña de Dubois.

—Son tan numerosos los descontentos, repuso Gaston, que deben ser considerados como los representantes de la provincia; sin embargo, emplearé la locucion que me indica V. E. Los descontentos de Bretaña me envian á vos, monseñor, para saber las intenciones de la España en este asunto.

—Sepamos primero la Bretaña, repuso el regente.

—Monseñor, la España puede contar con

nosotros, pues tiene nuestra palabra, y es proverbial la lealtad bretona.

—Pero, ¿á qué os comprometéis con respecto á la España?

—A secundar lo mejor que podamos los esfuerzos de la nobleza francesa.

—Pero vosotros ¿no sois tambien franceses?

—Monseñor, somos bretones. La Bretaña, reunida á la Francia por un tratado debe considerarse como separada desde el momento que la Francia no respeta el derecho que aquella se reservó por ese tratado.

—Si, ya se la vieja historia del contrato de Ana de Bretaña; pero ya hace mucho tiempo que se firmó ese contrato, caballero.

El fingido La Jouquiere empujó al regente con toda su fuerza.

—¡Que importa! dijo Gaston, si cada uno de nosotros lo sabe de memoria.

VI.

El Sr. Andres.

—Deciais que la nobleza bretona estaba dispuesta á secundar á la francesa en cuanto pudiera; ¿y que quiere la nobleza francesa?

—Sustituir, en caso de muerte de S. M., al rey de España en el trono de Francia, como el solo y único heredero de Luis XIV.

—¡Bien; muy bien! dijo Dubois, sepultando sus dedos hasta la primera falange en una tabaquera de cuerno, y tomando un polvo con evidente satisfaccion.

—Pero en fin repuso el regente; hablais de todas esas cosas como si el rey hubiera muerto, y no es asi.

—El señor delfin mayor, el señor duque de Borgoña, la señora duquesa de Borgoña y sus hijos han desaparecido todos de una manera bien deplorable.

El regente palideció de cólera, y Dubois se puso á toser.

—¿Conque se cuenta con la muerte del rey? preguntó el duque.

—Generalmente, monseñor, respondió el caballero.

—Eso esplica como el rey de España espera á pesar de la renuncia de sus derechos subir al trono de Francia; ¿no es verdad, caballero? Mas sin duda pensará hallar alguna oposicion á sus proyectos en las gentes adictas á la regencia.

El fingido español apoyó involuntariamente estas palabras.

—Tambien se ha previsto ese caso, monseñor, respondió el caballero.

—¡Ah, dijo Dubois; se ha previsto ese caso! ¡Muy bien, muy bien! ¡Cuando yo os decia, monseñor que nuestros bretones eran hombres preciosos! Continudad, caballero; continuad.

—Gaston guardó silencio, á pesar de la invitacion animosa de Dubois.

—Vamos, caballero, dijo el duque cuya curiosidad se escitaba á pesar suyo; ya veis que escucho.

—Este secreto no es mio monseñor respondió el jóven.

—Entonces dijo el duque, no tengo la confianza de vuestros jefes.

—Al contrario, monseñor; vos solo la tenéis.

—Os comprendo, caballero; pero el capitán es de nuestros amigos, y yo respondo de el como de mi.

—Mis instrucciones mandan que solo á vos me confie, monseñor.

—Pero ya os he dicho, caballero, que yo respondía del capitán.

—En ese caso, repuso Gaston inclinándose, ya he dicho á monseñor todo lo que tenia que decirle.

—Ya lo ois, capitán, dijo el regente; haced el favor de dejarnos solos.

—Si, monseñor, respondió el abate; pero antes de dejaros, yo tambien tengo que decir dos palabras.

Chanlay retrocedió dos pasos por discrecion.

—Monseñor, dijo en voz muy baja Dubois; ¡incitadle, pardiez! Sacadle todo el negocio de las entrañas, pues jamás tendreis una ocasion semejante. ¿Y qué decís de vuestro breton? ¿Es guapo, no?

—¡Un mozo encantador! dijo el regente; el aire completamente noble, los ojos llenos de firmeza y de inteligencia, y la cabeza muy fina.

—Así la cortarán mejor, murmuró Dubois rascándose la nariz.

—¿Qué dices?

—Nada, monseñor; soy esactamente de vuestro parecer.—Sr. de Chanlay, servidor vuestro, y hasta la vista; otro se enfadaria de que no hubiéseis querido hablar en su presencia; pero yo no soy orgulloso, y con tal de que la cosa salga como espero, poco me importan los medios.

Gaston se inclinó ligeramente.

—Vamos, vamos, dijo Dubois; parece que no tengo bastantes trazas de hombre de guerra. ¡Diablo de nariz! Esta es una de sus faltas; pero es igual; la cabeza es buena.

—Caballero, dijo el regente cuando Dubois hubo cerrado la puerta; ya estamos solos, y escucho.

—Monseñor, mucho me honrais, dijo Chanlay.

—Hablad, caballero, repuso el regente; pues ya debeis comprender mi impaciencia, ¿no es verdad?

—Si, monseñor; pues sin duda está sorprendido V. E. de no haber recibido todavía de España cierto despacho que debeis dirigir al cardenal Olocroni.

—Es cierto, caballero, respondió el regente haciendo un esfuerzo para mentir.

—Pues voy á daros la esplicacion de esa tardanza, monseñor. El mensajero que debia traer ese despacho ha caido enfermo, y no ha salido de Madrid, y el baron de Vales amigo mio, que casualmente se hallaba en España, se ofreció entonces: vacilaron algunos dias; pero al fin, como ya le conocian por un hombre experimentado en la conspiracion de Cellamare, se lo confiaron.

—En efecto, dijo el regente; el baron de Vales ha estado á punto de caer en manos de los emisarios de Dubois; ¿y sabeis, caballero, que se necesita mucho valor para intentar emprender de nuevo una obra rota de ese modo por la mitad? En cuanto á mi, sé deciros que cuando el regente ha visto á Mad. de Maine y al principe de Cellamare arrestados, á los Sres. de Richelieu, de Polignac, de Malezieux, á la señorita de Lounay y á Brigaud en la Bastilla y á ese miserable la Grange-Chausel en las islas de San-

ta—Margarita todo lo ha creído terminado.

—Pues ya veis que se engaña, monseñor.

—¿Pero no temen los conspiradores de Bretaña que levantándose en este momento el regente haga cortar la cabeza á los conspiradores de Paris que tiene en sus manos?

—Al contrario, monseñor; esperan salvarlos, ó tener la gloria de morir con ellos.

—¿Cómo salvarlos?

—Volvamos al despacho si gustais, monseñor; pues debo en primer lugar entregarlo á V. E.: aquí está.

—Es justo.

El regente tomó la carta; pero advirtiendo que iba dirigida á S. E. el duque de Olivares en el momento de romper el lacre, la puso sobre la mesa sin abrirla. ¡Cosa extraña! Y este mismo hombre abría algunas veces doscientas cartas diarias de su espionaje de correos. Verdad es que entonces estaba con Torey ó Dubois, y no con el caballero Gaston de Chanlay.

—Monseñor... dijo Chanlay, no comprendiendo nada de la vacilacion del duque.

—¿Sin duda sabreis lo que contiene este despacho? preguntó el regente.

—Palabra por palabra, quizás no, monseñor; pero al menos sé lo que ha sido convenido.

—Pues decídmelo; me gustará saber has-

ta qué punto estais iniciado en los secretos del gabinete español.

—Cuando se consiga deshacerse del regente, dijo Gaston sin notar el ligero estremecimiento que estas palabras causaban á su interlocutor, se hará reconocer en su lugar provisionalmente al duque de Maine, el cual romperá al instante el tratado de la cuádruple alianza firmado por ese miserable Dubois.

—¡Oh! siento muchísimo, interrumpió el regente, que no esté aquí el capitán La Jouquiere, pues tendria un gran placer en oiros hablar de ese modo; continuad, continuad.

—El pretendiente será arrojado con una escuadrilla en las costas de Inglaterra, y se pondrá á la Prusia, la Suecia y la Rusia en querella con la Holanda. El imperio se aprovechará de la lucha para apoderarse de Nápoles y la Sicilia, á los cuales tiene derechos por la casa de Suavia. El gran ducado de Toscana, próximo á quedar sin señor por la estincion de los Médicis, se asegurará al hijo segundo del rey de España; los Paisés-Bajos católicos serán reunidos á la Francia, y se dará al duque de Saboya la Cerdeña, y Commachio al papa. La Francia será el alma de la liga del Mediodia contra el Norte, y si S. M. Luis XV llega á morir, Felipe V será coronado rey de la mitad del mundo.

—Sé todo eso, caballero, y no es otra cosa que resucitar el plan de la conspiracion de Cellamare; pero en lo que al principio me habeis dicho hay una frase que no he comprendido bien.

—¿Cuál, monseñor? preguntó Gaston.

—Esta: cuando se consiga deshacerse del regente; ¿y cómo se han de deshacer de él?

—El antiguo plan habia sido, como sabeis, apoderarse de el y trasportarlo á la carcel de Zaragoza y á la fortaleza de Toledo.

—Si, pero ese plan fracasó por la vigilancia del duque.

—Ese plan era impracticable, y se oponian mil obstáculos á que el duque llegase á toledo ó á Zaragoza: ¿que medio, os preguntó, de hacer atravesar la Francia en su mayor longitud á semejante prisionero?

—Si, era difícil dijo el duque; y por eso no comprendo que se haya adoptado semejante medio. Sin duda se habrá hecho en el alguna modificacion.

—Monseñor, las guardias se deducen, se huye de una prision, y luego se vuelve á Francia, donde se reconquista el poder perdido y se hace descuartizar á los que ejecutaron el rapto. Felipe V. y Alberoni nada tienen que temer; S. E. el duque de Olivares pasa por la frontera y se pone en salvo, y que mientras que la mitad de los conju-

rados escapa al poder del regente, la otra mitad paga por todos.

—Sin embargo...

—Monseñor, tenemos á la vista el ejemplo de la última conspiracion, y V. E. lo decia ahora mismo: los Sres. de Richelieu, de Polignac, de Laval, Brigaud y la señorita de Launay aun están en la Bastilla.

—Caballero, todo eso es muy lógico, respondió el duque.

—Mientras que, por el contrario, continuó el caballero, deshaciéndose del regente....

—Si, se evita que vuelva, porque puede huirse de una fortaleza, pero no se sale de un sepulcro; ¿no es esto lo que quereis decir?

—Si monseñor respondió Gaston con un ligero temblor en la voz.

—Ahora ya comprendo el objeto de vuestra mision; ¿venis á Paris para deshaceros del regente?

—Si, monseñor.

—¿Matándolo?

—Si, monseñor.

—¿Y vos mismo caballero continuó el regente fijando su profunda mirada en el jóven, os habeis ofrecido para esta sangrienta comision?

—No, monseñor; jamas hubiera ecsijido yo mismo el papel de un asesino.

—Pues entoces ¿quien os ha obligado á tomarlo?

—La fatalidad, monseñor.

—Esplicaos caballero.

—Nosotros formábamos un comité de cinco caballeros asociados á la liga bretona, liga parcial en medio de la grande asociacion, y convenimos que todo lo que hiciéramos seria decidido por mayoria de votos.

—Comprendo, dijo el duque; la mayoria ha decidido que el regente fuese asesinado.

—Eso es, monseñor; cuatro de ellos estuvieron por el asesinato, y uno solo en contra.

—¿Y quien votó en contra?...preguntó el duque.

—Aunque deba perder la confianza de V. E. lo diré monseñor; fui yo.

—Pero entonces, ¿como os habeis encargado de ejecutar un designio que desaprobábais?....

—Estaba decidido que la suerte designaria al que debiera dar el golpe.

—¿Y la suerte?...

—Me tocó, monseñor.

—¿Y cómo no habeis recusado la comision?

—Como el escrutinio era secreto, nadie conocia mi voto, y me habrian tenido por un cobarde.

—¿Y habeis llegado á Paris?...

—Con el fin que me está impuesto.

—¿Contando conmigo?

—Como con un enemigo del regente, para ayudarme á ejecutar la empresa que, no solo toca profundamente á los intereses de la España, sino que tambien salva á nuestros amigos de la Bastilla.

—¿Pues corren tanto peligro como creeis?

—La muerte se agita encima de ellos; el regente tiene pruebas, y ha dicho del Sr. de Richelieu que si tuviera cuatro cabezas tenia entre manos con que hacérselas cortar todas.

—Eso lo ha dicho en un momento de cólera.

—¡Cómo, monseñor! ¿Es V. E. quien defiende al duque? ¿Es V. E. quien tiembla cuando un hombre se sacrifica, no solo por la salvacion de sus cómplices, sino tambien por la de los dos reinos?... ¿Sois vos quien vacilais en aceptar el sacrificio?

—¿Y si salís mal de la empresa?

—Todas las cosas tienen su parte buena y su parte mala, monseñor; cuando no se tiene el honor de ser el salvador de su pais, queda el de ser mártir de su causa.

—Pero fijad la atencion en que, facilitándoos yo los medios de llegar hasta el regente, me hago cómplice vuestro.

—¿Y eso os asusta, monseñor?

—Sin duda, porque preso vos...

—¿Qué?..

—Se puede, á fuerza de tormentos, arrancar los nombres de los...

Gaston interrumpió al principio con un gesto y una sonrisa de supremo desden.

— Sois extranjero, monseñor, le dijo, y por tanto no podeis saber lo que es un caballero frances; así, pues, os perdono la injuria.

—¿Conque puede contarse con vuestro silencio?

—Pontcalée, Couedie, Talhouet y Montlouis tambien dudaron un instante, pero luego me pidieron perdon.

—Está bien, caballero, repuso el regente; os prometo pensar gravemente en lo que acabais de decirme; pero, sin embargo, en vuestro lugar...

—¿En mi lugar?

—Renunciaria á la empres.

—Mucho quisiera no haber entrado en ella, monseñor, lo confieso, pues desde entonces ha habido un gran cambio en mi vida; pero ya entré; y es preciso que se lleve á cabo.

—¿Aun cuando yo me negase á secundaros? dijo el regente.

—El comité breton ha previsto ese caso, contestó Gaston sonriendo.

—¿Y qué ha decidido?

—Que se pasaria adelante.

—¿De modo que vuestra resolucion?...

—Es irrevocable, monseñor.

—Ya os he dicho todo lo que debia deciros, repuso el regente, y puesto que lo quereis á todo trance, seguid en buen hora en vuestra empresa.

—¿Parece que quereis retiraros, monseñor? dijo Gaston.

—¿Teneis alguna cosa mas que decirme?

—Hoy, no; pero mañana, pasado mañana.

—¿No teneis el intermediario del capitan? Avisándome por ese medio, os recibiré cuando gustéis.

—Monseñor, dijo Gaston con un acento de firmeza maravillosamente conforme con su actitud noble y digna; hablemos con franqueza; nada de intermediarios semejantes á ese. V. E. y yo, por muy separados que nos hallemos por el rango y el mérito somos iguales, al menos ante el cadalso que nos amenaza. Y aun la ventaja en este punto es mia, porque es evidente que yo corro mas peligros que vos. Sin embargo, monseñor; ahora sois un conspirador lo mismo que el caballero de Chanlay, con la diferencia de que teneis el derecho, siendo el jefe, de ver caer mi cabeza antes que la vuestra; séame, pues, permitido tratar de igual á igual con

V. E., y de verle cuando tenga necesidad de ello.

El regente reflexionó un instante, y dijo luego:

—Muy bien; esta casa no es mi morada; en la mia recibo á pocas personas desde que la guerra es inminente, y, como comprendereis, mi posicion es precaria y delicada en Francia. Cellamare está preso en Blois, y yo no soy mas que una especie de cónsul, bueno para proteger á mis compatriotas, y bueno tambien para servir de rehenes; de modo que todas las precauciones son pocas.

El regente mentia con esfuerzo, buscando el fin de cada una de sus frases.

—Escribirme, pues, por el correo á esta casa; al Sr. Andrés; y añadiendo la hora á que quereis hablarme, me hallaré aquí.

—¿Por el correo? repuso Gaston.

—Sí, eso será una tardanza de tres horas; pero nada mas. A cada salida, un hombre de mi confianza acechará vuestra carta y me la llevará, si es que hay alguna; tres horas despues os presentais aquí, y todo está dicho.

—Vuesencia habla muy cómodamente, dijo riéndose Gaston; pero yo, que no sé dónde estoy, que no conozco la calle ni sé el número de la casa, y que he venido de noche, ¿cómo quereis que dé con ella? Mirad,

monseñor; hagamos mejor otra cosa; me habeis pedido algunas horas para reflexionar; tomaos lo que queda de aquí á mañana, y á las once envid á buscarme. Es preciso que fijemos muy firmemente de antemano nuestro plan, á fin de que no falle como los de esos conspiradores de callejuela, á quienes un carruaje que pasa ó la lluvia que cae hace que pierdan los puñales ó que se apague su pólvora.

—Eso está muy bien pensado, dijo el regente; mañana, pues, Sr. de Chanlay, aquí, á las once; irán á buscaros á vuestra casa, y desde entonces ya no habrá secretos entre nosotros.

—Tenga V. E. la bondad de aceptar mis respetos, dijo Gaston inclinándose.

—Adios, caballero contestó el regente devolviendo el saludo.

Gaston encontró en la antesala al guia que lo habia conducido; pero notó que á la vuelta atravesaba un jardin que no viera antes y que salia por una puerta distinta de aquella por la cual habia rentado.

En esta otra puerta esperaba el mismo carruaje, y apenas hubo subido en el, comenzó á rodar rápidamente hácia la calle de Bourdonais.

VII.

La casita.

Ya no habia ilusiones para el caballero; dentro de un dia ó dos, á lo mas era preciso comenzar la obra; ¡y que obra!

El enviado español habia causado una impresion profunda en Gaston pues brillaba en el un aire de grandeza que le sorprendia en estremo, Gaston estaba seguro; aquel hombre era un caballero.

Despues pasaba por su espiritu una reminiscencia estraña; entre aquella frente severa y aquellos ójos animados, y la frente pura y los dulces ojos de Elena, habia una deesas semejanzas vagas y lejanas que dan al pensamiento que se fija en ellas la incoherencia de un sueño. Sin darse cuenta de ello Gaston, asimilaba estos semblantes en su recuerdo, y á pesar suyo, no podia separarlos.

En el momento en que iba acostarse, cansado de las emociones del dia, resonaron en la calle los pasos de un caballo; abriose la puerta del *Barril de Amor*, y Gaston creyó oír desde su cuarto un coloquio animado pero pronto volvió á cerrarse la puerta, se

apagó el ruido, y el joven se durmió como se duerme á los veinte y cinco años aun cuando uno esté enamorado ó sea conspirador.

Sin embargo, Gaston no se habia engañado; el caballo que oyera habia realmente relinchado, el coloquio habia tenido lugar, y la puerta se habia habierto y cerrado. El que llegaba á semejante hora era un hombre vecino de Rambouillet, á quien una mujer jóven y bonita habia dado dos luises por llevar un billete apresuradamente al señor caballero Gaston de Chanlay, á la calle de Bourdonais, meson del *Barriil de Amor*.

La muger jóven y bonita ya es conocida nuestra.

Tapin tomó la carta, le dió vueltas, la husmeó y desatando luego su mandil blanco de mesonero, confió la custodia de la posada á su primer cocinero, que era un tuno muy inteligente, y corrió, con toda la ligereza de sus largas piernas, á casa de Dubois, que tambien volvia de la calle del Bac.

—¡Oh, dijo el abate; una carta; veamos esto!

Con el auxilio de una larga bugia despegó el lacre como un habil escamoteador, y despues de leer el billete y la firma, prorumpió en una alegria inmoderada.

—¡Bueno, excelente, dijo; esto marcha á las mil maravillas! Dejemos andar á los niños, que llevan buen paso; pero tengámosle la brida para que no vayan mas lejos de lo que queramos.

Y volviéndose al mensajero, despues de haber vuelto á cerrar artísticamente la carta, le dijo:

—Toma, entrega esa carta.

—¿Cuándo, preguntó Tapin?

—Ahora mismo.

Tapin dió un paso hácia la puerta.

—No, estoy pensando... repuso Dubois; mañana por la mañana, pues ahora seria demasiado pronto.

—¿Se me permite hacer á monseñor una observacion personal? preguntó Tapin, saludando en el momento de salir.

—Habla; uno.

—Como agente de monseñor gano tres escudos al dia.

—¿No es eso bastante, canalla?

—Es bastante como agente, y no me quejo; pero, ¡por Cristo! no es bastante como vinatero. ¡Oh, vaya un oficio tonto!

—Bebe para distraerte, animal.

—Desde que lo vendo detesto el vino.

—Porque ves cómo lo componen; pero bebe champagne, bebe moscatel, bebe vino de uvas, si es que existe tal vino, que Bourguig-

non es quien paga: apropósito, el pobre diablo ha tenido un verdadero ataque, de modo que tu mentira no es mas que un asunto de cronología.

—¿De veras, monseñor?

—Si, el miedo que le causastes ha sido el motivo; ¿querias heredar sus fondos, pilló?

—No, á fe mia, monseñor; el oficio es demasiado poco divertido.

—Pues bien, añado tres escudos diarios á tu sueldo en tanto que lo desempeñes, y ademas te doy la tienda para que dotes á tu hija primogénita; vete, y si me traes muchas cartas como esta, serás muy bien venido.

Tapin volvió al meson del Barril de Amor» al mismo paso que habia llevado al Palais-Royal, y como le estaba encargado, esperó á la mañana siguiente para entregar la carta.

A las seis ya estaba Gaston en pie, y es preciso hacer á maese Tapin la justicia de referir que, en el momento en que oyó ruido en el cuarto, entró y entregó la carta á quien iba dirigida.

Gaston se ruborizó y palideció á un tiempo al reconocer la letra; pero á medida que leia, su palidez era la que aumentaba.

Tapin fingia arreglar los muebles, y lo miraba con el rabo del ojo. En efecto, la noticia era grave. Hé aquí lo que contenia la carta.

«Amigo mio: Tal vez teníais razon en el aviso que me dísteis, y de todos modos tengo mucho miedo: acaba de llegar un carruaje, y Mad. Desroches ordena la marcha; yo he querido resistir, y me han encerrado en un cuarto; mas por fortuna ahora pasa un hombre á dar de beber á su caballo; le doy dos luises, y me promete llevaros esta carta. Estoy oyendo hacer los últimos preparativos y dentro de dos horas saldremos para Paris.

«Cuando llegue haré que lleguen á vuestras manos las señas de mi casa, aunque tenga que saltar por una ventana si tratan de resistirme.

«Estad tranquilo, la muger que os ama se conservará digna de si misma y de vos.

—¡Ah! exclamó Gaston al terminar la carta; no me habia yo equivocado. ¡Elena! ¡Las ocho, Dios mio! Quizás haya llegado ya.—Sr. Champagne. ¿por qué no me han entregado esta carta inmediatamente?

—Su esclencia dormia, y no se ha oido que despertára, respondió Tapin con la urbanidad mas esquisita.

Nada habia que responder á un hombre que tan bien sabia vivir, y por otra parte, Gaston comprendió que exasperándose arriesgaba revelar su secreto: contuvo, pues, su cólera, y ocurriéndole la idea de ir á ace-

char la entrada de Elena, que aun no debia haber llegado á Paris, se vistió prontamente, ciñó la espada, y salió despues de haber dicho á Tapin:

—Si acaso viene á buscarme el señor capitán La Jouquiere, decidle que á las nueve estaré de vuelta.

Gaston llegó á la barrera nadando en sudor, pues no habiendo encontrado ningun fiacre, tuvo que hacer la travesía á pie.

Mientras que el jóven espera inútilmente á Elena, que habia llegado á Paris á las dos de la mañana echemos una ojeada atras.

Hemos visto al regente recibiendo la carta de Mad. Desroches, y enviando la respuesta por el mismo mensajero; en efecto era urgente tomar medidas prontas y sustraer á Elena de las tentativas de aquel señor de Livry.

Pero quién podia ser este jóven? Solo Dubois podria decirlo, y cuando se presentó, á eso de las cinco de la tarde, para acompañar al regente á la calle del Bac, le preguntó:

—Dubois, ¿quién es el caballero de Livry de Nantes?

Dubois se rascó la nariz, porque veia venir al regente.

—¿Livry, Livry?... Esperar...

—Sí, Livry.

—Será algún Matignon ingerto en la provincia.

—Eso no es una esplicacion, abate; todo lo mas será una hipótesis.

—¿Y quién conoce ese Livry? Eso no es un nombre. Haced llamar á Mr. de Hozier.

—¡Imbécil!

—Pero, monseñor, repuso Dubois; yo no me ocupo de genealogía, pues soy un plebeyo indigno.

—Basta ya de necesidades como esa.

—¡Diablo! Parece que monseñor no bromea sobre los Livry; ¿se trata acaso de conferir la órden á alguno de la familia? Si es así, ya es otra cosa, y voy á tratar de encontraros un hermoso origen.

—¡Vete al diablo, y de camino envíame á Nocé!

Dubois dibujó su mas agradable sonrisa, y salió.

Diez minutos despues se abrió la puerta, y apareció Nocé.

Era este un hombre de cuarenta años, estremadamente distinguido, alto, bien parecido, frio, seco, intelijente y burlon; por lo demas, uno de los compañeros mas fieles y amados del regente.

—¿Monseñor me ha hecho llamar? dijo.

—¡Ab! ¿Eres tu, Nocé? Buenos dias.

—Presento todos mis homenajes á monseñor, repuso Nocé inclinándose; ¿puedo servir de algo bueno á S. A. R.?

—Sí, préstame tu casa del barrio de Saint-Antoine; pero bien arreglada, aunque sin cosas demasiado galantes, ¿entiendes?

—¿Para una mojigata, monseñor?

—Sí Nocé; para una mojigata.

—Y entonces, ¿por qué no alquilais una casa en la ciudad? Os prevengo que las casas de aquel barrio tienen una reputacion atroz.

—La persona á quien quiero llevar á ella no conoce esas reputaciones, Nocé.

—¡Diablo! Recibid mis mas sinceros parabienes, monseñor.

—¿Pero silencio, eh, Nocé?

—Absoluto.

—Nada de flores ni de emblemas; haz que descuelguen todas las pinturas que sean demasiado agradables. ¿Qué tales son los techos y paredes?

—Los techos y paredes pueden quedar, monseñor, pues son muy decentes.

—¿De veras?

—¡Oh!, sí! estan á la Maintenon puramente.

—Pues dejémoslos; pero me respondes de ellos?

—Monseñor, yo no quisiera cargar con semejante responsabilidad pues no soy una mojigata, y tal vez seria mas prudente hacerlo picar todo.

—¡Bah! por un dia, no vale la pena: ¿algunos asuntos mitológicos, no?

—¡Psehl!....dijo Nocé.

—Ademas, eso nos robaria mucho tiempo, y apenas tengo algunas horas; conque dame las llaves ahora mismo.

—Dentro de un cuarto de hora las recibirá V. A. pues las tengo en mi casa.

—Adios Nocé; dame la mano, y nada de atisbar ni de curiosear; te lo encargo y suplico.

—Monseñor, me marcho de caceria, y no volveré hasta que S. A. R. me llame.

—Eres un digno compañero. Adios hasta mañana.

Seguro ya de tener una casa conveniente donde poderla alojar, el regente escribió otra carta á Mad. Desroches, y le envió una berlina con orden de conducir á Elena, despues de haberle leído sin enseñarsela, la carta que acababa de escribir.

He aqui lo que contenia la carta:

«Hija mia: He reflexionado, y quiero teneros á mi lado. Hacedme el gusto de seguir á Mad. Desroches sin perder un segundo, y á vuestra llegada á Paris recibireis noticias mias.

«Vuestro afectísimo padre.»

A la lectura de esta carta, comunicada por madama Desroches, Elena resistió, su-

plicó y lloró; pero esta vez todo fué inútil, y hubo que obedecer. Entonces fué cuando se aprovechó de un momento de soledad para escribir á Gaston la carta que ya hemos leído, y para entregarla al paisano del caballo. Despues marchó dejando con dolor aquella habitacion que le era querida, porque habia creido encontrar en ella á un padre, y porque en ella habia recibido á su amante.

Gaston, como hemos dicho, se apresuró á correr á la barrera en el momento en que recibió la carta, y cuando llegó comenzaba á caer la tarde. Muchos carruajes pasaron, pero en ninguno de ellos iba Elena, y haciéndose poco á poco mas intenso el frio, la esperanza se retiraba del corazon del jóven; así fué que decidió volver al meson, sin mas probabilidades que la de encontrar una carta á su vuelta. Cuando atravesaba el jardin de las Tullerías daban las ocho, momento en el que Duvois entraba en el dormitorio del regente con una cartera debajo del brazo y la fisonomía triunfante.

VIII.

El artista y el político.

—¡Ah; eres tú, Dubois! dijo el regente al ver á su ministro.

—Sí, monseñor respondió Dubois sacando unos papeles de su cartera. ¿Conque nuestros bretones siguen siendo tan guapos?

—¿Qué son esos papeles? dijo el regente, que á pesar de su conversacion de la víspera, y tal vez á causa de ella, experimentaba una simpatía secreta hácia Chanlay.

—¡Oh! nada, dijo Dubois; en primer lugar, un testimonio de lo que pasó ayer noche entre el señor caballero de Chanlay y S. E. monseñor el duque de Olivares.

—¿Luego escuchastes? preguntó el regente.

—¡Pardiez, monseñor! ¿Y qué queríais que hiciera?

—Y has oído...

—Todo... ¿Y qué pensais, monseñor, de las pretensiones de S. M. C.?

—Pienso que se dispone de él, quizás sin participacion suya.

—¿Y el cardenal Alberoni? ¡Pardiez que ese tuno manipula bien con la Europa! El pretendiente, en Inglaterra; la Prusia, la Suecia y la Rusia, desgarrando la Holanda á dentelladas; el imperio reconquistando á Nápoles y á la Sicilia; el gran ducado de Toscana, para el hijo de Felipe V. la Cerdeña, para el duque de Saboya; Commachio, para el papa; la Francia, para la España, ¡Hé aqui un plan que no carece de cierta

grandiosidad, para haber salido del cerebro de un campanero.

—Todos esos proyectos son humo, repuso el regente; sueños todos esos planes.

—¿Y vuestro comité breton es tambien humo? preguntó Dubois.

—Tengo que confesarlo; existe realmente.

—¿Y el puñal de nuestro conspirador, es tambien un sueño?

—No; y aun debo decir que me ha parecido bastante vigorosamente empuñado.

—¡Diablo monseñor! En la otra conjuracion os quejábais de no encontrar mas conspiradores de aguachirle; pues bien, me parece que por esta vez sois servido á vuestro gusto; estos no tienen la mano muerta.

—¿Sabestú, dijo el regente pensativo, que es un naturaleza vigorosa la de ese caballero de Chauhay?

—¡Bueno! No os faltaria mas que dejaros prender de admiracion por ese pillastre. ¡Ah, monseñor; os conozco; sois muy capaz de ello!

—¿Por qué encuentra siempre un príncipe entre sus enemigos, y jamás entre sus servidores almas de ese temple?

—¡Ay, monseñor! porque el odio es una pasion, y la lealtad no es muchas veces mas que una bajeza; pero si monseñor quiere de-

jar ahora las alturas de la filosofía para descender á un simple trabajo material, que consiste en echarme dos firmas...

—¿Cuáles? preguntó el regente.

—Primeramente hay un capitán á quien es preciso hacer mayor.

—¿El capitán La Jouquiere?

—¡Oh! no; ese es un canalla á quien haremos aborcar en efígie cuando no tengamos necesidad de él; pero hasta tanto es preciso contemplarlo.

—¿Pues quién es ese capitán?

—Un oficial valiente á quien monseñor encontró hace ocho días, ó mas bien ocho noches, en una honrada casa en la calle de Saint-Honoré.

—¿Que quieres decir?

—Veo que es preciso ayudar á los recuerdos de monseñor, y que tiene poca memoria.

—Vamos, pillo; habla, pues contigo jamás se puede llegar á los hechos.

—Helo aquí en dos palabras. Como decíamos, hace ocho noches salió monseñor disfrazado de mosquetero por la puertecilla de la calle de Richelieu, acompañado de Nocé y de Simiane.

—Si, es verdad; ¿y que pasó en la calle de Saint-Honoré? Veamos.

—¿Quereis saberlo, monseñor?

—Tendré mucho gusto.

—Yo no puedo negar nada á V. A.

—Pues habla entonces.

—Monseñor el regente cenaba en esa casa de la calle de Saint-Honoré.

—¿Con Nocé y Simiane?

—No, monseñor; cenaba en secreto. Nocé y Simiane, tambien cenaban, pero cada uno por su lado.

—Sigue.

—Cenaba, pues, el regente, y ya estaba en los postres, cuando un bravo oficial, que sin duda equivocaba la puerta, llamó tan obstinadamente, que impacientado monseñor, salió y echó un trepe al importuno que lo molestaba tan intempestivamente; pero el importuno, que segun parece era poco sufrido por naturaleza, metió mano á la espada, y monseñor, jamás mira dos veces para hacer una locura. tiró galantemente de su tizona, y acometió al oficial.

—¿Y cual fué el resultado de ese duelo? preguntó el regente.

—Fué que monseñor atrapó en el hombro un arañazo, en cambio del cual administró á su adversario una bonita estocada que le atravesó el pecho.

—Pero creo que esa estocada no será peligrosa, dijo con interes el regente.

—No; felizmente el hierro deslizó por las costillas.

—¡Oh! tanto mejor.

—Pero no es eso todo.

—¿Cómo!

—Parece que monseñor queria particularmente mal á ese oficial.

—¡Yo! Jamas lo habia visto.

—Mas como los principes no tienen necesidad de ver á las gentes para hacerles daño, hieren desde lejos.

—¿Qué estás diciendo ahí? Acaba.

—Estoy diciendo que tomé informes, y que ese oficial era ya capitán hacia ocho años, cuando al advenimiento al poder de V. A. fué destituido.

—Si fué destituido, mereceria serlo.

—¡Ah! me ocurre una idea, monseñor: hacernos reconocer como infalibles por el papa.

—Habrá cometido alguna cobardía.

—Es uno de los mas valientes soldados del ejército.

—Alguna accion indigna...

—Es el hombre mas honrado de la tierra.

—Pues entonces es una injusticia que debe repararse.

—¡Bien dicho! Por eso traia preparado este despacho de mayor.

—Dame, Dubois; dame; algunas veces eres bueno.

Una sonrisa diabólica arrugó la faz de

Dubois, que justamente en este momento sacaba de la cartera otro papel.

El regente lo miró con inquietud, y preguntó:

—¿Qué papel es ese?

—Monseñor, respondió el abate; despues de una injusticia reparada, viene una justicia que hacer.

—¡La órden de prender al caballero Gaston de Chanlay y meterlo en la Bastilla! exclamó el regente, ¡Ah, tuno! Ahora comprendo por qué me mimabas con una buena accion... Un instante; esto ecsige reflexionar.

—¿Piensa monseñor que le propongo un abuso de poder? preguntó riendo Dubois.

—No, pero sin embargo...

—Monseñor, continuó Dubois animándose: cuando se tiene en las manos el gobierno de un reino, antes que todo es preciso gobernar.

—Pero me parece, señor tuno, que aquí soy yo el dueño.

—De recompensar, sin duda; pero con la condicion de castigar: monseñor, el equilibrio de la justicia se falsea cuando una eterna y ciega misericordia pesa en uno de los platillos de la balanza. Obrar como siempre quereis hacerlo, y como lo haceis muchas veces, es ser débil, y nada mas: decidme,

monseñor: ¿cuál será la recompensa de los que han merecido si no castigais á los que han faltado?

—Entonces, dijo el regente, con tanta mas impaciencia, cuanto que sentia defender una causa noble, pero mala, si tú querias que fuese severo, ¿á qué me proporcionaste una entrevista con ese jóven? No era menester que me pusieses en el caso de apreciar su valor, sino dejarme creer que era un conspirador vulgar.

—Sí, y porque se ha presentado á V. A. bajo una capa romancesca, vuestra imaginacion de artista comienza á volar por esos mundos. ¡Qué diablos! Monseñor, tiempo hay para todo; tratad de quimica con Humbert, de grabados con Andran, de música con La Fare, de amores con todo el mundo; pero conmigo tratad de política.

—¡Dios mio! exclamó el regente; estando mi vida como está, espiada, torturada, calumniada, ¿vale la pena de que yo la defienda?

—Es que no es vuestra vida la que defendeis, monseñor; en medio de todas las calumnias que os persiguen, la acusacion de cobardía es la única que vuestros mas crueles enemigos no han intentado siquiera lanzar contra vos. ¡Vuestra vida! .. En Steinkerque, en Nerwinde y en Lérída habeis

probado el caso que haceis de ella. ¡Vuestra vida! ¡Pardiez! si fuéseis un simple particular, un ministro y aun un príncipe de la sangre, y que un asesinato os la arrebatase seria el corazon de un hombre el que dejase de latir, y nada mas; pero, con razon ó sin ella, habeis querido ocupar vuestro lugar entre los poderosos del mundo. A este efecto habeis roto el testamento de Luis XIV; habeis arrojado á los bastardos del trono donde ya habian puesto el pié, y os habeis hecho regente de Francia, en fin; es decir la clave de la bóveda del mundo. Muerto vos, no es un hombre el que cae, sino el pilar que sostiene el edificio europeo que se desploma: entonces, la obra laboriosa de nuestros cuatro años de vigalias y de luchas queda destruida. Todo se conmueve enrededor nuestro... Fijad los ojos en Inglaterra: el caballero de San Jorge va á renovar allí las locas empresas del pretendiente... Derramad la vista sobre la Holanda; en ella vereis la prusia, la Suecia y la Rusia... Mirad al Austria; su águila de dos cabezas tira á sí de Venecia y de Milan para indemnizarse de la pérdida de España... Fijad los ojos en Francia, y vereis que ya no es la Francia, sino la vasalla de Felipe V. En fin, poned la vista en Luis XV; es decir, en el último vástago, ó mas bien, en el último resto del

reinado mas grande que haya iluminado el mundo, y el niño que á fuerza de cuidado y de vigilancia hemos arrancado á la suerte de su padre, de su madre y de sus tios, para hacerlo sentar, sano y salvo, en el trono de sus antepasados; este niño cae en manos de aquellos á quienes una ley adúltera llama descaradamente á sucederle: de modo que por todas partes vemos asesinato, desolacion, ruina, incendio, guerra civil y guerra estrangera... ¿Y por qué? Porque agrade á monseñor Felipe de Orleans creerse siempre jefe de la casa del rey ó comandante del ejército de España, y olvidar que dejó de ser todo esto el dia en que se convirtió en regente de Francia.

—¡Conque es preciso exclamó el regente tomando una pluma.

—Un instante, monseñor, dijo Dubois; no se dirá nunca que en un negocio de mucha importancia habeis cedido á mis instigaciones: ya he dicho lo que debía decir... ahora os dejo solo, y haced lo que querais. Tengo que dar algunas órdenes, y dentro de un cuarto de hora volveré á recoger el papel que os dejo.

Y colocándose esta vez á la altura de la situacion en que se hallaba Dubois, saludó al regente, y salió.

El duque cayó en una meditacion profun-

da; todo este negocio, tan sombrío y tan tenaz; este trozo horrible de la serpiente vencida ya en la conspiracion precedente, se levantaba en el espíritu del duque con un tropel de negras visiones; él habia desafiado al fuego en las batallas y se habia reido de los raptos meditados por los españoles y por los bastardos de Luis XIV; pero esta vez le oprimia un horror secreto, sin que pudiera darse cuenta de ello. Sentíase presa de una admiracion involuntaria hácia aquel jóven, cuyo puñal estaba levantado sobre su pecho; odiábalo en ciertos momentos, y lo escusaba y casi lo amaba en otros. Acechando Dubois esta conspiracion como un mono infernal su presa agonizante, y metiendo sus activas uñas hasta el corazon del complot, se le aparecia tan bien armado de una voluntad é inteligencia sublimes. El, tan valeroso generalmente, conocia que en esta ocasion habria defendido mal su vida, y al mismo tiempo tenia la pluma en la mano y la órden á su vista.

—Si, murmuró; Dubois tiene razon; y mi vida, que á cada hora juego á una vuelta de dado, ya no me pertenece. Ayer mismo me decia mi madre lo que él acaba de decirme ahora. ¿Quién sabe lo que sucederia en el mundo si yo muriese? ¡Lo que sucedió á la muerte de mi abuelo Enrique IV,

pardiez! Despues de haber reconquistado palmo á palmo su reino, y gracias á diez años de paz, de economia y de popularidad, iba á agregar á la Francia la Alsacia, la Lorena y tal vez la Flandes, mientras que, bajando los Alpes el duque de Saboya, ya su yerno, iba á formarse un reino en el Milanesado, y con los restos á enriquecer la república de Venecia, y á fortificar los ducados de Módena, de Florencia y de Mantua. ¡Desde entonces se hallaba la Francia á la cabeza del movimiento europeo, y todo estaba dispuesto para este resultado inmenso, alimentado durante toda la vida de un rey legislador y soldado; entonces fué cuando llegó el 13 de mayo, y cuando un carruaje, con la librea real, pasó por la calle de la Ferronnerie, y cuando dieron las tres en el reloj de los Inocentes!... Todo fué destruido en un segundo: prosperidad pasada, esperanzas futuras, y fué preciso un siglo entero, un ministro que se llamase Richelieu y un rey que se llamase Luis XIV, para cicatrizar la herida que habia hecho en la Francia el puñal de Ravillac.. Sí, sí; Dubois tiene razon, continuó el duque animándose; yo debo abandonar ese jóven á la justicia humana: por otra parte, no soy yo quien le condena... haí están los jueces que decidirán, y luego, añadió sonriéndose, ¿no tengo

siempre mi derecho de gracia?

Y tranquilizado interiormente con esta prerogativa regia que ejercia en nombre de Luis XV, firmó apresuradamente, y llamando á su ayuda de cámara, pasó á otro aposento para acabar de vestirse.

Diez minutos despues volvió á abrirse la puerta de la habitacion en que pasara la escena que acabamos de referir. Dubois asomó lentamente y con precaucion su cabeza de zorra; asegurose de que la pieza estaba desierta; acercose despacio á la mesa á que estuvo sentado el principe, echó una ojeada rápida sobre la órden, sonriose con aire de triunfo al ver que el regente la habia firmado, dobló con lentitud el papel que guardó en su bolsillo, y salió del cuarto con aire de profunda satisfacion.

IX.

La sangre se revela

Cuando Gaston, de vuelta de la barrera de la Conference, entró en su casa de la calle de Bourdonnais, encontró á La Jouquiere instalado cerca de la chimenea, saboreando una botella de vino de Alicante que acababa de destapar.

—¡Hola, caballero! dijo al ver á Gaston ¿qué os parece mi habitacion? ¿Es bastante cómoda, no es verdad? Sentaos, pues, y probad de este vino, que es riquísimo, tan bueno como los mejores de Roussau ¿Habeis conocido á Rouseau? No, sois de provincia, y no se bebe vino en Bretaña, sino sidra y cerveza, segun creo. Yo no he podido beber allá otra cosa que aguardiente, que es lo único que he encontrado.

Gaston no respondió, porque ni siquiera habia oido lo que le decia La Jouquiere; ¡tan preocupado estaba de una sola idea! Dejose caer sobre una silla, y estrechando, con la mano dentro del bolsillo, la primera carta de Elena:

—¿Donde estará? se preguntaba interiormente. Este Paris inmenso, ilimitado, va quizás á ocultármela eternamente. ¡Oh! estas son demasiadas dificultades á un tiempo para un hombre que no tiene ni poder ni esperiencia.

—A propósito, dijo La Jouquiere, que habia seguido en el corazon del jóven sus ideas tan fácilmente como si el cuerpo que las envolvia hubiera sido de cristal; á propósito, caballero; aquí hay una carta para vos.

—¿De Bretaña? preguntó temblando el caballero.

—No, de Paris; de una letrita lindísima que tiene todas las trazas de ser fraguada por la mano de una mujer.

—¿Dónde está! exclamó Gaston.

—Pedídsela al mesonero; cuando yo entré la estaba enrollando entre sus dedos.

—¿Dadme, dadme! exclamó Gaston corriendo á la sala comun.

—¿Qué desea el señor caballero? preguntó Tapin con su acostumbrada política.

—Esa carta.

—¿Qué carta?

—La que habeis recibido para mi.

—¡Ah! es verdad....perdon, caballero; me habia olvidado...

Y sacando la carta del bolsillo, la entregó á Gaston.

—¡Pobre imbécil! decia mientras tanto el fingido La Jouquiere; ¡y estos necios se meten á conspirar! Estos son como Harmental, que quieren tratar á un tiempo de política y de amor. ¡Tres veces tontos! ¿Por qué no van buenamente á tratar del uno en casa de la Fillon, y no irian á acabar la otra en la plaza de Greve? Por lo demas, mas vale que sean así para nosotros, de los cuales no estan enamorados.

Gaston volvió á entrar muy alegre, leyendo y releiendo la carta de Elena.

»Calle del barrio de Saint-Antoine, una

casa blanca detras de unos árboles, pinos segun creo; el número no he podido verlo; pero es la casa treinta y una ó treinta y dos, entrando, á la izquierda, despues de haber dejado á la derecha un castillo con torres, que se parece á una cárcel.

—¡Oh! exclamó Gaston; yo la encontraré; ese castillo es la Bastilla.

Y dijo estas últimas palabras de modo que Dubois las oyese.

—¡Pardiez! Ya lo creo que la encontrarás, dijo aparte Dubois, cuando yo mismo te conduzca.

Gaston miró su reloj, y vió que tenia por suyas mas de dos horas antes de ir á la cita de la calle del Bac; tomó su sombrero, que habia dejado sobre una silla, y se dispuso á salir.

—¿Qué es eso, volamos? preguntó Dubois.

—Un asunto indispensable..

—¿Y nuestra cita de las once?

—Aun no son las nueve; conque estad tranquilo, que yo volveré á tiempo.

—¿No teneis necesidad de mí?

—Gracias.

—Si por casualidad preparais algun pequeño raptó, yo soy bastante entendido en esos asuntos, y podria ayudaros.

—Gracias, dijo Gaston ruborizándose á pesar suyo; no se trata de nada de eso.

Dubois comenzó á silbar entre dientes una cancion, como hombre que toma las respuestas en lo que valen.

—¿Os encontraré aquí? preguntó Chanlay.

—Yo no sé; tal vez tenga tambien que asegurar á una linda dama que se interesa por mi persona; pero de todos modos, á la hora dicha hallareis aqui el hombre de ayer con el mismo coche y el mismo cochero.

Gaston se despidió apresuradamente de su compañero. En la esquina del cementerio de los Inocentes encontró un fiacre, subió en él, y se hizo llevar á la calle de Saint-Antoine.

Apeose á las veinte casas, ordenando al cochero que lo siguiese, y comenzó á explorar toda la acera izquierda de la calle. Pronto se vio delante de una gran pared, sobre la cual se elevaban las copas de unos altos pinos, lo cual correspondia tan bien á las señas dadas por Elena, que no dudó ya que aquella casa encerraba á la jóven.

Pero aquí comenzaba la dificultad, en aquellas paderes no habia abertura alguna, ni en la puerta aldabon ni campanilla. Esto era una cosa inútil para las gentes de buen tono que delante de sí llevaban correos, llamando á las puertas, que querian hacerse abrir con el puño de plata de sus bastones.

Gaston se habria pasado muy bien sin correo y hubiera llamado con el pié ó con una piedra; pero temia que se hubiesen dado órdenes para no abrirle: ordenó, por tanto, al cochero que parase, y queriendo avisar á Elena por una señal muy conocida, se metió por una callejuela que daba á un lado de la casa, y acercándose todo cuanto le fué posible á una ventana abierta que caia al jardin, se llevó las manos á la boca, é imitó con toda la fuerza que pudo el abullido del gato montés.

Elena se estremeció, pues reconoció aquel grito que resonaba á una ó dos leguas de distancia en los derrumbaderos de la Breña, y le pareció que aun estaba en el convento de las agustinas de Clisón, y que ca barca, tripulada por el caballero, deslizándose al esfuerzo silencioso de remo, iba á llegar debajo de su ventana en medio de los juncos y espadañas.

Este grito, que llegaba á sus oidos atravesando los muros, le anunciaba la presencia esperada de Gaston, y corrió al instante á la ventana: allí estaba el jóven.

Elena y él cambiaron una seña, que por una parte queria decir: «¡Os aguardaba!» y por la otra: «Aquí estoy!» Entrando luego en su habitacion, agitó con tanta fuerza una campanilla que debia á la munificencia Mad.

Desroches, la cual sin duda se la habia dado para otros usos, que no solo acudió precipitadamente la dueña, sino tambien la doncella y el ayuda de cámara.

—Id á abrir la puerta de la calle, dijo con imperio Elena, pues está en ella uno á quien espero.

—Quedaos, dijo la Desroches al ayuda de cámara, que se disponia á obedecer; quiero ver yo misma quién es esa persona.

—Es inútil, señora; yo sé quién es, y ya os he dicho que la esperaba.

—Pero, sin embargo, si la señorita no debiera recibirla... repuso la dueña con cierta contemplacion.

—Sra. ya no estoy en el convento, ni todavía en prision, respondió Elena; conque así, recibiré á quien tenga por conveniente.

—Pero al menos, ¿puedo saber quién es esa persona?

—No veo ningun inconveniente; es la misma á quien recibí en Rambouillet.

—¿El Sr. de Livry?

—El Sr. de Livry.

—Yo he recibido órden terminante de no dejar penetrar á ese jóven hasta vos.

—Y yo os doy la de que io traigais aquí al instante.

—Señorita desobedeceis á vuestro padre, contestó la Desroches, mitad colérica mitad respetuosa.

—Mi padre nada tiene que ver en esto, y sobre todo por vuestro ojos.

—Sin embargo, ¿quien es dueño de vuestra suerte?

—¡Yo, yo sola! exclamó Elena revelándose al aspecto de aquel dominio que se quería ejercer sobre ella.

—Señorita, os juro, sin embargo, que vuestro señor padre...

—Mi padre me aprobará, si es mi padre.

Estas palabras, lanzadas con todo el orgullo de una emperatriz, doblegaron á la Desroches bajo el acento de dominacion que encerraban y desde entonces se atrincheró en un silencio é inmovilidad, que imitaron los domésticos, testigos de esta escena.

—¡Y bien! dijo Elena; he ordenado que se abra la puerta; ¿no se obedece cuando yo mando?

Nadie se movió, pues esperaban las ordenes del aya.

Elena se sonrió con desden, y no queriendo comprometer su dignidad con aquella turba de criados, hizo con la mano una seña tan imperiosa, que madama Desroches dejó paso á Elena, retirándose de la puerta ante la cual estaba. Elena bajó entonces la escalera con lentitud y dignidad, seguida de la Desroches petrificada de encontrar semejante

fuerza de voluntad en una jóven que doce dias antes habia salido de un convento.

—¡Es una reina! dijo la camarera siguiendo á Mad. Desroches; yo por mi iba á abrir la puerta si no hubiese ido ella misma.

—¡Ab! dijo la vieja aya; asi son todos en la familia.

—¿Conque habeis conocido la familia? preguntó la camarera sorprendida.

—Si, dijo la Desroches que conoció habia demasiado lejos; si, conoci en otro tiempo al marques su padre.

En este tiempo habia bajado Elena la escalera, atravesado el patio y hecho abrir la puerta: Gaston estaba en el umbral.

—Entrad, amigo mio, dijo Elena.

Gaston la siguió, y entraron juntos en los aposentos del piso bajo.

—Elena, me habeis llamado y he acudido le dijo el jóven ¿temeis alguna cosa? os amenaza algun peligro?

—Mirad enderedor vuestro, y juzgad le dijo Elena.

Ambos jóvenes estaban en el aposento en que ya hemos introducido al lector siguiendo al regente y á Dubois cuando este quiso hacerlo testigo de la aventura de su hijo. Era un retrete delicioso, inmediato al comedor con el cual, no solo se comunicaba, como se recordará, por medio de dos puertas,

sino tambien por una abertura arqueada, cubiertas de las mas raras, magnificas y perfudas flores; el retrete estaba entapizado de raso azul, sembrado de rosas y follaje de plata, y las sobrepuestas de Claudio Andrau representaban la historia de Venus, dividida en cuatro cuadros: su nacimiento, surgiendo desnuda de la espuma de una ola; sus amores con Adonis; su rivalidad con Psiquis, á quien hacía azotar; y por último su sueño en los brazos de Marte, dentro de la red tendida y fabricada por Vulcano. Los tableros formaban otros episodios de la misma historia pero todos de tan suaves contornos y tan voluptuosa expresion que nadie podia engañarse sobre el destino de aquel retrete.

Las pinturas que Nocé, en la inocencia de su alma, habia asegurado al regente eran á lo puro Maintenon, habian bastado, sin embargo, para asustar á la jóven.

—Gaston, le dijo; teníais razon en decirme desconfiára de aquel hombre que se me presentaba como padre mio: y en verdad que tengo aqui mas miedo que en Rambouillet.

Gaston ecsaminó todas aquellas pinturas rubricándose y palideciendo sucesivamente á la idea de que ecsistia un hombre que habia creido en la posibilidad de sorprender los sentidos de Elena por semejantes me-

dios, y luego pasó al comedor, donde tambien ecsaminó todos los detalles, que eran la continuacion de las mismas pinturas eróticas y de las mismas intenciones voluptuosas. Luego bajaron ambos al jardin, poblado todo de grupos y de estatuas, que parecian episodios de mármol olvidados en las pinturas. Al volver á la casa pasaron por delante de la Desroches, que no los habia perdido de vista, y que alzando las manos al cielo con ademán desesperado, se le escapó decir:

— ¡Oh, Dios mio! Qué pensará monseñor! Estas palabras hicieron estallar la tormenta largo tiempo contenida en el pecho de Gaston.

— ¡Monseñor! exclamó; ¿habeis oido, Elena? Teníais razon en temer, y vuestro casto instinto os advertia el peligro. Aquí estamos en la casa de alguno de esos grandes pervertidos que compran el plácer á espensas del honor. Jamás he visto estas moradas de perdicion. Elena; pero las adivino. Estos cuadros, estas estatuas, esta media luz misteriosa que se desliza en los aposentos, todo, todo es mas de lo que necesito para aclarar el enigma. ¡En nombre del cielo, no os dejeis engañar, Elena; yo tenia razon en prever el peligro en Rambouillet, y aquí la teneis vos en temerlo!

—¡Dios mío! dijo Elena; ¿y si viniese ese hombre? ¿Y si, con el auxilio de sus criados, nos retuviese por fuerza?

—Tranquilizaos, Elena, ¿no estoy yo aquí?

—¡Dios mío; renunciar á la dulce idea de un padre, de un protector, de un amigo!

—¡Ay, y en qué momento... cuando vais á quedar sola en el mundo! dijo Gaston, revelando, sin pensarlo, una parte de su secreto.

—¡Qué decis, Gaston! ¿Qué significan esas palabras siniestras?

—Nada, nada... repuso el jóven; palabras sin sentido, de las que no se debe hacer caso.

—Gaston, sin duda me ocultais alguna cosa terrible, pues en el momento en que pierdo á mi padre hablais de abandonarme.

—¡Oh, Elena; solo os abandonaré con la vida?

—No, no es eso, repuso la jóven; correis peligro de muerte, y muriendo es como temeis abandonarme. ¡Ah, ya no sois el Gaston de otros tiempos! Encontrarme hoy os ha causado una alegría contrariada; haberme perdido ayer no os ha producido un dolor inmenso... Sin duda teneis en la cabeza proyectos mas importantes que los que existen en vuestro corazon. Alguna cosa hay en vos, orgullo ó ambicion, que es superior

al amor; y mirad, en este mismo momento os poneis pálido. ¡Me partís el corazón con vuestro silencio.

—Nada, os juro que nada, Elena: ¿no es bastante para turbarme todo lo que nos sucede, encontraros sola y sin defensa en esta casa pérfida, y no saber como protegeros?... Porque sin duda ese hombre es poderoso. En Bretaña tendría amigos y doscientos paisanos para defenderme; pero aquí no tengo á nadie.

—¿Y no es mas que eso, Gaston?

—Demasiado me parece.

—No, porque en este mismo instante dejamos esta casa.

Gaston se puso pálido; Elena bajó los ojos y dejando caer su mano entre las frias y húmedas de su amante, dijo:

—Delante de todas esas gentes que nos miran; á los ojos de esa mujer vendida que solo puede prepararme una traicion, vamos á salir de aquí juntos, Gaston.

Los ojos de Gaston lanzaron un relámpago de alegría; pero en el mismo instante fueron velados por un pensamiento sombrío.

Elena vió en el rostro de su amante esta doble espresion.

—¿No soy vuestra muger, Gaston? ¿Mi honor, no es el vuestro? ¡Marchémonos!

—¿Pero dónde he de alojaros? dijo Chanlay.

—Gaston, respondió Elena: yo no sé ni puedo nada; yo no conozco á Paris ni al mundo, sino solo á mí y á vos. ¡Pues bien! vos me habeis abierto los ojos, y yo he desconfiado de todo y de todos excepto de vuestra lealtad y de vuestro amor.

Partíase el corazón del mancebo; seis meses antes habria pagado con su vida el generoso sacrificio de la valerosa jóven.

—Elena, reflexionad. Si nos engañásemos; si ese hombre fuese verdaderamente padre vuestro...

—Vos sois quien me ha enseñado á desconfiar de ese padre; no lo olvidéis.

—¡Sí, sí, exclamó el jóven; marchemos á toda costa, Elena; marchemos!

—¿Dónde vamos?... Pero no teneis necesidad de responder, porque vos lo sabreis, y eso basta. Pero una última súplica. Aquí hay un Cristo y una Virgen singularmente colocados en medio de estos frescos impuros. Juradme por estas santas imágenes respetar el honor de vuestra esposa.

—Elena, respondió el jóven; no os haré yo la injuria de proferir semejante juramento; la oferta que hoy me haceis la primera he vacilado mucho tiempo en hacérosla yo. Rico, feliz, seguro de lo presente, fortuna, riqueza, felicidad, todo lo habria puesto á vuestros pies, dejando á Dios el cuidado del

porvenir; pero en este momento supremo debo decíroslo; no, no os habeis equivocado; entre hoy y mañana existe la probabilidad de un suceso terrible. Lo que puedo ofreceros, puedo decíroslo. Elena; y es, si salgo con mi intento, alta y poderosa posicion tal vez; pero si fracaso la fuga del destierro, la miseria quizás. ¿Me amais bastante, Elena, ó amais bastante vuestro honor para desafiar todo esto?

—Estoy dispuesta, Gaston; decidme que os siga, y os sigo.

—Pues bien, Elena; no quedará burlada vuestra confianza; no vendreis á mi casa, sino á la de una persona que os protegerá si es necesario, y que en ausencia mia reemplazará al padre que creiais haber encontrado, y que, por el contrario, habeis perdido segunda vez.

—¿Quién es esa persona, Gaston? No lo pregunto por desconfianza, sino por curiosidad.

—Una que nada puede negarme, Elena; cuyos dias están unidos á los mios; cuya vida depende de la mia, y que creerá pido muy poco exigiéndole vuestro reposo y seguridad.

—¡Mas oscuridades, Gaston! En verdad que me causais miedo por lo sucesivo.

—Este secreto es el último, Elena, y desde este momento toda mi vida quedará al descubierto para vos.

—Gracias, Gaston.

—Pues ya estoy á vuestras órdenes, Elena.

—¡Vamos!

Elena tomó el brazo del caballero, y atravesó el salon en que estaba Mad. Desroches toda crispada de indignacion, y rasgando una carta cuyo destino ya no podemos prejulgar.

—¡Dios mio, señorita! exclamó; ¿donde vais; qué haceis?

—¿Dónde voy?... Me marchó. ¿Qué hago? ¡Huyo de una casa donde está amenazado mi honor!

—¡Cómo! exclamó la vieja enderezándose como por un resorte; ¿os salís con vuestro amante?

—Os equivocais, señora, contestó Elena con acento lleno de dignidad; es mi marido.

Mad. Desroches dejó caer los brazos llena de terror.

—Y ahora, continuó Elena, si la persona que conoceis pregunta por mí para alguna entrevista, le direis que, por mas provinciana y colegiala que sea, he adivinado el lazo; que huyo de él, y que si me buscan, encontrarán al menos un defensor á mi lado.

—¡No saldreis, señorita, exclamó la Desroches, aun cuando tenga que emplear la violencia!

—Pues intentadlo, señora, dijo Elena con

aquel tono regio que parecia serle natural.

—¡Hola, Picard, Conturier, Blanchot!
Los criados acudieron al punto.

—El primero que me impida el paso, es muerto dijo friamente Gaston desenvainando su espada bretona.

—¡Qué cabeza tan infernal! exclamó la Desroches. ¡Ah! en esto os reconozco, señorita de Chartres y de Valois.

Los dos jóvenes oyeron esta exclamacion aunque sin comprenderla.

—Nos marchamos, dijo Elena; no olvideis repetir palabra por palabra lo que os he dicho, señora.

Y suspendida del brazo de Gaston, roja de placer y de orgullo, esforzada como una amazona antigua, la joven ordenó que abriesen la puerta de la calle. El portero no se atrevió á resistir: Gaston tomó la mano de Elena, cerró la puerta, hizo acercar el fiacre, y como vió que se disponian á seguirlo, dió algunos pasos hácia los criados, diciendo en alta voz:

—Si dais dos pasos mas, cuento á gritos toda esta historia, y me pongo, con la señorita, bajo la salvaguardia del honor público.

La Desroches creyó que Gaston conocia el misterio, y temió que nombrase las máscaras: tuvo miedo, y entró precipitadamente en la casa, seguida de toda la turba de criados.

El inteligente fiacre partió al galope.

X.

Que trata de lo que pasaba en la casa de la calle del Bac esperando á Gaston.

—¡Cómo, monseñor! ¿Sois vos? dijo Dubois al entrar en el salon de la casa de la calle del Bac, y viendo allí al regente, en el mismo sitio que la víspera.

—Si, yo soy, dijo el regente; ¿qué hay de extraño en esto? ¿No tengo aquí cita á mediodia con el caballero?

—Monseñor, me parecia que la órden que habeis firmado ponía fin á las conferencias.

—Te engañas, Dubois; he querido tener la última conferencia con ese pobre jóven, pues quiero intentar otra vez hacerle renunciar á su proyecto.

—¿Y si renuncia?

—Si renuncia, todo habrá concluido, y no habrá habido ni conspiracion ni conspirador; las intenciones no se castigan.

—Con otro no os dejaria hacer lo que quereis; pero con este os digo que lo hagais.

—¿Crees que proseguirá en su proyecto?

—¡Oh! estoy tranquilo por eso... Decid-

me, cuando esteis bien convencido de que persiste en su intento de asesinaros pura y simplemente, ¿me lo entregareis?

—Si, pero no aquí.

—¿Por qué?

—Me parece que es mejor prenderlo en su posada.

—¿En el «Barril de Amor.» por Tapin y las gentes de Argenson? Imposible, monseñor; ese escándalo de Bourguignon está todavía fresco, y corren mil rumores por el barrio. Desde que Tapin mide estrictamente el vino, no estoy seguro de que crean en el ataque de apoplejia de su antecesor. Mejor es al salir de aquí, monseñor; la casa está muy bien acondicionada, y creo haber dicho ya á V. A. que vive en ella una de mis queridas: cuatro hombres conseguirán facilmente el objeto, y ya están apstados en esa sala, de cuyo puesto voy á haceros mudar, puesto que S. A. quiere absolutamente que al caballero; por consiguiente, en vez de prenderlo al entrar se le prenderá al salir. A la puerta habrá un coche dispuesto para conducirlo á la Bastilla, y de este modo el cochero que lo traiga aquí no sabrá si quiera lo que ha sido de él. Solo Delaunay estará al corriente del asunto, y os respondo de que es discreto.

—Hazlo como mejor te parezca.

—Bien sabe monseñor que esa es mi costumbre.

—¡Tuno!

—¿Pero me parece que no va mal á monseñor con esta tunada?

—¡Oh! yo sé que siempre tienes razon.

—¿Pero los otros?

—¿Qué otros?

—Nuestros bretones de allá; Pontcalée, Couedie, Talhouet y Montlouis...

—¡Infelices! ¿Sabes sus nombres?

—¿Pues en qué creéis que he pasado el tiempo en el meson del *Barril de Amor*?

—¡Pobres! Sabrán el arresto de su cómplice.

—¿Por quién?

—Viendo que ya no tienen corresponsal en Paris, sospecharán que ha sucedido alguna cosa.

—¡Bah! ¿No está aqui el capitan La Jouquiere para tranquilizarlos?

—Es verdad; pero quizás ellos conozcan su letra ..

—Vamos, vamos; no va eso mal, y monseñor comienza á formarse; pero V. A. se toma cuidados inútiles, como dice Racine, pues á la hora esta deben ya estar presos esos señores de Bretaña.

—¿Y quién ha espedido la órden?

—¡Yo, pardiez! ¿No soy yo ministro para

nada? Además, vos la habeis firmado.

—¿Yo? ¿Estás loco?

—Seguramente, los de allá no son ni mas ni menos culpables que el de aquí, y al autorizarme para prender al uno me habeis autorizado para prender á los otros.

—¿Y cuándo ha salido el portador de esa orden?

Dubois sacó su reloj.

—Hace tres horas justas; de modo que era una licencia poética la que yo me tomaba diciéndoos que á estas horas estarían arrestados, pues no lo estarán hasta mañana.

—La Bretaña se enfadará, Dubois.

—Bah! ya he tomado mis medidas.

—Los tribunales bretones no querrán juzgar á sus compatriotas.

—Está previsto ese caso.

—Y si son condenados á muerte no se encontrará verdugo que los ejecute, y tendremos una segunda edicion del proceso de Chanlais. No olvides, Dubois, que este negocio tuvo lugar en Nantes, y que los bretones son muy difíciles de conducir.

—Decid de morir, monseñor; pero tambien es este un punto que se arreglará con los comisarios, cuya lista tengo aquí; yo enviaré tres ó cuatro verdugos de Paris, gente acostumbrada á nobles negocios, y que conservan las buenas tradiciones del cardenal de Richelieu.

—¡Diablo, diablo, dijo el regente; sangre durante mi reinado! No me gusta eso... Pase la del conde de Horn, que era un ladrón, y la de Duchauffour, que era un infame.... pero, yo soy tierno, Dubois.

—No, monseñor; no sois tierno; sois indeciso y débil; eso os decía cuando no érais mas que mi discípulo, y os lo repito hoy que sois mi señor. Cuando os bautizaron, vuestras madrinas, las hadas, os dieron todos los dones de la naturaleza: fuerza, belleza, valor y talento: una sola, á la cual no se habia convidado porque era vieja, y se presumia que probablemente tendriais horror á las mujeres viejas, llegó la última, y os dió la facilidad; esto lo echó á perder todo.

—¿Y quién te ha contado ese hermoso cuento, Perrault ó Saint-Simon?

—La princesa palatina vuestra madre.

El regente se echó á reir, y preguntó:

—¿Y á quién nombraremos para esa comision?

—¡Oh! perded cuidado, monseñor; á gentes de talento y de resolucion, poco provincianas, poco sensibles á las escenas de familia, envejecidas en el polvo de los tribunales y de buena argumentacion, á las cuales no causarán miedo los bretones con sus grandes ojos malvados, ni seducirán las bretonas con sus hermosos ojos húmedos.

El regente no respondió, y se contentó con encogerse de hombros y mover un pie.

—Después de todo, continuó Dubois mirando estos signos de muda oposición, esas gentes quizás no sean tan culpables como nosotros suponemos. ¿Qué han proyectado? Recapitulemos los hechos. ¡Bah, miserias!.. Hacer que los españoles vengan á Francia. ¿Y qué es esto? Llamar mi rey á Felipe V, renunciador de su patria... trastornar todas las leyes del estado... ¡Estos buenos de bretones!

—Está bien, dijo el regente con altivez; yo se la ley del estado tan bien como vos.

—Pues entonces, monseñor, solo os resta aprobar el nombramiento de los comisarios que he elegido.

—¿Cuántos hay?

—Doce.

—¿Que se llaman?

—Mabroul, Bertin, Barrillon, Parissot, Brunet-d'Arcy, Pagon, Jeydeau-de-Brou, Madorge, Héber-de-Buc, Saint-Aubin, Beausan y Aubry de Valton.

—¡Ah, ah! teniais razon; la eleccion es buena. ¿Y qué presidente darás á esa amable asamblea?

—Adivinadlo monseñor.

—¡Cuidado! Mirad que necesitas un hombre honrado que poner á la cabeza de esos bandidos.

—Tengo uno, y de los mas decentes.

—¿Cuál?

—Un nombre de embajador.

—¿Cellamare quizás?

—Creo, á fé mia, que si quisiérais dejarle salir de Blois, nada os negaria, aun cuando le mandáseis cortar la cabeza de sus propios cómplices.

—Bien se está en Blois; dejémosle allí. Pero veamos; ¿cuál es tu presidente?

—Château-Neuf.

—¡El embajador de Holanda, el hombre del gran rey, pardiéz! Dubois, no suelo abrumarte á cumplimientos; pero esta vez te digo que has hecho una verdadera obra maestra.

—Ya comprendereis, monseñor; él sabe que esta gente quiere establecer una república, y él, que se ha criado para no conocer otra cosa que sultanes, y que ha tomado horror á la Holanda por el horror que Luis XIV tenia á las repúblicas, ha aceptado de muy buen grado; tendremos á Argram de fiscal general, que es un atrevido; Cayet será nuestro secretario, y así andaremos pronto en el negocio, lo cual será bien hecho, porque la cosa urge, monseñor.

—¿Pero quedaremos luego tranquilos, Dubois?

—Creo que sí; y no tendremos otra cosa

que hacer que dormir desde la noche á la mañana, y desde la mañana á la noche, cuando hayamos concluido la guerra de España y efectuado la reduccion de los billetes de la caja; pero en este último asunto os ayudará vuestro amigo Mr. Lavv: la reduccion es negocio suyo.

—¡Cuánto fastidio, Dios mio! ¿Y dónde diablos tenia yo la cabeza cuando ambicionaba la regencia? Mucho me reiria hoy de ver al Sr. de Maine cómo se desenredaba de sus jesuitas y españoles, y Mad. de Maintenon, mezclándose en la política con Villeroy y Villars, nos haria reventar de risa. Humbert dice que es muy bueno reir una vez al dia.

—A propósito de Mad. de Maintenon, repuso Dubois: ¿sabeis que dicen que la buena mujer está muy mala y que no vivirá quince dias?

—¡Bah!

—Despues de la prision de la Sra. de Maine y del destierro de su señor esposo, dice que el rey Luis XIV está decididamente muerto, y que va á juntarse con él.

—Lo cual no te causa pena, mal alma; ¿no es verdad?

—Confieso que la detesto cordialmente. Ella fué la que hizo que el difunto rey me pusiera tan malos ojos cuando le pedí el ca-

pelo con motivo de vuestro matrimonio, y ¡pardiez! bien sabeis que eso era una cosa muy difícil de arreglar... y tanto, que si vos no estuviéseis aquí para enderezar los entuertos del rey con respecto á mí, sin duda esa mujer me hace perder la carrera. ¡Ah! ¡Si yo hubiera podido encerrar á su Sr. de Maine en nuestro negocio de Bretaña!... Pero esto era imposible, palabra de honor... El pobre hombre está medio loco de miedo, y á todo el mundo dice:—«A propósito: ¿sabeis que han querido conspirar contra el gobierno del rey y contra la persona del regente? Esto es vergonzoso para la Francia. ¡Ah! Si todo el mundo fuese como yo!»

— No se conspiraria, repuso el regente; la cosa es indudable.

—Y ha renegado de su mujer, añadió Dubois riendo.

—Y ella de su marido, contestò el Duque riendo tambien.

—Me guardaré muy bien de aconsejaros aprisionarlos juntos, pues se pegarian.

—Por eso he puesto al uno en Doulens y á la otra en Dijon.

—Desde donde se muerden por cartas.

—Echémosles fuera, Dubois.

—Para que se esterminen. ¡Ah, monseñor! Sois un verdadero verdugo, y bien se ve que habeis jurado la pérdida de la sangre de Luis XIV.

Esta broma audaz probaba cuán seguro estaba Dubois de su ascendiente sobre el príncipe, pues de cualquiera otra persona habria provocado una nube mas sombría que la que por un instante pasó por la frente del duque.

Dubois presentó el decreto de nombramiento del tribunal á la firma de Felipe de Orleans, que esta vez rubricó sin vacilar; y el abate con la alegría en el alma, aunque muy tranquilo en apariencia, se marchó para disponer la prision del caballero.

Al salir Gaston de su casa se habia hecho conducir al meson del *Barril de amor*, donde se recordará debia esperarle un carruaje para conducirlo á la calle del Bac; no solo estaba allí el coche, sino tambien el guia de la víspera; pero Gaston, que no queria que Elena se apease, preguntó si le era permitido continuar el camino en el fiacre en que iba: el hombre misterioso le respondió que no veia inconveniente en ello, y subió al pescante con el cochero, el cual dió las señas de la casa en que debia parar.

Atormentado de temor, y con el corazon henchido de suspiros, en vez de escitar el jóven el valor de Elena, solo le comunicaba su tristeza sin límites, de la cual no habia querido darle esplicacion: así fué que, habiendo perdido Elena la esperanza de encon-

trar una poca de fuerza en aquel en quien debia apoyarse, le dijo en el momento de entrar en la calle del Bac:

—¡Oh, cuánto miedo tengo!

—Antes de mucho, dijo Gaston, vereis si obro en interes vuestro, Elena.

En este instante se detuvo el carruaje.

—Elena, dijo Chanlay: en esta casa está el que os ha de servir de padre; consentid que suba primero, para anunciarle vuestra visita.

—¡Dios mio! exclamó Elena estremeciéndose á pesar suyo, y sin saber por qué: vais á dejarme sola aquí?

—Nada teneis que temer, Elena, y ademas, dentro de un instante vuelvo por vos.

La jóven le tendió una mano, que Gaston oprimió contra sus labios, y el mismo se sintió presa de una emocion involuntaria, pues tambien le parecia que obraba mal en dejar á Elena; pero en este momento se abrió la puerta, el fiacre entró, la puerta se volvió á cerrar en seguida, y Gaston comprendió que en aquel patio cerrado de altos muros ningun peligro podia correr Elena: por otra parte, ya no podia retroceder. El guia que le acompañaba desde el meson del «Barril de Amor» abrió la portezuela, y Gaston se apeó, estrechando por última vez la mano de su amiga. Subió luego la escalera, el guia

lo introdujo en el corredor, y enseñándole la puerta de la sala, se retiró, despues de haberle dicho que podia llamar.

Gaston llanó al instante, para no hacer esperar mucho tiempo á Elena.

—Entrad, dijo la voz del fingido embajador español.

Como esta voz habia quedado tan profundamente grabada en la memoria de Gaston, obedeci6 al punto, y se encontró en presencia del jefe del complot: pero esta vez no tenia su temor primero; esta vez estaba muy decidido, y se acerc6 al falso duque de Olivares con la frente tranquila y la cabeza erguida.

—Muy esacto sois, caballero, dijo este, pues en este momento da la hora de la cita.

En efecto, el reloj colocado detras del regente, encima de la chimenea, di6 pausadamente las doce.

—Monseñor, dijo Gaston: el asunto de que estoy encargado me pesa, y quiero salir cuanto antes de él, pues temo tener remordimientos. Esto os sorprende y os inquieta, ¿no es verdad, monseñor?... Pero tranquilizaos; los remordimientos de un hombre como yo solo pueden atormentar á él mismo.

—En verdad, caballero, dijo el regente con un movimiento de alegría que no pudo

ocultar del todo, se me figura que retrocedis.

—Os engañais, monseñor; desde que la suerte me designò para herir al príncipe, siempre he marchado adelante, y no me detendré hasta que mi mision se cumpla.

—Caballero, creia notar alguna vacilacion en vuestras palabras, y las palabras tienen un gran valor en ciertas bocas y en ciertas circunstancias.

Monseñor, en Bretaña se tiene la costumbre de decir lo que se siente, y tambien la de hacer lo que se dice.

—¿Conque estais decidido?

—Mas que nunca.

—Es que, repuso el regente, ya veis que todavía es tiempo, pues el mal, no está hecho, y...

—¿A eso llamais mal, monseñor? dijo Gaston con triste sonrisa: ¿pues cómo le llamaré yo entonces?

—Así es como yo lo entiendo, repuso el regente con viveza; el mal es para vos, puesto que teneis remordimientos.

—No es generoso abrumarme con esa confianza, monseñor; yo ciertamente no la hubiera hecho á un hombre de menos mérito que V. E.

—Y yo, caballero, justamente porque os aprecio en todo vuestro valor, os digo que

aun es tiempo de detenerse; que si habeis reflexionado bien; que si os arrepentís de estar mezclado en estas... el duque vaciló un momento, y continuó:—En estas audaces empresas: no temais nada de mí, pues yo os protegeré hasta en el abandono en que nos dejareis. Una sola vez os he visto, caballero; pero creo que os juzgo como mereceis ser juzgado; los hombres de corazon son tan raros, que la pérdida seria para nosotros.

—Me confunde tanta bondad, monseñor, dijo Gaston, á cuyo corazon mordía un sentimiento de indecision imperceptible, á pesar de los esfuerzos de su valor. Principe, yo no vacilo... mis reflexiones son únicamente las de un duelista que va al campo decidido á matar á su enemigo, mas deplorando la necesidad que le obliga á suprimir un hombre. Gaston hizo una pausa de un instante, durante la cual la mirada ardiente de su interlocutor penetraba en lo mas profundo de su alma, á fin de encontrar la debilidad que en ella buscaba; pero Gaston continuó: —Mas aqui es tan grande el interes, tan superior á todas las debilidades de nuestra naturaleza, que voy á obedecer á mis convicciones y á mis amistades, si no á mis simpatías, y me conduciré de tal suerte monseñor, que estimareis en mi hasta el sentimiento de debilidad momentánea que du-

rante un segundo ha detenido mi brazo.

Muy bien dijo el regente; ¿pero cómo conseguireis vuestro objeto?

—Esperaré á encontrarlo frente á frente, y entonces no me serviré del arcabuz, como hizo Poltrot, ni de la pistola, como Vitry... yo le diré:—«¡Monseñor, haceis la desgracia de la Francia; os sacrifico á su salvacion!» Y le dare de puñaladas.

—Como hizo Ravailac, dijo el duque sin pestañear y con serenidad tanta, que hizo correr un escalofrio por las venas del jóven: ¡está bien!

Gaston bajó la cabeza sin responder.

—Ese proyecto me parece el mas seguro, continuó el duque, y lo apruebo; sin embargo, debo haceros otra pregunta: ¿y si os prenden y sois interrogado?

—V. E. sabe lo que sucede en semejante caso; se muere, pero no se responde, y ya que acabais de citarme á Ravailac eso fué si tengo buena memoria lo que hizo él; y sin embargo, Ravailac no era caballero.

Este arranque de Gaston no disgustó al regente, que tenia mucha juventud en el corazon y mucho espíritu caballeresco en la cabeza: por otra parte, acostumbrado como estaba á las naturalezas bajas y cortesanas, con las cuales se rozaba diariamente, esta naturaleza sencilla y vigorosa de Gaston era

una novedad para él, y sabido es cuánto gustaban al regente las novedades.

Todavía reflexionó un momento, y como si quisiese ganar tiempo por no estar decidido, dijo:

—¿Conque puedo contar con que sereis inmutable?

Gaston pareció sorprendido de que su interlocutor volviese á tratar de esto: el regente lo conoció, y le dijo con el mismo tono.

—Si, ya veo que estais decidido.

—Absolutamente, respondió el caballero, y solo espero las últimas instrucciones de V. E.

—¿Cómo mis últimas instrucciones?

—Sin duda. V. E. no se ha comprometido aun conmigo, y yo me he puesto todo á su disposicion; yo os pertenezco en cuerpo y alma.

Levantose el duque.

—¡Pues bien! dijo; ya que absolutamente es preciso un desenlace á esta entrevista, saldreis por esta puerta y atravesareis el pequeño jardin que rodea la casa. En un coche que os espera á la puerta encontrareis á mi secretario, que os entregará un pase de audiencia para el regente: ademas, sereis garantido por mi palabra.

—Eso es todo lo que deseaba, monseñor.

—¿Teneis alguna otra cosa que decirme?

—Si, antes de despedirme de V. E., á quien tal vez no tenga ya ocasion de ver en este mundo, tengo una gracia que pedirle.

—¿Cuál, caballero? respondió el duque; hablad, que ya escucho.

—Monseñor, repuse Gaston; no os choque que vacile un instante, porque aquí no se trata de un servicio vulgar ó de un favor personal: Gaston de Chanlay no necesita mas que un puñal, y helo aquí. Pero al sacrificar su cuerpo no quisiera sacrificar su alma, y la mia pertenece primero á Dios y luego á una jóven á quien amo con idolatria. ¡Triste amor el que ha crecido tan cerca de una tumba! Abandonar á una niña tan pura y tan tierna, seria tentar á Dios de una manera insensata. He amado en esta tierra á una mujer adorable, á quien mi afecto sostenia y protegía contra lazos infames: si muero ó desaparezco, ¿qué será de ella? Nuestras cabezas caerán, monseñor, pues son de simples caballeros; pero vos sois un luchador poderoso, sostenido por un poderoso rey; vos vencereis la mala fortuna, y por eso quiero poner en vuestros brazos el tesoro de mi alma, y que presteis á mi amiga toda la proteccion que me debeis como asociado y como cómplice.

—Os lo prometo, caballero, respondió el regente profundamente conmovido.

—No es esto todo, monseñor; puede sucederme una desgracia, y no pudiendo dejarle mi persona, quisiera dejarle mi nombre por apoyo. Yo muerto, ella queda sin fortuna, porque es huérfana, monseñor, y por eso al salir de Nantes he otorgado un testamento, en el cual le dejo cuanto poseo. Monseñor, cuando yo muera, que ella sea viuda... ¿es esto posible?

—¿Quién se opone á ello?

—Nadie; pero puedo ser preso mañana, esta noche, al salir de esta casa.

El regente se estremeció de este extraño presentimiento.

—Suponed que sea conducido á la Bastilla; ¿creeis que obtenga la gracia de casarme con ella antes de mi ejecucion?

—Estoy seguro de que si.

—¿Empleareis todo vuestro poder para alcanzarme esta gracia? Juradme esto, monseñor, para que bendiga vuestro nombre, y para que solo se me escape una accion de gracias en el tormento cuando piense en vos.

—Os lo prometo por mi honor, caballero, dijo el regente enternecido: esa jóven será sagrada para mi, y heredará en mi corazon todo el afecto que involuntariamente os profeso.

—Pues ahora, una palabra mas, monseñor.

—Decid, caballero, que os oigo con una simpatía profunda.

—Esa jóven nada sabe de mi proyecto; ignora las causas que me han traído á Paris, y la catástrofe que nos amenaza, porque no he tenido la fuerza necesaria para decírselo todo. Yo no la volveré á ver sino para ser su marido, pues si la viese en el momento de dar el golpe que me separará de ella, mi mano temblaría quizás, y es menester que mi mano no tiemble.

—A fé de caballero, dijo el regente conmovido mas allá de toda espresion, os repito que no solo será sagrada para mí esa jóven, sino que haré por ella todo lo que deseais que haga, y que heredará en mi corazon todo el afecto que involuntariamente os tengo.

—Ahora, monseñor, ya soy fuerte, dijo Gaston levantándose.

—¿Y dónde está esa jóven? preguntó el duque.

—Abajo, en el carruaje que la ha traído; permitid que me retire, y decidme únicamente dónde vivirá ella.

—Aquí. Esta casa, que no está habitada por nadie, y que es muy conveniente para una jóven, será la suya.

—Vuestra mano, monseñor.

El regente tendió la mano á Gaston, y quizás iba á hacer alguna nueva tentativa

para detenerlo, cuando una tosecilla seca que resonó al pie de las ventanas le hizo comprender que Dubois se impacientaba.

Entonces dió un paso adelante, para indicar á Gaston que la audiencia estaba terminada.

— Monseñor, otra vez os encargo que veais por vuestra hija; es dulce, bella y altiva, una de esas ricas y nobles criaturas, como habrèis encontrado pocas en vuestra vida... Ad os, monseñor; voy á verme con vuestro secretario.

— ¿Y será preciso decirle que vais á matar un hombre? dijo el regente haciendo el último esfuerzo para detener á Gaston.

— Sí monseñor; pero añadiréis que le mato para salvar á la Francia.

— Salid, pues, caballero, dijo el duque abriendo una puerta que daba al jardín, y seguid la avenida que os he dicho.

— Deseadme fortuna, monseñor.

— ¡Diablo de rabioso, dijo, para sí el regente; pues no faltaba mas sino que orase á Dios por el éxito de su puñalada! ¡Ah, eso no, á fe mia!

Gaston se alejó. La arena cubierta de nieve crujió bajo sus pasos, y el regente lo siguió algun tiempo con la vista por la ventana del corredor: en seguida dijo:

— Vamos, es preciso que cada uno siga su camino... ¡Pobre mozo!

Y volvió al salon, donde encontró á Dubois, que habia entrado por otra puerta.

El abate llevaba en su rostro un aire de malicia y de satisfaccion que no pasó desapercibido para el regente. El duque lo miró algun tiempo sin hablar, como para investigar lo que pasaba en el ánimo de este otro Mefistófeles.

Sin embargo, Dubois fué el primero que rompió el silencio.

—Vaya, monseñor; espero que ya estareis desembarazado.

—Sí, Dubois; pero de una manera que me desagrade mucho. Ya sabes que no me gusta hacer un papel en tus comedias.

—Es posible monseñor; pero quizás no hariais mal en darme uno en las vuestras.

—¿Cómo es eso?

—Sí, darian mas resultado, y los desenlaces serian mejores.

—No sé lo que quieres decir; explícate, pues me aguarda una persona á quien es preciso reciba.

—¡Oh, monseñor; recibid á quien querais!... Mas tarde volveremos á la conversacion. Ahora ya está hecho el desenlace de vuestra comedia, y no podria ser ni mejor ni peor.

Y Dubois se inclinó con aquel respeto burlon que el regente tenia la costumbre

de verle tomar cuando en el eterno juego que llevaban uno contra otro Dubois tenia las mejores cartas.

—Asi es que nada inquietaba tanto al regente como este respeto simulado.

—Por eso lo detubo, diciéndole:

Vamos, ¿que hay? ¡Has descubierto algo de nuevo.

—¡He descubierto que sois un disimulador muy hábil, diablo!

—¡Eso te sorprende!

—No, pero me causa pena, algunos pasos mas en este arte, y hareis milagros; ya no tendreis necesidad de mi, y me enviareis á educar á vuestro hijo, que convengo necesita un maestro como yo.

—Vamos, habla pronto.

—Es justo, monseñor; porque ahora no se trata de vuestro hijo, sino de vuestra hija.

—¿De cual?

—¡Ah, es verdad; tenemos tantas! Primero la abadesa de Chelles; luego Mad. de Berry; luego la señorita de Valois; luego las otras, que son demasiado jóvenes para que se hable de ellas, y por consecuencia para que yo hable; y luego, en fin esa florencantadora de Bretaña á quien se queria apartar del soplo envenenado de Dubois por miedo de que este soplo la marchitase.

— ¡Osas decir que no tenia yo razon!

— ¡Qué disparate! Monseñor, habeis hecho perfectamente. No queriendo nada de este infame Dubois, en lo cual os apruebo, habeis buscado por muerte del arzobispo de Cambray al digno, al puro, al cándido Nocé, y le habeis tomado prestada su casa.

— ¡Ah, ah! dijo el regente; tambien sabes eso!

— ¡Y qué casa! Virginal, como su amo. Si, monseñor; si, todo esto está lleno de prudencia y de razon. Ocultemos á esta niña del mundo corruptor, y alejemos de ella todo lo que podria alterar su candidez primitiva. Por esta causa le damos una morada donde no se ven mas que Ledas, Erigones y Danaes, practicando el culto de la abominacion bajo el símbolo de cisnes, de racimos de uvas, de lluvias de oro. Santuario moral, donde las sacerdotisas de la virtud, sin duda bajo el pretesto de su ingenuidad, toman las mas ingeniosas, pero las menos permitidas de las actitudes.

— ¡Y ese diablo de Nocé que me habia jurado que todo aquello era muy sencillo!

— ¿Pues no conoceis la casa, monseñor?

— ¿Y miro yo acaso todas esas torpezas?

— Y ademas, sois miope, ¿es verdad?

— ¡Dubois!

— Vuestra hija no tendrá por muebles si-

no tocadores estraños, canapés ininteligibles lechos de reposo mágicos, y por libros... ah! los libros del hermano Nocé son los mas probados para la formacion é instruccion de la juventud, y mucho mejores que el breviario de Mr. de Bussy-Rabutin, del cual os di un ejemplar el dia que cumplísteis doce años.

—¡Serpiente!

—Por último, la mas austera gazmoñeria habita en este asilo. Yo lo escogí para soltar al hijo; pero monseñor y yo no vemos las cosas con los mismos ojos, y él la ha elegido para purificar la hija.

—Ya me estais cansando, Dubois.

—Llego al fin, monseñor (incedo ad finem). Por lo demas, la señorita vuestra hija debe haberse encontrado muy bien en esa casa, pues, como todos los de vuestra sangre, es una persona muy inteligente.

El regente se estremeció, pues adivinaba alguna noticia triste bajo el preámbulo tortuoso y bajo la sonrisa malvada y burlona de Dubois.

—Sin embargo, continuó este; mirad lo que es el espíritu de contradicción, monseñor: la jóven no se vió contenta con el alojamiento que V. A. le habia tan paternalmente escogido, y se muda.

—¿Cómo es eso?

—Me equivoco, se ha mudado ya.

—¡Mi hija se ha marchado! exclamó el regente.

—Perfectamente, contestó Dubois.

—¿Por donde?

—¡Toma! por la puerta... ¡Oh! no es una de esas señoritas que se evaden por las ventanas durante la noche. Es de nuestra sangre, monseñor, y si yo lo hubiera dudado un solo minuto, y a estaria convencido ahora.

—¿Y Mad. Desroches?

—Mad. desroches está en el Palais-Royal. En este momento la he dejado, que venia á anunciar esta noticia á S. A.

—¿Pero no ha podido impedir nada?

—La señorita ordenaba.

—Pues haber hecho cerrar las puertas. Los criados ignoraban que fuese mi hija, y no tenian razon alguna para obedecerla.

—La Desroches ha tenido miedo de la cólera de la señorita, pero los criados han tenido miedo de la espada.

—¿De la espada! ¿Qué dices? Tú estás ébrio, Dubois.

—¡Ah, sí! sin duda que mi régimen es para eso; yo no bebo mas que agua de achicorias. No, monseñor: si yo estoy ébrio, es de admiracion por la perspiciacia de V. A. cuando quiere conducir un negocio por sí solo.

—¿Pero qué has hablado de espada? ¿Qué espada era esa?

—La espada de que dispone la señorita Elena, y que pertenece á un lindísimo jóven.

—¡Dubois!...

—Que la ama mucho.

—Dubois, me volverás loco.

—Y que la siguiò desde Nantes á Rambouillet con infinita galantería.

—¿Mr. de Livry?

—¡Calle, sabéis su nombre! Entonces nada os enseño de nuevo, monseñor.

—¡Dubois, estoy anonadado!

—Y hay de qué, monseñor; eso es lo que tiene hacer sus negocios por sí mismo, cuando ni aun se tiene tiempo para ocuparse de los de la Francia.

—Pero, en fin, ¿dónde está ella?

—¡Ah, eso es lo que yo no sé!

—Dubois, tú eres quien me has hecho saber su fuga, y á tí te corresponde decirme su retiro. Mi amado Dubois, es preciso que me encuentres á mi hija.

—¡Ah, monseñor! Os pareceis furiosamente á los padres de Moliere y yo á Scapin.

¡Ah, mi bueno Scapin, mi amado Scapin, mi chiquito Scapin, encuéntrame á mi hija!

No lo diría mejor Geronte, monseñor; ¡ea, pues, se buscará á la niña, se la encontrará, y se os vengará de su raptor!

—Bueno, encuéntramela, y pídemela luego todo lo que quieras.

—¡Corriente, eso se llama hablar!

El duque habia caído en un sillón apoyando la cabeza entre las manos, y Dubois lo dejaba en su dolor aplaudiéndose de un afecto que redoblaba el imperio que tenia ya sobre el duque. De repente, y mientras que él lo miraba con la maliciosa sonrisa que le era habitual, tocaron con mucho tiento á la puerta.

—¿Quién va? preguntó el abate.

—Monseñor, dijo una voz de ugier detrás de la puerta; abajo hay, en el mismo fiacre que ha traído al caballero, una jóven que pregunta sino bajará pronto y si deberá continuar esperando.

Dubois dió un salto, y se precipitó hácia la puerta; pero ya era tarde; el regente, á quien las palabras del ugier habian recordado la promesa solemne que acababa de hacer á Gaston, se habia ya levantado.

—¿Donde vais, monseñor? preguntó Dubois.

—A recibir á esa jóven, contestó el regente.

—Ese es negocio mio y no vuestro ¿olvidais que me habeis abandonado esta conspiracion?

—Es verdad que te he abandonado el ca-

ballero; pero tambien he prometido á este servir de padre á la que ama: he dado mi palabra y la cumpliré. Ya que le mato á su amante, justo es, al menos, que la consuele.

—Yo me encargo de ello dijo Dubois, pretendiendo ocultar su palidéz y su agitacion bajo una de aquellas sonrisas diabòlicas que solo á el pertenecian.

—¡Cállate y no te muevas de aquí! exclamó el regente; si no, me harás cometer alguna otra indignidad.

—¡Qué diablos, monseñor; dejadme al menos que le hable!

—Yo le hablaré muy bien, descuida; estos no son negocios tuyos. Estoy comprometido personalmente; he dado mi palabra de caballero... Vamos, silencio, y quédate aquí.

Dubois se roía los puños; pero cuando el regente hablaba en este tono era preciso obedecer, y no tuvo mas recurso que recostarse contra la chimenea y esperar.

Pronto se oyó detras de la puerta el rozamiento de un traje de seda.

—Si, señora, dijo el ughier; por aquí es.

—Aquí está, dijo el duque: Dubois, piensa en que esa jóven no es responsable de las faltas de su amante; por consecuencia guárdale las mayores consideraciones, ¿entien-

des? Y volviéndose en seguida hácia la parte de donde venia la voz, añadió:

—Entrad.

La puerta se abrió precipitadamente, y la jóven dió un paso hácia el regente, que retrocedió como herido de un rayo.

—¡Mi hija! murmuró intentando recuperar su imperio sobre si mismo, mientras que Elena, despues de haber buscado á Gaston por todas partes con la vista, se detenia, haciendo una reverencia.

En cuanto á Dubois, fácil es figurarse el gesto que haria.

—Perdonad, caballero, dijo Elena, pues tal vez me haya equivocado. Buscaba á un amigo que me habia dejado abajo y que debia volver á buscarme; mas viendo que tardaba, me he aventurado á preguntar por él. Aquí me han conducido, y esto tal vez sea un error de parte del ugiere.

—No, señorita, dijo el duque; el señor caballero de Chanlay acaba de dejarme en este instante, y yo os esperaba.

Mas en tanto que el regente hablaba, preocupada la jóven hasta el punto de olvidar por un instante á Gaston, parecia hacer un esfuerzo para resucitar todos sus recuerdos; y como respondiendo á sus propios pensamientos, exclamó de repente:

—¡Oh, Dios mio!... ¡Es extraño!

—¿Que teneis? preguntó el regente.

—¡Oh, si; este es!

—Acabad, dijo el duque, porque no puedo comprender lo que quereis decirme.

—Oh, caballero! dijo Elena temblando: ¡es cosa singular como vuestra voz me recuerda la de una persona!...

Elena se detuvo vacilando.

—¿Conocida vuestra? preguntó el regente.

—De una persona con la cual he estado una sola vez, pero cuyo acento ha quedado aqui vivo en mi corazón.

—¿Y quien era esa persona? preguntó el duque mientras que Dubois encogia los hombros á este medio reconocimiento.

—Esa persona decia que ¡era mi padre, respondió Elena.

—Me felicito de esta casualidad, señorita; repuso el regente, porque esa semejanza de voz con la de una persona que debe seros cara, dará tal vez mas peso á mis palabras, ya sabreis que el señor caballero de Chanlay me ha hecho el favor de elegirme por protector vuestro.

—Me ha hecho entender al menos que me llevaba á casa de uno que podria defenderme del peligro que corro.

—¿Y que peligro correis? preguntó el regente.

Elena miró enrededor suyo, y sus ojos

se fijaron con inquietud en Dubois. No habia que engañarse en esto; tan visiblemente simpática como le era su fisonomía del regente, tanta desconfianza parecia inspirarle la de Dubois.

— Monseñor, dijo á media voz Dubois, que no se hacia ilusiones sobre su situacion; monseñor, creo que estoy demas aquí, y me retiro; ademas, ya no me necesitais, ¿es verdad?

— No, ahora, pero sí pronto; no te alejes mucho.

— Estaré pronto á las órdenes de V. A.

Toda esta conversacion tuvo lugar en voz demasiado baja para que pudiera oirla Elena; ademas, por discrecion habia dado un paso atras, y continuaba fijando sucesivamente los ojos en todas las puertas, esperando que al fin entraria Gaston por una de ellas.

Cuando Dubois salió, el duque y Elena respiraron mas libremente.

— Sentémonos, señorita, dijo el duque; tenemos que hablar largamente, y he de decirnos muchas cosas.

— Una sola primero, dijo Elena: ¿el caballero Gaston de Chanlay no corre ningun peligro?

— Ahora trataremos de él, señorita; pero hablemos de vos primeramente: él os ha

traído á mi casa como á la de un protector: así, pues, decidme contra quién debo protegeros.

—Todo lo que me sucede hace algunos dias es tan extraño, que no sé de quien debo temer ni de quién fiarme. Si Gaston estuviera aquí...

—Si, ya os comprendo, y os autorizase para decírmelo todo, no tendríais secretos para conmigo. Pero, veamos; ¿y si yo os pruebo que se, poco mas ó menos, todo lo que os concierne?

—¿Vos monseñor!

—Sí, yo. ¿No os llamais Elena de Chaverny? ¿No habeis sido educada entre Nantes y Clisson, en el convento de las Agustinas? Un dia, ¿no recibísteis de un protector misterioso la órden de salir del convento donde os habíais educado? ¿No os pusísteis en marcha, acompañada de una hermana, á la cual dísteis cien luises para recompensarle su molestia? ¿No os esperaba en Rambouillet una mujer llamada Mad. Desroches? ¿No os anunció esta la visita de vuestro padre, y aquella misma noche no llegó uno que os amaba y que creyó que le amábais?

—Si, señor; eso es, dijo Elena, sorprendida de que un extraño hubiese retenido tan bien los detalles de esta historia.

—Y al dia siguiente, continuó el duque,

el Sr. de Chanlay, que os habia seguido con el nombre de Mr. de Livry ¿no fué á haceros una visita, á la cual en vano quiso oponerse vuestra aya?

—Todo eso es cierto, caballero, y veo que Gaston os lo ha dicho todo.

—Despues llegó la órden de salir para Paris, á la cual quisisteis oponeros, pero fué preciso obedecer. Os condujeron á una casa del barrio de Saint-Antoine, pero aqui se os hizo el cautiverio insorportable.

—Os equivocais, caballero, respondió Elena; no el cautiverio, sino la prision.

—No os comprendo.

—¿No os ha hablado Gaston de sus temores, que yo rechacé al principio, pero que luego compartí?

—No, decid: ¿qué temores podíais tener?

—Pero si él no os lo ha dicho, ¿cómo he de contároslo yo?

—¿Hay alguna cosa que no pueda decirse á un amigo?

—¿No os ha dicho que ese hombre, á quien al principio habia creído mi padre?...

—¿Que habíais creído?...

—¡Oh, si; os lo juro! Oyendo el sonido de su voz, sintiendo mi mano oprimida en la suya, no me quedó al principio ninguna duda, y ha sido menester casi la evidencia para que el miedo sucediese al amor filial que ya llenaba mi corazon.

—No os comprendo, señorita, concludid: ¿cómo habeis podido temer á un hombre que segun lo que decís, parecia profesaros tan gran ternura

—¿No comprendéis, caballero, que bajo un pretesto frívolo me hiciesen venir de Rambouillet á Paris; que me alojasen en esa casa del barrio de Saint-Antoine, y que esa casa habló con mas claridad á mis ojos que no lo habian hecho los temores de Gaston? Entonces me vi perdida. Toda aquella ternura fingida de un padre ocultaba los manejos de un seductor. Yo no tenia mas amigo que Gaston; le escribí, y vino.

—¿De modo, exclamó el regente lleno de alegría, que cuando os marchásteis de la casa fué por huir de un seductor y no por seguir á vuestro amante!

—Si, señor; si yo hubiera creído en la realidad de ese padre, á quien solo habia visto una vez, y esto rodeándose de tantos misterios, os juro caballero, que nada me hubiera hecho apartar de la linea de mis deberes.

—¡Oh, niña querida! exclamó el regente con un acento que hizo estremecer á Elena.

—Entonces me habló Gaston de una persona que nada podia negarle, que debia velar por mi y reemplazar á mi padre, y me ha traído aqui, diciéndome que volveria á

buscarme. Mas de una hora le he esperado en vano, y temiendo que le hubiera ocurrido algun accidente, he preguntado por el.

Oscureciose la frente del duque.

—Asi, pues, dijo cambiando de conversacion, la influencia de Gaston es la que os ha separado de vuestro deber, y sus temores los que han despertado los vuestros.

—Si, hase asustado del misterio que me rodea, y ha pretendido que ese misterio ocultaba algun proyecto que debia serme fatal.

—Mas para persuadiros ha debido daros alguna prueba.

—¡Se necesitaba alguna otra mas que aquella casa infame! ¿Un padre hubiera puesto á su hija en semejante casa?

—Si, si, murmuró el regente; es verdad; pero convenid en que, sin las susgestiones del caballero, vos, en la inocencia de vuestra alma, no hubiérais sospechado nada.

—No, dijo Elena; pero felizmente Gaston velaba por mi.

—¿Luego creéis todo lo que os dice Gaston? repuso el regente.

—Fácilmente se acomoda una al parecer de las personas que se aman, respondió Elena.

—¿Y vos amais al caballero, señorita?

—Hace cerca de dos años.

—¿Pero como os veia en el convento?

—Por la noche con el auxilio de una barca.

—¿Y os veia muchas veces?

—Todas las semanas.

—¿Conque le amais?

—Si, monseñor; le amo.

—¿Mas como habeis podido disponer de vuestro corazon sabiendo que no os perteneciais?

—¿Despues de diez y seis años que no habia oido hablar de mi familia, debia pensar que apareceria de repente, ó mas bien, que una manioobra odiosa me sacaria del retiro en que tan tranquila vivia para tratar de perderme?

—¿Luego segun eso, seguis creyendo que ese hombre os ha mentado, que no es vuestro padre?

—¡Ay! ahora no se que creer, y mi espiritu se pierde en esa febril realidad que á cada instante estoy tentada de tomar por un sueño.

—No es á vuestro espiritu á quien debe consultarse, Elena, repuso el regente; sino á vuestro corazon; ¿nada os decia este cuando estábais al lado de ese hombre?

—¡Al contrario! exclamó Elena; á su lado estaba convencida, porque jamas habia

tido una emoción semejante á la que experimentaba.

—Sí, repuso el regente con amargura; pero lejos de él desapareció ese sentimiento lanzado por influencias mas fuertes. Esto es muy sencillo; aquel hombre no era mas que vuestro padre, y Gaston era vuestro amante.

—Caballero, dijo Elena retrocediendo: me habláis de una manera estraña.

—¡Perdon! dijo el regente con voz mas dulce; conozco que me dejó arrastrar por el interés que os profeso; pero lo que me sorprende sobre todo, señorita, es que siendo amada del caballero de Chanlay, como pareceis serlo, no hayáis tenido la influencia suficiente para hacerle renunciar á sus proyectos.

—¡A sus proyectos!... ¿Qué quereis decir?

—¡Cómo! ¿Ignorais el objeto que lo ha traído á Paris?

—Lo ignoro, señor: el dia en que, bañada en lágrimas, le dije que me veía obligada á salir de Clisson, me manifestó que él tambien tenia que dejar á Nantes: y cuando le anuncié que venia á Paris, me respondió con un grito de alegría que él iba á seguir el mismo camino.

—¿De modo, prorrumpió el regente con el corazón aliviado de un gran peso; de modo, que no sois su cómplice?

— ¡Su cómplice! exclamó Elena asustada.
¡Oh, Dios mío! ¿Qué quereis decir?

— Nada, nada, contestó el regente.

— ¡Oh! me habeis dicho una palabra que lo revela todo. Sí, muchas veces me he preguntado de dónde venia ese cambio en el carácter de Gaston; por qué de un año á esta parte cada vez que le hablaba de nuestro porvenir se oscurecia su frente; por qué me decia con una sonrisa triste:— «Pensemos en lo presente, Elena; nadie está seguro de mañana;» porque, en fin, caia de repente en meditaciones profundas y silenciosas, tales que se hubiera dicho le amenazaba alguna desgracia. ¡Ah! acabais de revelarme con una palabra esta gran desgracia. Gaston solo trataba en Bretaña con los descontentos, con los Montlouis, los Pontcalée, los Talhouet. ¡Ay! ¡Gaston ha venido á Paris á conspirar! ¡Gaston conspira!

— ¡Luego nada sabiais de esa conspiracion! exclamó el regente.

— ¡Ay, señor; yo no soy mas que una mujer, y sin duda Gaston no me ha juzgado digna de que compartiera semejante secreto!

— ¡Tanto mejor, tanto mejor! exclamó el duque: ahora, hija mia, escuchad la voz de un amigo, los consejos de un hombre que podria ser vuestro padre; dejad al caballero que se pierda en el camino que ha empen-

dido, ya que todavía es tiempo que os quedéis donde estais, sin ir mas adelante.

—¿Quién? ¡Yo, caballero!... ¡Yo lo abandonaria en el momento en que vos mismo decís que le amenaza un peligro! ¡Oh, no señor! Nosotros estamos aislados en el mundo; Gaston no tiene parientes, ni yo tampoco, ó si los tengo, habituados á mi ausencia por espacio de diez y seis años. Podemos, pues, perdernos juntos sin hacer correr una lágrima. ¡Ay! Yo os engañaba, monseñor, y cualesquier crimen que Gaston haya cometido ó deba cometer, soy su cómplice.

—¡Ah! murmuró el regente con voz sofocada; mi última esperanza huye: le ama.

Elena miró con sorpresa á este desconocido, que parecia tomar una parte tan viva en su pena. El regente se repuso, y añadió:

—¿Pero no habíais casi renunciado á él, señorita? ¿No le habíais dicho el dia que os separásteis, que todo debia concluir entre vosotros y que no podíais disponer de vuestro corazon ni de vuestra persona?

—¡Todo eso he dicho, monseñor, exclamó la jóven exaltada, porque en esa época lo creia feliz, é ignoraba que su libertad y tal vez su vida pudiesen estar comprometidas! Entonces solo mi corazon hubiera sufrido, quedando tranquila mi conciencia. Aquello era un dolor que desafiar y no un remordi-

miento que combatir; pero despues que lo veo amenazado é infeliz, conozco que su vida es la mia.

—Sin duda os ecsagerais vuestro amor hácia él, repuso el regente insistiendo, para que no le quedase duda alguna sobre los sentimientos de su hija. Ese amor no resistirá á la ausencia.

—¡A todo, monseñor! exclamó Elena. En el aislamiento en que mis padres me han dejado, ese amor se ha hecho mi esperanza única, mi felicidad, mi ecsistencia. ¡Ah, monseñor! En nombre del cielo, si teneis alguna influencia con él, y debeis tenerla, puesto que os ha confiado secretos que me oculta á mi, seguid de él que renuncie á esos proyectos de que me habláis; decidle lo que yo misma no me atrevo á manifestarle; es decir, que le amo mas allá de toda expresion; decidle que su suerte será la mia; que si es desterrado me destierro; si prisionero me hago cautiva; si muerto muero. Decidle esto, señor, y añadid... añadid que habeis comprendido en mis lágrimas y en mi desesperacion que os decia la verdad.

—¡Pobre niña! murmuró el regente.

En efecto, para cualquier otro era digna de lástima la situacion de Elena. En la palidez que se habia esparcido por su semblante veíase que padecia cruelmente: ade-

mas, al mismo tiempo que hablaba, sus lágrimas corrían sin violencia y sin sollozos, como el acompañamiento natural de sus palabras, palabras arrancadas del corazón, y que manifestaban compromisos que ella estaba muy dispuesta á cumplir.

—Bien, señorita; os prometo hacer todo lo que pueda por salvar al caballero.

Elena hizo un movimiento para echarse á los pies del duque; tanto el temor á la desgracia de que estaba amenazado Gaston, doblegaba su alma altiva. El regente la recibió en sus brazos, y entonces se estremeció todo el cuerpo de Elena, pues en el contacto con aquel hombre había un no sé qué, que parecía envolver el corazón en esperanza y alegría. La jóven se quedó apoyada en su brazo, sin hacer ningun movimiento para levantarse.

—Señorita, dijo el regente despues de haberla mirado algunos instantes con una expresion, que ciertamente lo hubiera vendido si los ojos de Elena se hubiesen encontrado con los suyos; vamos primero á lo mas urgente: os he dicho que Gaston corre peligro, pero este peligro no es inmediato: por consecuencia, persemos primero en vos, cuya posicion aislada es falsa y precaria. Estais confiada á mi custodia, y antes de todo debo desempeñar este cuidado como buen pa-

dre de familia. ¿Teneis confianza en mí, señorita?

—¡Oh, si, toda vez que Gaston me ha conducido á vos!

—¡Siempre Gaston! murmuró el regente á media voz y añadió en seguida:— Habitareis esta casa, que es desconocida, y donde sereis libre tendreis por sociedad buenos libros, y no os faltará mi presencia, si puedo seros grata.

Elena hizo un movimiento.

—Esto será una ocasion para que hableis del caballero.

Elena se ruborizó, y continuó el regente:

—La iglesia del convento inmediato estará abierta á todas horas para vos, y al primer temor que tengais del género de los que ya habeis tenido, el mismo convento os servirá de asilo: la superiora es amiga mia.

—¡Oh! me tranquilizais completamente; acepto esta casa que me ofreceis, y las bondades que nos dispensais á Gaston y á mí me harán en extremo agradable vuestra presencia.

El duque se inclinó.

—Pues bien, señorita; consideraos aquí como en vuestra casa. Creo que hay un dormitorio inmediato á esta sala; la distribucion de ella es cómoda, y desde esta misma noche os enviaré dos religiosas del convento,

que sin duda os acomodarán mas que unas criadas.

—¡Oh! si, señor.

—¿De modo, continuó el regente vacilando, que casi habeis renunciado... á vuestro padre?

—¡Ah! ¿No comprendeis que eso es por temor de que no lo sea?

—Nada lo prueba, sin embargo: esta casa... bien veo que es una fuerte prevencion contra él; ¿pero no lo conocerá acaso?

—Es casi imposible, contestó Elena.

—En fin... ¿si hiciera nuevas demostraciones hácia vos; si descubriera vuestro retiro; si os reclamase, ó cuando menos solicitára veros?...

—Avisaríamos á Gaston, y segun su parecer.

—Está bien, dijo el regente con sonrisa melancólica; y tendió la mano á la jóven, dando luego algunos pasos hácia la puerta.

—Caballero... dijo Elena con voz tan trémula que apenas se oia.

—¿Deseais alguna otra cosa? preguntó el duque volviéndose.

—Y él... podria verle?

Estas palabras, mas bien que pronunciadas, espiraron en los labios de la jóven.

—Sí, dijo el duque; pero por vos misma, ¿no conviene que sea lo menos posible?

Elena bajò los ojos.

—Ademas, continuó el duque; ha salido para un viaje; y tal vez no volverá hasta dentro de unos dias.

—¿Y lo veré cuando vuelva? preguntó Elena.

—Os lo juro, respondió el regente.

Diez minutos despues se instalaban en el cuarto de Elena dos religiosas y una hermana penitente.

Al salir habia preguntado el regente por Dubois; pero le habian dicho que despues de haber esperado á S. A. mas de media hora, se habia vuelto al Palais-Royal.

En efecto, el duque lo encontró trabajando con sus secretarios: sobre la mesa habia una cartera atestada de papeles.

—Pido mil millones de perdones á V. A., dijo el abate al ver al duque; pero como monseñor tardaba y la conferencia podia ser muy larga, me permití traspasar sus órdenes y volverme á trabajar.

—Has hecho bien, pero quiero hablarte.

—¿A mí?

—Sí, á ti.

—¿A mí solo?

—Sí, sí; á tí solo.

—En ese caso, tenga á bien monseñor ir á esperarme en su cuarto, ó pasar á mi gabinete.

—Pasemos á tu gabinete.

El abate mostró la puerta al regente con una seña respetuosa; este pasó primero, y Dubois lo siguió despues de haber tomado la cartera, preparada probablemente para la visita que recibia.

Cuando estuvieron en el gabinete; el duque miró enrededor, y preguntó:

—¿Es seguro este gabinete?

—¡Pardiez! las puertas son dobles, y las paredes tienen dos pies de espesor.

El regente se dejó caer en un sitial, en una meditacion muda y profunda.

—Ya escucho, monseñor, dijo Dubois al cabo de un instante.

—Abate, dijo el regente en tono breve y como hombre decidido á no soportar ninguna observacion; ¿está en la Bastilla el caballero?

—Monseñor, hace una media hora que ha debido entrar en ella.

—Pues escribid entonces á Delaunay; deseo que al instante sea puesto en libertad.

Dubois parecia que esperaba esta órden, pues ni respondió ni hizo exclamacion alguna: solamente puso la cartera sobre la mesa, la abrió, sacó un cuaderno, y se puso á hojearlo tranquilamente.

—¿Me habeis oido? dijo el duque despues de un momento de silencio.

— Perfectamente, monseñor.

— Pues obedeced.

— Escribid vos mismo, monseñor.

— ¿Y por qué yo mismo? preguntó el duque.

— Porque jamás se forzará á esta mano para que firme la pérdida de V. A., dijo Dubois.

— ¡Frases dijo el regente impacientado.

— No, no son frases, sino hechos, monseñor. ¿El caballero de Chanlay, es ò no es un conspirador?

— Sin duda pero mi hija le ama.

— ¡Buena razon para ponerle en libertad!

— Tal vez no lo sea para vos, abate; pero el hecho es sagrado para mi y saldrá de la Bastilla al instante.

— Id vos mismo á buscarlo; yo no os lo impido, monseñor.

— ¿Y sabíais vos este secreto?

— ¡Cual?

— Que Mr. de Libry y el caballero eran una sola y misma persona.

— ¡Toma si que lo sabia! ¿Y que?

— Luego habeis querido engañarme.

— He querido salvaros de la sensibilidad, en que os ahogais en este momento. El regente de Francia, demasiado ocupado ya con sus placeres y caprichos, no podia hacer otra cosa mas mala que adquirir una

pasion ¡y que pasion! ¡El amor paternal; una pasion horrible! Un amor ordinario se satisface y se gasta por consecuencia; pero una ternura de padre es insaciable, y sobre todo intolerable. Esa ternura hará cometer á V. A. faltas que yo impediré por la razon infinitamente sencilla de que tengo la dicha de no ser padre, de lo cual me felicito todos los dias, viendo la desgracia ó la necesidad de los que lo son.

—¡Y que me importa una cabeza mas ó menos! exclamó el regente: ese Chanlay no me matará, sabiendo que soy yo quien le ha hecho gracia.

—No, pero tampoco se morirá por estar algunos dias en la Bastilla, y es preciso que lo esté.

—Pues yo te digo que saldrá hoy mismo.

—Es preciso por su mismo honor, continuó Dubois, como si el regente no hubiera dicho una palabra; porque si saliese hoy mismo, como quereis, pasaria á los ojos de sus cómplices, que á estas horas están en la cárcel de Nantes, y á quienes sin duda no pensareis hacer salir de ella, por un espía y traidor, á quien se ha perdonado el crimen en gracia de la delacion.

El regente se puso á reflexionar, y Dubois, continuó:

—Ademas, así como vos son todos los re-

yes ó príncipes reinantes. Una razon, estúpida como todas las razones de honor, como la que yo acabo de daros, os persuade y os cierra la boca; pero no quereis comprender las grandes, las verdaderas, las buenas razones de estado. ¿Qué me importa, qué importa á la Francia, os pregunto, que la señorita Elena de Chaverny, hija natural del señor regente, llore y sienta al caballero Gaston de Chanlay, su amante? Diez mil madres, diez mil esposas diez mil hijas llorarán en un año á sus hijos; á sus esposos á sus padres, muertos en servicio de V. A. por el español que amenaza, que toma vuestra bondad por impotencia y á quien anima la impunidad. Tenemos en la mano el complot, y es preciso hacer justicia. El Sr. de Chanlay, jefe ó agente de este complot, que viene á Paris para asesinaros;— no direis que no, pues espero que os habrá contado la cosa en detalles.—es el amante de vuestra hija. Tanto peor: esta es una desgracia que cae sobre la cabeza de V. A.; pero tambien han caido otras muchas, sin contar las que todavía caerán. Yo sabia todo eso: que era amado y que se llamaba Chanlay y no Livry; pero he disimulado para hacer castigar ejemplarmente á él y á sus cómplices, porque es preciso que se

sepa una vez que la cabeza del regente no es un blanco al cual se tira por diversion ó fastidio, marchándose tranquilo é impune cuando se le yerra.

—¡Dubois, Dubois! jamás mataré á mi hija por salvar mi vida, pues seria matarla hacer caer la cabeza del caballero. Asi, nada de cárcel, nada de calabozo; ahорremos hasta la sombra del tormento á aquel de quien no podemos hacer justicia oompleta; perdonemos, perdonemos enteramente, y nada de justicia ni de perdon á medias.

—¡Ah, si, perdonemos, perdonemos! ¡Ahí está la gran palabra! ¿Pero no os cansais, monseñor, de cantar esa palabra en todos los tonos?

—¡Pardiez! esta vez debe variar el tono, pues al menos no es por generosidad. Pongo por testigo al cielo de que querria castigar á ese hombre, que es mas amado como amante que yo no lo soy como padre, y que me roba mi última y mi única hija; mas, á pesar mio, no iré mas lejos, y Chanlay será puesto en libertad.

—En libertad, si, monseñor... ¿quién se opone á ello, Dios mio? Pero que sea un poco mas tarde, dentro de algunos dias, ¿qué mal le hacemos en esto? ¡Qué diablos! No se morirá por pasar una semana en la Bastilla, y se os devolverá vuestro yerno; estad tran-

quilo. Pero dejadme hacer y tratad de que no se burlen demasiado de nuestro pobre mezquino gobierno. Pensad que á estas horas están instruyen lo allá el proceso de los otros, y que estos otros tambien tienen queridas, mujeres, madres... ¿Os ocupais acaso de ellos?... No, no soy tan loco. Pensad en lo ridículo que seria si llegára á saberse que vuestra hija amaba á aquel que debia daros de puñaladas. Los bastardos se reirian por espacio de un mes, y seria resucitar á la Maintenon, que se muere, y hacerla vivir un año mas. ¡Qué diablos! Paciencia; dejad que el caballero coma los pollos y beba el vino de Mr. Delaunay. ¡Pardiez! Richelieu está muy bien en la Bastilla... Hé aquí otro que es amado de una de vuestras hijas, lo cual no impide que lo embastilleis con rabia... ¿Y por qué? Porque ha sido rival vuestro cerca de Mad. de Parabere, de Mad. de Sabran, y quizás de otras...

—Pero en fin, dijo el regente interrumpiendo á Dubois; una vez que haya estado en la Bastilla, ¿qué harás de él?

—¡Diablo! ¿Cuánto mas digno no será de ser vuestro yerno despues de haber hecho este noviciado? A propósito, monseñor: ¿pensais seriamente en hacerle semejante fortuna?

—¡Eh! ¿Pienso yo acaso en algo en este

momento, Dubois? Yo no quisiera hacer desgraciada á mi pobre Elena; esto es todo: y sin embargo; creo que dárselo por marido seria rebajarse, aunque los Chanlay sean de buena familia.

—¿Los conoceis, pues, monseñor? ¡Pardiez! No os faltaria mas que esto.

—He oido pronuciar su nombre hace mucho tiempo; mas no puedo recordar en qué ocasion. Entre tanto, veremos; mas por ahora me decide tu razon; yo no quiero que ese hombre pase por un cobarde; pero acuérdate tú tambien que tampoco quiero que sea maltratado.

—En ese caso, está bien con Mr. Delaunay; pero vos no conoceis la Bastilla, monseñor. Si hubiéseis estado una sola vez en ella, no querriais otra casa de campo. En tiempo del difunto rey era una prision. ¡Oh! convengo en ello; pero bajo el devoto reinado de Felipe de Orleans se ha convertido en una casa de recreo. Ademas, allí se encuentra en este momento la mejor sociedad de Paris, y todo los dias hay festines, y bailes, y conciertos. Allí se bebe vino de Champagne á la salud del señor duque de Maine y del rey de España, y se desea en voz alta vuestra muerte y la estincion de vuestra raza. ¡Pardiez! El Sr. de Charlay se encontrará allí en pais conocido y á sus anchas,

como el pez en el agua. ¡Vaya, compadecedlo ahora, monseñor; compadecedlo!

—Si, eso es, dijo el duque encantado de encontrar un término medio; mas tarde, ya veremos, según las revelaciones de Bretaña.

Dubois prorrumpió en risa.

—¡Las revelaciones de Bretaña! ¡Ah!, partidiez! Seria curioso saberlo que os enseñarian esas revelaciones que no hayais sabido ya de la boca misma del caballero. ¿No teneis bastante con eso, monseñor? ¡Diablo! Si fuera yo, tendria demasiado.

—Pero no lo eres, abate.

—¡Ah! desgraciadamente no, monseñor; porque si yo fuera el duque de Orleans, regente, ya me habria hecho cardenal... Pero no hablemos de esto, que la cosa vendrá en su tiempo y lugar. Por otra parte, creo haber encontrado un medio para terminar el negocio que os inquieta.

—Yo no me fio de tus medios, abate; te lo advierto.

—Esperad, monseñor. Vos no quereis al caballero sino porque vuestra hija lo quiere.

—¿Qué mas?

—¿Pero y si el caballero pagase con ingratitud á su fiel amante? La chica, que es altiva, renunciaria por sí misma á su breton.... Me parece que esto seria muy bien jugado.

—¡El caballero dejar de amar á Elena...

siendo un ángel ella!... ¡Imposible!

—Hay muchos ángeles que han pasado por eso, monseñor. Por otra parte, la Bastilla hace y deshace tantas cosas, y se corrompe uno tan pronto, sobre todo en la sociedad que allí encontrará...

—Bien, ya veremos; pero no dar un paso sin consentimiento mio.

—No temais nada, monseñor; con tal de que mi política siga su marcha, os prometo dejar que eche vástagos toda vuestra familia menuda.

—¡Gran picaro! dijo el regente riendo; por mi honor que serias capaz de poner en ridículo al mismo Satanás.

—¡Vamos! al fin me haceis justicia. ¿Queréis aprovecharos de esto monseñor, para examinar conmigo los procesos que me envían de Nantes? Esto os afirmará en vuestras buenas disposiciones.

—Sí, pero antes haz que venga Mad. Desroches.

—¡Ah! eso es justo.

Dubois llamó, y trasmitió la orden del regente.

Diez minutos despues entrò la Desroches, temerosa y humilde; pero en vez de la tormenta que esperaba, recibió cien luises y una sonrisa.

—No comprendo una palabra, dijo; deci-

didamente parece que la muchacha no es hija suya.

XI.

La Bretaña.

Preciso es ahora que nuestros lectores nos permitan echar una mirada retrospectiva pues por ocuparnos de los héroes principales de nuestra historia hemos dejado en Bretaña personajes que merecen cierto interés. Además, si ellos no se recomiendan por sí mismos como habiendo tomado una parte activa en la relación que escribimos, la historia está ahí, que los evoca con su voz inflexible, y es necesario que por el momento suframos las exigencias de la historia.

Desde la primera conspiración, la Bretaña había tomado una parte activa en el movimiento impreso por los bastardos legitimados. Esta provincia, que había dado prendas de su fidelidad á los principios monárquicos, los llevaba en este momento, no solo hasta la exageración, sino también hasta la demencia, toda vez que prefería la sangre adulterina de su rey á los intereses del reino y puestó que llevaba su amor hasta el crimen, no temiendo llamar en auxilio de las

pretensiones de los que consideraba como sus principes á enemigos á quienes, Luis XIV durante sesenta años, y la Francia por espacio de dos siglos, habian hecho una guerra de esterminio.

Recuérdese que una noche hemos visto aparecer los principales nombres que se inscriben para personificar esta revuelta; el regente la habia caracterizado con mucho talento, diciendo que tenia en sus manos la cabeza y la cola; pero se engañaba, porque realmente no tenia mas que la cabeza y el cuerpo. La cabeza era el consejo de los legitimados, el rey de España y su imbécil ministro el príncipe de Cellamare; y el cuerpo eran aquellos hombres esforzados é inteligentes que entonces poblaban la Bastilla. Pero lo que aun no tenian en las manos era la cola, que se agitaba en el rudo pais de Bretaña, entonces, como hoy tampoco habituado á las aventuras de corte; entonces, como hoy, tan difícil de domar; la cola armada de dardos como la del escorpion, y que era la única de temer.

Los jefes bretones renovaban entonces al caballero de Rohan en tiempo de Luis XIV; y cuando decimos el caballero de Rohan, es porque se necesita dar á toda conspiracion el nombre de un jefe. Al lado del príncipe, hombre vaidoso y mediano, y aun

delante del principe, estaban otros dos hombres mas fuertes que el uno como ejecucion y el otro como pensamiento. Estos dos hombres eran Latreaumont, simple hidalgo de Normandia, y Affinio Vauden-Euden, filósofo holandés, Latreaumont queria dinero, y por eso no era mas que el brazo; pero Affinio queria una república, y por eso era el alma. Ademas queria que esta república estuviese enclavada en el reino de Luis XIV, para causar asi mayor disgusto al gran rey, que odiaba á los republicanos, aun á trescientas leguas, y que habia perseguido y hecho perecer á Juan de Wit, mas cruel en esto que el statuder, principe de Orange, quien declarándose enemigo de aquel, vengaba injurias personales, al paso que Luis XIV solo habia experimentado adhesion de parte de aquel grande hombre.

Affinio queria una república en Normandia, y que se nombrára protector de ella al caballero de Rohan: los conjurados bretones querian vengar su provincia de algunas injurias recibidas en tiempo de la regencia, y la declaraban desde luego república, salvo elegirse un protector, aunque debiera ser español. De todos modos, Mr. de Maine tenia muchas probabilidades en contra.

Hé aquí lo que habia pasado en Bretaña: Los bretones dieron oido á las primeras

propuestas de los españoles, pues aunque no tenían motivo para descontentarse mas que las otras provincias, en esta época no estaban todavia los bretones perfectamente ligados á la nacionalidad francesa. Esto era para ellos una buena guerra que hacer, y no veian otro objeto. Richelieu los habia domado severamente, y como ya no sentian su pesada mano, pensaban en emanciparse bajo la gobernacion de Dubois, comenzando por tomar odio á los administradores que el regente les enviaba. Siempre ha comenzado una revolucion por el motin.

Montesquiou estaba encargado de presidir los estados, lo cual era una comision de virey, y oia los agravios de los pueblos y percibia su dinero. Los estados se quejaron mucho, pero no dieron dinero, porque decian les desagradaba el intendente. Estarazon pareció mala á Montesquiou, hombre del antiguo régimen y acostumbrado á las maneras de Luis XIV.

—No podeis presentar esas quejas á S. M., les dijo, sin ponerlos en actitud de rebellion. Pagad primero, y os quejareis en seguida: el rey escuchará vuestras dolencias, pero no quiere vuestras antipatías contra un hombre honrado con su eleccion.

El hecho era que Mr. de Montaran, del cual la Bretaña creia tener de qué quejarse,

no tenia realmente otra falta que la de ser en esta época intendente de la provincia. Cualquier otro habria desagrado lo mismo que él. Montesquiou no aceptó, pues, las condiciones, y persistió en la percepcion del «donativo gratuito.» Los estados insistieron en su negativa.

—Señor mariscal, dijo un diputado: sin duda olvidais que vuestro lenguaje puede convenir á un general que trata en pais conquistado, pero que no pueden aceptarlo hombres libres é investigados de privilegios. Nosotros no somos ni enemigos ni soldados, sino ciudadanos y señores de nuestras casas. En compensacion de un servicio que pedimos al rey, y es que nos quite á Mr. de Montaran, cuya persona no es amada por el pueblo de este pais, concederemos con gusto el impuesto que se nos ecsige; pero si creemos ver que la corte quiere sacar la loteria con sus ecsigencias, nos quedaremos con nuestro dinero y aguantaremos todo cuanto podamos al tesoro que nos disgusta.

El Sr. de Montesquiou hizo su mueca desdenosa, volvió la espalda á los diputados, que hicieron otro tanto, y cada cual se retiró con dignidad.

Pero el mariscal quiso tener paciencia, pues se creia con disposiciones para la diplomacia, y esperaba que las reuniones par-

ticulares pondrían en órden lo que el espíritu de cuerpo habia tan inoportunamente embrollado. Mas la nobleza bretona es altiva, y humillada por haber sido tratada de este modo por el mariscal, se metió en su casa, y no apareció en las recepciones de este señor, que se quedó solo y muy chasqueado, pasando del desprecio á la cólera, y de la cólera, á las resoluciones locas. Aquí era donde lo esperaban los españoles.

En correspondencia Montesquiou con las autoridades de Nantes, Quimper, Vannes y Rennes, manifestaba que bien veia tenia que habérselas con amotinados y rebeldes, pero que los doce mil hombres de su cuerpo de ejército enseñarian á los bretones la verdadera urbanidad y la verdadera grandeza de alma.

Reuniéronse los estados; de la nobleza al pueblo no hay mas que un paso en esta provincia; la chispa encendió la pólvora, y los ciudadanos se asociaron. Claramente se anunció á Mr. de Montesquiou que si él tenia doce mil hombres, la Bretaña encerraba cien mil que enseñarian á sus soldados, con piedras, horquillas y aun mosquetes, á mezclarse en lo que les concernia, y no en otra cosa.

El mariscal se aseguró de que, en efecto, habia cien mil asociados en la provincia, y

de que cada uno tenia su piedra ó su arma. Reflecionó, y las cosas quedaron aquí, muy felizmente para el gobierno de la regencia. Viéndose entonces respetada la nobleza, se dulcificó y formuló muy convenientemente su queja. Mas, por otra parte, Dubois y el consejo de regencia no quisieron desdecirse, y trataron á esta súplica de manifiesto hostil.

Despues de la generalidad, llegaron los detalles. Montaran, Montesquiou, Pontcalée y Talhouet fueron los campeones que se batieron realmente. Pontcalée, hombre de corazon y de resolucion, se habia unido á los descontentos de la provincia, y de estos elementos, informes aun, habia fecundado el gérmen del combate que hemos ecsaminado.

No habia que retroceder; la colision era inminente, pero la corte no sospechaba que la revuelta por el impuesto tuviera algo que ver con el negocio de España. Los bretones, que minaban sordamente la regencia, gritaban en voz alta:—«¡Abajo el impuesto, abajo Montaran!» para que no se oyese el ruido de sus zapapicos y de sus complots antipatrióticos. Pero la cosa se volvió contra ellos: el regente, que puede pasar por uno de los mas hábiles políticos de su siglo, adivinó el lazo sin haberlo visto, y sospechó que detras de este fantasma, bajo este gran velo

local, se ocultaba otra cosa, para ver la cual dejó caer, ó mas bien levantó el velo. Retirando á su Montaran y dando razon de causa á la provincia, quedaron desenmascarados los conspiradores: todo el mundo estaba satisfecho, y ellos solos quedaron comprometidos.

Entonces Pontcalée y sus amigos formaron el proyecto que ya conocemos: valiéronse de medios violentos para hacer llegar á ellos el objeto hácia el cual no podian ir sin descubrirse. La rebelion no tenia motivos, pero aun quedaban de ella humeantes vestigios. ¿No se podia encontrar en esta ceniza, caliente aun, la chispa que produciria de nuevo el incendio?

La España vigilaba. Batido Alberoni por Dubois en el negocio famoso de Cellamare, esperaba tomar la rebancha, y toda la sangre de la España, todos los tesoros preparados para favorecer el complot de [Paris, no vacilaba en enviarlos á Bretaña, con tal que fuesen útilmente empleados. Pero ya era tarde, y ademas fué engañado por sus agentes. Figurése Pontcalée que emprender de nuevo la guerra era cosa imposible; pero que no lo era matar al regente; mas él mismo, y no Chanlay, debia hacer lo que nadie hubiera aconsejado al mas cruel enemigo de la Francia en esta época.

Contó con la llegada de un buque español cargado de armas y de dinero: el buque no llegó. Esperaba noticias de Gaston, y La Jouquiere fué quien escribió; ¡pero qué La Jouquiere!... Una noche estaban reunidos Pontcalée y sus amigos en una pequeña casa de Nantes, cerca del antiguo castillo. El continente de todos ellos era triste é irresoluto, y Couedie anunció que acababa de recibir un billete, en el cual se le decía que tomase la fuga.

—Uno igual tengo que enseñaros, dijo Monlouis: lo han deslizado debajo del vaso que estaba á mi lado, en la mesa, y mi muger, que nada esperaba, se ha asustado mucho.

—Yo espero y nada temo, dijo Talhouet. La provincia está en calma, y las noticias de Paris son buenas. Todos los dias hece el regente salir de la Bastilla algunos de los detenidos por el negocio de España.

—Y yo, señores, dijo Pontcalée, debo comunicaros un aviso raro que hoy he recibido. Enseñadme vuestro billete, Couedie, y vos el vuestro, Montlouis, pues tal vez sean de la misma letra y nos tiendan un lazo.

—Yo no creo nada; pues si nos quieren lejos de aquí, es porque nos salvemos de un peligro cualquiera; nada tenemos que temer nosotros por nuestra reputacion. Los nego-

cios de Bretaña están terminados para todo el mundo: vuestro hermano, Talhouet, y vuestro primo han huido á España: Solduc, Rohan, Kerantec y Sambilly, el consejero del parlamento, han desaparecido, y nada nos debe inquietar; pero confieso que si se repitiera el billete, me marcharia.

—Nada tenemos que temer, amigo mio, dijo Pontcalée, y preciso es decir que jamás han sido mas prósperos nuestros negocios: ya veis que la corte no desconfia, sin lo cual ya nos habrian inquietado. La Jouquiere ha escrito ayer, y anuncia que Chanlay va á salir para la Muette, donde el regente vive como un simple particular, sin guardias ni desconfianza.

—Sin embargo de eso estais inquieto, replicó Coudio.

—Lo confieso, pero no es por la razon que creéis...

—¿Pues que hay?

—Una cosa esteramente personal.

—¿Vuestra?

—Mia, si, y no podria decirla á mejor compañía ni amigos que me conozcan mejor si alguna vez me veo en la alternativa de quedarme ó de huir para escapar de un peligro..., me quedaré; ¿sabeis por qué?

—No, decid.

—Tengo miedo.

—¡Vos, vos miedo! ¿Que quieren decir esas palabras?

—Amigos míos, el Océano es nuestra salvación, y no hay uno de nosotros que no encuentre la suya en una de esas mil embarcaciones que cruzan el Loira, de Paimboeuf á Saint-Nazaire; pero lo que para vos es salvación, para mí es muerte cierta.

—No os comprendo, dijo Talhouet.

—Me asustais, dijo Montlouis.

—Oid, pues amigos, respondió Pontcalée.

Y en medio de la mas religiosa atención, comenzó á contar lo siguiente: pues se sabia que para que Pontcalée tuviese miedo era preciso que la cosa valiese la pena.

XII:

La bruja de Savenay.

Yo tenia diez años, y vivia en Pontcalée en medio de los bosques, cuando un dia que habíamos resuelto, mi tío Crysogon, mi padre y yo, ir á hacer una batida de conejos en un soto distante cinco ó seis leguas, nos encontramos en el camino una mujer que, sentada sobre unos arbustos, estaba leyendo. Tan pocos de nuestros campesinos saben leer, que esta circunstancia me sorpren-

dió mucho, y por tanto nos paramos para ecsaminarla. Aun la veo como si hubiera sido ayer, y han pasado sin embargo cerca de veinte años. Llevaba la mujer el trage negro de nuestras bretonas, con la cofia blanca, y estaba sentada, como he dicho, sobre unos arbustos en flor que acababa de cortar.

Nosotros íbamos dispuestos de este modo: mi padre, montado en un hermoso caballo bayo oscuro, de crines doradas; mi tío un caballo terdo, jóven y fogoso, y yo en una de esas hacaneas blancas que, á los resortes de acero de sus piernas, unen la dalzura de la oveja, blanca como ellas.

La muger levantó los ojos, y nos vió agrupados delante de ella mirándola con curiosidad.

Al verme firme sobre mis estrivos al lado de mi padre, que parecia orgulloso de mi la muger se levantó de repente y acercándose, dijo:

—¡Que lástima!

—¿Que significa esa palabra? preguntó mi padre.

—Significa que no me gusta ese caballo blanco contestó.

—¿Y por qué?

—Porque causará una desgracia á vuestro hijo, señor de Pontcalée.

Bien sabeis que nosotros los bretones somos supersticiosos. De suerte que mi padre, que, como sabeis vos, Montlouis, era de una inteligencia firme é ilustrada, se detuvo á pesar de las instancias de mi tio Crisogon, que le invitaba á continuar la marcha, y temblando á la idea de que podria acontecerme alguna desgracia, añadió:

—Sin embargo, buena mujer, este caballo es dócil, y Clemente lo maneja muy bien para su edad. Yo mismo he montado muchas veces en ese animalito para pasearme en el parque, y he visto que tiene un paso muy igual y sentado.

—Nada de eso comprendo yo, marqués de Guer, respondió la buena mujer; pero repito que ese caballito blanco hará daño á vuestro Clemente; yo soy quien os lo dice.

—¿Y cómo podeis saber eso?

—Porque lo veo, respondió la vieja con acento singular.

—Pero ¿cuando será eso? preguntó mi padre.

—Hoy mismo.

Mi padre se puso pálido, y yo mismo tuve miedo; pero mi tio Crisogon, que habia hecho todas las guerras de Holanda y que se habia hecho un ánimo fuerte batiéndose con los hugonotes, se echó á reir de una manera que por poco no cae del caballo.

— ¡ParDíez! dijo: hé aquí una buena mujer, que sin duda está confabulada con los conejos de Savenay. ¿Qué dices tú, Clemente? ¿No quieres volverte al castillo y privarte de la caza?

— Tío, respondí yo: quiero mas bien continuar el camino con vos.

— Es que te veo todo pálido y de un aspecto singular. ¿Tendrias acaso miedo?

— Yo no tengo miedo, respondí.

Y yo mentia, porque me agitaba cierto estremecimiento que me era en extremo difícil disimular.

Mi padre me ha confesado despues que sin las palabras de su hermano, que le causaron una falsa vergüenza, y las mias, que picaron un poco su amor propio, me habria enviado á casa á pie ó en el caballo de uno de sus criados. Pero ¡qué ejemplo para un niño de mi edad, y sobre todo qué objeto de burla para el vizconde mi tío!

Continué, pues, en mi caballito blanco, y dos horas despues estábamos en el soto comenzando la cacería.

Todo el tiempo que duró esta, el placer nos hizo olvidar la prediccion; pero cuando concluida nos reunimos todos, me dijo mi tío:

— ¡Hola, Clemente; aun estás montado en la hacanea! ¡Diablo! Eres un chico atrevido.

Mi padre y yo nos echamos á reir, y á poco comenzamos á atravesar una llanura tan igual y tersa como el pavimento de esta sala. No habia ningun obstáculo ni objeto capaz de asustar á los caballos, y sin embargo en este mismo instante da mi montura un salto que me hace perder los estribos, y encabritándose luego, me arroja y hace rodar cuatro pasos por la arena. Mi tio se echó á reir; mi padre se puso pálido como la muerte; yo no me movia. Mi padre se arrojó del caballo, y me levantó con una pierna rota.

Seria imposible describir el dolor de mi padre y los gritos de los criados; pero tambien la desesperacion de mi tio era inesplicable: arrodillado cerca de mí, desnudándose con mano trémula, cubriéndome de caricias y de lágrimas, no decia una palabra que no fuese una ferviente oracion, y durante todo el camino mi padre tuvo que abrazarle y consolarlo; pero nada respondia á sus caricias y consuelos.

Hicieron venir el mejor cirujano de Nantes, y me declaró en gran peligro. Mi tio pedia perdon á mi madre, y se noto que, durante todo el tiempo de mi enfermedad, habia cambiado enteramente de género de vida; en vez de beber y cazar con los oficiales; en lugar de ir en su falúa, amarrada en Saint-Nazaire, á las alegres partidas de pez-

ca de que tan aficionado era, jamás se separaba de mi lecho.

La fiebre duró seis semanas, y la enfermedad cerca de cuatro meses; pero al fin me salvé, sin que me quedase ningun vestigio del accidente. Cuando salí por primera vez, mi tio me acompañó dándome el brazo y concluido el paseo, se despidió de nosotros con las lágrimas en los ojos.

—¡Como! ¿Donde vais, Crysogon? le preguntó mi padre sorprendido.

—He hecho voto, respondió el excelente hombre; si nuestro niño se salvaba de la muerte, de hacerme cartujo, y voy á cumplir esta promesa.

Entonces fué otra la desesperacion: mi padre y mi madre prorumpieron en gritos, y yo me colgué á su cuello para decidirle á que no nos abandonase; pero el vizconde era uno de esos hombres que no retroceden jamás ante las palabras empeñadas y las resoluciones vigorosas: las súplicas de mi padre y de mi madre fueron vanas, y él permaneció inflexible.

—Hermano, dijo: yo no sabia que Dios se dignaba alguna vez revelarse á los hombres por actos misteriosos. He dudado, y debo recibir el castigo: por otra parte, yo no quiero que mi placer en esta vida me prive de una salvacion eterna.

Diciendo estas palabras nos abrazó el vizconde, poniendo su caballo al galope, desapareció, encerrándose poco despues en la cartuja de Morlaix. Dos años despues los ayunos, las maceraciones y las penas habian hecho de este alegre compañero y fiel amigo un cadáver anticipado y casi insensible. En fin al cabo de tres años de retiro, murió, dejándome todos sus bienes.

—¡Diablo! vaya una historia terrible, dijo Couedie sonriendo: pero tiene su lado bueno y su lado malo, y la vieja olvidó decirte que tu pierna rota doblaria tu fortuna.

—¡Escuchad! dijo Pontcalée mas grave y serio que nunca.

—¡Ah! ¿No se ha concluido todavia? dijo Talhouet.

—Solo estamos á la tercera parte.

—Pues continúa que ya escuchamos.

—Todos habreis oido hablar de la estraña muerte del baron de Caradée, ¿no es verdad?

—Si, nuestro camarada del colegio de Rennes, dijo Montlouis, á quien se encontró asesinado hace diez años en el bosque de Chateaubriand.

—El mismo. Pues oid; pero tener presente que esto es un secreto que hasta hoy solo yo lo he conocido, y que de aqui en adelante solo debe serlo por vosotros y yo.

Los tres bretones, que tenían un grande interes en la relacion de Pontcalée; le prometieron que el secreto que iba á confiarles les seria sagrado.

—Pues bien dijo Poncalée; esa estrecha amistad de colegio de que habla Montlois, habia sufrido entre Caradée y yo algunas alteraciones, con motivo de una rivalidad. Amábamos á la misma muger, y yo era el preferido.

Un dia decidí ir á correr un ciervo en el bosque de Chateaubriand. Desde la víspera envié mis perros y el picador, y yo mismo me encaminé á caballo hácia el sitio convenido, cuando en el camino vi marchar delante de mi un enorme haz de leña, lo cual no me sorprendió, pues bien sabeis que nuestros campesinos tienen la costumbre de llevar á la espalda haces de leñas mayores que ellos, de suerte que desaparecen debajo de su carga, la cual figura que va andando sola. Pronto se detuvo el haz de leña, y saliendo de detras una vieja, hizo con la carga un punto de apoyo, y se puso á descansar á un lado del camino. A medida que me acercaba, mis ojos no podian separarse, de la buena muger, y al fin, algun tiempo antes de llegar á ella, reconocí la bruja que en el camino de Savenay me predijo que mi caballito blanco me causaria una desgracia.

Confieso que mi primer movimiento fué tomar otro camino, á fin de huir de la profetisa de desgracias; pero ya me habia visto ella, y me pareció que me esperaba con malvada sonrisa. Yo tenia diez años mas que cuando me hizo estremecer su primera amenaza, y por vergüenza continué mi camino.

—Buenos dias, vizconde de Pontcalée, me dijo; ¿como está el marques de Guer?

—Bien, buena mujer, la respondí; y estaré muy tranquilo sobre su salud hasta el momento en que vuelva á verlo, si me asegurais que nada le sucederá durante mi ausencia.

—¡Ah, ah! dijo ella riendo; no habeis olvidado la llanura de Savenay. Buena memoria teneis, vizconde; pero esto no impide que si yo os doy ahora un buen consejo, no lo sigais mas que el primero. El hombre es ciego.

—¿Y qué consejo es ese?

—Que no vayais hoy de caceria, vizconde.

—¿Y por qué?

—Y que volvais á Pontcalée sin dar un paso mas.

—No puedo: he citado á algunos amigos en Chateaubriand.

—Tanto peor, vizconde; tanto peor, por que habrá sangre vertida en esa caceria.

—¿La mia?

—La vuestra y la de otros.

—¡Bah! ¡Estais loca!

—Eso era lo que decia vuestro tio Crysgon: ¿como está de salud?

—¿No sabeis que ha muerto, hace ya cerca de siete años, en la cartuja de Morlaix?

—¡Pobre señor! dijo la buena mujer; era lo mismo que vos, y estuvo mucho tiempo sin querer creer: al fin creyó; pero ya era demasiado tarde.

Yo temblaba á pesar mio; pero un sentimiento de vergüenza me decia en el corazon que era cobarde ceder á semejantes temores, y que sin duda la casualidad sola habia realizado la primera prediccion de la pretendida hechicera.

—¡Ah! bien veo que la primera esperiencia no os ha hecho prudente, hermoso jóven, me dijo. ¡Pues bien! id á Chateaubriand, puesto que lo quereis á todo trance pero al menos envid á Pontcalée ese magnífico cuchillo de monte que llevais.

—¿Y con qué cortará entonces mi señor el pie del gamo? dijo el criado que me acompañaba.

—Con vuestro cuchillo, dijo la vieja.

—El gamo es un animal regio, respondió el doméstico, y quiere que le corten los jarretes con un cuchillo de monte.

—Ademas, repuse yo, ¿no habeis dicho que correrá mi sangre? Esto quiere decir que seré atacado, y si me atacan preciso es que me defienda.

—Yo no sé lo que quiere decir eso, repuso la vieja; pero sí sé que si estuviera en vuestro lugar, hermoso caballero, oiria á la pobre vieja, no iria á Chateaubriand, y caso de ir, seria despues de haber enviado mi cuchillo de caza á Pontcalée.

—¿Hará caso el señor vizconde de esta bruja vieja? me dijo el criado, que sin duda temia lo encargase de llevar el arma fatal á Pontcalée.

Si hubiera estado solo, me vuelvo; pero delante de un servidor no quise aparentar que retrocedia; ¡extraña debilidad del hombre!

—Gracias, buena mujer, le dije; pero no veo absolutamente en lo que decís ninguna razon para no ir á Chateaubriand, y en cuanto al cuchillo de caza, me quedo con él, pues si por ventura soy atacado, bueno será tener un arma para defenderme.

—Id, pues, y defendeos, contestó la vieja meneando la cabeza; nadie puede huir de su destino.

No pude oir mas, porque habia puesto mi caballo al galope; pero al dar la vuelta al recodo de un camino, vi á la buena mujer,

que continuaba lentamente en camino con su carga de leña.

Inmediatamente la perdí de vista.

Una hora despues estaba en el bosque de Chateaubriand, y os alcanzaba, Montlouis y Talhouet, porque ambos érais de la partida.

—Es verdad, dijo Talhouet; y ahora comienzo á comprender.

—Yo tambien, añadió Montlouis.

—Pero yo no sé nada de eso, dijo Couedie; continuad, pues, Pontcalée.

—Nuestros perros levantaron el gamo, y nos lanzamos tras ellos; pero no éramos los únicos que cazaban en el bosque, y á lo lejos se oia el rumor de otra jauria que iba acercándose cada vez mas. Pronto se cruzaron, y equivocando la pista algunos de nuestros perros, se agregaron á la trahilla rival. Yo corrí á separarlos, y entonces me separé de vosotros; pero al acercarme oí que mis perros ahullaban á los latigazos que les distribuian. Apreté el paso, y encontré al baron de Caradée, que los castigaba con furia. Ya os he dicho que entre nosotros dos habia algunos motivos de odio, que solo necesitaban una ocasion para estallar. Le pregunté con qué derecho se permitia castigar á mis perros, y su respuesta fué mas altiva aun que mi pregunta. Estábamos solos, tenía-

mos veinte años, éramos rivales, nos odiábamos, cada uno llevaba un arma, y tirando de nuestros cuchillos de caza, nos precipitamos uno sobre otro. Caradée cayó de su caballo atravesado de parte á parte.

Deciros lo que pasó por mí cuando le vi caer y agitarse en la tierra, que ensangrentaba en los dolores de la agonía, es cosa imposible. Metí espuelas al caballo, y salí como un loco atravesando el bosque, hasta que me junté con vosotros. De lo único que me acuerdo es que me preguntásteis de donde venia que tan pálido estaba. ¿Recordais esto?

—Es verdad, dijo Montlouis.

—Entonces me acordé del consejo de la hechicera, y me hice cargos amargos por no haberlo seguido. Aquel duelo solitario y mortal me parecia algo semejante á un asesinato. Nantes y sus contornos se me hicieron insoporables, porque todos los dias oia hablar del asesinato de Caradée; verdad es que nadie sospechaba de mi, pero la voz secreta de mi corazon gritaba con tanta fuerza, que veinte veces estuve á punto de denunciarme yo mismo.

Entonces fué cuando hice el viaje á Paris, no sin haber tratado antes de ver á la hechicera; pero como no sabia su nombre ni su morada, no pude encontrarla.

—¡Es extraño! dijo Talhouet; y despues, ¿la has vuelto á ver?

—¡Espera, espera, que esto es lo terrible! dijo Pontcalée. Este invierno, ó mas bien el otoño último,—digo invierno porque aquel dia nevaba, á pesar de que aun estábamos en noviembre,—volvía yo de Guer, y habia ordenado hacer alto en Pontcalée-des-Aulnes, despues de haber estado cazando gallinetas todo el dia con dos de mis colonos. Llegamos transidos de frio, y encontramos un gran fuego y una buena comida preparada.

Mientras que recibia los saludos y cumplimientos de mis servidores, apercibí en el rincon del átrio una mujer vieja que parecia dormir. Un ancho manton de lana gris y negro envolvia el cuerpo del fantasma.

—¿Quién está ahí? pregunté al arrendador con voz alterada, y estremeciéndome á pesar mio.

—Una vi-ja mendiga á quien no conozco, y que tiene todas las trazas de una bruja, me dijo; pero venia estenuada de cansancio y de hambre; me ha pedido limosna, y yo la he hecho entrar, dándole un pedazo de pan que se ha comido calentándose: luego se ha quedado dormida.

El bulto hizo un movimiento en el rincon donde estaba.

—¿Qué os ha sucedido, señor marques, preguntó la mujer del colono, que estais todo mojado y venis lleno de lodo hasta en los hombros?

—Lo que hay, mi buena Martina, respondí yo, es que ha faltado poco para que os calenteis y ceneis sin mi, aunque hayais encendido el hogar y preparado la cena por causa mia.

—¡De veras! exclamó la buena mujer asustada.

—El señor por poco no perece hoy, dijo el colono.

—¿Y cómo ha sido eso? ¡Dios mio!

—Muy fácilmente, querida Martina. Ya conoceis nuestros pántanos, que estan llenos de turbas; pues bien, me aventuré sin sondear el terreno, y de pronto sentí que me hundia muy lindamente; de modo que si no pongo atravesada la escopeta, dando asi tiempo á vuestro marido para que me sacase del aprieto, me ahogo en lodo; lo cual es, no solamente una muerte muy cruel, sino, mucho peor que eso, una muerte tonta.

—¡Oh, señor marqués! dijo la aldeana: en nombre de nuestra familia, no os espon-gais asi.

—¡Dejadlo, dejadlo! dijo con voz sepul-cral la especie de sombra acurrucada en el

rincon de la chimenea... No morirá de ese modo; yo se le predigo.

Y abrazando lentamente su manton gris, la anciana mendiga me enseñó el rostro de aquella mujer que, la primera vez en el camino de Savenay, y la segunda en el de Chateaubriand, se me habia aparecido para hacerme tan tristes predicciones.

Yo quedé inmóvil y como petrificado.

—¿Me reconocéis, no es verdad? me dijo sin conmoverse.

Yo bajé la cabeza en señal de asentimiento pero sin tener valor para responder. Todo el mundo hacia rueda enrededor de nosotros.

—No, no, continuó; tranquilizaos, marqués de Guer, que no morireis de ese modo.

—¿Y cómo sabeis eso? balbuceé con la certidumbre interior de que lo sabia.

—No puedo decíroslo; porque yo misma lo ignoro; pero bien sabeis que no me engaño.

—¿Y como moriré? dije apelando á todas mis fuerzas para hacerles esta pregunta, y á toda mi sangre fria para oír su repuesta.

—Morireis en el mar marques me respondió.

—¿Como es eso? pregunté; ¿que quereis decir?

—He dicho lo que he dicho, y no puedo esplicarme mas, pero os lo repito, marques, no os fieis de la mar.

Todos los campesinos se miraron con aire asustado, algunos murmurando oraciones, otros haciendo la señal de la cruz. La vieja volvió á taparse la cabeza con su manton, y no respondió palabra á ninguna de nuestras preguntas.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ELENA
DE ORLEANS.

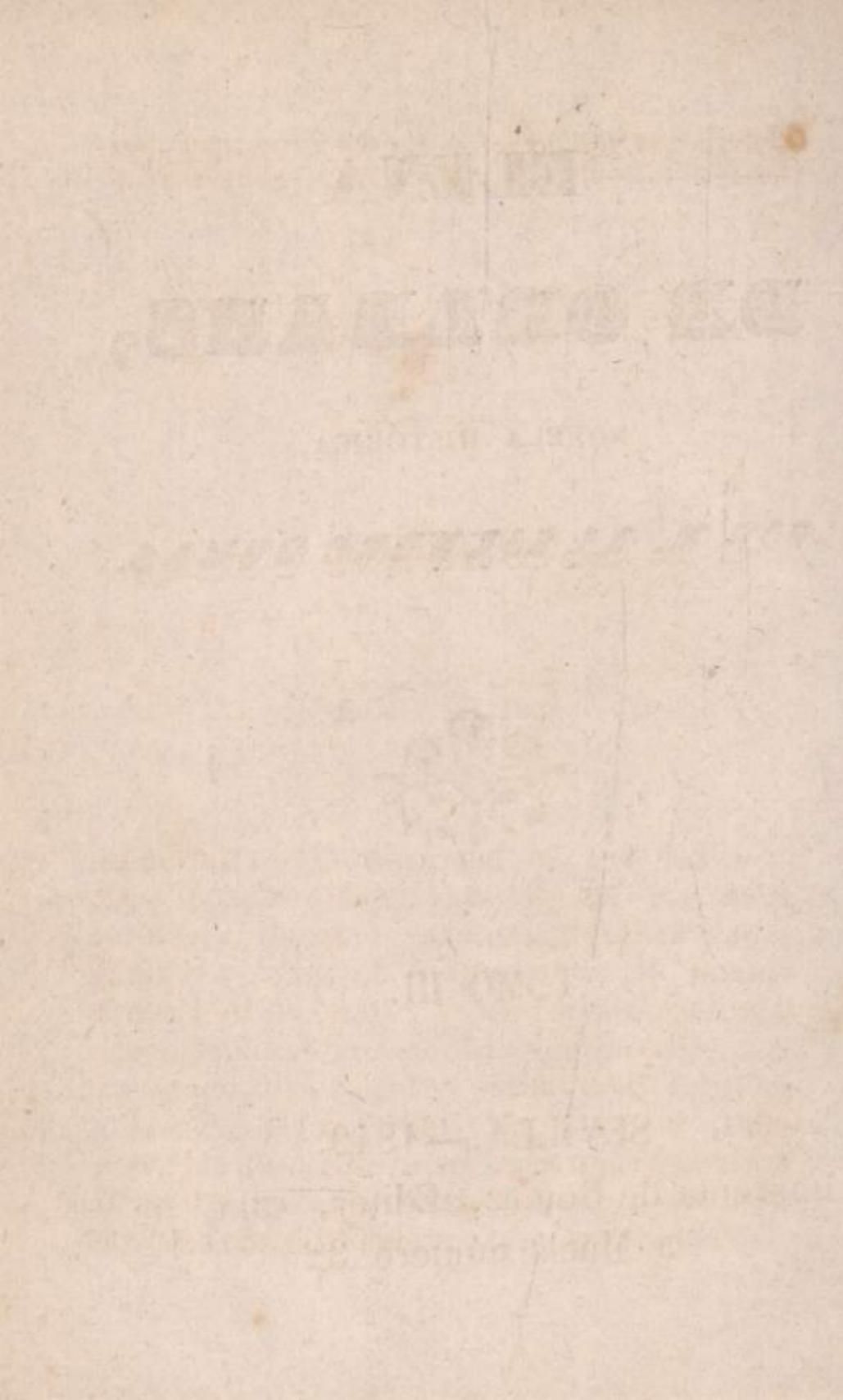
ELENA
DE ORLEANS,
NOVELA HISTÓRICA,
POR M. ALEJANDRO DUMAS.



TOMO III.

SEVILLA.—1849.

Imprenta de Gomez, Editor, calle de
la Muela número 32.





ELENA DE ORLEANS.

CAPITULO I.

La prision.

—Tal vez se borrarán algun dia de mi memoria los detalles de esta escena; pero jamás la impresion que me produjo. No me quedó ni una sombra de duda, y aquella prediccion del porvenir tomó en mi alma el aspecto casi palpable de una realidad.—Si, continuó Pontcalée; aunque os reiais en mi cara, como lo hizo mi buen tio Crysogon, no me haríais cambiar un instante de parecer, ni me sacaríais de la cabeza que esta última prediccion se realizará como las otras

dos, y que moriré en el mar; por eso os declaro que si fuesen ciertos los avisos que hemos recibido; si me viese perseguido por los esbirros de Dubois; si hubiera una barca á la orilla del rio y no tuviera mas que llegar á Balle-Isle para salvarme, tan convencido estoy de que el mar debe serme fatal, y de que ningun otro género de muerte tiene poder sobre mi, que me entregaria en manos de los que me persiguiesen, diciéndoles —«Haced vuestro oficio, señores, que no moriré de esta hecha..

Los tres bretones habian oido en silencio esta estraña declaracion, á que daba una especie de solemnidad las circunstancias en que se hallaban.

—Entonces dijo Couedie despues de un momento de silencio, ya comprendemos vuestro admirable valor, querido amigo; el género de muerte á que estais reservado os hace indiferente á todo peligro que no se acerque á él; pero cuidado.... si la anecdotita es conocida, podria quitaros algo de vuestro mérito, no á nuestros ojos, porque os conocemos por lo que realmente sois; pero los otros dirian que os habeis metido en esta conspiracion porque no podeis ser ni decapitado, ni fusilado, ni muerto á puñal, y que no habríais hecho lo mismo si se ahogase á los conspiradores.

—Y tal vez dirian la verdad, respondió Pontcalée sonriendo.

—Pero querido marques, repuso Montlouis; nosotros que no tenemos las mismas causas de seguridad, ¿no seria bueno que hiciésemos algun caso del consejo que un amigo desconocido nos da, y que saliésemos de Nantes y aun de Francia lo mas pronto posible?

—Pero ese aviso puede ser falso, dijo Pontcalée. y no creo que se sepa nada de nuestros proyectos en Nantes ni en ninguna parte.

Y segun toda probabilidad, dijo Talhouet, nada se sabrá hasta que Gaston haya terminado su obra, y entonces solo tendremos que temer al entusiasmo, y el entusiasmo no mata. En cuanto á vos, Pontcalée, no os acerqueis á un puerto de mar, no os embarqueis jamás, y estareis seguro de vivir tanto como Matusalen.

La conversacion hubiera continuado en este tono de broma á pesar de la gravedad de la situacion, si Pontcalée hubiera podido separar de sus ojos la imágen de la hechicera, que, con su voz sepulcral, le renovaba la fatal prediccion. Además, estando en esto, muchos caballeros, con los cuales tenian cita y que formaban parte de la conjuracion, entraron por puertas secretas y con trajes diversos.

No era esto porque fuese de temer mucho la policía provincial; la de Nantes, aunque esta ciudad fuese una de las mayores de Francia, no estaba organizada de modo que pudiese inquietar á los conspiradores, los cuales tenian por otra parte la influencia del nombre y de la posicion social; era pues preciso que el lugar teniente de policía de Paris, el regente ó Dubois enviasen espías especiales á quienes la falta de conocimiento de los lugares, la diferencia de traje y aun la del idioma hacian fácilmente sospechosos á los mismos á quienes venian á vigilar, los cuales sabian generalmente su presencia á la misma hora en que entraban en la provincia ó ponian el pie en las ciudades.

Aunque la asociacion bretona fuese numerosa, solo nos ocuparemos nosotros de los cuatro jefes que hemos nombrado, los cuales dominaban á todos los otros por sus nombres, sus fortunas, su valor y su inteligencia.

Mucho se ocuparon en esta conferencia de una nueva oposicion á un edicto de Montesquieu, y del armamento de todos los ciudadanos bretones en caso de violencia por parte del mariscal. Como se ve, esto no era nada menos que el principio de la guerra civil. La hubieran hecho desplegando un estandarte sagrado, pues la impiedad de la

corte del regente y los sacrilegios de Dubois eran los pretestos para ella, y debian suscitar todos los anatemas de una provincia esencialmente religiosa contra un gobierno tan poco digno de suceder, decian los conspiradores, al reinado ferviente y severo de Luis XIV.

Este llamamiento á las armas era tanto mas fácil de ejecutar, cuanto que el pueblo aborrecia de muerte á los soldados que habian entrado en el pais con una especie de confianza insolente. Los oficiales, prevenidos de antemano por el mariscal de Montesquiou, y que no participaban de la vida agradable de los caballeros de la provincia, se abstenian por orgullo y por disciplina de toda relacion con los descontentos, lo cual debia costarles mucho á ellos mismos, porque en esta época los oficiales eran hermanos, por el blason de los caballeros que llevaban espada como ello.

Pontcalée declaró á sus compañeros de rebelion el plan decidido por el comité superior, sin sospechar que en el momento en que tomaba todas estas medidas para derrocar el gobierno, la policia de Dubois, que los creia en sus respectivas casas, enviaba á cada domicilio un destacamento con órden de cercarlo y un oficial con la mision de prender al dueño. De aquí resultó que todos

los que habian tomado parte en el conciliábulo vieron desde lejos brillar á sus puertas las bayonetas y los fusiles de los soldados, y la mayor parte pudieron salvarse recurriendo á la fuga. No era cosa difícil para ellos encontrar retiros seguros, porque como toda la provincia estaba en el complot, tenian amigos en todas partes, y por otro lado, ricos propietarios como eran, fueron acogidos y guardos por sus colonos: una gran parte consiguió embarcarse para Holanda, España ó Inglaterra, á pesar de la amistad que Dubois habia comenzado á anudar entre los dos gobiernos.

En cuanto á Pontcalée y Couedie, á Montlouis y Talhouet, habian salido juntos, como tenian de costumbre; pero al llegar á la esquina de la calle en que estaba situada la casa de Montlouis, distinguieron luces que corrian al traves de las ventanas de los aposentos, y un centinela que, con el mosquete en el brazo, impedia la entrada de la puerta.

—¡Ah, ah! dijo Montlouis deteniéndose, y deteniendo con la mano á sus compañeros: ¿qué es aquello que sucede en mi casa?

—En efecto, dijo Talhouet; algo hay de nuevo, y creo haber visto un destacamento delante de la fonda de Rouen.

—¿Y cómo no nos has dicho nada? pre-

guntó Couedie; me parece que la cosa valia la pena.

—¡Pardiez! contestò Talhouet he temido pasar por un alarmista, y he querido creer mas bien que era una patrulla.

—Esta fuerza es del regimiento de Picardía, murmuró Montlouis, que habia dado algunos pasos adelante, y que al advertir esto deshizo el camino.

—Hé aqui una cosa bien rara, dijo Pontcalée; pero ya que mi casa dista solo algunos pasos, tomemos esta callejuela que conduce á ella, y si está cercada como la de Montlouis, ya no habrá la menor duda, y sabremos á qué atenernos.

Marchando entonces los cuatro en silencio, y apiñados todos para ser mas fuertes en caso de ataque, llegaron á la esquina de la calle en que vivia Pontcalée y la vieron cercada y bloqueada. Un destacamento de veinte hombres despejaba la multitud que comenzaba á agruparse.

—Esto ya pasa de broma, dijo Couedie, y á menos que el fuego haya prendido por casualidad en todas las casas á un tiempo, nada concibo de por qué se mezclan en nuestros negocios todos estos uniformes. Yo soy vuestro servidor, amigos míos, pero me mudo.

—Y yo tambien, dijo Talhouet, voy á pa-

sar á Saint Nazaire, y si quereis creerme, señores, venios conmigo, halli hay un brik que va a darse á la vela para Terranova, y cuyo capitan, es uno de mis servidores. Si el aire de tierra se hace demasiado malo, subimos á bordo, soltamos un cabo, adelante.

—Vamos, Pontcalée, dijo Montlouis; olvidad un instante vuestra bruja, y venios con nosotros.

—¡No, no! respondió Pontcalée moviendo la cabeza; conozco mi porvenir por estelado y no me dá el menor cuidado salirle al encuentro; pero, señores, reflexionad que somos los jefes, y que es un ejemplo singular esta anticipada fuga, sin que sepamos aun positivamente si nos amenaza un peligro real. No hay la menor prueba contra nosotros; La Jouquiere es incorruptible; Gaston intrépido. Las cartas que ayer hemos recibido de el nos decian que todo estaria terminado de un momento á otro; tal vez á estas horas haya herido al regente y la Francia sea libre. ¿Que se pensaria de nosotros si se pudiese decir que en el momento de dar Gaston el golpe nosotros huíamos? El mal ejemplo de nuestra desercion destruiria todo el negocio; atended, señores, que no os doy una orden de jefe sino un consejo de caballero... No estais obligados á obedecerme, porqu os desi-

penso del juramento; pero en vuestro lugar no me marcharia. Hemos dado el ejemplo de la adhesion y lo peor que puede sucedernos, es dar el de martirio, mas espero que las cosas no llegarán aqui. Si nos prenden, nos juzgará el parlamento de Bretaña; ¿y quienes lo componen? Nuestros amigos ó nuestros cómplices. Con mas seguridad estaremos en la carcel, cuya llave tienen ellos, que no sobre un brick, cuyo destino está á merced de un golpe de viento. Ademas, antes de que se haya reunido el parlamento se habrá sublevado la Bretaña entera: juzgados somos absueltos, absueltos somos triunfantes.

—Tiene razon, dijo Talhouet; mi tio, mis hermanos, toda mi familia, todos mis amigos estan comprometidos como yo, y me salvaré con todos ó moriré con ellos.

—Mi querido Talhouet, dijo Montlouis; todo eso es muy hermoso, pero debo decir que tengo mas mala idea que vos de este negocio: si estamos entre las manos de alguien, este alguien es Dubois. Dubois no es caballero, y por consiguiente detesta á los que lo son; no me gustan esas gentes mistas, que no pertenecen á ninguna clase decidida, que ni son nobles, ni soldados ni clérigos; mejor quisiera un verdadero caballero, un soldado ó un fraile, pues al menos

esta gente está sostenida por la autoridad de su profesion que es un principio; pero Dubois querrá hacer de esto un negociode estado: en cuanto á mi, apelo á la mayoria, como acostumbramos á hacerlo; y si la mayoria está por la fuga, os confieso que huiré de muy buena gana.

—Y yo seré tu compañero, dijo Couedie: tal vez sabe Montesquiou de lo que nosotros creemos, y si Dubois nos tiene agarrados, como piensa Montlouis, creo que nos costará algun trabajo librarnos de sus uñas.

—Y yo os repito señores, dijo Poncalée; que es preciso quedarse; el deber de los jefes de un ejército es dejarse matar á la cabeza de sus soldados; el deber de los jefes de un complot es hacerse matar á la cabeza de una conspiracion.

—Querido, dijo Montlouis permitidme os diga que vuestra bruja es ciega. Para hacer creer en la verdad de su prediccion, estais dispuesto á ir á ahogaros sin que nadie os incite á ello; pero yo soy menos entusiasta por la pitonisa, lo confieso, y como no conozco el género de muerte que me está reservado tengo sobre este punto algunas inquietudes.

—Os equivocais, Montlouis, dijo gravemente Pontcalée; lo que me detiene sobre todas las cosas es el deber. Por otra parte,

si yo no muero de resultas del proceso, ciertamente que tampoco morireis vosotros, porque yo soy vuestro jefe, y delante de los jueces reclamaré este título que aquí renuncio. ¡Seamos lógicos, por Dios, y no huyamos como un rebaño de corderos que cree sentir el lobo! Cómo, ¿soldados como nosotros tendríamos miedo de hacer una visita oficial al parlamento?... Pues esto es todo el negocio; un buen proceso, y nada más. Bancos ocupados por togas negras, sonrisas de inteligencia del acusado al juez y del juez al acusado... Esta es una batalla que nos presenta el regente; aceptémosla, y cuando el parlamento nos haya absuelto, lo habremos batido mejor que si hubiésemos puesto en fuga á todas las tropas que tiene en Bretaña.

—Señores, dijo Couedie; Montlouis acaba de proponer que se remita nuestra decision á la mayoría: yo apoyo á Montlouis.

—Es justo, dijo Talhouet.

—Lo que yo he dicho, repuso Montlouis, no es porque tenga miedo, sino porque no quisiera ir á meterme en la boca del lobo cuando podemos enfrenarlo.

—Todo lo que estais diciendo es inútil, Montlouis, repuso Pontcalée, pues ya sabemos qué clase de hombre sois; aceptamos vuestra idea, y la pongo á votación.

Y con la misma calma que Pontcalée formulaba sus proposiciones ordinarias, formuló esta, de la cual dependia su vida y la de sus amigos:

—Los que sean de parecer de sustraerse por medio de la fuga de la suerte equívoca que nos espera, que levanten la mano.

Couedie y Montlouis levantaron las suyas.

—Somos dos contra dos, dijo Montlouis; luego la prueba es nula; dejémosno, pues, guiar por nuestra inspiracion.

—Sí, dijo Pontcalée; pero ya sabeis que por mi cualidad de presidente tengo dos votos.

—Es justo, dijeron Montlouis y Couedie.

—Los que sean de opinion de quedarse, que levanten la mano, dijo Pontcalée.

Y él y Talhouet levantaron las suyas, y como Pontcalée tenia doble voto, las dos manos se contaron por tres, y fijaron la mayoría.

Esta deliberacion en medio de la calle, y con esta apariencia de solemnidad, hubiera podido parecer grotesca, á no contener en sí la cuestion de la vida ó muerte de cuatro de los primeros caballeros de la Bretaña.

—Vamos, dijo Montlouis; segun parece hacíamos mal, querido Couedie: ahora, marques, ordenad, y obedeceremos.

—Mirad lo que yo voy á hacer, dijo Pont-

calée; y en seguida hareis lo que os parezca.

Diciendo estas palabras se fué derecho á su casa, y sus tres amigos le siguieron; al llegar á la puerta, ocupada como hemos dicho por un piquete de guardias, llamó á un soldado tocándole en el hombro, y le dijo:

—Amigo, tened la bondad de llamar al oficial.

El soldado trasmitió la órden al sargento, y este al capitan.

—¿Qué quereis, caballero? preguntó este.

—Quisiera entrar en mi casa.

—¿Pues quién sois?

—El marqués de Pontcalée.

—¡Silencio! dijo el oficial á media voz, callaos y huid sin perder un segundo, pues estoy aqui para prenderos.

Y en seguida añadió en voz alta:

—¡No se pasa!

Pontcalée tomó la mano del oficial, y estrechándola, dijo:

—¡Sois un excelente jóven, caballero! Pero es preciso que yo entre en mi casa. Gracias, y Dios os recompense.

Sorprendido el oficial, hizo apartar á los soldados, y Pontcalée, seguido de sus tres amigos, atravesó el patio de su casa. Al verle su familia, comenzó á dar gritos de terror.

—¿Qué hay? preguntó el marques con calma. ¿Qué es lo que sucede en mi casa?

—Lo que hay, señor marques, es que sois preso, dijo un sargento del prebostazgo de Paris á Pontcalée.

—¡Pardiez! ¡Buena empresa habeis acometido, dijo Montlouis, y aun digo que me pareceis un hombre hábil! ¡Veo que sois sargento del prebostazgo de Paris, pues es preciso que los mismos á quienes teneis encargo de prender vengan á agarraros por el cuello de la camisa!

Muy cortado el sargento, saludó á este caballero que bromeaba tan agradablemente en un momento en que tantos otros habrian perdido la palabra, y le preguntó su nombre.

—Yo soy el Sr. de Montlouis, querido, respondió el caballero; mirad si no teneis, tambien alguna órden contra mí, y si la teneis ponedla en ejecucion.

—Caballero, dijo el sargento saludando cada vez mas humillado á medida que estaba mas sorprendido; no soy yo, sino mi camarada Duchevron, quien está encargado de vuestro arresto; ¿quereis que le avise?

—Dónde está preguntó Montlouis?

—Presumo que os espera en vuestra casa.

—Sentiré mucho hacer esperar mas tiempo á un hombre tan galante, dijo Montlouis, y voy corriendo en su busca. Gracias, amigo.

El sargento habia perdido la cabeza, y sa-

ludaba inclinándose hasta tierra.

Montlouis estrechó la mano de Pontcalée; de Talhouet y de Couedie, les dijo algunas palabras al oído, y se dirigió á su casa, donde hizo que lo prendieran del mismo modo que Pontcalee.

Lo mismo practicaron luego Couedie y Talhouet, y á las once de la noche ya estaba terminado el negocio.

Las noticias de esta prisiones corrió por toda la ciudad, pero nadie se asustó demasiado; porque despues del primer movimiento, que era decir:—«Han preso al Sr. de Pontcalée y á sus amigos.» se decia en seguida:—«Si, pero el parlamento los absolverá.

Pero al dia siguiente los ánimos y los semblantes cambiaron mucho cuando se vió llegar á Nantes la comision perfectamente constituida, y á la cual nada faltaba, ni presidente ni fiscal del rey, ni secretario, ni verdugos.

Decimos verdugos porque en vez de uno iban tres.

Las personas mas valerosas son acometidas á veces de estupor por los grandes infortunios.

Este cayó sobre la provincia con la fuerza y rapidez del rayo, asi fué que no hizo un movimiento ni dió un solo grito: nadie

se rebela contra un azote, y en vez de estallar, la Bretaña espiró.

La comision se instaló el mismo dia de su llegada, y se sorprendió mucho de no recibir grande acogida del parlamento ni visitas de la nobleza. Fuerte con los poderes de que estaba investida, debia esperar que tratasen de ablandarla mas bien que de ofenderla; mas el terror era tan grande que cada cual pensaba en si mismo, contentándose con deplorar la suerte de los otros.

He aqui las disposiciones en que se hallaba la Bretaña tres ó quatro dias despues del arresto de Pontcalée y sus amigos. Dejemos estos conspiradores enredados en Nantes en los lazos de Dubois, y veamos lo que Paris hacia de los suyos en la misma época.

II.

La Bastilla.

Y ahora, con permiso del lector, entraremos en la Bastilla, temible residencia que hasta los transeuntes miraban temblando, y que para los vecinos era un estorbo y un espantajo; porque muchas veces; y especialmente de noche, los gritos de los infelices á quienes daban tormento penetraban por los

espesos muros, atravesaban el espacio y llegaban hasta ellos, produciéndoles pensamientos sombríos; hasta tal punto que la duquesa de Lesdiguières escribía en cierta ocasión desde la real fortaleza, que si el gobernador no hacía cesar los abullidos de sus pacientes, que lo impedían dormir, se vería en el caso de quejarse al rey.

Pero en la época de la conspiración española y en el devoto reinado de Felipe de Orleans, ya no se oían gritos ni abullidos en la Bastilla: por otra parte, su sociedad era muy escogida y los presos que la habitaban eran gentes de demasiado buen gusto para pertubar el sueño de las damas.

En una sala de la torre del Coin, en el piso principal, había sido encerrado un preso completamente solo. La pieza era espaciosa, y se parecía á un inmenso sepulcro alumbrado por dos ventanas adornadas con un lujo inaudito de rejas y de barrotes, por entre las cuales filtraba ceciciosamente la luz exterior; una cama pintada, dos sillas de maderas toscas y una mesa negra, componían todo el mueblaje; y en cuanto á las paredes, estaban cubiertas de mil inscripciones raras, que el preso iba á consultar de vez en cuando, si se sentía anonadado por el fastidio.

Sin embargo, no hacía mas que un día y

una noche que el prisionero entrará en la Bastilla, y ya media su vasta vivienda interrogando á las puertas, mirando por sus rejas, esperando, escuchando, suspirando. Este dia que era domingo, un pálido sol argentaba las nubes, y el preso veía pasar con un sentimiento de indefinible melancolía á los parisienses engalanados por la puerta de Saint-Antoine y á lo largo del boulevard. No era difícil advertir que cada transeunte miraba la Bastilla con terror y parecía felicitarse interiormente de no estar en ella. Un ruido de cerrojos y de goznes mohosos sacó al preso de esta sombría ocupación, y vió entrar al hombre ante el cual le habían conducido la víspera, y que le había hecho firmar una especie de sumario. Este hombre, de edad de treinta años, poco más ó menos, agradable en su figura y afable y urbano en sus maneras, era el gobernador Mr. Delaunay, que fué padre del Delaunay que murió en su puesto el año 89, y que aun no había nacido.

El preso, que lo reconoció, encontró muy natural esta visita, pues ignoraba cuán rara era, sin embargo, para los encarcelados ordinarios.

—Sr. de Chanlay, dijo el gobernador saludando: vengo á saber si habeis pasado buena noche, y si estais satisfecho de la ca-

sa y de los modales y de sus empleados.

Así era como Mr. Delaunay llamaba á los carceleros y llaveros; ya hemos dicho que era un hombre muy urbano Mr. Delaunay.

—Sí, señor respondió Gaston; y os confieso que me han sorprendido esas atenciones hácia un preso.

—El lecho es viejo y duro, repuso el gobernador, pero así y todo, el vuestro es de los mejores, pues el lujo es cosa formalmente prohibida por nuestros reglamentos. Por lo demas, vuestra habitacion es la mas hermosa de la Bastilla, y ha sido ocupada por el señor duque de Angulema, por el señor marques de Bassompierre y por los mariscales de Luxembourg y de Biron. Aqui es donde pongo á los príncipes cuando S. M. me hace el honor de enviármelos.

—Pues tienen un hermoso alojamiento, dijo sonriéndose Gaston, aunque bastante mal amueblado; ¿puedo tener libros, papel y plumas?

—Los libros están prohibidos aquí; mas no obstante, si teneis muchas ganas de leer, como sucede muchas veces á un preso que se fastidia, me haceis el honor de ir á verme, os meteis en el bolsillo uno de los tomos que mi mujer ó yo dejamos á la mano, lo ocultais con cuidado á todo el mundo, en una segunda visita tomais el tomo siguiente,

y con esta pequeña sustracción, muy perdonable de parte de un preso, nada tiene que ver el reglamento.

—¿Y papel, plumas y tinta? dijo Gaston; sobre todo, quisiera escribir.

—Aquí no se escribe, caballero, ó se escribe únicamente al rey, al señor regente, al ministro ó á mí; pero se dibuja, y, si quereis, haré que os den lápices y papel de marquilla.

—Caballero, dijo Gaston inclinándose: tened á bien decirme cómo podré pagaros tanta atencion.

—Accediendo á la súplica que vengo á haceros; porque mi visita es interesada; vengo á preguntaros si me concedereis el honor de comer hoy conmigo.

—¡Con vos, caballero! ¡En verdad que me sorprende! ¡Sociedad, y la vuestra sobre todo! No puedo deciros cuán sensible soy á tanta cortesía, y os tendría un agradecimiento eterno si yo tuviera delante de mí alguna cosa eterna que no fuera la muerte.

—¡La muerte!... Vamos, caballero; eso es muy siniestro, y no se debe pensar en esas cosas cuando uno está vivo; no penseis mas en ello y aceptad.

—No pienso mas, y acepto, caballero;

—¡Sea enhorabuena! me llevo vuestra pa-

abra, dijo el gobernador saludando de nuevo: y salió, dejando al preso sumergido en un nuevo órden de ideas.

En efecto, esta urbanidad, que al principio encantó al caballero, le pareció menos franca á medida que lo negro de su calabozo le invadía como una sombra, un momento disipada por la presencia de un interlocutor, y que se apoderaba otra vez de su dominio. Esa cortesía, ¿no tenía por objeto inspirarle confianza y darle ocasion de venderse á sí propio y vender á sus compañeros? Recordaba las lúgubres crónicas de la Bastilla, los lazos tendidos á los presos, y aquella famosa sala de los calabozos de que tanto se hablaba, sobre todo en esta época, en que se comenzaba á permitir hablar de todo, y que jamás habia visto nadie sin morir en ella. Gasten se veía solo, abandonado, y tenia el convencimiento de que el crimen que habia querido cometer merecia la muerte. Aquellas atenciones, ¿no eran demasiado lisonjeras y estrañas para que no ocultasen alguna emboscada? En fin, la Bastilla hacia su obra habitual, y la prision obraba sobre el preso que se habia vuelto frio, suspicaz é inquieto.

—Me toman por un conspirador de provincia, decia para sí, y esperan que, prudente en mi interrogatorio, seré impruden-

te en mi conducta; no conocen mis cómplices, no pueden conocerlos, y esperan que, dándome medios para comunicarme con ellos, de escribirles, ó de pronunciar sus nombres por inadvertencia, sacarán alguna cosa de mí; en todo esto veo á Dubois y Argenson.

Y no se detenian aqui las reflexiones lùgubres de Gaston, pues pensaba en sus amigos, que esperaban que él obrase para obrar con ellos, y que, privados de noticias suyas, no iban á saber lo que de él habia sido, ó lo que era peor, que con falsas noticias tal vez iban á obrar y á perderse.

Pues tampoco era esto todo; despues de sus amigos, ó mas bien antes que ellos, venia su amada, la pobre Elena, aislada como él, sin haberla podido presentar siquiera al duque de Olivares, su único protector futuro, el cual, quizás á estas horas, estaria tambien preso ó huyendo. Entonces, ¿qué iba á ser de Elena, sin apoyo, sin sosten, y perseguida por aquel hombre desconocido que habia ido á buscarla al corazon de la bretaña?

Esta idea atormentó de tal modo á Gaston que en un acceso de desesperacion fué á tirarse sobre el lecho, maldiciendo las puertas y cerrojos que lo tenian preso, y dando puñadas en las paredes.

En este momento se oyó un gran ruido á la puerta: Gaston se levantó precipitadamente, corrió á ver lo que era, y vió entrar á Mr. d' Argenson con un escribano: detras de estos dos personajes iba una escuadra impotente de soldados, y Chanlay comprendió que se trataba de un interrogatorio.

Argenson, con su enorme peluca negra, sus enormes ojos negros y sus enormes cejas negras, solo hizo una impresion mediana en el caballero: al entrar en la conjuracion habia hecho el sacrificio de su felicidad y al entrar en la Bastilla el de su vida. Cuando un hombre está en semejantes disposiciones, es difícil asustarlo. Argenson le preguntó mil cosas, á las cuales rehusó Gaston contestar, respondiendo con quejas á las preguntas que le hacia, teniéndose por preso injustamente y pidiendo pruebas con el objeto de ver si las tenian. Mr. d' Argenson se enfadó, y Gaston se le rió en las barbas como un escolar.

Entonces habió Argenson de la conjuracion de Bretaña, único cargo que aun se hubiese articulado. Gaston se hizo el sorprendido, oyó la enumeracion de sus cómplices sin dar la menor señal de afirmacion ni de negacion, y luego, cuando el magistrado hubo concluido le dió las gracias muy urbanamente por habertenido á bien ponerlo al cor-

riente de sucesos que le eran del todo desconocidos. Argenson comenzó á perder por segunda vez la paciencia, y se puso á toser como tenia de costumbre cuando le dominaba la cólera.

Mas luego, como habia hecho en el primer acceso, pasó del interrogatorio á la acusacion.

—¡Habeis querido matar al regente! dijo de pronto al caballero.

—¿Cómo sabeis eso? preguntó friamente Gaston.

—No importa el cómo, puesto que lo sé.

—Entonces, os responderé como Agamemnon á Aquiles: ¿Para qué preguntar, si lo sabeis?

—Caballero, no estoy de broma, dijo Argenson.

—Ni yo tampoco, replicó Chanlay; cito á Racine, y nada mas.

—Cuidado, caballero, que podria salir mal ese sistema de defensa.

—¿Creeis que me saldria mejor confesando lo que me preguntais?

—Es inútil confesar un hecho que conozco.

—Entonces, permitid que os repita en vil prosa lo que ahora poco os decia en un hermoso verso: ¿A qué preguntarme sobre un proyecto que parece conoceis mejor que yo?

—Quiero tener detalles.

—Preguntadlos á vuestra policía, que es tan buena, que lee las intenciones hasta en lo profundo de las almas.

—¡Ham! dijo Argenson con un acento burlon y frio, que, á pesar del valor de Gaston, le produjo cierta impresion. ¿Qué diríais ahora si yo os pidiese noticias de vuestro amigo La Jouquiere?

—Lo conozco como á un amigo, á quien mis amigos me habian recomendado con el encargo de que me enseñase la ciudad.

—Sí, Paris y sus cercanias, el Palais-Royal, la calle del Bac, la Muette; ¿no es esto, sobre todo, lo que tenia el encargo de hacer os ver?

—Todo lo saben, dijo para sí Gaston.

—¡Y bien, caballero! repuso Argenson; ¿no sabeis algun otro verso de Racine, que pueda servir de respuesta á esta pregunta?

—Tal vez lo encontraria si supiese lo que quereis decir: cierto que he querido ver el Palais-Royal, porque es una cosa curiosa, de la cual habia oído hablar mucho; en cuanto á la calle del Bac, la conozco muy poco, y la Muette me es desconocida completamente, pues jamás he estado en ella.

—Yo no digo que hayais estado, sino que el capitan La Jouquiere debia llevaros á ella; ¿osareis negarlo?

—Ni lo negaré ni lo confesaré, caballero; os enviaré buenamente á él, y os responderá si juzga conveniente hacerlo.

—Es inútil, caballero; ya se le ha preguntado, y ha respondido.

Gaston sintió un escalofrío que le atravesaba el corazón! estaba evidentemente vendido, pero su honor le ordenaba no decir nada, y guardò silencio.

Argenson esperó un momento la respuesta, pero viendo que permanecía mudo, le preguntó:

—¿Quereis ser careado con el capitán La Jouquiere?

—Estoy en vuestro poder, caballero, y os corresponde hacer de mi lo que os convenga.

Pero el jóven se prometia interiormente, si lo careaban con el capitán, anonadarlo bajo el peso de su desprecio.

—Está bien, dijo Argenson; puesto que, como vos decís, yo soy el amo, me conviene aplicaros por el momento la tortura ordinaria y extraordinaria, ¿Sabeis lo que es esto, caballero? dijo Argenson apoyando el acento en cada sílaba. ¿Sabeis lo que es el tormento ordinario y extraordinario?

Un sudor frío inundó las sienas de Gaston, no porque temiese morir, sino porque el tormento era una cosa muy distinta de la muerte: rara vez se salía de manos de los

verdugos sin quedar desfigurado ó estropeado, y la mas dulce de estas alternativas no dejaba de ser cruel para un jóven de veinte y cinco años.

Argenson vió como al traves de un cristal lo que pasaba en el corazon de Chanlay.

—¡Hola! dijo el interrogador.

A esta voz entraron dos sayones.

—Hé aquí un caballero que, á lo que me parece, no tiene repugnancia al tormento ordinario y extraordinario, dijo Argenson; que lo lleven, pues, á la sala.

—Esta es la hora fatal, murmuró Gaston; la hora que yo esperaba y que ha llegado. ¡Oh Dios mio; dadme valor!

Sin duda lo oyó Dios; porque despues de haber hecho con la cabeza una seña que indicaba estaba dispuesto, se adelantó con paso firme hácia la puerta, y siguió á los guardias que marchaban delante: detras iba Argenson.

Bajaron la escalera de piedra, y pasaron por delante del primer calabozo de la torre del Coin; luego atravesaron dos patios, y al pasar por el segundo, viendo los presos desde sus ventanas enrejadas un caballero apuesto y vestido de una manera elegante, le gritaron:

—¡Hola, caballero! ¿Conque os sueltan, eh?

Una voz de mujer añadió:

—Caballero, si os preguntan por nosotros cuando esteis fuera de aquí, responded que no hemos dicho nada.

Y una voz de jóven dijo suspirando:

—Muy feliz sois, caballero, pues vais á volver á ver á la que amais.

—Os equivocais, respondió el caballero; voy á sufrir el tormento.

Un silencio terrible sucedió á estas palabras: la triste comitiva siguió su camino, se bajó el puente levadizo, y metiendo á Gaston en una silla de manos cerrada con llave, lo trasportaron con buena escolta al arsenal, separado únicamente de la Bastilla por un pasaje estrecho.

Argenson se habia adelantado, y esperaba ya á su prisionero en la sala de las torturas.

Gaston vió un aposento bajo, cuyas paredes eran de piedra desnuda, y cuyo pavimento destilaba humedad; de todas partes colgaban cadenas, collares, cuerdas y otros instrumentos de formas estrañas, como hornillos, potros y cruces de San Andrés que adornaban los ángulos.

—¿Veis esto? dijo Argenson enseñando al caballero dos anillos empotrados en las losas, á seis pies de distancia uno de otro, y separados por un banco de madera de tres pies de altura: en estos anillos se atan la ca-

beza y los pies del paciente; luego se le pasa este tabladillo por debajo de los riñones, de manera que el vientre quede dos pies más alto que la boca; entonces se le traen unos jarros de agua, que contienen dos pintas cada uno; el número está fijado en ocho para el tormento ordinario, y en diez para el extraordinario; y si el paciente rehusa beber, se le tapa la nariz de modo que, no pudiendo respirar, abre la boca y traga. Este tormento, continuó Argenson con el aire de un orador que se detiene en los detalles de su relación, es muy desagradable, y sin embargo, no diré yo que prefiriese el de las cuñas, de ambas maneras se muere; pero las cuñas destrozan y desfiguran mucho al paciente; verdad es que el agua destruye la salud para lo sucesivo cuando uno es absuelto; pero esto es cosa rara, en razón á que siempre se habla en el tormento ordinario, si es uno culpable, y casi siempre en el extraordinario, aun cuando no lo sea.

Pálido é inmóvil Gaston, miraba y escuchaba.

—¿Preferis las cuñas, caballero? dijo Argenson. ¡Hola; las cuñas; enseñadlas al caballero!

Y un verdugo acercó seis ó siete cuñas, aun manchadas de sangre, y aplastadas en

la cabeza por los numerosos martillazos que ya habian sufrido.

—Mirad, continuó Argenson: esta es la manera de dar este tormento. Las piernas del paciente se aprietan en toda su longitud entre dos tablas de eucina, y esto todo lo mas fuerte que se puede: despues uno de los hombres que veis ahí coloca una de estas cuñas entre las rodillas, y la fuerza á entrar y despues de esta mete otra mas grande. Hay ocho para el tormento ordinario y dos mucho mayores para el estraordinario. Os prevengo, caballero, que estas cuñas rompen los huesos como si fueran vidrio, y desgarran las carnes con un dolor insoportable.

—¡Basta, señor; basta! dijo Gaston; á menos que no tengais el intento de doblar el suplicio con la descripcion del suplicio mismo. Pero si lo haceis por bondad y por guiarme en la eleccion, como vos debeis ser mas entendido que yo en esto, os suplico escojais entre las dos torturas la que deba hacerme morir mas pronto, y os quedaré muy agradecido.

Argeson fijó en el caballero una mirada, en la cual no pudo ocultar la especie de admiracion que le causaba la fuerza de voluntad del jóven.

—Vamos, le dijo; hablad, ¡qué diablo! y os evitareis el tormento.

—Nada puedo decir, porque nada tengo que revelar.

—No hagais el espartano, creedme; se grita mucho, pero entre los gritos siempre se habla un poco en el tormento.

—Haced la prueba, dijo Gaston.

El aire firme y resuelto del caballero, no obstante la lucha de la naturaleza, lucha que se conocia en su palidez y en un ligero temblor nervioso que le agitaba, dieron á Mr. d'Argenson la medida del valor de su prisionero. Estaba acostumbrado á estas cosas, y como rara vez le engañaba su golpe de vista, vió que nada sacaria de Gaston; pero insistió sin embargo.

—Vamos, le dijo: aun es tiempo; no nos obligueis á emprender nada contra vuestra persona.

—Caballero, contestò Gaston; os juro ante Dios que me oye, que si me poneis al tormento, en vez de hablar contendré mi aliento y me sofocaré á mí mismo si es posible; juzgad, pues, si cederé á las amenazas, resuelto como estoy á no ceder al dolor.

Argenson hizo una seña á los sayones, los cuales se acercaron á Gaston; pero en vez de abatirle su presencia, pareció redoblar su valor, y con una sonrisa tranquila les ayudó á desnudarse.

—¿Conque será el agua? preguntó el verdugo.

—El agua primero, contestó Argenson.

Entonces pasaron las cuerdas por los anillos, acercaron el banco, y llenaron los jarros: Gaston no pestañeó.

Argenson reflexionaba.

Y despues de diez minutos de meditacion, que debieron parecer un siglo al jòven, dijo el magistrado con un gruñido de despecho:

—Dejad al caballero, y conducidlo de nuevo á la Bastilla.

III.

Que clase de vida se hacia entonces en la Bastilla esperando la muerte.

Gaston estaba dispuesto á dar gracias al lugarteniente de policia; pero se detuvo, porque el hacerlo habria parecido miedo. Púsose, pues, su jubon y su sombrero, ajustó los puños de sus mangas, y volvió á la Bastilla por el mismo camino.

—No han querido dar tormento á un caballero, dijo Gaston para sí, y se contentarán con juzgarme y condenarme á muerte.

La amenaza del tormento habia tenido al menos una ventaja: la idea de la muerte parecia ahora sencilla y dulce al caballero, desembarazada de los suplicios preliminares de que el señor lugarteniente de policia se habia tomado la molestia de hacer tan exacta descripcion.

Hay mas; cuando volvió á su aposento, vió con placer todo lo que una hora antes le parecia horrible. El calabozo era alegre, la vista deliciosa, las mas tristes sentencias escritas en las paredes madrigales, si se comparan con las amenazas positivas que ofrecian los muros de la sala del tormento, y hubo hasta carceleros que parecieron á Gaston nobles señores de buen aspecto, comparados con los verdugos.

Apenas hacia una hora que descansaba en la contemplacion de estos objetos, cuando el mayor de la Bastilla vino á buscarlo seguido de un llavero.

- Comprendo, dijo Gaston; el convite del gobernador es sin duda una contraseña que se dá en semejantes casos para ahorrar al preso la angustia del suplicio. Voy á atravesar alguna sala con precipicios ocultos, á caer en ellos y á morir: ¡cúmplase la voluntad de Dios!

Entonces se levantó Gaston con paso firme, saludó con triste sonrisa al aposento

que abandonaba, siguió al mayor y cuando llegó á las últimas rejas, se sorprendió de no haberse precipitado aun. Mas de diez veces habia pronunciado durante la travesía el nombre de Elena para morir con él en los labios; pero ningun accidente siguió á esta poética y amorosa invocacion, y despues de haber pasado tranquilamente el puente levadizo, entró en el patio del gobierno, y poco despues en la casa misma del gobernador.

Mr. Delaunay salió á su encuentro, y le dijo:

—¿Me dais vuestra palabra de honor, caballero, de no pensar en escaparos de aquí todo el tiempo que esteis en mi casa?... Bien entendido añadió sonriendo, que una vez trasladado de nuevo á vuestro aposento, esa palabra no existe ya, y es de mi incumbencia entonces tomar precauciones para asegurarme la continuacion de vuestra compañía.

—Os doy mi palabra, contestó Gaston; pero en la forma que me la pedís.

—Pues entrad entonces, que os esperan.

Y el gobernador condujo al jóven á un salon muy bien amueblado, aunque á la moda de Luis XIV, que ya comenzaba á envejecer.

Gaston se sorprendió al ver la sociedad numerosa y perfumada que se encontraba allí.

—Señores, dijo el gobernador: tengo el honor de presentaros el caballero Gaston de Chanlay.

Y luego añadió, nombrando á cada una de las personas presentes:

—El señor duque de Richelieu.

—El señor conde de Laval.

—El señor caballero Dumesnil.

—El señor de Malezieux.

—¡Ah! dijo Gaston conriendo; toda la conspiracion de Cellamare.

—Menos el Sr. y la Sra. de Maine y el príncipe de Cellamare, dijo el abate Brigaud saludando á su vez.

—¡Ah! dijo Gaston con tono de reconvenccion; olvidais al bravo caballero de Harmental y á la sabia señorita de Launay.

—Harmental está preso en la cama por su herida, dijo Brigaud.

—En cuanto á la señorita de Launay, dijo el caballero Dumesnil ruborizándose de placer al ver entrar á su amada, aquí la tenemos, caballero, que viene á hacernos el honor de comer con nosotros.

—Tened la bondad de presentarme, caballero, dijo Gaston, pues entre prisioneros no se necesitan grandes cumplidos.

Y tomando el caballero Dumesnil á Gaston por la mano, lo presentó á la señorita de Launay.

Sin embargo, por mas imperio que Gaston tuviese sobre si mismo, no podia impedir que su fisonomia espresase cierta sorpresa.

—¡Ah, caballero! dijo el gobernador; os tengo cogido; ¿creíais acaso, como las tres cuartas partes de los parisienses, que yo devoraba mis prisioneros, ¿no es verdad?

—No, señor, respondió Gaston sonriendo; pero confieso haber creído un instante que el honor que voy á tener de comer con vos se aplazaba para otro dia.

—¿Pues como?

—Teneis la costumbre, para escitar el apetito de vuestros presos, hacerles dar antes de la comida el paseo que yo he...

—¡Ah! exclamó la señorita de Launay; ¿sois vos el que llevaban hace poco al tormento?

—Yo mismo, señorita, respondió Gaston, y creed que hubiera sido preciso un impedimento tan grande como ese para retenerme lejos de tan agradable compañía.

—Caballero, dijo el gobernador: no se me debe querer mal por esa clase de cosas, pues no están en mi jurisdiccion. A Dios gracias yo soy un militar y no un juez. No confundamos las armas con la toga, como dice Ciceron; mi oficio es guardaros, impedir que os fugueis, y haceros la morada de la Bastilla lo mas grata posible, para que

volvais á haceros meter en ella á fin de alegrarme de nuevo con vuestra sociedad. El oficio de maese d'Argenson es haceros torturar, decapitar, aborcar, enrodar, ó descuartizar si puede; quedémonos pues, cada uno con nuestra especialidad.—Señorita de Launay, ya nos anuncian que la sopa está en la mesa, añadió el gobernador viendo que abrian de par en par la puerta.—¿Queréis darme el brazo?—Perdon, caballero Dumesnil; estoy seguro de que me mirais como un tirano, pero soy el amo de la casa, y uso de mis privilegios.—¡A la mesa, señores á la mesa!

—¡Oh, que horrible cosa es la prision! dijo el duque de Richelieu levantando delicadamente los puños de sus mangas; esclavitud, hierros, cerrojos, pesadas cadenas!

—¿Quereis que os sirva de estos cangrejos? dijo el gobernador.

—Si, señor; con mucho gusto, dijo el duque, vuestro cocinero los guisa maravillosamente, y en verdad que estoy disgustado de que el mio no conspirase conmigo. Hubiera aprovechado su permanencia en la Bastilla tomando lecciones del vuestro.

—Sr. conde de Laval, continuó el gobernador: á vuestro lado teneis vino de Champagne; no olvidéis á vuestro vecino.

Laval se sirvió con aire sombrío un vaso

de Champagne, y lo apuró hasta la última gota.

—Lo hago traer directamente de Ai, dijo el gobernador.

—Pues me dareis las señas de vuestro proveedor, caballero Delaunay, dijo Riche-lieu; porque si el regente no me hace cortar mis cuatro cabezas, no podré beber ya mas vino que este.... ¡Que quereis! Me he embrutecido durante las tres permanencias que he hecho en la Bastilla, y soy un animal de costumbre.

—En efecto, repuso el gobernador; tomad ejemplo del duque, señores este si que es fiel, y por eso á nadie se dá su habitacion en su ausencia.

—Ese tirano de regente pudiera muy bien hacernos conservar á cada uno la suya, dijo Brigaud.

—Señor abate, trinchad esas perdices, dijo el gobernador, pues siempre he notado que los hombres de iglesia sobresalen en este género de ejercicio.

—Mucho honor me haceis, caballero, dijo Brigaud poniéndose delante el plato en que estaban los volátiles indicados, los cuales se puso á desarticular inmediatamente con una deztrez que probaba que Mr. Delaunay era un buen observador.

—Señor gobernador, dijo el conde de La-

val con una voz feroz ¿podrías decirme si es de orden vuestra el haber venido á despertarme á las dos de la mañana, y esplícarme que quiere decir esta persecucion?

Esa no es culpa mia señor conde, sino de estos señores y de estas damas, que no quieren absolutamente estar pacíficos á pesar de los consejos que todos los dias les doy.

—¡Nosotros! exclamaron los convidados.

—¡Sin duda repuso el gobernador allá en vuestras habitaciones cometéis mil infracciones al reglamento á cada instante me avisan que hay comunicaciones, correspondencias, billetes.

Richelieu prorrumpió en risa, y la señorita de Launay el caballero Dusmesnil se ruborizaron hasta lo blanco de sus ojos.

—Pero ya hablaremos de todo esto en los postres, continuó el gobernador.—Señor conde de Laval, á vuestra salud...¿No bebeis, Sr. de Chanlay?

—No, señor; escucho.

—Decid que pensais; no se me engaña de ese modo.

—¿En que? preguntó Malezieux.

—¿En qué quereis que piense un mozo de veinte y cinco año? Bien se ve que vais siendo viejo, señor poeta, ¡En su querida, pardiez!

—¿No es verdad, Sr. de Chanlay, dijo

Richelieu, que vale mas tener la cabeza separada del cuerpo que el cuerpo separado del alma?

—¡Bravo, bien! exclamó Malezieux. ¡Divino; encantador! Haré un dístico de ello para Mad. de Maine.

—A propósito, interrumpió Laval; ¿hay noticias de la corte? ¿Se sabe cómo sigue el rey?

—¡Señores, señores, exclamó el gobernador; nada de política, os lo suplico! Hablemos de bellas artes, de poesía, de literatura, de guerra, y aun de Bastilla, si gustais; yo prefiero esto último.

—¡Ah, sí! hablemos de Bastilla, dijo Richelieu. ¿Qué habeis hecho de Pempadour, señor gobernador?

—Señor duque, he tenido la gran pena de verme obligado á meterlo en un calabozo.

—¡En un calabozo! dijo Gaston; ¿pues qué habia hecho el marques?

—Habia pegado á su carcelero.

—¿Y de cuándo acá un caballero no puede pegar á sus criados? preguntó Richelieu.

— Los carceleros son criados del rey, señor duque, respondió sonriendo el gobernador.

—Decid mas bien del regente, replicó Richelieu.

—Sutil es la distincion.

—Pero muy exacta.

—¿Quereis de este Chambertin, Sr. de Laval? dijo el gobernador.

—Si, señor: si quereis beber conmigo á la salud del rey.

—No pido otra cosa mas, si quereis por vuestra parte hacerme el obsequio de beber á la salud del regente.

—Señor gobernador, dijo Laval; ya no tengo sed.

—Lo creo, pues acabais de beber un vaso de Chambertin de la bodega misma de S. A.

—¿Cómo, este Chambertin es del regente!

—Ayer me hizo el honor de enviármelo, sabiendo que algunas veces me concedíais el placer de vuestra compañía.

—¿En ese caso, exclamó Brigaud tirando al suelo el contenido del vaso, este Chambertin es veneno! *venenum furens*. Pasadme de vuestro vino de Ai, Sr. Delaunay.

—Acercad esta botella al señor abate, dijo el gobernador.

—¡Oh! exclamó Malezieux; el abate arroja el vino sin querer beberlo; abate, no os creia tan fanático por la buena causa.

—Si el vino es contrario á vuestros principios, os apruebo, abate; pero habeis hecho mal en tirarlo, porque yo me lo hubiera bebido. En efecto, viene de las bodegas del regente, y no encontrareis otro igual fuera del Palais-Royal. ¿Teneis mucho, señor gobernador?

—Seis botellas solamente.

—Ya veis qué sacrilegio habeis cometido, abate; ¡que diablo! debisteis volverlo á la botella, que era su puesto, y no al suelo: *vinum in amphoram*, como decia mi pedagogo.

—Señor duque, dijo Brigaud; me permitiré deciros una cosa: que no sabeis tan bien el latin como el español.

—Es verdad, abate, contestó Richelieu; pero aun hay otra lengua que sé menos y que quisiera aprender; el frances.

—¡Bah! dijo Malezieux; eso seria demasiado largo y enojoso, señor duque, y seria mas corto que os hiciérais recibir en la Academia.

—¿Y vos, señor caballero, dijo Richelieu á Chanlay, sabeis tambien el español?

—Corre el rumor de que estoy aquí por haber abusado de esa lengua.

—Caballero, dijo el gobernador; os prevengo que si volvemos á la política, me verá obligado á levantarme de la mesa.

—Entonces, repuso Richelieu, decid á la señorita de Launay que nos hable de matemáticas, lo cual no asustará á nadie.

La señorita se estremeció como quien sale de un sueño en sobresalto: colocada enfrente del caballero Dumesnil, se habia dejado llevar con él á una sencilla conversa-

cion de miradas, que nada tenia de molesto para el gobernador, pero que, en cambio, hacia muy infeliz al teniente de la Bastilla, Maison-Rouge, el cual estaba muy enamorado de la señorita de Launay, y hacia los mayores esfuerzos por agradar á su prisionera, como hemos visto, habia conseguido antes que él el caballero Dumesnil.

Gracias á la alocucion del gobernador, el resto de la comida fué muy decente con relacion á S. A. R. y á su ministro. Los prisioneros, para quienes estas reuniones, toleradas por el regente, eran una grande distraccion, tomaron á su cargo hablar de otra cosa, y Gaston pudo decir que una de las comidas mas alegres y encantadoras que habia hecho en su vida era aquella que acababa de terminar en la Bastilla.

Ademas, estaba vivamente escitada su curiosidad. Allí estaba enfrente de personajes cuyos nombres eran doblemente célebres por sus abuelos ó por sus talentos, célebres por el reciente lustre que acababa de darles la conspiracion de Cellamare. Por otra parte, todos estos personajes, hombres á la moda, grandes señores, poetas ú hombres de genio, le parecian á la altura de su reputacion.

Cuando terminó la comida, el gobernador hizo trasladar uno á uno á cada preso, que le dió gracias por su cortesía, sin apercibir-

se de que á pesar de la palabra dada las dos piezas contiguas al comedor estaban llenas de guardias, y que durante la comida estaban tan estrechamente vigilados, que les hubiera sido imposible darse el mas pequeño billete.

Gaston nada habia visto de esto, y estaba admirado. Este régimen de una prision de que se habla con tanto terror y el contraste de la escena que habia pasado dos horas antes en la sala del tormento con la que acababa de tener lugar en casa del señor gobernador, trastornaba todas sus ideas. Cuando le llegó su vez para retirarse, saludó á De-launay, y tomando la conversacion en el punto en que por la mañana la dejara, le preguntó si no seria posible tener navajas de afeitar, pues tales instrumentos le parecian de absoluta necesidad en un sitio donde se veia tan buena y elegante compañía.

—Señor caballero, dijo el gobernador: me desespera rehusaros una cosa cuya necesidad comprendo como vos; pero es contra todos los reglamentos de la casa que los presos se afeiten si no tienen permiso del señor lugar-teniente de policia. Pasad á mi gabinete, donde hallareis papel, pluma y tinta; escribidle; yo le haré entregar la carta, y no dudo que pronto recibireis la respuesta que deseais.

—¿Pero esos caballeros tan bien vestidos y afeitados con quienes acabo de comer, son privilegiados?

—Nada de eso: han tenido que pedir el permiso, como vos vais á hacer. El señor Richelieu, á quien veis tan recientemente peinado y afeitado, estuvo un mes barbudo como un patriarca.

—Trabajo me cuesta conciliar esa severidad en los pequeños detalles, con la reunion llena de libertad que acabo de ver.

—Caballero, dijo el gobernador: yó tambien tengo mis privilegios, privilegios que no alcanzan á daros navajas de afeitar, plumas y libros; pero que me dejan en libertad de convidar á mi mesa á los presos que quiero favorecer, suponiendo que tal convite sea un favor. Verdad es que estoy obligado á dar cuenta al lugar-teniente de policia de los propósitos que puedan tener contra el gobierno; pero no permitiéndoles hablar de política, estoy dispensado, como veis, de hacer traicion á la hospitalidad de mi mesa dando cuenta de sus conversaciones.

—¿Y no se teme, preguntó Gaston, que esa intimidación entre vos y vuestros pensionistas no produzca por vuestra parte indulgencias que no estén en las intenciones del gobierno?

—Yo conozco mis deberes, caballero; y

me encierro en sus mas estrechos limites. Tales como habeis visto hoy á mis convidados, y sin que uno solo piense en quejarse de mi, ya han pasado desde sus habitaciones al calabozo, donde uno de ellos está todavia. Yo recibo las órdenes de la corte, las cumpla, y mis huéspedes, que saben nada tengo que ver con ellas, y que, por el contrario las dulcifico en cuanto está en mi poder, no me tienen ningun rencor. Espero que os sucederá lo mismo, si, lo que no tengo ninguna razon para prever, llegase alguna orden que no estuviese conforme con vuestros deseos.

Gaston se sonrió con melancolía.

—No es inútil la precaucion, repuso, porque dudo me dejen gozar mucho tiempo del placer que hoy he tenido. En todos casos os prometo ponerlos al corriente de todos los tristes sucesos que puedan acontecerme.

—¿Sin duda teneis algun protector en la corte? preguntó el gobernador.

—Ninguno, respondió Gaston.

—¿Algun poder benéfico que vela por vos?

—No conozco ninguno.

—Entonces es preciso contar con la casualidad, caballero.

—Jamás la he encontrado buena.

—Razon mas para que deje de seros contraria.

—Ademas soy breton, añadió el caballero; y en Bretaña solo creemos en Dios.

—Eso es lo que yo he querido decir, repuso el gobernador, cuando os he hablado de la casualidad.

Gaston hizo su súplica, y se retiró completamente encantado de las maneras y del carácter de Mr. Delaunay.

IV.

Cómo se pasaba la noche en la Bastilla esperando el dia.

La víspera se habia informado Gaston de si los presos podian tener luz, y el carcelero, á quien llamó al efecto, le habia respondido negativamente. Cuando llegó la noche y en esta época del año llegaba muy temprano, se acostó tranquilamente, pues su visita de aquella mañana á la sala del tormento le habia dado una gran leccion de filosofia.

Fuese indiferencia juvenil ó fuerza de carácter, ó mas bien que todo esto necesidad imperiosa de la naturaleza en una organizacion de veinte y cinco años, ello fué que se durmió con profundo sueño unos veinte minutos despues de haberse acostado.

Dificil hubiera sido al caballero decir el

tiempo que llevaba durmiendo, cuando de pronto despertó sobresaltado por el sonido de una campanilla que parecia estar dentro de su cuarto; pero por mas que abrió los ojos, ni vió la campanilla ni quien la agitaba: verdad es que estaba muy oscura aun de dia la habitacion del caballero, y que como es fácil presumir, de noche estaria mucho mas.

Entre tanto la campanilla seguia sonando con precaucion, como una campanilla discreta que teme ser oida. Fijando mas la atencion Chanlây creyó notar que el ruido venia de la chimenea.

Levantóse y se acercó con tiento al lugar de donde salia el ruido argentino de la campanilla, y no se habia equivocado; era de la chimenea.

Estando ocupado en cerciorarse de este hecho, oyó golpes en el suelo dados al parecer con un instrumento contundente, é interrumpidos por intrévalos regulares.

Era evidente que el sonar de la campanilla y los golpes en el suelo eran señales, y que estas señales se las hacian los presos sus vecinos.

Para ver un poco mas claro lo que iba á hacer, Gaston fué á correr las cortinas de sarga verde de la ventana, las cuales interceptaban los rayos de la luna, entonces en

su mayor plenitud; pero al correrlas vió un objeto que se agitaba colgando de un hilo delante de los barrotes.

—¡Bueno! dijo: parece que voy á tener ocupacion; pero vamos despacio, pues es necesaria la regularidad, sobre todo en la cárcel. Veamos lo que quiere la campanilla, pues ella tiene la prioridad.

Y volviendo Gaston á la chimenea, metió la mano y tentó un cordon, de cuyo extremo pendia la campanilla. Gaston tiró de ella pero resistió.

—¡Bueno! dijo una voz que llegó hasta él conducida por el cañon de la chimenea; ¿estais ahí?

—Si, respondió Chanlay: ¿que me quereis?

—¡Pardiez, lo que quiero!...hablar.

—Pues bien hablemos, dijo el caballero.

—¿No sois el Sr. caballero Gaston de Chanlay, con el cual he tenido el honor de comer hoy en casa del gobernador Mr. de Delaunay?

—Justamente.

—En ese caso soy un servidor vuestro.

—Y yo de vos.

—En ese caso, tened la bondad de decirme como estan los negocios de la Bretaña.

—Ya lo veis, caballero; estan en la Bastilla.

—¡Bueno! dijo la voz con un acento, cuya alegría no pudo ocultar.

—Perdon, dijo Chanlay; pero ¿qué intereses teneis por lo que pasa en Bretaña?

—Es que, respondió la voz, cuando los negocios de Bretaña van mal, nos tratan bien, y cuando prosperan, nos tratan mal. Por eso el otro dia, á propósito de no se que negocio que decian tener ramificaciones con el nuestro á todos nos pusieron en el calabozo.

—¡Ah, diablo! dijo Gaston para si, si vos no lo sabeis yo si lo se.

Y luego añadió:

—Pues tranquilizaos caballero; van mal y por eso hemos tenido el honor de comer hoy juntos.

—¿Yestareis por ventura comprometido?

—Lo temo.

—Entonces recibid mis excusas.

—Yo soy quien os suplica que acepteis las mias; pero tengo un vecino debajo de mi que se impacienta y da tremendos golpes; permitidme que le responda.

—Id, caballero; id; y tanto mas cuanto que, si mis cálculos topográficos son exactos, ese que llama debe ser el marques de Pompadour.

—Difícil me será cerciorarme de ello.

—No tanto como creeis.

—¿Como?

—No golpea de una manera particular?

—Si. ¿Oculta acaso esa manera algun sentido?

—Sin duda; ese es el modo de que usamos para entendernos cuando no tenemos la dicha de comunicarnos directamente, como nos sucede ahora mismo á nosotros.

—Pues entonces tened la bondad de darme la clave del asunto.

—¿No es difícil; cada letra, ¿no tiene un número en el alfabeto?

—Sin duda.

—¿No tiene veinte y cuatro letras el alfabeto?

—Yo no las he contado, pero lo creo, puesto que lo decis.

—¿Pues bien! un golpe es A, dos B, tres C, y así sucesivamente.

—Comprendo; pero como ese método de correspondencia debe ser un poco lento, y veo colgando por mi ventana un hilo que se impacienta, voy á dar uno ó dos golpes para que entienda mi vecino de abajo que lo he oído y voy á la ventana.

—Si, caballero; os suplico que vayais, pues, si no me engaño, ese hilo que cuelga es muy importante para mi. Pero antes dar tres golpes en el suelo, lo cual quiere decir *paciencia* en lenguaje de Bastilla. El preso

esperará entonces á que le hagais una nueva señal.

Gaston dió tres golpes con un pie de su silla, y en efecto, no oyó mas el ruido de abajo.

Entonces se acercó á la ventana.

No era cosa fácil alcanzar á los barrotes clavados en la parte exterior de un muro de cinco ó seis pies de espesor; mas, sin embargo, acercando la mesa á la ventana, consiguió asirse con una mano á la reja y agarrar con la otra el hilo, que se mostró muy agradecido agitándose suavemente tan pronto como sintió que se ocupaban de él.

Gaston tiró hácia sí del paquete, que tuvo alguna dificultad en penetrar por entre los hierros.

El paquete contenia un bote de confituras y un libro.

Gaston vió que habia alguna cosa escrita en el papel del bote de confites, pero no pudo leer á causa de la oscuridad.

El hilo seguia agitándose, lo cual queria decir sin duda que esperaba una respuesta.

Chanlay se acordó de la leccion de su vecino de la campanilla, tomó una escoba que habia visto en un rincon, la cual servia para quitar las telarañas, y dió tres golpes en el techo.

Recuérdese que en lenguaje de Bastilla

tres golpes querian decir *paciencia*.

A lo que parece el preso del paquete entendia este lenguaje, porque retiró su hilo, desembarazado de su cargamento.

Gaston volvió á la chimenea.

—¡Eh, caballero! dijo.

—Aquí estoy: ¿qué hay?

—Que acabo de recibir por conducto del hilo un libro y un bote de dulces.

—¿No hay algo escrito en el bote ó en el libro?

—En el libro no sé, pero en el bote estoy seguro que sí. Desgraciadamente no puedo leer, á causa de la oscuridad.

—Esperad, dijo la voz; voy á enviaros luz.

—Creí que eso estaba prohibido á los presos.

—Sí, pero yo me he procurado una.

—Pues enviadla, respondió Gaston, pues estoy tan impaciente como vos por ver lo que me escriben.

Y como pensó que la noche podria pasarse muy bien en conversacion con los vecinos, y no hacia calor en aquella inmensa sala, Gaston comenzó á volverse á vestir á tientas.

Bien ó mal, acababa de terminar su *toilette*, cuando vió que la chimenea se iluminaba poco á poco. La campanilla volvió á bajar sostenida por su cordon, pero esta vez venia trasformada en lámpara.

La transformación se había hecho de la manera mas fácil; la campanilla estaba boca arriba; en el recipiente se había echado aceite, y en el aceite ardía un pedazo de mecha.

Gaston, que aun no estaba acostumbrado á la vida de cárcel, ni á las imaginaciones que esta produce, encontró el medio tan ingenioso, que olvidó momentáneamente el libro y el bote de confituras.

—Caballero, dijo á su vecino: ¿podria yo sin indiscrecion, preguntaros como os habeis procurado los diferentes objetos necesarios para haber fabricado esta mariposa?

—Nada mas sencillo, caballero: he pedido una campanilla para llamar cuando lo necesitase, y me la han concedido sin dificultad. Despues he economizado el aceite de mis desayunos y de mis comidas, hasta que he llenado una botella, he fabricado mechas deshilachando uno de mis pañuelos, y una cantidad de yesca de trapo quemado; he cogido un jigarro paseándose en el patio; he robado cierto número de pajolillas comiendo en casa del gobernador, y todo lo he completado con un cuchillo que poseo, con cuyo auxilio, ademas, he practicado el agujero por el cual nos correspondemos.

—Recibid mi enhorabuena, caballero, sois un hombre lleno de invencion.

—Os doy gracias por el cumplimiento;

pero ¿tendreis la bondad ahora de ver qué libro es ese que os envian, y que hay escrito en el papel del bote de confites?

—Caballero, el libro es un Virgilio.

—¡Eso es, me lo había prometido! exclamó la voz con un acento de felicidad que sorprendió al caballero, pues no comprendia que un Virgilio pudiese ser esperado con tanta impaciencia.

Ahora, dijo el preso de la campanilla, pasad, si gustais, al bote de dulces.

Con mucho gusto, dijo Gaston, y leyó:

«Señor caballero: He sabido por el teniente del castillo que ocupais la sala del primer piso, la cual tiene una ventana perpendicular á la mia: los prisioneros se deben mutuamente, auxilio y socorro: comeos los confites, y pasad por vuestra chimenea el Virgilio adjunto al caballero Dumesnil que no tiene mas ventana que la que dá al patio.»

—Eso era lo que yo esperaba, dijo el preso de la campanilla, pues durante la comida tuve aviso de que recibiria este mensaje.

—¿Luego sois el caballero Dumesnil? preguntó Gaston.

—Sí, señor, y servidor vuestro, creedme.

—Yo sí que lo soy de vos, contestó Gaston riendo; os debo este bote de confites, y

creed que no olvidaré esta atención.

—En ese caso tened á bien desatar la campanilla y poner el Virgilio en su lugar.

—Pero si no teneis la campanilla, no podreis leer, dijo Gaston.

—No os inquieteis por eso, respondió el prisionero que yo voy á fabricar otra linterna.

Gaston, que se atenia al ingenio de su vecino, ingenio de que le habia dado la prueba, no puso ninguna dificultad en acceder á su deseo: quitó la campanilla, que colocó en el cuello de una botella vacía, y ató el Virgilio al cordon, poniendo antes en aquel una carta que se habia caido del mismo. El cordon subió alegremente.

Es increíble como todos los objetos parecen dotados de vida y de sentimiento en una cárcel.

—Gracias, caballero, dijo Dumesnil; y ahora, si quereis responder á vuestro vecino de abajo...

—Me devolveis mi libertad, ¿no es verdad? dijo Chanlay.

—Sí, señor; aunque os prevengo que dentro de poco haré un nuevo llamamiento á vuestra bondad.

—Estoy á vuestra órdenes. ¿Decíase sobre las letras del alfabeto?

—Un golpe A, veinte y cuatro Z.

—Gracias.

El caballero dió con el palo de la escoba un golpe en el suelo, para advertir al vecino de abajo que estaba dispuesto á entrar en conversacion con él, el cual vecino, que sin duda esperaba esta señal con impaciencia, respondió al punto con otro golpe.

Al cabo de media hora de golpes cambiados, los dos presos habian llegado á decirse:

—Buenas noches, caballero; ¿cómo os llamais?

—Gracias; me llamo el caballero Gaston de Chanlay.

—Y yo el marqués de Pompadour.

En este momento volvió Gaston por casualidad los ojos hácia la ventana, y vió el hilo que se agitaba de una manera convulsiva.

Dió tres golpes, en signo de invitacion á la paciencia, y se dirigió á la chimenea.

—Caballero, dijo á Dumesnil; tendré el honor de hacerlos observar que el hilo de la ventana se fastidia prodigiosamente.

—Suplicadle que tenga paciencia, pues en un instante acabo.

Gaston hizo en el techo la misma operacion que acababa de efectuar en el suelo.

Y se volvió á la chimenea.

Al cabo de un momento bajó el Virgilio.

—Caballero, dijo el de Dumesnil: tened

la bondad de atar el Virgilio al hilo, pues esto es lo que espera.

Gaston tuvo la curiosidad de ver si el caballero habia contestado á la señorita de Lannay; abrió el Virgilio, y no encontró ninguna carta dentro, pero sí algunas palabras subrayadas del lapiz, y pudo leer: *meos amores, y carceris oblivia longa*. Comprendió este método de correspondencia, que consistia en tomar un capítulo de un libro, y subrayar palabras que, colocadas unas despues de otras, formaban un sentido. El caballero Dumesnil y la señorita de Lannay habian escogido, como muy análogo á las circunstancias y muy en armonía con la situacion de sus corazones, el cuarto libro de la Eneida, que trata, como todos saben, de los amores de Dido y de Eneas.

—¡Bueno! dijo Gaston abriendo la ventana y atando al hilo el Virgilio; parece que me he convertido en estafeta.

Despues dio un profundo suspiro, pensando en que no tenia medio alguno de corresponderse con Elena, y que la pobre niña ignoraba completamente lo que habia sido de él. Esto le causó una lástima mas profunda aun hácia los amores de la señorita de Lannay y del caballero Dumesnil.

Inmediatamente volvió á la chimenea y dijo.

—Caballero, podeis estar tranquilo, vuestra respuesta ha llegado á buen puerto.

—¡Ah! mil gracias; ahora, una palabra mas y os dejo dormir tranquilamente.

—¡Oh! no tengais cuidado por eso; decidlo que querais.

—¿Habeis hablado con el preso de abajo?

—Sí.

—¿Quien es?

—El marques de Pompadour.

—Lo sospechaba; ¿que os ha dicho?

—Me ha dicho *buenas noches*, y me ha preguntado como me llamaba; pero no ha tenido tiempo para preguntarme otra cosa. Esta manera de correspondencia es ingeniosa, pero no es pronta.

—Es preciso abrir un agujero, y entonces os comunicareis directamente, como nosotros lo hacemos.

—Abrir un agujero, ¿y con qué?

—Voy á prestaros mi cuchillo.

—Gracias.

—Aunque esto no sirviera mas que para distraeros, ya seria alguna cosa.

—Dádmelo.

—Allá va.

Y el cuchillo cayó á los pies de Gaston.

—¿Quereis que os devuelva la campanilla? preguntó Gaston.

—Sí, porque al hacer mañana la visita,

notarian los guardias la falta, y ademas, ya no necesitais tener luz para volver á la conversacion con Pompadour.

—Cierto que no.

La campanilla volvió á subir por la chimenea.

—Si quereis algo para beber con los confites, voy á enviaros una botella de Champagne, dijo Dumesnil.

—Gracias, contestó Gaston; no os priveis de ella por mi pues no soy aficionado en extremo.

—Pues entonces la pasareis á Pompadour cuando esté el agujero hecho pues en este punto no piensa como vos. Allá va.

—Gracias.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Gaston miró otra vez á la ventana; el hilo se habia acostado, ó al menos habia vuelto á su cuarto.

—¡Ah! dijo suspirando; la Bastilla seria un Paraiso para mí si yo estuviera en el lugar de Dumesnil y mi pobre Elena fuese la señorita de Launay.

Luego volvió á su conversacion con Pompadour, que duró hasta las tres de la mañana, y en la cual le dijo que iba á abrir un agujero para tener con él una comunicacion mas directa.

Un compañero de Bastilla.

Ocupado de este modo, el día con los interrogatorios, la noche con la correspondencia de sus vecinos, y en los intervalos abriendo un agujero para comunicarse con Pompadour, Gaston estaba mas inquieto que fastidiado. Además, habia descubierto otra fuente de distracciones. La señorita de Launay, que obtenia todo lo que deseaba del teniente Maison-Rouge con tal de que pidiera las cosas con dulce sonrisa, habia alcanzado de él papel y plumas, enviando naturalmente parte de estos útiles al caballero Dumesnil, el cual habia compartido su tesoro con Gaston y con Richelieu. Gaston habia tenido la idea, — todos los bretones son mas ó menos poetas, — de hacer versos á Elena, y el caballero Dumesnil, por su parte, los hacia para la señorita de Launay, la cual le contestaba del mismo modo. La Bastilla, pues, se habia convertido en un verdadero Parnaso, únicamente deshonorado por Richelieu, que todo lo hacia en prosa, escribiendo por cuantos medios eran posibles á sus amigos y queridas.

Así pasaba el tiempo ademas de que el tiempo pasa siempre, aun en la Bastilla.

Habian preguntado á Gaston si queria asistir á la misa, y como, ademas de la distraccion que la misa debia procurarle, Gaston era esencial y profundamente religioso, habia aceptado de todo corazon. Al día siguiente de hacerle esta proposicion vinieron á buscarlo.

La misa de la Bastilla se celebraba en una pequeña iglesia, que en vez de tribunas tenia unos gabinetes separados que daban vista al coro por un grande arco, de suerte que el preso no podia ver al celebrante hasta el momento de la elevacion, y solamente por detras. El celebrante jamás veia á los presos. Habiasse imaginado esta manera de asistir al sacrificio divino en tiempo del gran rey, porque un dia uno de los presos interpeló al sacerdote, y le hizo revelaciones públicas.

Gaston vió en la misa al conde de Laval y á Richelieu, que habian solicitado asistir al oficio divino, no como Chanlay, por un sentimiento religioso, sino, á lo que parecia por charlar juntos, pues Gaston notó que arrodillados uno junto á otro no dejaban de cuchichear. El señor de Laval parecia tener noticias muy importantes que comunicar al duque, y de vez en cuando fijaba este los

ojos en Gaston, lo cual le probaba que no era extraño á estas noticias.

Mas como ni uno ni otro le dirigian la palabra sino para hacerle los cumplidos de costumbre, el jóven se mantuvo en la reserva, y no les hizo ninguna pregunta.

Concluida la misa volvieron los presos á sus cuartos, y al atravesar Gaston un corredor oscuro, se cruzó con un hombre que parecia un empleado de la casa. Este hombre buscó la mano de Gaston, y deslizò en ella un papel.

Gaston metió indiferentemente la mano en el bolsillo de su jubon, y dejó en él el billete. Pero cuando vió cerrada la puerta de su cuarto detras del conductor, sacó ávidamente el billete, y vió que estaba escrito en un papel de azucar, con la punta de un carbon afilado, y que contenia esta sola línea:

«Fingid que estais malo de fastidio.

Pareciole al principio que la letra del billete no le era del todo desconocida; pero estaba tan groseramente trazada, que era muy difícil que aquellos rasgos pudiesen servir de recuerdo á su memoria. Perdió, pues, poco á poco esta idea, y esperó la noche con impaciencia para consultar al caballero Dumensnil sobre lo que debia hacer.

Llegada la noche, hizo la señal de costumbre: el caballero se colocó en su puesto

y Gaston le contó lo que le habia sucedido, preguntando á Dumesnil, que conocia de mucho tiempo la Bastilla, lo que pensaba del aviso que le habia dado su corresponsal desconocido.

—¡A fe mia! le respondió el caballero; aunque yo no sepa de dónde puede venir el consejo, seguidlo siempre, porque no puede dañaros: tal vez os darán menos de comer, pero esto es lo peor que puede sucederos.

—Pero ¿y si conocen que mi enfermedad es fingida?....

—¡Oh! no hay ningun peligro en eso, respondió el caballero: el cirujano de la Bastilla es completamente ignorante en medicina y no conocerá vuestro mal sino para hacer lo que ordeneis vos mismo: tal vez os permitan entonces pasear por el jardin, y sereis muy dichoso, porque es una distraccion muy grande.

Gaston no quiso atenerse á esto, y consultó á la señorita de Launay, la cual, fuese lógica ó simpatía, fué exactamente del mismo parecer que el caballero. Solo añadió:

—Si os ponen á dieta, decídmelo, y os enviaré pollos, confites y vino de Burdeos.

—Pompadour no respondió nada, porque aun no estaba practicado el agujero.

Gaston se hizo, pues, el enfermo, no co-

miendo nada de lo que le llevaban, y viviendo de las liberalidades de su vecina, cuyas ofertas habia aceptado.

Al segundo dia dijeron á Mr. Delaunay que Gaston no habia comido nada en cuarenta horas, y subiendo á hacerle una visita, lo encontró en la cama.

—Caballero, le dijo: sé que estais malo, y vengo en persona á informarme del estado de vuestra salud.

—Sois demasiado bueno, respondió Gaston; es verdad que estoy algo malo.

—¿Y qué teneis? preguntó el gobernador.

—Caballero, no creo que pongais mucho amor propio en vuestro castillo, y asi os diré que me aburro en la Bastilla.

—¡Cómo! ¿A los cuatro ó cinco dias de estar aqui?

—Me aburrí desde la primera hora.

—¿Y qué clase de fastidio experimentais?

—¿Hay muchos acaso?

—Sin duda; se aburre uno de su familia.

—Yo no la tengo.

—De su querida.

Gaston dió un suspiro.

—Se aburre uno de su pais.

—Sí eso es, dijo Gaston, conociendo que era preciso que se aburriese de algo.

El gobernador pareció reflexionar un momento.

—Sr. de Chanlay, le dijo: desde que soy gobernador de la Bastilla declaro que los únicos momentos agradables que he pasado en ella son aquellos en que he podido prestar algún servicio á los caballeros que el rey confia á mis cuidados. Estoy, pues, dispuesto á hacer alguna cosa por vos, si me prometeis ser razonable.

—Os lo prometo, caballero.

—Puedo ponerlos en relaciones con un compatriota vuestro, ó al menos con un hombre que me ha parecido conoce perfectamente la Bretaña.

—¿Y ese hombre está preso como yo?

—Como vos.

Un vago presentimiento ocurrió á Gaston de que aquel compatriota de que hablaba Mr. Delaunay era el mismo que le habia hecho entregar el billete en que se le invitaba á fingirse malo.

—Si quereis hacer eso por mí, dijo Chanlay, os quedaré muy agradecido.

—¡Pues bien! mañana os lo haré ver; mas como me han encargado que lo vigile muy severamente, no podreis estar con él más de una hora, y como hay prohibicion absoluta de que él salga de su cuarto, vos sereis quien irá á verlo.

—Haré todo lo que deseais, respondió Gaston.

—Entonces, esperadme mañana á las cinco, á mi ó al mayor de la plaza; pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que entre tanto que llega esta distraccion comereis un poco hoy.

—Haré lo que pueda.

Gaston se comió media pechuga de ave, y bebió dos dedos de vino para cumplir su palabra á Mr. Delaunay.

—Por la noche dió parte al caballero Dumesnil de lo que habia pasado entre él y el gobernador.

—A fé mia que sois dichoso, le dijo este; el conde de Laval ha tenido la misma idea que vos, y la única cosa que obtuvo fué ser trasladado á un cuarto de la torre del Trésor donde me decia que se fastidiaba de muerte, no teniendo mas distraccion que la de charlar con el boticario de la Bastilla.

—¡Diablo! dijo Gaston; ¿cómo no me habeis dicho eso antes?

—Lo habia olvidado.

Este recuerdo tardio del caballero turbó un poco á Gaston. Colocado como estaba entre la señorita de Launay, el caballero Dumesnil y el marques de Pompadour, con quien pronto iba á entrar en relaciones, su posicion era tolerable, prescindiendo de la inquietud que le inspiraba su suerte y la de

Elena. Si lo trasladaban á otra parte, no podia menos de ser atacado de la enfermedad que acababa de fingir.

A la hora convenida, el mayor de la Bastilla, seguido de un carcelero, llegó en busca de Gaston, al cual hizo atravesar muchos patios, y al fin paró delante de la torre del Trésor. Cada torre, como es sabido, tenia su nombre particular.

En el cuarto número 4 habia un preso que, con la espalda vuelta á la luz, dormia vestido y todo en su lecho. Los restos de su comida aun estaban sobre una mesa de madera carcomida y su traje, roto por muchas partes, indicaba que era un hombre del pueblo.

—¡Bah! dijo Gaston: ¿han pensado, pues, que yo amaba la Bretaña hasta el punto de que el primer tuno que se encontrára, porque fuese de Rennes ó de Penmark, podia ser elevado al rango de mi Pilades? ¡Oh no; este está un poco derrotado, y me parece que come mucho; pero como al fin y al postre no debe uno ser caprichoso en la cárcel, ensayemos. Contaré la aventura á la señorita de Launay, y ella la rimará para el caballero Dumesnil.

Gaston se quedó solo con el preso, que comenzó por estirarse á sus anchas, luego bostezó tres ó cuatro veces, miró sin ver nada

en la sala, é hizo crugir la cama desperezándose.

—¡Bueno; que frío hace en esta maldita Bastilla! murmuró rascándose la nariz con furor.

—¡Esa voz! pensó Gaston.... si, si; es el mismo, no me engaño.

Y se acercó á la cama.

—¡Calle, calle! dijo el preso sacando las piernas del catre, sobre el cual quedó sentado mirando á Gaston con aire sorprendido

—¿Vos aqui señor de Chanlay?

—¡El capitan la Jouquiere! exclamó Gaston.

—El mismo; es decir, no; ya no soy lo que decis, pues he cambiado de nombre desde que no nos vemos.

—¿Vos?

—Si, yo.

—¿Y como os llamais?

—*Trésor primero.*

—¿Como decis?

—*Trésor primero*, para serviros. Es una costumbre de la Bastilla que el preso tome el nombre de su cuarto: esto ahorra á los carceleros el disgusto de retener nombres que no tienen necesidad de saber, y que seria peligroso para ellos no olvidar. Sin embargo, hay casos en que esto varia; cuando la Bastilla está demasiado llena, y ponen dos

é tres prisioneros juntos, toman números de doble significacion: ejemplo. Me han metido aqui solo, y soy *Trésor primero*; si os metieran conmigo, seriais *Trésor primero vis*, y si metieran á S. E. con nosotros, seria *Trésor primero ter*. Los carceleros tienen para este uso una especie de literatura latina.

—Comprendo, respondió Gaston, que habia mirado fijamente á La Jouquiére mientras le daba esta explicacion: ¿conque estais preso?

—¡Pardiez! bien lo veis. Presumo que ni vos ni yo estaremos aqui por nuestro gusto.

—¿Luego estamos descubiertos?

—Mucho lo temo.

—¡Gracias á vos!

—¡Como gracias á mi! exclamó La Jouquiére fingiendo la mas profunda sorpresa. Os suplico que no bromeemos.

—¡Habeis hecho revelaciones, traidor!

—¿Yo? Vamos, joven; estais loco, y no es en la Bastilla donde han debido meteros, sino en las Petites-Maisons.

—No negueis, el Sr. d'Argenson me lo ha dicho.

—¡El Sr. d'Argeson! ¡pardiez! La autoridad es buena. ¿Y sabeis lo que me ha dicho á mi.

—No.

—Pues me ha dicho que vos me habiais denunciado.

—¡Caballero!

—¡Bah! no nos vayamos á cortar el pescuezo porque la policia ha hecho su oficio mintiendo como un horrible sacamuelas.

—Pero en fin, ¿como ha podido descubrirse?.....

—Eso pregunto yo. Pero ello es que hay un hecho, y es que si yo hubiera dicho alguna cosa, no estaria aqui. Poco me habeis visto; mas sin embargo, habeis debido adivinar que no soy bastante bestia para hacer confesiones gratis. Las revelaciones se venden, señor mio, y aun se venden bien para los tiempos que corren, y yo se que Dubois las habria comprado muy caras.

—Tal vez tengais razon, dijo Chanlay despues de haber reflexionado; pero de todos modos, bendigamos la casualidad que nos reune.

—Con toda mi alma.

—Sin embargo no, no teneis el aire muy alegre.

—Es que no lo estoy efectivamente, lo confieso.

—¡Capitan!

—¡Oh, Dios mio; que mal carácter teneis!

—¿Yo?

—Si, siempre os exasperais... Me atengo á mi soledad, pues ella es la única que no habla.

—¡Como!

—Si escúchame. ¿Creeis, como decis que sea la casualidad quien nos reune?

—Pues ¿que queriais que fuera?

—¡Pardiez! alguna conuinacion incógnita ds nuestros carceleros, de Argenson, de Dubois quizá.

—¿No sois vos quien me ha escrito un billete?

—¡Un billete yo!

—En el cual me deciais que fingiese una enfermedad de aburrimiento?

—¿Y á que habia de escribiros eso? ¿Con que? ¿Por medio de quien?

Gaston se puso á reflexionar, y en este tiempo fué La Jouquiere lo miró con su ojo vivo y penetrante.

—Mirad, dijo el capitan de pronto; yo creo, por el contrario, que es á vos á quien debemos el placer de vernos reunidos en la Bastilla.

—¿A mi caballero?

—Si, porque sois demasiado confiado. Os doy este consejo para que cuando salgais de aqui, y sobre todo, para el caso en que os quedeis.

—Gracias.

—Habeis notado si os seguian?

—No.

—Querido, cuando seconspira, no es pre-

ciso mira al frente, sino siempre atrás.

Gaston confesó que no habia tomado esta precaucion.

—¿Y el duque, está arrestado? preguntò La Jouquiere.

—Nada se; iba á preguntároslo.

—¡Diablo! eso seria muy malo. ¿Habeis llevado una jóven á su casa?

—¿Sabeis eso?

—¡Todo se sabe, querido! ¿No podria ser ella quien ha hablado? ¡Ah, querido caballero; las mugeres, las mugeres!

—Esa es muy valiente, caballero, y por su discrecion y valor respondo de ella como de mi mismo.

—Si ya comprendo: la amamos luego es de miel y de oro. ¡Diablo de conspirador!... ¿Quien os ha metido en la cabeza llevar mugeres á casa del jefe de complot?

—En primer lugar, os digo que nada le he confiado y que nada puede saber de mis secretos salvo lo que haya sorprendido.

—La muger tiene el ojo penetrante y la nariz muy fina.

—Y ademas, aunque supiera mis proyectos como yo mismo, estoy convencido de que no abriria su boca.

—Sin contar con la disposicion que tiene naturalmente para este ejercicio ¿no se hace siempre hablar á una muger? La habrán di-

cho sin preparacion alguna:—«Al Sr. de Chanlay, vuestro amante, van á cortarle la cabeza,—lo cual, por otra parte, es muy posible, sea dicho en paréntesis,—si no dais algunas esplicaciones» y apuesto á que ha hablado.

—No hay miedo caballero; me ama demasiado.

—Por eso justamente habrá hablado como una cotorra, y henos aqui á los dos enjaulados. En fin, no hablemos mas de esto. ¿Que haceis aqui?

—Yo me divierto.

—¿Os divertís! ¡Ah, bueno!... ¡Os divertís! ¿Y en qué?

—En hacer versos, en comer confites, en horadar el suelo.

—¿Haceis agujeros en el yeso del rey? dijo La Jouquiere rascándose la nariz. ¡Oh, oh! bueno es saber eso. Y el Sr. Delaunay, ¿no riñe?

—El Sr. Delaunay no sabe nada, respondió Gaston: ademas, yo no soy solo, pues aqui todo el mundo agujerea algo, uno en el suelo, otro la chimenea, otro la pared..... ¿Y vos no agujereais nada?

La Jouquiere miró á Gaston para ver si no se burlaba de él.

—Ya os diré eso mas tarde; pero veamos, caballero Gaston; hablemos formalmente;

¿Estais condenado á muerte?

—¿Yo?

—Si, vos.

—¿Cómo me decis eso?

—Esto es costumbre en la Bastilla; veinte condenados á muerte hay aquí que no por eso les va mal.

—He sido interrogado.

—Ya veis.

—Pero creo no estar condenado aun.

—Ya vendrá eso.

—Querido capitán, dijo Gaston: me parece que sois de una loca alegría.

—¿Os parece?

—Si.

—¿Y os sorprende eso?

—No sabia que fuérais tan intrépido.

—¿Segun eso sentireis perder la vida?

—Lo confieso, pues para ser feliz solo me hace falta una cosa, que es vivir.

—¿Y os habéis metido á conspirador teniendo la probabilidad de ser feliz? No os comprendo. Yo creia que no se conspiraba sino en desesperacion de causa, como no se casa uno sino cuando no tiene otro remedio.

—Cuando yo entré en esta conspiracion no amaba todavía.

—¿Y despues?

—Despues no he querido salir de ella.

—¡Bravo! eso se llama carácter. ¿Os han puesto al tormento?

—No, pero puedo decir que le ha faltado poco.

—Pues no faltará nada.

—¿Por qué decís eso?

—Porque á mi me lo han dado, y seria injusto que nos tratasen de una manera diversa. Mirad cómo me han puesto el vestido esos caribes.

—¿Qué tormento os han dado? preguntó Gaston estremeciéndose al solo recuerdo de lo que habia pasado entre él y el Sr. d'Argenson.

—El del agua. Barril y medio me han hecho beber, y ya estaba mi estómago como un odre. Jamás hubiera creído que el abdomen de un hombre pudiese contener tanto líquido sin estallar.

—¿Y habeis padecido mucho? preguntó Gaston con un interes mezclado de ansiedad personal.

—Si; pero como mi temperamento es robusto, al otro dia ya no pensaba en ello: verdad es que despues he bebido mucho vino. Si os aplican el tormento y os dan la eleccion, escoged el agua, que limpia mucho. Todas las bebidas que nos dan cuando estamos enfermos no son sino un medio mas ó menos bueno de hacernos tragar agua. Fagon dice que el médico mas grande de que ha oido hablar es el doctor Sangredo: des-

graciadamente no ha existido jamás fuera de la cabeza de Cervantes, pues, sin esto hubiera hecho milagros.

—¿Conoceis á Fagon? preguntó Chanlay sorprendido.

—¡Pardiez! De fama. Además, he leído sus obras... ¿Y pensais insistir en no decir nada?

—Sin duda.

—Teneis razon. Y aun os aconsejaré, si sentis tanto la vida como ahora poco manifestábais, que digais algunas palabras en particular á maese Argenson; pero es tan hablador, que revelará vuestra confesion á todo el mundo.

—Descuidad, amigo, que callaré. Hay puntos sobre los cuales no necesito que me animen.

—¡Lo creo, pardiez! Parece que haceis una vida de Sardanápalo en vuestra torre. Yo no tengo en la mia mas que al señor conde de Laval, que se lava tres veces al dia. Esta es una diversion que ha inventado. ¡Oh, que raros son los gustos en la cárcel! ¡Además, tal vez quiera acostumbrarse al tormento del agua el buen hombre!

—¿Pero no me decíais ahora poco que yo seria condenado ciertamente?

—Quereis saber toda la verdad?

—Si.

—Pues bien; Argenson me ha dicho que ya lo estábais.

Gaston palideció: por muy esforzado que uno sea, semejante noticia siempre produce alguna emocion. La Jouquiere notó este movimiento de fisionomia, por mas leve que fué.

—Sin embargo, dijo; creo que podreis sacar salva la vida haciendo algunas revelaciones.

—¿Por qué quereis que yo haga lo que vos no habeis hecho?

—Los caractéres son diferentes, y las posiciones tambien. Yo no soy ya jóven; yo no estoy enamorado; yo no dejo una querida anegada en llanto.

Gaston suspirò.

—Ya veis continuó La Jouquiere, que hay en nosotros dos, hombres muy diferentes. Donde me habeis oido jamás suspirar, como vos suspirais en este momento?

Si yo muero, dijo Gaston, su escelencia cuidará de Elena..

—¿Y si lo prenden tambien?

—Teneis razon.

—¿Entonces?...

—Entonces, Dios la protegerá.

La Jouquiere se rascó la nariz.

—Decididamente sois muy jóven dijo.

—Esplicaos.

—Supongamos que su escelencia no sea arrestado.

—¿Y que?

—¿Qué edad tiene su escelencia?

—De cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, presumo.

—Supongamos que su escelencia se enamora de Elena: ¿no es asi como llamais á vuestra valiente amada?

—¡El duque enamorado de Elena! ¡E!, á quien yo la he confiado!... ¡Eso seria una infamia!

—El mundo está lleno de infamia, y solo anda con ellas.

—¡Oh! no quiero fijarme en ese pensamiento.

—No digo yo que os fijeis, repuso La Jouquiere con su sonrisa diabólica: yo os doy el pensamiento, y nada mas haced de él lo que querais.

—¡Chito! dijo Gaston: alguien viene.

—¿Habeis perdido alguna cosa?

—¡Yo! nada de eso.

—Entonces es que ha terminado el tiempo concedido para nuestra visita.

Y La Jouquiere se volvió á echar precipitadamente en la cama.

—Vamos, caballero dijo el gobernador á Gaston: ¿os conviene vuestro compañero?

—Si, señor; y tanto mas, cuanto que ya conocia al capitan La Jouquiere.

—Me decis una cosa que hace mi tarea

mas delicada, respondió Mr. Delaunay sonriendo; pero ya que os he hecho una oferta, no me arrepentiré, y permitiré una visita diaria á la hora que gustéis. Fijadla: ¿por la mañana ó por la tarde?

No sabiendo Gaston que responder, miró á La Jouquiere.

—Decid á las cinco de la tarde, dijo en voz baja La Jouquiere á Gaston.

—Por la tarde, si gustais, dijo Gaston.

—¿Entonces es como hoy.

—Como hoy.

—Está bien se hará como deseais, caballero.

Gaston y La Jouquiere cambiaron una mirada significativa, y el caballero fué conducido de nuevo á su cuarto.

VII.

La sentencia.

Eran las seis y media, y por consiguiente noche oscura ya, el primer cuidado de Gaston, cuando se vió solo en su cuarto, fué correr á la chimenea.

—¡Eh, caballero! dijo.

—Dumesnil.

—He hecho mi visita.

—¿Y qué?

—He encontrado, si nó un amigo, un conocido al menos.

—¿Un nuevo preso?

—Que debe datar de la misma época, que yo.

—¿Como le llamas?

—El capitan La Jouquiere.

—¡Esperad!.....

—¿Lo conoceis?

—Si, si.

—Entonces, hacedme un gran favor.

¿Quien es?

—¡Oh, un enemigo encarnizado del regente!

—¿Estais seguro?

—¡Como si lo estoy! Era de nuestra conspiracion, y se retiró de ella porque se trataba de un raptó y no de asesinar.

—¿Luego estaba?....

—Por el asesinato.

—Pues ese es, murmuró Gaston. ¿Luego es un hombre de quien puede uno fiarse?

—Si es el mismo de quien he oido hablar, y que vivia en la calle de Bourdonais, en el *Barril del amor*.

—Justamente es ese.

—Entonces es hombre seguro.

—Tanto mejor, dijo Gaston porque ese hombre tiene entre sus manos la vida de

cuatro valientes caballeros.

—De los cuales soy uno. ¿no? dijo Dumesnil.

—Os engañais, repuso Gaston; yo no me he contado entre ellos, pues parece que para mí todo está concluido.

—¡Como! ¿Que decis de concluido?

—Si, estoy condenado.

—¿A que?

—A muerte.

Hubo un momento de silencio entre los dos interlocutores.

—¡Imposible repuso el primero Dumesnil!

—¿Y por qué ha de ser imposible?

—Porque si nó he comprendido mal, vuestro negocio se refiere al nuestro, ¿no es verdad?

—Es continuacion.

—Pues bien.

—¿Qué?

—Estando en buen camino el nuestro, el vuestro no puede ir mal.

—¿Y quién os ha dicho que vuestro negocio esté en buen camino?

—Escuchad, pues para vos, querido vecino, que habeis querido consentir en ser nuestro intermediario, no debemos tener secreto alguno.

—Ya escucho, dijo Gaston.

—La señorita de Launay me escribió ayer

lo siguiente: Paseábase con Maison-Rouge, que, como sabeis, está enamorado de ella, y de quien nosotros dos nos burlamos mucho, aunque contemplándolo por lo útil que nos es; y como, á pretesto de enfermedad, la señorita habia pedido un médico, él le dijo que el de la Bastilla estaba á sus órdenes. Debo deciros que nosotros hemos conocido de una manera bastante íntima á este médico, que se llama Herment. Sin embargo, la señorita no esperaba sacar gran cosa de este hombre, porque es muy tímido por naturaleza, y cuando entró en el jardín donde ella paseaba, desempeñando su consulta al aire libre, le dijo:—«¡Esperad!» En la boca de otro esta palabra no era nada: pero en la de Herment es mucho. Desde el momento, pues, en que nos dijo esperar nada debéis ya temer, toda vez que nuestros dos negocios se ligan tan íntimamente uno á otro.

—Sin embargo, repuso Gaston, á quien la palabra parecia algo vaga; La Jouquiere estaba al parecer muy seguro de lo que decia.

En este momento dió Pompadour un golpe con el mango de su escoba.

—Perdonad, dijo Gaston á Dumesnil; pero el marques me llama, y tal vez tenga alguna nueva que anunciarme.

Y Gaston fué á su agujero, que en un momento puso practicable.

—Caballero, dijo Pompadour: preguntad á Dumesnil si no sabe alguna cosa de nuevo por la señorita de Launay.

—¿Sobre quién?

—Sobre uno de nosotros; he sorprendido algunas palabras que el mayor y el gobernador se decían á mi puerta, y he oído estas: ¡«Condernado á muerte!

Gaston se estremeció.

—Tranquilizaos, marques, contestó, pues tengo motivos para creer que es de mi de quien se trataba.

—¡Diablo, querido mio! Eso no me tranquilizaria completamente. En primer lugar porque hemos hecho conocimiento, y porque en la cárcel pronto se forman los amigos, lo cual hace que me desesperaria si os sucediese alguna cosa: y luego, porque lo que os sucediera á vos pudiera muy bien sucedernos tambien á nosotros, vista la semejanza de nuestros dos negocios.

—¿Y creéis que la señorita de Launay podría sacarnos de incertidumbre? preguntó Gaston.

—Sin duda; sus ventanas dan al arsenal.

—¿Y qué?

—Que habrá visto si hoy ha pasado algo de nuevo.

—Oid, repuso Gaston; justamente está llamando.

En efecto, la señorita daba dos golpes en el techo, lo cual queria decir.

—¡Atencion!

Chanlay contestó dando un solo golpe, que significaba:

—¡Escucho!

Y en seguida fué á abrir la ventana.

Un instante despues bajó el hilo con una carta; Gaston la tomó, y se fué al agujero de Pompadour.

—¿Qué hay? dijo el marques.

—Una carta.

—¿Y qué dice?

—Yo no sé; pero voy á pasarla al cabaillero Dumesnil que me lo dirá.

—Despachaos.

—¡Pardiez! dijo Gaston; creed que tengo en ello tanto interes como vos.

Corrió á la chimenea, y gritó:

—¡El cordon!

—¿Teneis una carta? dijo Dumesnil.

—Sí, ¿Teneis luz?

—Acabo de encenderla.

—Pues echad pronto el cordon.

—Ahí va.

Gaston ató la carta, que subió al instante.

—La carta no es para mí, sino para vos, dijo Dumesnil.

—No importa; leedla, y me la referireis: yo no tengo luz, y se perderia mucho tiempo en que me bajáseis una.



— ¡Conque lo permitís?

— ¡Pardiez!

Hubo un momento de silencio.

— ¿Qué hay? dijo Gaston.

— ¡Diablo! contestó Dumesnil.

— Malas noticias, ¿no?

— Juzgad por vos mismo.

Y leyó:

«Mi querido vecino: Esta tarde han llegado jueces extraordinarios al arsenal, y he reconocido la librea de Argenson. Dentro de poco sabremos mas, pues voy á recibir la visita del médico.

»Enviad mil cosas de mi parte á Dumesnil.

— Eso es lo que me habia dicho La Jouquiere, repuso Gaston. Jueces extraordinarios... á mí es á quien han juzgado.

— ¡Bah! dijo Dumesnil con una voz que inútilmente queria aparentar tranquila; creo que os alarmais demasiado pronto.

— No, no; yo sé á qué atenerme; y luego, ¡oid!

— ¿Qué?

— Vienen; ¡silencio!

Y el jóven se alejó con presteza de la chimenea.

Abriose la puerta: el mayor y el teniente, escoltados por cuatro soldados, entraban en busca de Gaston.

Este aprovechó la luz que ellos llevaban para poner un poco de orden en su vestido, y despues lo siguió como la vez primera. Hiciéronlo entrar en una silla de manos muy cerrada, precaucion bastante inútil, puesto que á su paso todos los soldados ó centinelas se volvian contra la pared: esta era la consigna de la Bastilla.

El semblante de Argenson estaba avinagrado como de costumbre, y sus asesores no tenian mejor aspecto que él.

—¡Soy perdido! murmuró Gaston. ¡Pobre Elena!

Pero luego alzó la cabeza con la intrepidéz de un hombre valiente que, sabiendo va á llegar la muerte, la levanta para verla acercarse de frente.

—Caballero, dijo Argenson; vuestro crimen ha sido examinado por el tribunal de que soy presidente. En las sesiones precedentes se os ha permitido defenderos, y si no se ha juzgado conveniente concederos un abogado, no es con el objeto de dañar á vuestra defensa, sino, al contrario, porque es inútil publicar la indulgencia estremada para con vos de un tribunal encargado de ser severo.

—No os comprendo, dijo Gaston.

—Pues seré mas claro entonces, dijo el lugarteniente de policia. Los debates hubie-

ran hecho resaltar, aun á los ojos de vuestro defensor, una cosa incontestable, y es que sois un conspirador y un asesino. ¿Cómo queríais que, sentados estos dos puntos, se usase de indulgencia con vos? Pero ya delante de nosotros, se os darán todas las facilidades para vuestra justificación... Si pedís un plazo, lo tendreis; si deseais investigación de documentos, se hará; si hablais, en fin, teneis la palabra, y nadie os la quitará.

—Comprendo la benevolencia del tribunal, respondió Gaston, y le doy gracias por ella. Además, la excusa que me da por la ausencia de un defensor, de que no tengo necesidad, me parece suficiente. No tengo de qué defenderme.

—¿Conque no quereis ni testigos, ni documentos, ni plazos?

—Quiero mi sentencia, y nada más.

—Vamos, continuó Argenson; por vos mismo, caballero, no seais terco de ese modo, y haced algunas confesiones.

—No tengo confesiones que hacer, pues advertid que en todos los interrogatorios no habeis formulado siquiera una acusación precisa.

—¿Y querríais una?

—Confieso que no me disgustaría saber de qué se me acusa.

—Pues voy á decíroslo: habeis venido á

Paris delegado por la comision republicana de Nantes; habeis venido para asesinar al regente, y os habeis dirigido á un tal La Jouquiere, cómplice vuestro, hoy condenado tambien como vos.

Gaston conoció que se ponía pálido, porque todas estas acusaciones eran ciertas.

—Eso es lo que no podríais saber, repuso el jóven, pues un hombre que quiere cometer semejante accion no la confiesa hasta que está cometida.

—Si, pero sus cómplices la confiesan por él.

—¿Es decir que La Jouquiere me ha denunciado?

—¡La Jouquiere! Aquí no se trata de La Jouquiere, sino de los otros acusados.

—¿Otros acusados! exclamó Gaston; ¿luego hay algunas personas presas mas que yo y el capitán La Jouquiere?

—¡Ya lo creo! Los Sres. de Pontcalée, de Talhouet, de Montlouis y de Couédie.

—No os comprendo, dijo Gaston con un vago y profundo sentimiento de terror, no por él, sino por sus amigos.

—Como, ¿no comprendéis que esos señores hayan sido arrestados, y que en este mismo momento se sustancie su proceso en Nantes?

—¡Presos ellos! exclamó Gaston; ¡imposible!

—¡Ah! dijo Argenson; ¿pensábais que la provincia se rebelaría antes que dejar prender á sus defensores, como vosotros los rebeldes decís? Pues bien: la provincia no ha dicho nada, y continúa riendo, cantando y bailando; pero ya se informa todo el mundo en qué sitio de la plaza de Nantes serán decapitados, á fin de alquilar balcones en ella.

—No os creo, dijo friamente Gaston.

—Dadme esa cartera, dijo Argenson á una especie de escribano que estaba en pie detrás de él.

—Mirad, continuó el de policia sacando sucesivamente muchos papeles de la cartera: aquí teneis las actas de prision legalizadas. ¿Dudais de los documentos auténticos?

—Todo eso no me dice que ellos me hayan acusado.

—Han dicho todo lo que queríamos saber, y vuestra culpabilidad resulta claramente de sus interrogatorios.

—Pues si ellos han dicho todo lo que queráis saber, ninguna necesidad teneis de mis confesiones.

—¿Es esa vuestra respuesta definitiva?

—Sí.

—Escribano, leed la sentencia.

El escribano deslió un papel, y leyó con voz gangosa y en el mismo tono en que hubiera leído una notificacion sencilla:

«Por cuanto resulta de la instruccion comenzada en 19 de febrero que el Sr. Gaston de Eloy de Chanlay ha venido de Nantes á Paris con la intencion de cometer en la persona de S. A. R. monseñor el regente de Francia un crimen de asesinato que debia ser seguido de rebelion contra la autoridad del rey, la comision extraordinaria, instituida para conocer de este crimen, ha juzgado al caballero de Chanlay digno del castigo reservado á los culpables de alta traicion y de lesa-magestad, siendo inviolable, como persona real, la del señor regente.

«Por tanto:

«Ordenamos que el señor caballero Gaston de Chanlay sea degradado de sus títulos y dignidades, declarados innobles él y su posteridad perpétuamente, confiscado sus bienes cortados sus bosques á la altura de seis pies, y el mismo decapitado, bien en la plaza de Greve, bien en cualquier otro sitio que se sirva indicar el señor gran prevoste salvo siempre el perdon de S. M.»

Gaston oyó la lectura de esta sentencia con palidéz pero tambien con la inmovilidad de una estatua de mármol.

—¿Y cuando tendrá lugar la ejecucion? preguntó.

—Tan pronto como disponga S. M. respondió el de policia.

El jóven sintió una grande opresion en las sienes una nube sangrienta pasó por sus ojos; conoció que sus ideas se turbaban, y permaneció en silencio para no decir alguna cosa indigna de el. Pero la impresion fué viva, tambien fué rápida, y pronto reapareció en su frente la serenidad y una especie de sonrisa desdeñosa en suslabios.

—Está bien, dijo; en cualquier momento que llegue la órden de S. M., me encontrará dispuesto. Mas quisiera saber si, antes de morir, me será permitido ver algunas personas que me son queridas, y pedir un favor al rey.

Los ojos de Argenson brillaron con una alegría maligna.

—Caballero, dijo; ya os he prevenido que os trataríamos con indulgencia; si antes me hubiéseis dicho eso, quizás la bondad de S. M. se habria adelantado á la súplica.

—Os equivocais, dijo Gaston con dignidad. Yo solo pido á S. M. un favor, del cual nada sufrirán ni mi gloria ni la suya.

—Podrías poner la del rey antes que la vuestra, dijo un asesor con un tono que oia á cortesano.

—Como voy á morir, contestó Gaston, mi gloria comenzará antes que la de S. M.

—¿Y qué es lo que solicitais? dijo Argenson; hablad, y os diré inmediatamente si

hay medio de acceder á vuestra petición.

—Pido, en primer lugar, que mis títulos y dignidades, que por otra parte son muy poca cosa, no sean estinguidos ni alterados, pues como no tengo posteridad, mi nombre es lo único que debe sobrevivirme, y aun ese no me sobrevivirá mucho tiempo, pues si bien es noble, no es ilustre.

—Ese es un favor absolutamente regio, y solo S. M. puede responder, y responderá. ¿Es eso todo lo que deseais?

—Tambien deseo otra cosa; pero no sé á quien debo pedirla.

—A mí primeramente, pues en mi cualidad de lugarteniente de policia veré si debo tomar bajo mi responsabilidad el concederos esa cosa, ó si es necesario llevarla al rey.

—Pues deseo se me conceda la gracia de ver á la señorita Elena de Chaverny, pupila del Excmo, señor duque de Olivares, y al mismo señor duque.

Argenson hizo un gesto singular, que Gaston interpretó como una duda.

—Caballero, añadió Gaston: los veré donde quieran y tan poco tiempo como deseen.

—Está bien; los vereis, dijo Argenson.

—¡Ah! exclamó el jóven dando un paso como para tomarle la mano; me llenais de alegría.

—Con una condicion, sin embargo, caballero.

—¿Cuál? No hay ninguna condicion, compatible con mi honor, que yo no acepte en cambio de una gracia tan grande.

—No hablareis á nadie de vuestra condenacion, y esto, bajo vuestra palabra de caballero.

—Lo haré así, con tanto mas gusto, cuanto que una de esas dos personas moriria seguramente al saberla.

—Entonces todo va bien. ¿Nada mas tenéis que decir?

—No, señor; solo deseo que atestigüeis que nada he dicho.

—Vuestras negativas resultan en el proceso. Escribano, pasad los autos al señor para que los lea y firme.

Gaston se sentó á una mesa, y mientras que Argenson y los jueces charlaban entre sí, leyó con atencion todo el proceso, repasó todas las respuestas que habia dado en sus interrogatorios, y, hallándolas conformes á sus recuerdos, firmó.

—Están en regla vuestros papeles, dijo Gaston: ¿tendré el honor de volveros á ver?

—Creo que no, respondió Argenson con aquella brutalidad que hacia el espanto de todo preso y de todo condenado.

—Entonces, hasta la otra vida.

Argenson hizo la señal de la cruz segun costumbre de los jueces que se despiden de un hombre á quien acaban de condenar á la última pena.

Entonces se apoderó el mayor de Gaston y lo llevó de nuevo á su cuarto.

VIII.

Un odio de familia.

—Ya en su cuarto, Gaston se vió obligado á responder á Dumesnil y á Pompadour, que habian velado esperando para adquirir noticias. Segun la promesa que habia hecho á Mr. d' Argenson, no dijo una palabra de la sentencia que le condenaba á muerte y les refirió sencillamente un interrogatorio mas grave que los otros. Pero como antes de morir queria escribir algunas cartas, pidió luz al caballero Dumesnil, y en cuanto al papel y lápiz recuérdese que los habia obtenido del gobernador para dibujar.

Esta vez le envió Dumesnil una bugia encendida, pues, como se ve, cada cosa iba progresando. Maison-Rouge no sabia negar nada á la señorita de Launay, y esta la compartia todo con su caballero, que como buen camarada de cárcel, dividia sus riquezas en-

tre Gaston y richelieu, sus vecinos.

A pesar de la promesa que á Chanlay habia hecho Argenson, dudaba siempre de que le permitiesen ver á Elena; pero sabia que no le dejarian morir sin darle un confesor, y que este confesor sin la menor duda consentiria en ejecutar el último deseo de un moribundo, llevando dos cartas á su destino.

Cuando iba á ponerse á escribir, oyó á la señorita de Launay hacer la señal, que indicaba tenia que enviarle alguna cosa.

—Era una carta para él, y esta vez pudo leerla, porque tenia una bugía.

La carta estaba concedida en estos términos:

«Amigo nuestro (porque ya sois nuestro amigo y no tenemos secretos para vos): dad cuenta á Dumesnil de aquella famosa esperanza que concebí por la palabra que me dijera Herment.»

El corazón del jóven palpitó; quizás tambien él iba á encontrar algunos motivos de esperanza en esta carta; ¿no le habian dicho que su suerte no podia ser separada de la de los conspiradores de Cellamare? Verdad es que los que esto le habian dicho no conocian su conspiracion.

Y continuó:

«Hace una media hora que vino el médico acompañado de Maison-Rouge, y este últi-

mo me puso unos ojos tan dulces, que concebí el mas favorable augurio. Sin embargo cuando le pedí hablar en particular, ó al menos en voz baja al médico, me puso grandes dificultades, que yo destruí con una sonrisa.

—Al menos, dijo que no sepa nadie que me he alejado fuera del alcance de la voz, pues sin duda perderia mi plaza si alguien supiera mi felicidad.

»Este tono de amor y de interes combinado me pareció tan grotesco, que le prometí riendo lo que quiso. Ya veis cómo le cumpla la palabra.

»Alejose, pues, y Mr. Herment se acercó.

»Entonces comenzó un diálogo, en el cual los gestos significaban una cosa, y la voz decia otra.

—»Teneis buenos amigos, dijo Herment; amigos de alta posicion, y que se interesan particularmente en lo que os concierne.

»Naturalmente pensé en Mad. de Maine.

—»¡Ah! esclamé yo; ¿os han encargado alguna cosa para mí?

—»¡Chito! dijo Herment; sacadme la lengua.

»Juzgad si me latiria el corazon.»

Gaston puso tambien la mano en el suyo, y conoció que le latia con violencia.

—»¿Y qué teneis que entregarme?

—» ¡Oh! yo mismo, nada; pero ya os traerán el objeto convenido.

—» ¿Pero qué objeto es ese? decid.

—» Sábase que las camas de la Bastilla son malas, y me han encargado ofreceros...

—» ¿Qué? ¡Concluid por Dios!

—» Un cobertor.

» Yo prorrumpí en risa; la adhesión de mis amigos se limitaba á impedir que me resfriase.

==» Mi querido Mr. Herment, le dije; en la posición en que estoy me parece que mis amigos deberían ocuparse más bien de mi cabeza que de mis pies.

—» Es una amiga.

—» ¿Y qué amiga es esa?

—» La señorita de Charolais, dijo Herment bajando la voz, de modo que apenas le oyeses yo misma.

» En seguida se retiró.

—» Y yo, querido caballero; estoy aquí esperando el cobertor de la señorita de Charolais.

» Contad la cosa á Dumesnil, que le hará reír.»

Gaston suspiró con tristeza, pues la alegría de los que le rodeaban pesaba sobre su corazón. ¿Era un nuevo suplicio que se inventaba el prohibirle que confiara su suerte á quien quiera que fuese? Parecíale que ha-

bria encontrado un consuelo en las lágrimas que sus dos vecinos hubiesen derramado sobre sus desgracias. Ser compadecido por dos corazones que se aman, cuando uno ama tambien y va á morir, es un gran consuelo.

Así fué que Gaston no tuvo valor para leer la carta á Dumesnil; pero se la envió por el cordon, y un instante despues oyó sus carcajadas.

En este momento se despedia el pobre jóven de Elena.

Despues de haber pasado una parte de la noche escribiendo, se durmió; que á los veinte y cinco años siempre se duerme, aun cuando no haya de despertarse nunca.

Por la mañana le llevaron su desayuno á la hora de costumbre; pero advirtió Gaston que era mas delicado que otros dias, y se sonrió de esta atencion suprema, recordando los cuidados que se prodigaban, al decir de las gentes, á los condenados á muerte.

Al concluir de almorzar entró el gobernador.

Gaston interrogó su semblante con una rápida ojeada, pero vió el mismo rostro afable y lleno de cortesania. ¿Ignoraba tambien él la condenacion de la víspera, ó era una máscara la que llevaba?

—Caballero, dijo el gobernador: ¿quereis tomaros la molestia de bajar á la sala del consejo?

Gaston se levantó, y oyó como un zumbido dentro de su cabeza. Para un condenado á muerte toda intimacion que no comprende le parece un camino hácia el suplicio.

—¿Y puedo saber para qué me hacen bajar? preguntó Gaston con una voz bastante tranquila para que no pudiese reconocerse en ella su emocion interior.

—Para recibir una visita, respondió el gobernador. Ayer, despues del interrogatorio, ¿no pedísteis al señor lugarteniente de policia el favor de ver á alguna persona?

Gaston se estremeció, y preguntó:

—¿Y es esa persona?

—Si, señor.

El jóven abrió la boca para continuar su interrogatorio, porque no era á una sino á dos personas á quienes aguardaba; y como le anunciaban una solamente, ¿cual de las dos seria? Mas no tuvo valor para preguntarlo, y siguió silenciosamente al gobernador.

Este le condujo á la sala del consejo, y al entrar en ella Gaston la abarcó toda con una mirada ávida; pero estaba enteramente desierta, y tambien ausentes los oficiales que por punto general, asistian á esta clase de entrevistas.

—Quedaos aquí, dijo el gobernador á Gaston; va á venir la persona á quien esperais.

Mr. Delaunay saludó á Gaston, y salió.

El jóven corrió á la ventana que estaba enrejada como todas las de la Bastilla, y delante de ella vió un centinela.

Estando inclinado para mirar al patio, se abrió la puerta, y al ruido que hizo, Gaston se volvió, y se encontró de frente al fingido duque de Olivares.

No era esto todo lo que él esperaba, y, sin embargo, ya era mucho, pues habiéndole cumplido la palabra con respecto al duque, no habia ningun motivo para que faltasen á ella con respecto á Elena.

—¡Oh, monseñor! exclamó Gaston. ¡Qué bueno sois en acceder á la súplica de un pobre prisionero!

—Era un deber para mí, respondió el duque; y ademas, tenia que quedaros gracias.

—¡A mí! dijo Gaston sorprendido: ¿pues qué he hecho yo que merezca las gracias de V. E.?

—Habeis sido interrogado, os han conducido á la sala del tormento, os han hecho entender que se os haria gracia si nombrábais vuestros cómplices, y sin embargo habeis guardado silencio.

—Eso es un compromiso cumplido, y nada mas: eso no merece gracias monseñor.

—Decidme ahora, repuso el duque, si puedo servirlos de algo.

—Antes de todo, tranquilizadme sobre

vos mismo, monseñor: no habeis sido molestado?

—Absolutamente.

—Tanto mejor.

—Y si los conjurados de Bretaña son tan discretos como vos, no dudo que ni siquiera se habrá pronunciado mi nombre en estos desventurados debates.

—Yo respondo de ellos como de mí mismo; pero vos, monseñor, ¿respondeis de La Jouquiere?

—¿De La Jouquiere? dijo el duque cortado.

—Sí: ¿no sabeis que tambien le han preso?

—Sí tal, algo he oido decir de eso.

—Pues bien, os pregunto qué pensais de él.

—Nada puedo decir, sino que tiene toda mi confianza.

—Pues si la tiene, es que la merece; eso es todo lo que queria saber, monseñor.

—Entonces decid la pregunta que ibais á hacerme.

—¿Ha visto V. E. á la jóven que conduje á su casa.

—¿La señorita Elena de Chaverny? Si, señor; la he visto.

—Pues monseñor, lo que no tube tiempo para deciros entonces os lo diré ahora. ¡Amo á esa joven hace un año! Mi sueño de ese año habia sido consagrar mi vida á su felicidad... Y digo sueño porque cuando estaba

despierto sabia muy bien que me estaba prohibida toda esperanza de felicidad. Y sin embargo, para dar un nombre, una posición una fortuna á esa jóven, iba á ser mi mujer en el momento en que fuí preso.

—¿Sin el consentimiento de sus padres ni de su familia? dijo el duque.

—Ella no tiene familia ni parientes, monseñor; y segun toda probabilidad, iba á ser vendida á algun gran señor, cuando creyó deber huir de la persona que colocáran á su lado.

—¿Pero que ha podido haceros creer que la señorita Elena iba á ser victima de una venta vergonzosa?

Lo que ella misma me ha contado de un pretendido padre que se ocultaba; de diamantes que le ofrecian. Además, ¿sabeis donde la he encontrado, monseñor? En una de esas casas infames destinadas á los placeres de nuestros libertinos... ¡á ella un ángel de candor y de pureza! Esa jóven huyó conmigo, á pesar de los gritos de su aya, en medio del dia y delante de los lacayos de que le habian rodeado: dos horas ha estado sola conmigo y aunque todavia sea pura como el dia en que recibió el primer beso de su madre, no por eso está menos comprometida. Pues bien monseñor; quisiera que el matrimonio proyectado se llevase á cabo.

—¿En la situación en que estais, caballero? preguntó el duque.

—Razon de mas monseñor.

—Quizás os hagais ilusiones sobre la pena que os está reservada.

—Probablemente es la misma que en circunstancias análogas recayó sobre el conde de Chalais, el marques de Cinq-Mars y el caballero Luis de Rohan.

—¿Conque estais preparado á todo, aun á la muerte?

—A ella me preparé desde el dia que entré en este complot; la única excusa del conspirador es que quitando la vida á otros, pone la suya propia en juego.

—¿Y que ganará esa jóven con ese matrimonio?

—Sin ser rico tengo alguna fortuna, monseñor; ella es pobre yo tengo un nombre, ella no, y quisiera dejarle el mio con mi fortuna para lo cual ya he hecho pedir al rey que no sean confiscados mis bienes ni se declare infame mi nombre. Cuando se sepa por qué causa hago estas dos súplicas, sin duda me las otorgarán. Si muero sin que ella sea mi muger, la creeran mi querida, y quedará deshonorada, perdida sin porvenir alguno. Si por el contrario por vuestra proteccion ó la de vuestros amigos, la cual imploro de rodillas, somos unidos, nadie

tendrá que echarle nada en cara, pues la sangre que corre en un cadalso político no mancha á la familia; ninguna vergüenza recaerá en mi viuda, y si no vive feliz, vivirá al menos independiente y honrada. Hé aquí la gracia que tenia que pedir, monseñor: ¿está en poder vuestro obtenérmela?

El duque se acercó á la puerta por la cual habia entrado; dió tres golpes en ella; se abrió, y pareció el teniente Maison-Rouge.

— Señor teniente, dijo el duque: tened la bondad de preguntar de parte mia á Mr. De-launay si la jóven que espera á la puerta en mi carroza puede penetrar hasta aquí. El sabe que su visita está autorizada como la mia. ¿Tendreis la amabilidad de conducirla aquí?

—Cómo, monseñor! ¿Elena está á la puerta?

—¿No os habian prometido que vendria?

—Si pero al veros solo habia perdido toda esperanza.

—Quise veros primero, presumiendo tendríais mil cosas que decirme que ella no debia oír; porque todo lo sé, caballero.

—¡Todo lo sabeis! ¿Que quereis decir?

—Sé que ayer os han llamado al arsenal.

—¡Monseñor!

—Sé que vísteis allí á Argenson, y que os leyeron vuestra sentencia.

—¡Gran Dios!

—Sé que estais condenado á muerte, y que os han exigido la palabra de no revelarlo á nadie.

—¡Oh, monseñor: silencio, silencio!.....
¡Una palabra mas y matais á Elena!

—Tranquilizaos, y veamos si hay algun medio de escapar de esta muerte.

—Dos dias serian necesarios para preparar y ejecutar un plan de evasión, y V. E. sabe si apenas tengo dos horas.

—Por eso no os hablo nada sobre este punto; pero os pregunto si no teneis alguna excusa que dar á vuestro crimen.

—¡A mi crimen! exclamó Gaston sorprendido de que un cómplice usase tal palabra.

—¡Sí, Dios mio; sí! repuso el duque: bien sabeis que así es como los hombres llaman al asesinato; sola la posteridad juzga, y de ese crimen hace á veces una grande accion.

—Yo no tengo ninguna excusa que dar, monseñor, si no es que creo necesaria la muerte del regente para la felicidad de la Francia.

—Sí, repuso sonriendo el duque; pero ya comprendreis que esa no es una excusa buena para Felipe de Orleans. Yo desearia alguna cosa personal. Enemigo político y todo como soy del regente, debo decir que no pasa por un hombre malvado. Dicen que es clemente, y ninguna ejecucion capital ha tenido lugar en su reinado.

—Olvidais al conde de Horn, enrodado en Greve.

—Era un asesino.

—¿Pues qué soy yo entonces, sino un asesino como el conde de Horn?

—Con la diferencia de que el conde de Horn asesinaba por robar.

—Yo no puedo ni quiero pedir nada al regente, dijo Gaston.

—No vos personalmente, ya lo sé, sino vuestros amigos. Si estos tuvieran alguna excusa plausible que hacer valer, tal vez el principe iria mas allá de vuestros deseos; tal vez haria gracia.

—Pues no tengo ninguna, monseñor.

—Permitidme que os diga que eso es imposible, caballero. Una resolucion como la que habeis tomado no nace en el corazon de un hombre sin un motivo cualquiera, sin un sentimiento de odio, sin una necesidad de venganza. Y ahora recuerdo, porque lo habeis dicho al capitan La Jouquiere, y este á mí, que habeis heredado un odio de familia; vamos, decidme la causa de ese odio.

—Es inútil cansaros con todo esto, monseñor, pues el suceso que ha motivado ese odio no tendria ningun interes para V. E.

—No importa, decidlo.

—¡Pues bien! el regente mató á mi hermano.

—¡El regente mató á vuestro hermano!... ¿Qué decís?... ¡Imposible... caballero Gaston! exclamó el duque de Olivares.

—Sí, lo mató, si del efecto nos remontamos á la causa.

—Explicaos; hablad. ¿Cómo ha podido el regente?...

—Mi hermano, que tenia quince años mas que yo, y que hacia conmigo las veces de padre, porque este habia muerto tres meses antes de mi nacimiento, y mi madre cuando aun estaba yo en la cuna; mi hermano, repito, estaba enamorado de una jóven que se educaba en un convento de órden del príncipe.

—¿Sabeis en qué convento?

—No, únicamente sé que era en Paris.

El duque murmuró algunas palabras que Gaston no oyó ó no pudo comprender.

—Mi hermano, pariente de la abadesa de ese convento, tuvo ocasion de ver á la jóven, y amándola la pidió en matrimonio. Habíase solicitado del príncipe su consentimiento para esta union, y ya habia demostrado acceder, cuando de repente desapareció la jóven, seducida por su pretendido protector. Durante tres meses esperó mi hermano encontrarla; pero todas sus investigaciones fueron inútiles, y lleno de desesperacion se hizo matar en la batalla de Ramillies,

—¿Y cómo se llamaba la jóven que amaba vuestro hermano? preguntò vivamente el duque.

—Nadie lo ha sabido jamás, monseñor; decir su nombre era deshonrarla.

—¡No hay duda, era ella! murmuró el duque; ¡era la madre de Elena! ¿Y vuestro hermano cómo se llamaba?... añadió en voz alta.

—Olivier de Chanlay, monseñor.

—¡Olivier de Chanlay! repitió en voz baja el duque; bien sabia yo que este nombre de Chanlay no me era desconocido.

Y luego añadió en alta voz:

—Continuad, continuad, caballero.

—Vos no sabeis lo que es un odio de infancia, monseñor, y en un país como el nuestro sobre todo. Yo amaba á mi hermano con todo el cariño que hubiera tenido á nuestro padres, y un dia me encontré solo en el mundo y crecí en el aislamiento del corazón y en la esperanza de vengarme, y en medio de gentes que me repetían:—«El duque de Orleans es quien ha muerto á tu hermano.» Ese duque de Orleans llegó luego á ser regente de Francia, y al mismo tiempo se organizó la liga bretona, en la cual entré uno de los primeros. Ya sabeis lo demás, monseñor y conoceréis que nada hay de interesante en ello para V. E.

—Sí tal, caballero, repuso el duque; por desgracia muchas faltas de ese género tiene que echarse en cara el regente.

—Pues ya comprenderéis que es preciso que mi destino se cumpla, y que nada puedo pedir á ese hombre, dijo Gaston.

—Teneis razon, dijo el duque; es preciso que las cosas se hagan por sí solas, si se hacen.

En este momento se abrió la puerta, y apareció el teniente Maison-Rouge.

—¿Que hay? preguntó el duque.

—El señor gobernador ha recibido en efecto, del señor lugarteniente de policía la orden de dejar comunicar al preso con la señorita Elena de Chaverni. ¿Hago que suba?.

—Monseñor... dijo Gaston mirando al duque con aire suplicante.

—Si ya comprendo, respondió este: el dolor y el amor tienen su poder, y no quieren testigos. Yo vendré á buscar á la señorita Elena.

—El permiso es solo por media hora, dijo Maison-Rouge.

—Os dejo dijo el duque, y volveré dentro de media hora.

Y salió despues de haber saludado á Gaston.

Maison-Rouge hizo entonces su ronda alrededor del cuarto, se cercioró de que los

centinelas estaban delante de las ventanas, y salió también.

Un momento despues volvió á abrirse la puerta, y apareció Elena pálida, trémula y balbuceando gracias y preguntas al teniente de la Bastilla, que la saludó muy cortesmente y se retiró sin responderle.

Mirando entonces Elena enderedor suyo, fué cuando vió á Gaston, que corrió á ella, y sin otra idea que sus sufrimientos pasados y el porvenir sombrío que se les presentaba, se abrazaron con ardor.

—¡En fin exclamó la jóven con el rostro inundado en lágrimas.

—¡Si, en fin! repitió Gaston.

—¡Ay, veros aqui en esta cárcel, murmuró Elena esparciendo la vista con terror; no poderos hablar libremente, ser vigilados, escuchados tal vez.

—No nos quejemos, Elena, pues hay una escepcion en favor nuestro. Jamas un preso ha podido estrechar contra su corazon á una amiga, pues ordinariamente el preso y su visita se colocan uno frente á otro en cada pared, un soldado se pone en medio de la sala, y está fijado de antemano el objeto de la conversacion.

—¿Y á quién debemos este favor?

—Al regente sin duda, preciso es que lo diga pues cuandoayer pedi á Mr. d'Argenson

el permiso de veros, dijo que eso escedia de sus facultades, y que le era preciso acudir al regente.

—Ahora que os encuentro, Gaston, vais á contarme en detalles todo lo que ha pasado despues de un siglo de lágrimas y de padecimientos. Ah! mis presentimientos no me engañaban! ¡Vos conspirábais no lo negueis! ¡Oh, bien lo sabia yo!

—¡Si Elena; sí!... Bien sabeis que nosotros los bretones somos constantes en nuestros odios como en nuestros amores; una liga se ha organizado en Bretaña, y la nobleza ha tomado parte en ella. ¿Debia obrar yo de otro modo que mis hermanos? ¿Debia podia hacerlo? ¿Vos misma no me hubiérais despreciado al saber que toda la Bretaña estaba en armas, y yo solo ocioso con un látigo en la mano, mientras que los otros tenían una espada?

—¡Oh; teneis razon, Gaston! Mas ¿porqué no os habeis quedado con los otros en Bretaña?

—Tambien ellos están presos, Elena.

—¿Luego habeis sido denunciados, vendidos?

—Probablemente. Pero sentaos ahí, Elena; dejadme miraros ahora que estamos solos dejadme deciros que sois muy bella; dejadme deciros que os amo.... Y vos, Elena,

¿como lo habeis pasado en mi ausencia...? El duque....

—¡Oh! si supiéseis cuan bueno ha sido para mí! Todas las noches iba á verme: ¡que de cuidados!... ¡Qué de atenciones!

Chanlay, cuyo corazon mordía en este momento la palabra seltada por el falso La Jouquiere, le contestó:

—Y en esos cuidados, en esas atenciones, ¿no habeis visto nada sospechoso?

—¿Qué quereis decir?

—Que el Duque es jóven todavía, y que como yo os decia ahora poco, vos sois muy bella.

—Gran Dios! ¡Oh, no! Esta vez no hay de qué engañarse; y cuando estaba allí, á mi lado, como vos estais ahora, entonces habia momentos, Gaston en que creia haber encontrado á mi padre.

—¡Pobre niña!

—Por una rara casualidad, de la cual no ha podido darme cuenta, hay en la voz del duque y en la de aquel hombre que me visitó en Ramboillet una semejanza que me chocó desde el primer instante.

—¿Eso creéis? dijo Gaston distraido

—¡Pero en que pensais Dios mío! Me parece que no ois lo que os digo.

—¡No oiros, Elena, cuando cada una de vuestras palabras resuena en lo mas profundo de mi corazon!

—No Gaston! Vos estais inquieto, y lo comprendo, porque conspirar es jugar la vida; pero tranquilizaos, Gaston ya le he dicho al duque que si moris moriré yo tambien.

Gaston se estremeció.

—¡Sois un ángel! dijo:

—¡Dios mio! continuó Elena; ¿comprendéis un suplicio semejante? ¡Conocer que el hombre á quien se ama corre un peligro tanto mas terrible cuanto que es desconocido; conocer que nada se puede hacer por él, nada mas que derramar lágrimas inútiles, y esto cuando una daría su vida por rescatar la suya!

El rostro de Gaston se iluminó con un rayo de felicidad, pues era la primera vez que oia tan dulces palabras en la boca de su amada; y bajo la impresion de un pensamiento que parecia madurar despues de algunos instantes, díjole tomándole la mano:

—No, Elena mia; te equivocas; tú puedes hacer mucho por mí.

—¡Qué puedo yo hacer, Dios mio!

—Puedes consentir en ser mi esposa, dijo Gaston mirándola fijamente.

Elena se estremeció, y contestó:

—¿Yo esposa vuestra?

—Si Elena; este proyecto, pensado cuando éramos libres, puede realizase en mi cau-

tiverio.—¡Elena, mi muger ante Dios y ante los hombres!—¡En este mundo y en el otro; en el tiempo y en la eternidad!—Eso es lo que tu puedes hacer: ¿crees que sea nada?

—Gaston dijo Elena mirando fijamente al jóven alguna cosa me ocultais.

—¡Yo! contestó Gaston estremeciéndose; ¿que quereis que os oculte?

—Me habeis dicho vos mismo que ayer visteis al señor d' Argenson.

—Bien, ¿y que?

—Gaston, dijo Elena palideciendo: estais condenado.

El jóven tomó una resolucion repentina, y dijo:

—¡Pues bien! Sí, estoy condenado á la deportacion, y como egoista que soy, quisiera uniros á mi con lazos indiscludables antes de salir de Francia.

—¿Y es cierto eso que me decís, Gaston?

—Sí. ¿Tendreis valor para ser la esposa de un proscripto?... ¿Para condenaros al destierro?

—¡Y tú lo preguntas! exclamó Elena radiante de entusiasmo. ¡El destierro!... ¡Oh, gracias, Dios mio! ¡Yo, que hubiera aceptado contigo una prision eterna, y aun así me habria considerado muy dichosa! Voy á seguirte, y así será esta condenacion una di-

cha inmensa. Menos la Francia, el mundo entero es nuestro. ¡Oh, Gaston!... aun podemos ser felices.

—Sí, si, murmuró Gaston con esfuerzo.

—Juzga, pues, cuál será mi ventura, añadió Elena: para mí, el país en que tú estés será la Francia, mi patria es tu amor. Bien sé que tendré que hacer que olvides tu Bretaña, tus amigos, tus sueños de porvenir; pero mira, ¡te amaré tanto, que haré te olvides de todo eso!

Gaston solo pudo tomar las manos de Elena y cubrirlas de besos.

—¿Está fijado el lugar de tu destierro? ¿Te lo han dicho ya? ¿Cuándo te marchas? ¿Partiremos juntos, no? Pero responde...

—Eso es imposible. Elena mia, respondió Gaston; nos separan, aunque momentáneamente, pues debo ser conducido á la frontera de Francia, y no sé á cuál será. Cuando esté fuera de Francia seré libre, y entonces nos reuniremos.

—¡Una cosa mejor que eso! exclamó Elena; yo sabré de antemano, por el duque, á qué país quieren desterrarte, y en vez de ir á buscarte, iré y te esperaré allá. Cuando te apes del carruaje, me encontrarás allí para dulcificar tu despedida á la Francia; luego, solo la muerte es eterna, y el rey te perdonará... y aun tal vez la acción que hoy se

castiga merecerá mañana una recompensa. Entonces volveremos; entonces nada nos impedirá volver á Bretaña, esa cuna de nuestro amor, ese paraíso de nuestros recuerdos. ¡Oh, añadió Elena con acento de amor mezclado de impaciencia; dime que participas de mi esperanza, dime que estás contento, dime que eres feliz!

—¡Sí, Elena; sí! exclamó el joven; soy feliz, pues solo ahora conozco el ángel que me ama. Sí, Elena; una hora de amor semejante al tuyo, y morir luego, valdria mas que una larga vida sin ser amado.

—¿Y qué van á hacer ahora? continuó Elena entregando toda su alma al nuevo porvenir que se le presentaba; ¿me dejarán volver aquí antes de tu marcha? ¿Cuándo y cómo nos volveremos á ver? ¿Podrás recibir cartas mias? ¿Te permitirán contestarme? ¿A qué hora podré presentarme mañana en la cárcel?

—Casi me han prometido que nuestro matrimonio se celebraria esta noche ó mañana.

—¡Aquí, en una cárcel! dijo Elena estremeciéndose á pesar suyo.

—En cualquiera parte que sea, ¿no me unirá á tí por todo el resto de mi vida?

—¿Y si no te cumplieran la palabra? ¿Y si te hicieran marchar antes que yo volviese?

—¡Ay! dijo Gaston con una opresion ter-

rible, tambien eso es posible, pobre Elena mia, y he ahí lo que temo.

—¿Pues crees tan próxima tu partida?

—Bien sabes que los presos no se pertenecen, y que de un momento á otro pueden venir por ellos, y...

—¡Oh, que vengan, que vengan! exclamó Elena; mas pronto serás libre y nos veremos reunidos, pues yo no necesito ser tu mujer para seguirte. Yo conozco la lealtad de mi Gaston, y desde este dia le miro como mi esposo ante Dios. ¡Oh, Gaston! marcha pronto, pues mientras te tengan dentro de estos espesos muros, siempre temeré por tu vida; marcha, y dentro de ocho dias estaremos reunidos, sin ausencia que nos amenace, sin testigos que nos espíen, reunidos para siempre.

En este momento se abrió la puerta.

—¡Ya, Dios mio! exclamó Elena.

—Ha pasado mas del tiempo concedido para vuestra entrevista, señorita, dijo el teniente.

—¡Elena! dijo Gaston estrechando las manos de la jóven con un estremecimiento nervioso, del cual no era dueño.

—¡Qué! ¿Qué teneis, amigo mio? repuso Elena mirándolo con terror: ¡os poneis pálido!

—¡Yo... no, no es nada! contestó Gaston

volviendo á dominarse á fuerza de voluntad.

Y besó la mano de Elena sonriendo.

—Hasta mañana, dijo la jóven.

—Si, hasta mañana.

En este momento apareció el duque en el umbral, y el caballero corrió á él, y le dijo estrechándole las manos:

—Monseñor haced todo lo que podais para alcanzar que sea mi esposa; pero si no lo obteneis; juradme al menos que será vuestra hija.

El duque estaba tan conmovido, que no podia responder.

Elena se acercó, y el caballero calló por temor de que oyese.

Tendió una mano á Elena, y esta le presentó la frente: gruesas lágrimas silenciosas corrian por las mejillas de la jóven, y Gaston cerraba los ojos para no llorar al verla.

En fin fué preciso separarse, y Gaston y Elena cambiaron una larga y última mirada.

El duque tendió la mano á Gaston.

Era una cosa estraña esta simpatía entre dos hombres, uno de los cuales habia venido desde tan lejos para matar al otro.

Cerrose la puerta, y Gaston cayó sobre un sillón, pues se habian agotado todas las fuerzas del infeliz jóven.

Al cabo de diez minutos entró el gobernador en busca de Gaston para conducirlo

de nuevo á su aposento.

El jóven le siguió triste y silencioso, y cuando el gobernador le preguntó si no deseaba nada ó si queria algo, solo movió la cabeza por respuesta.

Llegada la noche, la señorita de Launay hizo la señal que anunciaba tenia que comunicar alguna cosa á su vecino.

Gaston abrió la ventana, y recogió una carta que contenia otra.

Procurose luz por los medios ordinarios, y leyó la carta que le iba dirigida, y que decia así:

«Querido vecino: El cobertor no era tan despreciable como yo creia, pues encerraba dentro de sí un papelito, en el cual estaba escrita la palabra que ya me habia dicho Herment: *Esperad*.

«Ademas contenia esa carta para el Sr. de Richelieu. Pasadla á Dumesnil, que él la pasará al duque.

«Vuestra servidora,

»De Launay.»

— ¡Ay! dijo Gaston con triste sonrisa; ¡cuán falta les haré cuando yo no exista ya! Y llamó á Dumesnil, al cual pasó la carta.

Los negocios de estado y los negocios de familia.

Desde la Bastilla habia conducido el duque á Elena á su casa, prometiéndole ir á verla, como de costumbre, de ocho á diez de la noche, promesa que la jóven le hubiera agradecido mucho mas, á saber que la misma noche tenia S. A. gran baile de máscara en Monceaux.

Al entrar en el Palais-Royal preguntó el duque por Dubois, y le respondieron que estaba trabajando en su gabinete.

Y en seguida subió ligeramente la escalera, segun su costumbre, y entró en el aposento, sin querer que lo anunciassen.

En efecto, sentado Dubois delante de una mesa, trabajaba con tal ardor, que no oyó los pasos del duque, el cual, despues de haber abierto y cerrado la puerta, se adelantó de puntillas, y miró por encima de su hombro á qué especie de trabajo se entregaba con tanto encarnizamiento.

Estaba escribiendo nombres sobre una especie de estado con casilleros, y una instruccion detallada enfrente de cada uno.

—¿Qué diablos haces ahí, abate? dijo el regente.

—¡Ah! ¡Sois vos, monseñor! Perdon. No os habia oido llegar... si no...

—Yo no te pregunto eso, dijo el duque, sino qué estás haciendo ahí.

—Estoy firmando las boletas de entierro de nuestros amigos de Bretaña.

—Pero aun no se ha decidido nada sobre su suerte, y la sentencia de la comision...

—Ya la conozco, dijo Dubois.

—¿Luego está ya dada?

—No; pero ya la dicté antes de que marchasen los jueces.

—¡Sabes que eso es odioso, abate!

—¡En verdad que sois insoportable, monseñor! Mezclaos en vuestros negocios de familia, y dejadme mis negocios de estado.

—¡Mis negocios de familia!

—¡Ah! Para esos creo que soy de muy buena composicion, ó vos sois muy difícil, ¡pardiez! Me recomendais al Sr. Gaston de Chanlay, y por vuestra recomendacion le hago una Bastilla de agua de rosa, comidas suculentas, mesas deliciosas, un gobernador adorable... le dejo hacer agujeros en los suelos y deteriorar las paredes, cuya reparacion os cuesta cara. Desde su entrada allí todo el mundo está de fiesta: Dumesnil cuchichea todo el dia por su chimenea; la señorita de

Launay pesca con caña por su ventana, y Pompadour bebe vino de Champagne. Pero nada, nada hay que decir á esto, pues son negocios de familias; mas allá, en Bretaña, nada teneis que ver vos, monseñor, y os prohibo mirar hácia ese punto, á menos que no hayais sembrado por ese lado unas cuantas chicas desconocidas, lo cual es muy posible.

—¡Dubois, eres un tuno!

—¡Ah! creéis haberlo dicho todo con llamarme Dubois y con haber añadido el epíteto de tuno á mi nombre. ¡Pues bien! Seré tuno, todo cuanto gustéis; pero sin este tuno seríais asesinado.

—¿Y bien, qué?

—¡Qué! ¡Vaya un hombre de estado!... En primer lugar, yo seria ahorcado tal vez, lo cual es una consideracion; en seguida, Mad. de Maintenon seria regente de Francia. ¿Qué tal?... ¡Y decir que es un príncipe filósofo el que aventura semejantes necedades! ¡Oh Marco Aurelio! ¿No fué él quién dijo este absurdo, monseñor: *Populos esse demun felices, si reges philosophi, ant philosophi reges?* Vaya un trozo de muestra.

Y diciendo estas palabras, Dubois seguia en su tarea.

—Dubois, dijo el regente: ¡tú no conoces á ese mozo!

—¿Qué mozo?

—El caballero.

—¡De veras! Pues me lo presentareis cuando sea vuestro yerno.

—Entonces será mañana, Dubois.

El abate se volvió estupefacto, apoyando las dos manos en los brazos del sillón, y mirando al duque con sus ojillos tan arqueados como lo permitía la exigüidad de sus párpados.

—¡Cómo, monseñor! ¿Estais loco? dijo.

—No, pero es un hombre honrado, y estos son raros hoy: tú lo sabes mejor que nadie, abate.

—¡Un hombre honrado!... Monseñor, permitidme os diga que entendeis de una manera singular la honradez.

—No creo que en todos los casos la entendamos tú y yo de la misma manera.

—¿Y qué mas ha hecho el hombre honrado? ¿Ha envenenado el puñal con que debía heriros? En ese caso, no hay nada que decir, y seria no solo un hombre honrado sino hasta un santo. Ya tenemos San Jacques Clement, San Ravallac, y falta un San Gaston á nuestro calendario. Pronto, pronto, monseñor; vos que no quereis pedir al papa el cardenalato para vuestro ministro, pedidle la canonizacion para vuestro asesino, y por la primera vez en la vida sereis lógico.

—Dubois, te digo que hay pocos hombres capaces de hacer lo que ha hecho ese jóven.

—¡Diablo! felizmente es verdad. Si solamente hubiera diez como el en francia, os declaro, monseñor, que hacia dimision.

—Yo no hablo de lo que ha querido hacer dijo el regente, sinode lo que ha hecho.

—¿Pues que ha hecho? Veamos... Nada deseo tanto como recibir un ejemplo edificante.

—En primer lugar ha cumplido el juramento que hizo á Argenson.

—¡Oh! yo no dudo eso; él es un mozo fiel á su palabra, y á no ser por mi, tambien hubiera cumplido la que dió á los señores de Pontcalée, Montleuis, Talhouet, etc. etc.

—Si, pero una cosa era mas dificil que otra; habia jurado no hablar de su condenacion á nadie, y ni siquiera ha hablado de ella á su amada.

—¿Ni á vos tampoco?

—A mi si; pero fué porque antes le dije que ya la conocia, y era inútil negar. Entonces me prohibió pedir nada al regente, pues solo deseaba una gracia.

—¿Cual?

—La de casarse con Elena, á fin de dejarle una fortuna y un nombre.

—¡Bueno, quiere dejar una fortuna y un

nombre á vuestra hija! ¿Sabeis que es muy fino vuestro yerno?

—¿Olvidas que todo esto es un secreto para el?

—¿Quién sabe?

—Dubois, ignoro con qué te mojaron las manos el dia en que viniste al mundo; pero si sé que manchas todo lo que tocas.

—Escepto los conspiradores, monseñor, pues por el contrario, en semejantes ocasiones me parece que limpio bastante bien. ¡Ved los de Cellamare; como se ha lavado estol Dubois por acá, Dubois por acullá. Creo que el boticario ha purgado lindamente á la Francia de la España. ¡Pues bien! lo mismo sucederá con los de Olivares que con los de Cellamare. Ya no hay mas que la Bretaña enferma....pues una buena medicina á y todo habrá concluido.

—Dubois te chancearias hasta con el Evangelio.

—¡Pardiez! por ahí he comenzado.

Levantóse el regente, y Dubois dijo:

—Vamos, monseñor he hecho mal y olvidaba que estábais en ayunas. Veamos el fin de la historia.

—El fin de la historia es que he prometido pedir esa autorizacion al regente, y que el regente la concederá.

—El regente hará una tontería.

—No, señor; reparará una falta.

—¡Solo os faltaria descubrir ahora que debiais una reparacion al caballero de Chanlay!

—No á él, pero sí á su hermano.

—Todavía mejor; pero ese mozo es el cordero de La Fontaine... ¿Y qué le habeis hecho á ese hermano?

—Le he robado una mujer á quien amaba.

—¿Cuál?

—La madre de Elena.

—Pues esa vez hicísteis muy mal, porque si se la hubiérais dejado, no tendríamos hoy todo este mal negocio entre manos.

—Mas ya que lo tenemos, es preciso salir de él todo lo mejor posible.

—En eso trabajo yo. ¿Y en cuanto al matrimonio, monseñor?

—Mañana.

—¿En la capilla del Palais-Royal? Allí estareis en traje de caballero de la orden, estendereis las dos manos sobre la cabeza de vuestro yerno, una mas de las que él queria estender hácia vos, y todo será lo mas interesante del mundo.

—No, nada de eso pasará así. Se casarán en la Bastilla, y yo estaré en un sitio en que no me puedan ver.

—Pues, monseñor, pido estar allí con vos. Es una ceremonia que quiero ver, pues di-

cen que son muy tiernas esas cosas.

—No, porque tu feo aspecto denunciaria mi incógnito.

—Vuestra hermosa fisonomia es mas de reconocer aun, monseñor, dijo Dubois inclinándose. En la Bastilla hay retratos de Enrique IV y de Luis XIV.

—Eso es muy lisonjero.

—¿Se retira monseñor?

—Si, he dado una cita á Delaunay.

—¿El gobernador de la Bastilla?

—Si.

—Pues id, monseñor; id.

—A propósito: ¿te veremos esta noche en Monceaux?

—Tal vez.

—¿Tienes ya disfraz?

—Tengo mi traje de La Jouquiere.

—Pero ese solo puede usarse en el *Barril de Amor* ó en la calle del Bac.

—Monseñor olvida la Bastilla, donde tiene algun éxito; sin contar, añadió Dubois con su sonrisa de mono, los que alcanzará todavía allí.

—Está bien; adios, abate.

—Adios, monseñor.

Salió el regente.

Solo ya Dubois, se agitó un poco en su sillón, quedó pensativo un momento, despues se rascó la nariz, y luego se sonrió.

Esto era señal de que tomaba una gran resolución.

En consecuencia, alargó la mano hácia la campanilla, y llamó.

Entró un ugier.

—El Sr. Delaunay, el gobernador de la Bastilla, va á venir al cuarto de monseñor, le dijo; acechadlo á sú salida, y traédmelo.

El ugier se inclinó, y salió sin responder. Dubois volvió á su fúnebre trabajo.

Al cabo de media hora volvió á abrirse la puerta, y el ugier anunció á Delaunay.

Dubois le entregó una nota muy detallada y le dijo:

—Leed eso. Os doy las instrucciones escritas, á fin de que no tengais pretesto alguno para separaros de ellas.

Delaunay leyó la nota con todos los signos de una consternacion creciente.

—¡Ah! dijo cuando hubo terminado; ¿que-
reis perder mi reputacion?

—¿Cómo es eso?

—Mañana, cuando se sepa lo que ha pasado..

—¿Quién lo dirá? ¿Sereis vos?

—No; pero monseñor...

—Quedaré muy contento; os respondo de él.

—¡Un gobernador de la Bastilla!

—¿Deseais conservar ese título?

—Sin duda.

—Pues entonces haced lo que yo ordeno.

—Es sin embargo muy duro, cuando uno es vigilante, cerrar los ojos y taparse los oídos.

—Mi querido gobernador, podeis ir á hacer una visita á la chimenea del caballero Dumesnil, al techo de Mr. Pompadour, y á las palanganas de Mr. de Laval.

—¿Qué decís?... ¿Seria posible?... ¡Me hablais de cosas que yo ignoro completamente!

—Prueba de que sé mejor que vos lo que pasa en la Bastilla; y si os hablase de las cosas que sabeis, os sorprenderíais mucho mas aun.

—¡Qué podríais decirme! exclamó cortado el pobre gobernador.

—Podria deciros que hoy hace ocho dias, uno de los funcionarios de la Bastilla, y de los mas altos, ha recibido de mano á mano cincuenta mil libras por dejar pasar á dos vendedoras de adornos de tocados.

—Señor, eran...

—Yo sé quién eran, lo que iban á hacer y lo que hicieron; eran las señoritas de Valois y de Charolais. ¡Qué iban á hacer!... Iban á ver al señor duque de Richelieu. ¿Qué han hecho?... Han estado comiendo bombones hasta media noche en la torre del Coin, á donde cuentan volver mañana, y por mas

señas hoy mismo la señorita de Charolais ha hecho dar aviso al señor de Richelieu.

Delaunay se puso pálido.

—Pues bien, continuó Dubois; ¿creeis que si yo contase esta clase de cosas al regente, que es muy delicado en punto á escándalo, como sabeis, cierto monsieur Delaunay seria mucho tiempo gobernador de la Bastilla? Pero no, no quiero decir una palabra, pues sé que es preciso auxiliarse mutuamente los unos á los otros. Yo os ayudo, Mr. Delaunay; conque ayudadme.

—Estoy á vuestras órdenes, dijo el gobernador.

—De modo que todo lo encontraré dispuesto, ¿eh?

—Os lo prometo; pero ni una palabra á monseñor

—Vaya, adios, Sr. Delaunay.

—Adios, Sr. Dubois.

Y Delaunay salió andando hácia atras y haciendo grandes reverencias.

—¡Bueno! dijo Dubois; ahora nosotros, monseñor, y cuando mañana querais casar á vuestra hija, no os hará falta mas que una cosa; vuestro yerno.

En el momento en que Gaston acababa de pasar á Dumesnil la carta de la señorita de Launay, oyó pasos en el corredor, y se

apresuró á decir al caballero que no pronunciase una palabra mas, advirtiendo á Pompadour por medio de un golpe que estuviese alerta: en seguida apagó la luz y tiró su jubon sobre una silla, como si comenzase á desnudarse.

En este momento se abrió la puerta, y entró el gobernador. Como no tenia la costumbre de visitar á los presos á semejante hora, Gaston echó sobre él una mirada rápida é inquieta, y creyó notar que estaba turbado; además, el gobernador, que parecia querer quedarse solo con Gaston, tomó la lámpara de manos de quien la llevaba, y el caballero advirtió que al ponerla sobre la mesa le temblaba la mano.

Retiráronse los llaveros; pero el preso pudo ver que habian colocado dos guardias á la puerta.

Un estremecimiento extraño corrió por todo el cuerpo de Gaston; pues todos estos aprestos silenciosos tenian algo de fúnebre.

—Caballero, dijo el gobernador: sois hombre, y me habeis dicho os trate como tal: esta noche he sabido que ayer os leyeron vuestra sentencia.

—¿Y venís á decirme, dijo Gaston con la firmeza que siempre desplegabá en frente del peligro: venís á decirme que ha llegado la hora de la ejecucion?

—No, caballero; pero vengo á deciros que se acerca.

—¿Y cuando tendrá lugar?

—¿He de decíroslo, caballero?

—Os lo agradeceré infinito.

—Mañana al amanecer.

—¿Dónde?

—En la plaza de la Bastilla.

—Gracias, caballero; tenia sin embargo una esperanza.

—¿Cuál?

—Que antes de morir llegaria á ser el esposo de la jóven á quien hoy hicisteis conducir á mi lado.

—¿Os habia prometido esa gracia Mr. d'Argenson?

—No, solo se habia comprometido á pedirle al rey.

—¿Quizás la haya negado el rey!

—¿No otorga nunca semejantes gracias?

—Es raro, pero hay sin embargo algun ejemplo.

—Caballero, dijo Gaston: yo soy cristiano, y espero que no me negarán un confesor.

—Ya está aquí.

—¿Puede verle?

Dentro de algunos instantes; creo que ahora está con vuestro cómplice.

—¡Mi cómplice! ¿Qué cómplice?

—El capitán La Jouquiere.

— ¡El capitán La Jouquiere! exclamó Gaston.

—Está condenado, y será ejecutado con vos.

— ¡Infeliz! murmuró el caballero; ¡y yo que sospechaba de él!

—Caballero, dijo el gobernador: sois muy joven para morir.

—La muerte no cuenta los años: Dios le dice que hiera, y ella obedece.

—Pero cuando se puede evitar el golpe que os dirige, es casi un crimen ofrecerse á ella, como haceis vos.

—¿Qué quereis decir, caballero? No os comprendo.

—Quiero decir que Mr. d' Argenson ha debido dejaros esperar...

—Basta, nada tengo que confesar, y nada confesaré!

En este momento llamaron á la puerta, y fué á abrir el gobernador.

Era el mayor, que cambió algunas palabras con Mr. Delaunay.

Este se volvió á Gaston, que, apoyado en el espaldar de una silla, estaba pálido pero parecía tranquilo.

—Caballero, le dijo: el capitán La Jouquiere me pide permiso para veros por última vez.

—¿Y se lo negais? respondió Gaston con una sonrisa ligeramente irónica.

—No, se lo concedo, con la esperanza de que será mas razonable que vos, y porque sin duda quiere ponerse de acuerdo sobre las confesiones que debéis hacer.

—Si desea verme con ese objeto, podreis responderle que me niego á pasar á su cuarto.

—Yo os digo eso, repuso vivamente el gobernador; pero sin saber nada; tal vez su peticion no tenga mas objeto que la de ver á su compañero de infortunio.

—En ese caso consiento.

—Voy á tener el honor de conducirlos yo mismo dijo el gobernador inclinándose.

—Estoy dispuesto á seguiros, respondió Gaston.

Delaunay marchó el primero; Gaston detras, y los dos soldados que estaban á la puerta detras de Gaston.

Atravesaron los mismos corredores y los mismos patios que la primera vez, y al fin pararon delante de la torre del Trésor.

Delaunay colocó los dos centinelas á la puerta, y subió doce escalones seguido de Gaston: un llavero que apareció en la escalera los introdujo en el cuarto de La Jouquiere.

El capitan tenia el mismo vestido despe-

dazado, y estaba acostado en la cama como la vez primera.

Al oír abrir la puerta se volvió, y como Delaunay iba delante, sin duda no vió mas que á él y tomó sn primera posicion.

—Creia que estaba con vos el señor limosnero de la Bastilla, capitan, dijo Delaunay.

—Aquí estuvo en efecto; pero lo he despedido.

—¿Y por qué?

—Porque no me gustan los jesuitas. ¿Creeis acaso, ¡pardiez! que tenga yo necesidad de un cura para morir bien?

—Morir bieu no es morir con valor; es morir cristianamente.

—Si yo hubiera querido un sermon, me habria quedado con el limosnero, que lo desempeñaria tan bien como vos; pero habia preguntado por el caballero Gaston de Chanlay.

—Y aquí está: yo tengo por principio no negar nada á los que nada tienen que esperar.

—¡Ah! ¿Estais aquí, caballero? dijo La Jouquiere volviéndose; seais bien venido.

—Capitan, dijo el jóven; veo con dolor que rehusais los ausilios de la religion.

—¡Vos tambien! Si me decís una palabra mas sobre esto, os declaro que me hago hugonote.

—Perdonad, capitán, dijo Gaston; pero creí deber mio aconsejaros lo que haré yo mismo.

—Por eso no os quiero mal, caballero; cuando yo sea ministro, declararé la libertad de cultos. Ahora, Sr. Delaunay, continuó La Jouquiere rascándose la nariz, ya comprendereis que cuando se está á punto de emprender un viaje tan largo como el que vamos á hacer el caballero y yo, no disgusta charlar un poco sin testigos.

—Comprendo, y me retiro: caballero, tenéis una hora para estar aquí, pasada la cual vendré, á buscaros.

—Gracias, dijo Gaston inclinándose.

Salió el gobernador, y Gaston oyó que daba órdenes, sin duda para que redoblasen la vigilancia.

Gaston y La Jouquiere quedaron solos.

—¿Y qué? dijo el capitán.

—Teniais razon en todo, contestó Chanlay.

—Sí, dijo La Jouquiere, pero yo soy exactamente como aquel hombre que daba vueltas alrededor de Jerusalem gritando:—¡Desgracia! Durante seis dias gritó de este modo; pero al sétimo, una piedra lanzada desde las murallas le alcanzó y lo mató.

—Sí, ya sé que tambien estais condenado, y que debemos morir juntos.

—Lo cual os contaria un poco, ¿es verdad?

—Mucho, porque tenia muchas razones para amar la vida.

—Siempre se tienen para eso.

—Pero yo mas que otro cualquiera.

—Pues para eso, no sé mas que un medio querido amigo.

—¿Hacer revelaciones? ¡Jamás!

—No, huir conmigo.

—¡Cómo! ¿Huir con vos?

—Sí, yo me largo.

—¿Pero sabeis que nuestra ejecucion está fijada para mañana temprano?

—Por eso me largo esta misma noche.

—¿Conque huís?

—Cabalmente.

—¿Y por dónde? ¿Cómo?

—Abrir esa ventana.

—Ya está.

—Menead el barrote de en medio.

—¡Gran Dios!

—¿Resiste acaso?

—Al contrario, cede.

—Sea enhorabuena: ¡bastante trabajo me ha costado, á Dios gracias!

—¡Oh, me parece que es un sueño!

—¿Recordais que me preguntásteis si no me divertia yo en agujerear alguna cosa como los demas?

—Sí; pero me respondísteis...

—Que os contestaria mas tarde... ¿No va-

le esta respuesta lo que otra cualquiera?

—¡Escelentel! ¿Pero cómo bajar de aquí?

—Ayudadme.

—¿A qué?

—A rebuscar en mi jergon.

—¿Una escala de cuerdas?

—Justamente.

—Pero como habeis podido procurárosela.

—El mismo dia de mi entrada aqui la recibí con una lima dentro de un pastel.

—Capitan decididamente sois un grande hombre.

—Bien lo sé sin contar conque ademas soy un hombre bueno, pues alfin podria salvarme solo.

—¡Y habeis pensado en mí!

—He pedido veros, diciendo que queria ponerme de acuerdo con vos para hacer confesiones, pues estaba seguro que de este modo les haria cometer alguna necesidad.

—¡Despachémonos, capitan, prontol!

—¡Al contrario, hagamos las cosas lenta y prudentemente, pues tenemos una hora por nuestra, y aun no hace cinco minutos que ha salido el gobernador.

—A propósito ¿y los centinelas?

—¡Bah! está muy oscuro.

—¿Y el foso que está lleno de agua?

—El agua está elada.

—¿Y la muralla?

—Cuando estemos allá será tiempo de ocuparnos de eso.

—¿Es preciso atar la escala.

—Esperad; deseo asegurarme por mi mismo de que es sólida. Amo mi pellejo, por miserable que sea y no quisiera romperme la cabeza tratando de impedir que me la corten.

—Sois el primer capitán de la época, mi querido La Jouquiere.

—¡Bah!, otras he hecho mejores, dijo este haciendo el último nudo á la escala.

—¿Se acabó? preguntó Chanlay.

—Sí.

—¿Quereis que yo pase el primero?

—Como gustéis.

—Pues me agrada eso.

—Id, pues.

—¿Está muy alto esto?

—De quince á diez y ocho pies.

—¡Bagatela!

—Para vos que sois joven, sí; mas para mí es todo un negocio: seamos prudentes, os lo suplico.

—Descuidad.

En efecto, Gaston bajó primero lenta y prudentemente seguido de La Jouquiere, que reía para sí y maldecía cada vez que se magullaba los dedos ó que el viento mecía la escala de cuerdas.

—¡Qué negocio este para el sucesor de los Richelieu y de los Mazarino! murmuraba Dubois entre dientes. Verdad es que aun no soy cardenal, y esto me salva.

Gaston tocó al agua ó mas bien al hielo del foso, y un instante despues estaba La Jouquiere á su lado. El centinela estaba medio helado en su garita, y nada habia visto.

—Ahora, seguidme, dijo La Jouquiere.

Gaston obedeció; al otro lado del foso los esperaba una escala.

—¿Conque teneis cómplices? preguntó Gaston.

—¡Pardiez! ¿Creeis que el pastel haya venido solo?

—¡Que digan ahora que nadie se salva de la Bastilla! exclamó Gaston muy alegre.

—Amiguito, dijo Dubois deteniéndose en el tercer escalon; creedme; no os comprometais á haceros meter en ella sin mí, pues muy bien podríais no salir la segunda vez tan felizmente como la primera.

Continuaron subiendo á lo alto del muro, sobre cuya plataforma se paseaba un centinela; mas en vez de oponerse este á la ascension de los dos fugitivos, ofreció la mano á La Jouquiere para ayudarle á alcanzar la plataforma, y luego los tres, en silencio y con la rapidéz de gente que conoce el valor

de los minutos, tiraron hácia sí de la escala, y la colocaron asegurándola al otro lado del muro.

El descenso se hizo con la misma felicidad que la ascencion, y La Jouquiere y Gaston se encontraron en otro foso helado como el primero.

—Ahora dijo, capitan, llevémosno esta escala, para no comprometer al pobre diablo que nos ha ayudado.

—¿Somos ya libres? preguntó Gaston.

—Casi casi, respondió La Jouquiere.

Esta noticia redobló la fuerza de Gaston, que se echó al hombro la escala.

—¡Diablo, caballero! me parece que el difunto Hércules era poca cosa á vuestro lado, dijo La Jouquiere.

—¡Bah! contestó Gaston; en este momento cargaría con la Bastilla.

Así dieron unos treinta pasos en silencio, y se encontraron en una callejuela del barrio de Saint-Antoine. Aunque apenas fuesen las nueve y media, las calles estaban desiertas, porque el viento soplaba con violencia.

—Ahora, querido caballero, dijo el capitan hacedme el favor de seguirme hasta el extremo del barrio, si no teneis inconveniente.

—Hasta el infierno os seguiria yo.

—No tan lejos, si gustais, pues para mayor seguridad cada uno vamos á tirar por nuestro lado.

—¿Qué carruaje es ese? preguntó Gaston.

—El mio.

—Cómo, ¿el vuestro?

—Sí.

—¡Diablo, querido capitán! Un carruaje con cuatro caballos! Viajais como un príncipe.

—Con tres caballos, amiguito, porque uno de esos es para vos.

—¡Cómo! ¡Consentís!...

—¡Pardiez! Y no es eso todo.

—¿Pues qué?

—¿No teneis dinero?

—Me registraron, y cargaron con todo lo que llevaba encima.

—Pues ahí va una bolsa que contiene unos cincuenta luises.

—Pero, capitán. .

—¡Vamos, es dinero de la España tomado sin repugnancia!

Gaston tomó la bolsa, mientras el postillon desengancha uno de los caballos y lo acercaba.

—¿Y dónde vais? dijo Dubois.

—A Bretaña, á unirme con mis compañeros.

—Estais loco, querido. Vuestros compañeros están condenados como nosotros, y tal vez dentro de dos ó tres dias estarán ejecutados.

—Teneis razon, dijo Chanlay.

—Id á Flandes, dijo La Jouquiere; id á Flandes que es buen pais, y en quince ó diez y ocho horas habreis pasado la frontera.

—Sí, contestó Gaston con aire sombrío. Gracias; se donde debo ir.

—Pues buen viaje, dijo Dubois metiéndose en el coche; hace un viento para descornar bueyes.

—¡Buen viaje! contestó Gaston.

Y ambos se apretaron por última vez la mano y se separaron.

X.

De como no se debe juzgar de los otros por si mismo, sobre todo cuando uno se llama Dubois.

Segun su costumbre, el regente pasaba las noches en casa de Elena. En cuatro ó cinco dias no habia faltado una sola, y las horas que consagraba á la jóven eran para él horas felices. Pero esta vez la pobre Elena, á quien habia conmovido de una manera violenta la visita á su amante, volvió de la Bastilla mortalmente triste.

—Pero tranquilizaos, Elena, decia el re-

gente; mañana mismo os casareis con el.

—Mañana está muy lejos, respondia la jóven.

—Elena, replicaba el regente; creed en mi palabra, que jamás os ha faltado. Os respondo de que el dia de mañana llegará muy felizmente para vos y para el.

Elena dió un profundo suspiro.

En este momento entró su criado, y habló en voz baja al regente.

—¿Qué hay preguntó Elena á quien espantaba el menor accidente.

—Nada, hija mia; es mi secretario, que quiere verme para negocios urgentes.

—¿Quereis que os deje?

—Si hacedme ese favor por un instante.

Elena se retiró á su cuarto.

Y al mismo tiempo se abrió la puerta del salon, y entró Dubois jadeando.

—¿De donde vienes ahora, dijo el regente, y en ese traje?

—¡Pardiez! ¿De donde vengo? contestó Dubois; de la Bastilla.

—¿Y nuestro preso? ¿Está ordenado todo para su matrimonio?

—Si, monseñor, todo absolutamente, excepto la hora que no habeis fijado.

—¡Bueno! será á las ocho de la mañana dijo Dubois calculando.

—¿Si, que calculas?

Calculo donde estará.

—¿Quién?

—El preso.

—¿Como el preso?

—Si, mañana á las ocho estará á cuarenta leguas de Paris.

—¿Como á cuarenta leguas de Paris?

Al menos si lleva siempre el mismo paso conque le vi partir.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir, monseñor, que solo falta una cosa para el matrimonio, y esa cosa es el marido.

—¡Gaston!...

—Ha huido de la Bastilla hace una media hora.

—Mientes, abate; nadie se evade de la Bastilla.

—Os pido perdon, monseñor; cuando uno está condenado á muerte, se evade de todas partes.

—¡Ha huido, sabiendo que mañana debia casarse con la que amaba!

—Escuchad, monseñor; la vida es una cosa muy grata, y se tiene apego á ella; y ademas, vuestro señor yerno tiene una cabeza muy linda, y desea conservarla sobre los hombros. ¡Qué cosa mas natural!

—¿Y dónde está?

—¡Dónde está! Tal vez pueda decíroslo

mañana por la tarde; pero á estas horas todo lo que puedo deciros es que está muy lejos, y todo lo que yo puedo responder es que no volverá.

El regente cayó en una meditacion profunda.

—Pero, monseñor, repuso Dubois; en verdad que vuestra candidez causa mi eterna sorpresa: seria preciso no conocer el corazon humano para suponer que un hombre condenado á muerte se quede en la cárcel cuando puede evadirse.

—¡Oh, Sr. de Chanlay! exclamó el regente.

—¡Bah! ese caballero, ese héroe ha hecho lo que en su caso haria el último pelagatos, y á la verdad ha hecho bien.

—Dubois, ¿y mi hija?

—¡Toma! vuestra hija, monseñor...

—¡Morirá la infeliz! dijo el regente.

—No, monseñor; aprendiendo á conocer el personaje, ella se consolará, y luego la casareis con algun principillo de Alemania ó de Italia... con el duque de Módena, por ejemplo, á quien no quiere la señorita de Valois.

—Dubois, ¡y yo que queria hacerle gracia!

—El se la ha hecho á si propio encontrando la cosa mas segura, y á fé mia confieso que yo hubiera hecho otro tanto.

—¡Oh, tú no eres caballero... tú no habías hecho un juramento!

—Os equivocais, monseñor; habia hecho el de impedir que V. A. cometiese una tontería, y lo he conseguido.

—Ea, no hablemos mas de eso, ni digas una palabra delante de Elena; yo me encargo de darle la noticia.

—Y yo de atrapar á vuestro yerno.

—¡No, si se ha fugado, que se aproveche de ello!

En el momento en que el regente pronunciaba estas palabras, resonó un rumor extraño en la pieza inmediata, y entrando precipitadamente un ugiere, anunció:

—El señor caballero Gaston de Chanlay.

Este anuncio produjo un efecto muy diferente en los dos personajes que lo oyeron. Dubois se puso mas pálido que un muerto y su semblante se crispó con una espresion de cólera amenazadora. El regente se levantó en un trasporte de alegría, que cubrió su rostro de un vivo rubor. Habia tanto gozo en su semblante, á quien la confianza hacia sublime, como furor concentrado en la astuta fisonomia de Dubois.

—Que entre, dijo el regente.

—Esperad al menos que yo salga.

—¡Ah! es verdad; pues te reconoceria.

Dubois se retiró á pasos lentos con un ru-

gido sordo, semejante al de una hiena á quien se incomoda en medio de sus festines ó de sus amores, y entró en la sala inmediata, donde cayó en un sillón colocado delante de una mesa iluminada por dos bugias, y sobre la cual habia todo lo necesario para escribir. Esto pareció hacer nacer en él una idea nueva y terrible, porque su fisonomía se dilató, y sonrió.

Llamó, y apareció un ugier.

—Id en busca de la cartera que está en mi carruaje, le dijo.

Esta órden fué ejecutada en un instante. Dubois tomó apresuradamente algunos papeles, escribió con una espresion de alegría siniestra, lo metió todo en la cartera, y haciendo acercar su carroza, ordenó parar en el Palais-Royal.

Durante este tiempo se ejecutaba la órden dada por el regente, y todas las puertas se abrian delante del caballero.

Gaston entró, y se fué derecho al duque, que le tendió la mano.

—¡Cómo! ¿Vos aquí caballero? dijo el duque intentando dar á su fisonomía la espresion de la sorpresa.

—Si, monseñor, dijo Gaston; un milagro se ha efectuado en favor mio por la mediacion del bravo capitan La Jouquiere: todo lo tenia preparado para su fuga; pidió ver-

me con el pretexto de ponerse de acuerdo conmigo para hacer declaraciones, y luego cuando estuvimos solos, todo me lo dijo, y nos evadimos juntos y felizmente.

—¡Y en vez de huir, caballero; en vez de pasar la frontera y poneros en seguridad, volveis aquí con peligro de vuestra cabeza!

—Monseñor, dijo Gaston ruborizándose: debo confesar que la libertad me pareció al principio la cosa mas bella y preciosa de la tierra. Las primeras ráfagas de aire que respiré me embriagaron; pero casi en el mismo instante reflexioné...

—En una cosa, ¿no es verdad?

—En dos, monseñor.

—¿En Elena á quien abandonábais?

Y en mis compañeros, á quienes dejaba bajo el hacha del verdugo.

—Y decidísteis...

—Que yo estaba ligado á su causa hasta que nuestros proyectos se viesen cumplidos.

—¡Nuestros proyectos!

—Sí; ¿no son tan vuestros como míos?

—Escuchad, caballero, dijo el regente; creo que el hombre no debe salir del alcance de sus fuerzas. Hay cosas que parece le prohíbe Dios ejecutar, advertencias que le dicen renuncie á ciertos proyectos. Pues bien; creo que es un sacrilegio hácia él desconocer esas advertencias y permanecer sordo á

su voz. Nuestros proyectos han abortado, eaballero; no pensemos mas en ellos.

—Al contrario, monseñor, dijo Gaston con aire sombrío; pensemos ahora mas que nunca.

—¡Pero eso es estar furioso! dijo el regente sonriendo: ¿en qué pensais para querer persistir así en una empresa tan difícil ahora, que es casi insensata?

—Monseñor, pienso en nuestros amigos, presos, juzgados, condenados, segun me ha dicho Mr. d'Argenson; en nuestros amigos, que esperan el cadalso, y á quienes solo puede salvar la muerte del regente... en nuestros amigos, que dirian, si yo buyese de Francia, que he comprado mi salvacion á precio de su pérdida, y que las puertas de la Bastilla se han abierto ante mis delaciones.

—¿Conque todo lo sacrificais á ese punto de honor? ¿Todo, hasta la misma Elena?

—Monseñor, si viven todavia, es preciso que yo los salve.

—Pero, ¿y si han muerto? dijo el regente.

—Entonces, ya es otra cosa... Entonces, será preciso que los vengue.

—Pero, ¡qué diablos! repuso el duque; esa sí me parece una idea un poco exagerada de heroismo. Ya habeis hecho bastante por vuestra parte, creedme; creed á un hom-

bre creed á un hombre que está reconocido por muy buen juez en materias de honor: á los ojos de todo el mundo estais absuelto mi querido Bruto.

—Pero no lo estoy á los míos propios, monseñor.

—¿Luego insistís?

—Mas que nunca. Es preciso que el regente muera.

Y añadió con voz sorda:

—¡Y el regente morirá!

—Pero antes, ¿no quereis ver á la señorita de Chaverny? dijo el duque con voz ligeramente alterada.

—Sí, monseñor; pero antes necesito vuestra palabra de que me ayudareis en mi proyecto. Pensad, monseñor, que no tenemos un instante que perder; que mis compañeros están allá, juzgados y condenados como yo lo estoy. Decidme ahora mismo, antes de que vea á Elena, que no me abandonais. Dejadme tomar en cierto modo, un nuevo compromiso con vos. Yo soy hombre, amo, y por consecuencia soy débil: voy á luchar contra las lágrimas y contra mi debilidad; de modo, monseñor; que no veré á Elena sino con la condicion de que me prometeréis hacerme ver al regente.

—¿Y si yo me niego á tomar ese compromiso?

—No veré entonces á Elena; yo estoy muerto para ella, y es inútil que vuelva la pobre á la esperanza para perderla en seguida: bastante es que me lllore una vez.

—¿Conque persistís siempre?

—Sí, pero con menos condiciones.

—¿Y qué hareis?

—Iré á esperar al regente á todas partes por donde deba pasar, y le heriré en cualquiera parte donde lo encuentre.

—Os vuelvo á repetir que reflexioneis, dijo el duque.

—Por el honor de mi nombre, repuso Gaston, os intimo que me presteis vuestro apoyo, ú os declaro que sabré pasarme sin él.

—Está bien; entrad en el cuarto de Elena, y á la vuelta hallareis mi contestacion.

—¿Dónde?

—En este mismo aposento.

—¿Y esa respuesta será segun mis deseos?

—Sí.

—Gaston pasó al cuarto de Elena; la jóven estaba arrodillada delante de un Crucifijo, pidiendo á Dios que le devolviese su amante, y se volvió al ruido que hizo Gaston al abrir la puerta.

Crejó que Dios habia hecho un milagro, y dió un enorme grito, estendiendo los brazos hácia el caballero, pero sin tener fuerza para levantarse.

—¡Oh, Dios mio! dijo: ¿es él, es su sombra?

—¡Soy yo, Elena; soy yo mismo! exclamó el jóven estrechando las manos de Elena

—¡Mas como!... tú, preso esta mañana... tú, libre esta noche...

—Me he fugado, Elena.

—¡Y entonces pensastes en mí, corristes á buscarme, no has querido huir sin mí....

¡Oh, como reconozco en esto á mi Gaston! Pues aquí estoy dispuesta, amigo mio; llévame donde quieras; soy tuya.... te sigo....

—Elena, dijo Gaston; tú no eres la prometida de un hombre ordinario. Si yo no hubiese tenido mas que los otros hombres, tú no me habrias amado.

—¡Oh! ciertamente no.

—Pues bien, Elena: á las almas escogidas están impuesto deberes mas grandes y por consiguiente pruebas mayores. Antes de ser tuyo tengo que cumplir todavía la mision porque vine á Paris. Ambos tenemos un destino fatal... Síes así, que quieres Elena? Nuestra vida ó nuestra muerte depende de un solo suceso, y ese suceso se cumplirá esta noche misma.

—¡Qué decís! ... exclamó la jóven.

—Oid, Elena, respondió Gaston; si dentro de cuatro horas; es decir, al amanecer, no teneis noticias mias, no me esperéis ya; creed

que lo que acaba de pasar entre nosotros es un sueño, y si podeis obtener permiso, id á verme á la Bastilla.

Elena palideció, y quedó anonadada: Gaston la tomó de la mano y la condujo al reclinatorio donde se arrodilló.

Y abrazándola luego como un hermano, le dijo:

—¡Continuad orando, Elena; porque orando por mi orais tambien por la Bretaña y por la Francial

Y salió fuera del aposento.

—¡Ay, ay! murmuró Elena; ¡salvadle, Dios mio; salvadle! ¿Qué me importa el resto del mundo?

Al entrar en el salon encontró Chanlay un uquier, que le anunció que el duque se habia marchado; pero que le entregó un billete de su parte.

Este billete estaba concebido en estos terminos:

«Esta noche hay baile de máscaras en Monceaux, al cual asistirá el regente. Tiene la costumbre de retirarse solo, á eso de la una de la mañana, á un invernadero, del cual gusta y que está situado al extremo de la galería dorada. Ordinariamente no entra allí nadie mas que él, porque conocen su costumbre, y la respetan. El regente vestirá un dominó de terciopelo negro,

en cuya manga izquierda llevará bordada una abeja de oro. Cuando desea permanecer incógnito, oculta esta señal debajo de un pliegue. La tarjeta que une á este billete es una tarjeta de embajador, y con ella sereis admitido, no solamente en el baile, sino tambien en ese invernadero, donde fingireis ir á buscar una entrevista secreta. Valeos de ella para vuestro encuentro con el regente; mi coche está á la puerta, y en él hallareis mi propio dominió; el cochero está á vuestras órdenes.»

Al leer este billete, que le abria todas las puertas y que le conducia, por decirlo así, frente á frente de aquel á quien debia asesinar, un sudor frio corrió por la frente de Gaston, y se apoyó en el respaldo de una silla; mas tomando luego como una resolucion violenta, bajò rápidamente la escalera, y se metió en el carruaje, gritando al cochero:

—¡A Monceaux!

Mas apenas hubo salido del salon, cuando se abrió una puerta oculta en la tapicería y apareció el duque: acercose con lentitud á la puerta de enfrente, que era la que conducía á la habitacion de Elena, y dió un grito de alegría al verla.

—¿Estais contenta, Elena? le dijo el regente con una sonrisa triste.

—¿Sois vos, monseñor? contestó Elena.

—Ya veis hija mia, que mis predicciones se han cumplido. ¡Creed en mi palabra; esperad!...

—¡Ah, monseñor! ¿Sois un ángel enviado á la tierra para ocupar el lugar de padre que he perdido?

—¡Ay! dijo el regente sonriendo; yo no soy un ángel, mi querida Elena; pero, tal como soy, seré en efecto para vos un padre, y un padre muy tierno.

Y diciendo estas palabras el duque tomó la mano de la jóven, y quiso besarle respetuosamente; pero ella alzó la cabeza, y los labios del duque rozaron su frente.

—Veo que le amais mucho, dijo.

—Bendito seais monseñor.

—¡Ojalá pueda traerme ese deseo felicidad! dijo el regente.

Y la dejó siempre sonriendo.

—Al subir en el carruaje dijo al cochero:

—Para en el Palais-Royal; pero cuenta que solo tienes un cuarto de hora para ir á Monceaux.

El cochero salió á escape.

En el momento en que la carroza entraba al galope bajo el peristilo, un correo á caballo salía á rienda suelta al mismo tiempo.

Habiéndolo visto salir Dubois, cerró la ventana, y entró en los aposentos.

XI.

Monceaux.

Entre tanto caminaba Gaston hacia Monceaux.

Conforme á lo que el duque le dijera, habia encontrado en el carruaje una careta y un dominó aquella de terciopelo negro y este de raso morado: cuando se estaba poniendo el disfraz, pensó en que no llevaba armas.

En efecto, al salir de la Bastilla habia corrido á la calle del Bac, y ahora no osaba voiver á su antiguo alojamiento, en el meson del «Barril de Amor» por miedo de ser reconocido y preso, y tampoco se atrevia á llamar á la tienda de un armero, por temor de despertar sospechas comprando un puñal.

Mas pensó que en llegando á Monceaux seria fácil procurarse un arma cualquiera.

Pero á medida que se iba acercando no era ya lo que mas falta le hacia el arma, sino el valor, y sostenia interiormente un combate terrible; el orgullo y la humanidad luchaban, y era preciso que de vez en cuando se les representasen sus amigos presos, condenados, amenazados de una muerte cruel é infamante, para que volviese violen-

tamente á su resolucion y continuase su camino.

Asi fué que cuando el coche entró en los patios de Monceaux, y se paró ante aquel pabellon profundamente iluminado, á pesar del frio glacial que hacia á pesar de la nieve que cubria las lilas, tan tristes en invierno, tan bellas y perfumadas en la primavera, Gaston sintió un sudor frio que regaba su frente, y murmuró la palabra:— ¡Ya!

Entre tanto se habia abierto la portezuela del coche, y era preciso apearse. Por otra parte, habian reconocido al cochero particular del principe, y la carroza que usaba para sus correrias secretas, y todos se habian acercado silenciosos y dispuesto á obedecer la primera órden.

Gaston no advirtió nada de esto, y se apeó con paso bastante firme, aunque una especie de nube pasase por delante de sus ojos, y presentó su targeta.

Pero los lacayos abrieron respetuosamente sus filas, como para decirle que era de todo punto inútil esa formalidad del billete de entrada.

Era entonces costumbre enmascararse hombres y mujeres, y muchas mas de estas que de aquellos iban á esta clase de reuniones con el rostro descubierto, al contrario de lo que sucede hoy. En efecto, las mugeres de

esta época no solo tenia la costumbre de hablar libremente, sino que tambien sabian hacerlo. La máscara no servia para ocultar su nulidad, pues en el siglo XVIII todas las mugeres tenian talento. Tampoco servia para ocultar la inferioridad del rango, pues en el siglo XVIII, cuando una muger era bonita pronto tenia un título; testigo de esto la duquesa de Chateauroux y la condesa Dubarry.

Gaston no conocia á nadie, y sin embargo adivinaba por instinto que se encontraba en medio de la mas delicada flor de la sociedad de esta época. Allí estaban los Brancas, los Noailles, los Broglie, los Saint-Simon, los Nocé, los Camillac, los Biron; y en punto á mugeres, sociedad un poco mas mezclada, mas no por eso menos inteligente y elegante: aparte de algunos grandes nombres que vegetaban en Sceaux y en Saint-Cyr, alrededor de Mad. de Maine y de Mad. de Maintenon, allí estaba toda la aristocrácia, que se apiñaba enrededor del príncipe mas bravo y popular de la régia familia. Solo faltaba á esta representacion del gran siglo pasado los bastardos de Luis XIV y un rey.

En efecto, nadie en el mundo, y sus mismos enemigos le hacian esta justicia, sabia ordenar una fiesta como el regente. Aquel lujo de buen gusto, aquella admirable pro-

fusion de flores que embalsamaban los salones, aquellos millares de luces que multiplicaban los espejos, aquellos príncipes, aquellos embajadores, aquellas mujeres admirablemente hermosas á quienes se codeaba, todo esto producía su efecto en el jóven provinciano, que desde lejos solo había visto en el regente un hombre, y que luego le conocía por un rey, y por un rey poderoso, alegre, amable, amado, y sobre todo popular y nacional.

Gaston sintió que el perfume de todo este lujo le subía á la cabeza y le embriagaba. Muchos ojos brillantes bajo la máscara le hirieron como puñales candentes, y su corazón latía sobresaltado cuando al buscar entre todas aquellas cabezas la de aquel á quien estaban destinados sus golpes, apercibía un dominó negro. Iba codeando y chocando con todo el mundo, dejándose mecer, como una barca sin remos y sin velas, por aquellas oleadas que se agitaban á su lado inclinándose y levantándose al soplo de poesía risueña ó sombría, y pasando en un segundo del paraíso al infierno.

Sin la máscara que ocultaba su rostro y la alteracion de su fisonomía, no hubiera podido dar cuatro pasos en medio de aquellas salas sin que hubiesen dicho, señalándole con el dedo;— «¡Ahí va un asesino!»

Y era que habia algo de cobarde y vergonzoso, lo cual no se ocultaba á Gaston, en venir convidado á casa de un príncipe para cambiar aquellas arañas ardientes en antorchas fúnebres; para manchar de sangre aquellas alfombras brillantes, y para despertar el terror en medio de los rumores alegres del sarac: así fué que á este pensamiento le abandonó su valor, y dió algunos pasos hácia una puerta.

—Lo mataré fuera, dijo; pero no aquí.

Entonces recordó la indicacion que le habia hecho el duque; aquella tarjeta que debia abrirle el invernadero aislado y murmuró entre dientes:

—¡Luego él habia previsto que yo tendria miedo á la gente; luego habia adivinado que yo era un cobarde!

La puerta hácia la cual se adelantára le habia conducido á una especie de galeria, donde estaban preparadas las mesas del ambigú. Todos se acercaban á estas mesas á comer ó beber.

Gaston tambien se acercó como los otros; no porque tuviese hambre ó sed, sino porque no tenia un arma.

Tomó un cuchillo largo y apuntado, y despues de echar una ojeada rápida para ver si alguien lo miraba, se le guardó debajo del dominó con fúnebre sonrisa.

— ¡Un cuchillo! murmuraba; ¡un cuchillo! Vamos, la semejanza con Ravallac será completa. Verdad es que este es nieto de Enrique IV.

Apenas habia formulado este pensamiento en su ánimo, cuando volviéndose Gaston, vió que se le acercaba un máscara con un dominó de terciopelo azul. Algunos pasos detras de este hombre iban una mujer y otro hombre igualmente enmascarados. El dominó azul notó entonces que le seguian, y dando dos pasos hácia estas máscaras, dijo algunas palabras al hombre con un tono de autoridad que le hizo bajar la cabeza con aire respetuoso, y en seguida volvió hácia Chanlay.

— ¡Vacilais! dijo á Gaston una voz muy conocida.

El jóven entreabrió su dominó con una mano, y enseñó al duque su cuchillo, que brillaba en la otra.

— Veo el cuchillo, que brilla, pero tambien veo la manó que tiembla.

— ¡Sí, monseñor; es verdad! dijo Gaston; ¡yo vacilaba, temblaba, y me sentia dispuesto á huir; pero habeis venido, á Dios gracias!

— ¡Bueno! ¿Y ese valor feroz? dijo el duque con su voz burlona.

— No es que lo haya perdido, monseñor.

—¿Pues qué ha sido de él entonces?

—¡Monseñor, estoy en su casa!

—Sí; pero no estais en el invernadero.

—Podriais enseñármelo antes que yo me habitue á su presencia, que yo me exalte con el odio que le tengo, pues de otro modo no sé cómo alcanzarlo en medio de esta multitud.

—Ahora mismo estaba cerca de vos.

Gaston se estremeció.

—¡Cerca de mí!

—Muy cerca; como yo estoy ahora, repuso el duque solemnemente.

—Iré al invernadero, monseñor; iré.

—Id, pues.

—Esperad un momento que me reponga, monseñor.

—Muy bien; ya sabeis que el invernadero está al extremo de esta galería; aun están cerradas las puertas.

—¿No me habeis dicho que presentando esta tarjeta me la abririan los lacayos?

—Sí; pero vale mas que la abrais vos mismo, pues podrian esperaros á la salida los lacayos que os introdujeran. Si estais agitado de ese modo antes de herirle, será mucho mas despues. y por otra parte, el duque quizás no caiga sin defenderse, sin dar un grito: entonces acudirán, sereis preso, y adios vuestra esperanza del porvenir. Pensad en Elena, que os espera.

Es imposible espresar lo que pasaba en el corazón de Gaston mientras decía estas palabras el duque, que parecía seguir su efecto en el semblante y corazón del joven, sin perder ni un movimiento del uno ni un latido del otro.

—¡Pues bien! dijo Gaston en voz sorda; ¿qué debo hacer? Aconsejadme.

—Cuando esteis á la puerta del invernadero la que hace frente á esta galería, torciendo á la izquierda, buscad debajo de la cerradura, y encontrareis un boton que, empujándolo, se abrirá la puerta por sí sola, á menos que esté cerrada por dentro; pero el regente, que no sospecha nada, no habrá tomado esa precaucion; veinte veces he entrado yo de ese modo en audiencia particular. Si no está él cuando entreis, esperarle, y si está, le reconocereis en su dominó negro y en la abeja de oro.

—Sí, sí; ya sé, monseñor, dijo Gaston sin saber lo que hablaba.

—Esta noche no cuento mucho con vos, repuso el duque.

—¡Ah, monseñor! es que se acerca el momento, y dentro de un minuto voy á ver cambiada toda mi vida pasada en un porvenir muy dudoso... un porvenir de vergüenza quizás, de remordimientos por lo menos.

—¡De remordimientos! dijo el duque:

cuando se lleva á cabo una accion que se cree justa, una accion que manda la conciencia, no se tienen remordimientos. ¿Dudais acaso de la santidad de vuestra causa?

—No, monseñor; pero á vos os es muy fácil hablar de ese modo. Vos os parais en la idea, yo tengo que seguir hasta la ejecucion, vos no sois mas que la cabeza, yo soy el brazo. Creedme, monseñor, añadió Chantlay con voz sombría y con acento sofocado; es una cosa terrible matar á un hombre que se entrega á nosotros sin defensa y que sonrie á su asesino. Mirad, yo me creia valeroso y fuerte; pero así debe suceder á todo conspirador que contrae el compromiso que yo he contraido. En un momento de efervescencia, de entusiasmo ó de ódio, se hace el juramento fatal: entre uno y su víctima se tiene todo el espacio de tiempo que debe correr. Despues de prestado el juramento, la fiebre se calma, la efervescencia decrece, el entusiasmo se apaga, el odio disminuye. Vese aparecer al otro lado del horizonte la persona hácia la cual debe uno ir y que se acerca á vos, y entonces se estremece uno, porque solo entonces se comprende el crimen á que se ha comprometido. Y entre tanto corre el tiempo inexorable, y á cada hora que suena se ve la víctima que da un paso mas, hasta que al fin desaparece el

intérvalo, y se encuentran entonces frente á frente. Entonces, creedme; creedme, monseñor; los mas valientes tiemblan, porque un asesinato es siempre un asesinato. Entonces se apercibe uno de que no es el ministro de su conciencia, sino el esclavo de su juramento, y habiéndose puesto en marcha, con la frente erguida y diciendo: «¡Soy elegido!» se llega con la frente humillada, diciendo:—«¡Soy maldito!»

—Aun es tiempo, caballero, dijo con viveza el duque.

—No, no, monseñor; bien sabeis que hay una fatalidad que me empuja adelante. Cumpliré mi mision, por mas terrible que sea; mi corazon se estremecerá; pero mi mano permanecerá firme. ¡Oh! si no estuviesen allá mis amigos, que esperan la vida del golpe que voy á dar; si no estuviese aquí Elena, á quien cubro de luto si no la cubro de sangre... ¡ah! querria mas bien el cadalso con su aparato y aun con su vergüenza, porque el cadalso no castiga, sino absuelve.

—Vamos, ya veo que temblais, pero que obrareis.

—No lo dudeis, monseñor: orad por mi, pues todo habrá concluido dentro de media hora.

El duque hizo un movimiento involuntario, aprobando no obstante con un ademan,

y se perdió entre la multitud.

Gaston comenzó á pasear por la galeria para apagar con el frio la fiebre que hacia latir sus arterias y calmar la sangre que le cegaba. Pero la llama interior que le consumia era demasiado viva, y continuó devorándolo. Despues dió algunos pasos hácia el invernadero; luego se acercó á la puerta, y puso la mano sobre el boton cincelado; pero le pareció que lo miraban, y se volvió atras por el mismo camino, oyendo sonar la una en la iglesia inmediata.

—Esta vez, murmuró, ha llegado el momento, y no hay que retroceder. ¡Dios mio, os encomiendo mi alma! ¡Adios, Elena; adios!

Entonces hendió la multitud con paso lento, pero firme, y acercándose á la puerta tocó con el resorte, y esta se abrió en silencio. Una nube pasó por delante de sus ojos y se creyó en un nuevo mundo. La música solo llegaba á él como una melodia lejana llena de encantos; á los perfumes ficticios de las esencias habia sucedido el dulce perfume de las flores; á la brillante luz de mil bugias, el delicioso crepúsculo de algunas lámparas de alabastro perdidas en el follaje; y al traves de las robustas hojas de las plantas tropicales, y mas allá de la vidriera del invernáculo, se distinguian los árboles tris-

tes y desnudos, y la nieve que cubria la tierra como un inmenso sudario.

Todo habia cambiado, hasta la temperatura.

Solo entonces advirtió Gaston que una especie de escalofrio recorria sus venas, y atribuyó esta impresion repentina á la altura de los respiraderos sobre los cuales subian, al lado de los mas magníficos naranjos en flor, las magnolias de discos aterciopelados, los arces rosados y los aloeos. al paso que las anchas hojas de las plantas acuáticas dormian en sus receptáculos de agua tan límpida, que parecia negra cuando no rulara á los reflejos de una suave luz.

Gaston dió al principio algunos pasos, y luego quedó inmóvil. El contraste de esta verdura con aquellos salones dorados le habia consternado, y mas difícil aun le parecia ligar sus pensamientos de asesinato con aquella suavidad de una naturaleza encantada aunque artificial. La arena cedia bajo sus pies, suave como la mas blanda alfombra, y los surtidores de agua hacian oír su monotonía y lastimera armonía.

No obstante, continuó andando por una especie de avenida que daba vueltas y revueltas como una senda trazada en medio de un parque inglés. Gaston solo veía confusamente, porque sus turbados ojos temían

ver, y su mirada interrogaba á los bosquecillos, temiendo distinguir en ellos una forma humana. Algunas veces, al ruido que detras de el hacia una hoja que, desprendiéndose de su rama, caia girando, se volvia hacia la puerta, acometido de un vago terror, creyendo ver entrar la magestuosa figura negra, cuya fatal visita le prometia este terrible ensueño.

Nada. Siguió andando.

En fin, debajo de una catalpa de anchas hojas, rodeada de arbustos en flor y de millares de rosas que esparcian su delicioso perfume, vió al fantasma negro sentado en un banquillo de musgo, con la espalda vuelta hácia el sitio por donde él iba.

Toda su sangre, despues de haberle hecho saltar violentamente su corazon, afluyó á sus mejillas, y zumbó alrededor de sus sienes: sus labios temblaron, y su mano, impregnada de un sudor tan frio, buscó maquinalmente un apoyo que no encontró.

El dominó permaneció inmóvil.

Gaston retrocedió á pesar suyo; pero haciendo un esfuerzo desesperado, obligó á sus piernas á andar, como si hubiera tratado de romper un lazo que las trabara. Sus dedos crispados asieron el cabo del cuchillo, y dió algunos pasos hácia el regente, sofocando un gemido próximo á exhalar.

En este instante hizo un leve movimiento la figura, y sobre su brazo izquierdo vió Gaston, no relucir, sino echar llamas, la abeja de oro.

Y á medida que el dominó se volvía hácia Gaston, los brazos del jóven se entumecían, sus labios se agitaban entre espuma, y sus dientes se entrechocaban, porque comenzaba á oprimirle el corazón una vaga sospecha. De repente dió un grito desgarrador. El dominó se había levantado, y no tenía máscara sobre el rostro, y este rostro era el del duque de Olivares.

Gaston se quedó lívido y mudo. ¡El regente! pues ya no había que dudar que el duque y el regente eran un mismo hombre: el regente continuaba en su actitud majestuosa y tranquila, y mirando la mano que tenía el puñal, que cayó. Entonces miró á Gaston con una sonrisa dulce y triste á la vez, y el jóven se desplomó sobre sus rodillas, como un árbol cortado por el hacha.

Ni uno ni otro habían hablado. Solamente se oía el sordo gemido que rompía el pecho de Gaston, y el agua que caía pausadamente en el agua.

El perdon.

—Levantaos, caballero, dijo el regente.

—¡No, monseñor! exclamó. ¡Oh, no; debo morir á vuestros pies!

—¡Morir, Gaston; bien veis que estais perdonado!

—¡Oh, monseñor; castigadme por piedad, porque es preciso que me desprecieis mucho para perdonarme!

—¿Pero no habeis adivinado, preguntó el duque, la causa por la cual os perdono?

Gaston repasó toda su vida de memoria; su juventud triste y aislada; la muerte desesperada de su hermano; su amor á Elena; aquellos dias tan largos separado de ella; aquellas noches tan cortas pasadas á la ventana del convento; el viaje á Paris; la bondad del duque para con esta jóven, y en fin esta clemencia inesperada; pero en todo esto no veia ni adivinaba nada.

—Dad gracias á Elena, dijo el duque, que vió que el jóven buscaba inútilmente la razon de lo que le sucedia; dad gracias á Elena, pues ella es quien os salva la vida.

—¡Elena, monseñor!... murmuró Gaston.

—Yo no puedo castigar al esposo de mi hija.

—¡Elena es vuestra hija, monseñor, y yo he querido mataros!

—Sí. Pensad en lo que dijísteis hace poco: se pone uno en marcha elegido, se vuelve asesino, y aun algunas veces mas que asesino, pues ya veis que se vuelve parricida, siendo yo casi padre vuestro, dijo el duque tendiéndole la mano.

—¡Monseñor, tened piedad de mí!

—Sois un corazon noble, Gaston.

—¡Y vos un noble principe, monseñor! Ahora os pertenezco en cuerpo y alma, y daré toda mi sangre por una lágrima de Elena ó por un deseo de V. A.

—Gracias, Gaston, dijo el duque sonriendo, yo os devolveré esa adhesión en felicidad.

—¡Yo feliz por V. A.! ¡Ah, monseñor! Dios se venga permitiendo que me devolvais tantos bienes en cambio del mal que he querido haceros.

Sonreíase el regente á esta efusion de cándida alegría, cuando se abrió la puerta, y dió paso á un dominó verde. El máscara se adelantó lentamente, y como si Gaston hubiera adivinado que le llevaba el fin de su felicidad, retrocedió ante él: en la espresion del rostro del jóven el duque adivinó que pasaba algo de nuevo, y se volvió.

—¡El capitán La Jouquierel! exclamó Gaston.

—¡Dubois! murmuró el duque frunciendo el ceño.

—Monseñor, dijo Gaston dejando caer su cabeza pálida de espanto entre sus manos: ¡monseñor, soy perdido! ¡No es á mi á quien es preciso salvar: olvidaba mi honor, olvidaba la salvacion de mis amigos!

—¡De vuestros amigos, caballero! dijo friamente el duque; yo creí que ya no hacíais causa comun con semejantes hombres.

—Monseñor, me habeis dicho que yo era un corazón noble: ¡pues bien! creed en mi palabra: Pontcalée, Montlouis, Talhouet y Couedie son tambien corazones nobles como yo.

—¡Corazones nobles! repuso el conde con aire de desprecio.

—Si, monseñor; repito lo que he dicho.

—¡Y sabeis vos lo que han querido hacer, pobre niño, que fuisteis su mandatario ciego, que fuisteis el brazo que eligieron para ejecutar su pensamiento! Pues bien, esos nobles corazones han querido entregar su patria al estrangero, borrar á la Francia del número de las naciones soberanas. ¡Como caballeros, debian dar el ejemplo del valor y de la lealtad, y han dado el de la cobardía y el de la traicion!—¡Qué, no respondeis;

bajais los ojos! Si es el puñal lo que buscáis, ahí está á vuestros pies... recogedle, que todavía es tiempo.

— Monseñor, dijo Gaston juntando las manos: renuncio á mis ideas de asesinato: renuncio á ellas detestándolas, y os pido perdón de rodillas por haberlas tenido; pero si no salvais á mis amigos, os suplico me hagais morir con mis cómplices. Si vivo y ellos mueren, mi honor perece con ellos; y pensad, monseñor, que es el honor del nombre que vuestra hija va á llevar.

El regente bajò la cabeza, y respondió:

— Imposible, caballero; han hecho traicion á la Francia, y morirán.

— Y yo con ellos, pues yo tambien he hecho traicion á la Francia, y ademas he querido asesinar á V. A.

El regente mirò á Dubois, y la mirada que cambiaron no se escapò á Gaston. Dubois se sonreia, y el jóven comprendió que habia estado tratando con un falso La Jouquiere, como habia tratado con un fingido duque de Olivares.

— No, dijo Dubois dirigiéndose á Gaston; no morireis por eso, pero ya comprendereis que hay crímenes á los cuales el regente tiene el poder, pero no el derecho de perdonar.

— ¡Pues á mí me perdona! exclamó Gaston.

—Pero vos sois el esposo de Elena, dijo el duque.

—Os equivocais, monseñor; ni lo soy ni lo seré nunca y como semejante sacrificio arrastre consigo la muerte del que lo hace, moriré monseñor.

—¡Bah! dijo Dubois; ya no se muere nadie de amor... eso era bueno para los tiempos de Mad. d' Urfé y de la señorita de Scudery.

—Quizás tengais razon en eso; pero en todos tiempos se muere de una puñalada.

Y diciendo esas palabras, recogió Gaston el cuchillo que estaba á sus pies, con una espresion sobre la cual no habia el menor motivo para equivocarse.

Dubois no se movió; el regente dió un paso.

—Tirad ese arma, caballero, dijo con altivez.

Gaston fijó la punta del cuchillo en su pecho.

—¡Tiradla, os digo! repitió el regente.

—¡La vida de mis amigos, monseñor! dijo Gaston.

El regente se volvió hacia Dubois, que seguia sonriéndose con su sonrisa burlona.

—Está bien, dijo el regente; vivirán.

—¡Ah, monseñor! exclamó Gaston tomando la mano del regente y tratando de llevarla á sus lábios; monseñor, sois igual á Dios en la tierra.

—Monseñor, cometéis una falta irreparable, dijo friamente Dubois.

—¡Qué, exclamó Gaston sorprendido; el señor es!...

—El abate Dubois, para serviros, dijo el falso La Jouquiere inclinándose.

—¡Oh, monseñor! dijo Gaston; no oigais mas que la voz de vuestro corazón, os lo suplico.

—No, monseñor; no firmeis nada, repuso Dubois.

—¡Firmad, firmad! repitió Gaston; habeis prometido su perdon, y vuestra promesa es sagrada.

Firmaré, Dubois, dijo el duque.

—Está bien; como V. A. guste.

—Ahora mismo, ¡no es verdad monseñor! exclamó Gaston. No sé por qué estoy espantado, á pesar mio.... ¡su perdon monseñor; os lo suplico de rodillas!

—Vaya, dijo Dubois; puesto que S. A. lo ha prometido, ¿qué importan cinco minutos mas ó menos?

El regente miró á Dubois con aire inquieto.

—Si, teneis razon; dijo; ahora mismo...

—Tu cartera, abate, pronto, que este jóven está impaciente.

Dubois se inclinó en signo de asentimiento, se acercó á la puerta, llamó á su lacayo,

tomó su cartera, y presentó al regente una hoja de papel blanco, en el cual escribió este una orden que firmó.

—Ahora que venga un correo, dijo el duque.

—¡Un correo! dijo Chanlay no señor es inútil.

—¿Pues como?

—Un correo no iría jamás bastante ligero, yo mismo iré, si V. A. lo permite, y cada instante que gane evitaré un siglo de angustia á aquellos desgraciados.

Dubois frunció el entrecejo.

—En efecto; teneis razon, dijo el regente, id vos mismo.—Y añadió en voz baja;—Y sobre todo que esta orden no se separe de vos.

—Pero monseñor, dijo Dubois; os apresurais mas que el mismo caballero de Chanlay, y olvidais que si se marcha de ese modo, hay una persona en Paris que lo creerá muerto.

Estas palabras chocaron á Gaston, porque le recordaban á Elena; Elena, á quien habia dejado inquieta con el temor de un acontecimiento grande; Elena que esperaria de minuto en minuto, y que jamás le perdonaria haberse marchado de Paris sin verla.

En un instante tomó una resolucion; besó la mano del regente, tomó la orden salvado-

ra saludó á Dubois, y ya iba á salir, cuando el regente le dijo:

—No digais á Elena ni una palabra del secreto que os he descubierto. Dejádme el placer de hacerle saber yo mismo que soy su padre... esta es la única recompensa que os pido.

—Será obedecido S. A. dijo Gaston conmovido hasta el punto de derramar lágrimas.

Y saludando de nuevo, salió precipitadamente.

—Por aqui, dijo Dubois. Vais tan turbado que cualquiera creeria acabais de asesinar á alguien y os prenderian, atravesad este bosquecillo, y al fin encontrareis una avenida que os conducirá á la puerta de la calle.

—¡Oh! muchas gracias, pues ya comprenderis que toda tardanza....

—Ciertamente, puede ser fatal. Por eso mismo, añadió en voz baja, os indico el camino mas largo.

Dubois siguió á Gaston algun tiempo con la vista, y cuando hubo desaparecido, volvió hácia el regente.

—¿Qué teneis, monseñor? le preguntó. Parece que estais inquieto.

—Lo estoy efectivamente, Dubois.

—¿Y por qué?

—Porque no has puesto mucha resistencia á esa buena accion, y eso me atormenta.

Dubois se sonrió.

—¡Abate, exclamó el duque; tú tramas algo!

—No, monseñor; ya está tramado todo.

—Veamos, ¿qué has hecho?

—Monseñor, yo conozco á V. A.

—¿Y qué?

—Yo sabia lo que iba á pasar.

—¿Qué mas?

—Que no pararia hasta haber firmado la gracia de todos esos tunos.

—Acaba.

—Y que yo tambien he enviado un correo.

—¿Tú?

—Sí, yo. ¿No tengo el derecho de enviar correos?

—¡Sí tal, Dios mio! ¿Pero de qué orden era portador tu correo?

—De una orden de ejecucion.

—¿Y ha marchado?

Dubois sacó su reloj.

—Pronto hará dos horas, dijo.

—¡Miserable!

—¡Ah, monseñor; siempre palabrotas! Cada uno á sus negocios, ¡qué diablo! Salvad al Sr. de Chanlay, si os agrada, que vuestro yerno es; pero dejadme á mi que os salve á vos.

—Si; pero yo conozco á Chanlay, y llegará antes que tu correo.

—No, monseñor.

—Dos horas no son nada para un hombre de corazón como él que devorará el espacio.

—Si mi correo llevase solo dos horas de delantera, tal vez le adelantaría Mr. de Chanlay, pero llevará tres.

—¿Pues cómo?

—Porque el digno joven está enamorado, y dándole una hora para despedirse de la señorita, vuestra hija, no se le da demasiado.

—¡Serpiente!... Ya comprendo el sentido de tus palabras.

—Como el joven estaba en un momento de entusiasmo, hubiera podido olvidar su amor, y por eso se lo recordé. Ya sabéis mi principio, monseñor; es preciso desconfiar de los primeros movimientos, porque esos son los buenos.

—¡Ese es un principio infame!

—Monseñor, ó ser ó no ser diplomático.

—Está bien, dijo el regente; voy á avisarle.

—Monseñor, contestó el abate deteniendo al duque con un acento de estremada firmeza, y sacando un papel que llevaba preparado en su cartera; si haceis eso, tened la bondad de aceptad antes mi dimision, que es esta. Chanceamos, corriente; pero Horacio ha dicho: *est modus in rebus*, y Horacio era un grande hombre, sin contar con que

tambien era muy galante. Ea, monseñor; basta de política por esta noche; volved al baile, y mañana por la tarde todo quedará arreglado. La Francia quedará libre de cuatro de sus mas encarnizados enemigos, y á vos os quedará un yerno muy guapo, á quien amo mucho mas que á monsieur de Rion, á fe de abate.

Y diciendo estas palabras, entraron ambos en el baile, Dubois alegre y triunfante, y el duque triste y pensativo, pero convencido de que su ministro era quien tenia razon.

XIII.

Ultima entrevista

Gaston habia salido del invernadero con el corazon henchido de alegria: aquel inmenso peso que le oprimiera desde el principio de la conspiracion, y que solo habia podido aliviar de vez en cuando y con trabajo el amor de Elena, acababa de desaparecer, como si un ángel lo hubiera levantado de sobre su pecho.

Y á los sueños de venganza, sueños terribles y sangrientos, sucedian otros de amor y de gloria. Elena no era solamente una mu-

jer de calidad, hermosa y llena de amor; era una princesa de la sangre real, una de esas divinidades, cuya ternura pagarían los hombres con su sangre, sí, débiles como mortales, no dieran ellas su ternura por nada.

Y despues de esto, no solo sin quererlo Gaston, si que tambien á pesar suyo, sentia despertarse en su corazon, que creía entregado todo al amor, sus dormidos instintos ambiciosos. ¡Qué brillante fortuna la suya; cómo iba á dar celos y envidia á los Lauzun y á los Richelieu! El regente no era un Luis XIV imponiendo, como á Lauzun, el destierro ó el abandono de su querida, ni un padre irritado combatiendo las pretensiones de un simple caballero; sino, por el contrario, un amigo omnipotente, ávido de ternura y de amor hácia una hija tan pura y tan noble; y luego una santa emulacion entre la hija y el yerno para hacerse mas dignos una y otro de pertenecer á tan gran príncipe, á tan clemente vencedor.

Parecia á Gaston que su pecho no podia contener tanta alegria: sus amigos salvados, su porvenir seguro, Elena hija del regente. Escitado así, apremió de tal modo al cochero, que en un cuarto de hora ya estaba en la casa de la calle del Bac.

La puerta se abrió ante él, y resonó un grito. Elena esperaba su vuelta á la venta-

na del pabellon, y habiendo reconocido la carroza, corria alegre al encuentro de su amigo.

—Salvado! exclamó Gaston al verla. ¡Salvado; mis amigos, yo, tú!

—¡Oh, Dios mio! exclamó Elena palideciendo; ¿conque lo has muerto?

—¡No, no, á Dios gracias! ¡Oh, qué corazon el de ese hombre, Elena, y qué hombre ese regente! ¡Oh, ámale mucho, Elena! ¡Tú le amarás tambien, no?

—Espícate, Gaston.

—Ven, ven, y hablemos de nosotros, pues solo tengo algunos instantes para tí, Elena; pero el duque te lo dirá todo.

—Una cosa primero, dijo Elena: ¿cuál es tu suerte?

—La mas hermosa del mundo... esposo tuyo, rico, honrado... ¡ah! estoy loco de felicidad.

—¿Y al fin te quedas conmigo?

—No, Elena; me marcho.

—¡Dios mio!

—Pero para volver.

—¡Otra vez separados!

—Tres dias á lo mas; tres dias solamente.

Marcho para hacer que bendigan tu nombre, el mio, el de nuestro protector, nuestro amigo.

—¿Pero á dónde vas?

—A Nantes.

—¿A Nantes?

—Sí, esta órden contiene el indulto de Pontcalée y demas amigos que están condenados á muerte; ¿comprendes? Ellos me deberán la vida; conque no me detengas Elena, y piensa en lo que tú has sufrido ahora poco esperándome.

—Y por consecuencia, en lo que voy á sufrir aun.

—No, Elena mia; porque esta vez no hay obstáculos ni temor alguno; esta vez estoy seguro de que volveré.

—Gaston, ¡conque no te veré jamás sino á raros intervalos y por algunos minutos! ¡Ah! ¡Y sin embargo, tengo mucha necesidad de ser feliz!

—Pues lo serás: tranquilízate.

—Tengo el corazón muy oprimido.

—¡Oh, cuando lo sepas todo!...

—Pues dime ahora lo que debo saber mas tarde...

—Elena, lo único que falta á mi dicha es caer á tus pies y decírtelo todo... Mas he prometido; he hecho mas... he jurado....

—¡Siempre secretos!...

—Este, al menos, está lleno de felicidad.

—Gaston... Gaston!... Yo tiemblo.

—Pues mírame, Elena; mírame, y viendo tanta alegría en mis ojos, osa decirme aun que tienes miedo.

—¿Por qué no me llevas contigo, Gaston?

—¡Elena!

—¡Te lo suplico; vamos juntos!

—Imposible.

—¿Por qué

—En primer lugar, porque es preciso que esté yo en Nantes antes de veinte horas.

—Pues yo te seguiré, aunque debiera morir de fatiga.

—Y además, porque tu suerte no te pertenece. Tienes aquí un protector, á quien debes respeto y obediencia.

—¿El duque?

—Sí, el duque: ¡oh! cuando sepas lo que ha hecho por mí, por nosotros...

—Pues dejémosle una carta, y nos perdonará.

—No; diria que somos ingratos, y tendria razon; no, Elena; mientras yo voy á Bretaña rápido como un ángel salvador, tu permanecerás aquí acelerando los preparativos de nuestro matrimonio; y luego, cuando vuelva, te llamaré mi mujer, y rendido á tus plantas te daré gracias á un tiempo por la felicidad y el honor que me haces.

—¡Me dejas, Gaston! exclamó la jóven con voz desgarradora.

—¡Oh! no así, Elena, pues entonces no marcharé. Al contrario; alégrate, sonríeme.. y dime alargándome esa mano tan pura y

leal:—«Marcha, marcha, Gaston; es deber tuyo marchar.»

—Sí, amigo, repuso Elena; tal vez debería decirte eso; pero no tengo fuerzas para ello; perdóname.

—¡Oh! Haces mal, Elena, en estar así, cuando yo estoy tan alegre.

—¿Qué quieres, Gaston? Esto es mas fuerte que mi voluntad. Piensa, Gaston, en que te llevas contigo la mitad de mi vida.

Gaston oyó que daban las tres, y se estremeció.

—¡Adios, adios! dijo.

—¡Adios! murmuró Elena.

Y le estrechó la mano, que el jóven besó por la última vez: saliendo entonces de la sala, corrió hácia la escalinata, á cuyo pié relinchaban los caballos, á pesar del viento helado de la mañana.

Pero acabando de bajar, oyó los sollozos de Elena, y subió otra vez rápidamente. Encontróla á la puerta de la sala; Gaston la enlazó en sus brazos, y Elena quedó desfallecida pendiente á su cuello.

—¡Oh, Dios mio! exclamó. ¡Conque me dejas, me abandonas, Gaston! Escucha bien lo que voy á decirte: ¡ya no nos volveremos á ver!

—¡Pobre amiga; pobre local! exclamó el jóven con el corazon oprimido á pesar suyo.

— Sí, loca... pero de desesperacion, respondió Elena. Y sus lágrimas inundaron el rostro de Gaston.

De repente, y como despues de un combate interior, pegó sus lábios á los de su amante, estrechándolo con ardor. Luego le apartó dulcemente, y le dijo:

—Vete, Gaston; vete; ahora ya puedo morir.

Gaston respondió á este beso con apasionadas caricias; pero en este momento sonaron las tres y media.

—Otra media hora que será precisoginar, dijo.

—¡Adios, adios, Gaston! Márchate; tienes razon; ya debias haber marchado.

—Adios, pronto nos volveremos á ver.

—¡Adios, Gaston!

Y la jóven entró silenciosa en el pabellon, como una sombra entra en un sepulero.

Gaston se dirigió á la casa de postas, pidió el mejor caballo, y salió de Paris por la misma barrera que le habia servido de entrada algunos dias antes.

Nantes.

La comision nombrada por Dubois se habia constituido en permanencia. Investida de poderes ilimitados, lo cual quiere decir, en ciertos casos, fijados de antemano, residia en el castillo, sostenida por fuertes destacamentos de tropa, que á cada momento esperaban ser atacados por los descontentos.

Despues del arresto de los cuatro caballeros, aterrada Nantes al principio, se habia conmovido luego en su favor. La Bretaña entera esperaba un levantamiento, pero entre tanto no se levantaba.

Acercábanse los debates. La víspera de la audiencia pública, Pontcalée tuvo con sus amigos una conversacion grave.

—Veamos, dijo: ¿hemos hecho, en palabras ó en acciones, alguna imprudencia?

—No, contestaron los tres caballeros.

—¿Alguno de vosotros ha revelado nuestros proyectos á su mujer, á su hermano, á un amigo? ¿Vos, Montlouis?

—No, por mi honor.

—¿Vos, Talhouet?

—No.

—¿Y vos, Couedie?

—No.

—Entonces, ni pruebas ni acusaciones tienen contra nosotros. No nos han sorprendido; nadie nos quiere mal.

—Pero sin embargo nos juzgan, dijo Montlouis.

—¿Sobre qué? preguntó Pontcalée.

—Sobre datos ocultos, contestó Talhouet sonriendo.

—Y muy ocultos, añadió Couedie, puesto que no articulan una sola palabra.

—Seguirán el juicio por su propio decoro, repuso Pontcalée, y ellos mismos, la noche menos pensada, nos obligarán á que nos fuguemos, para no verse obligados á soltarnos, de día.

—Nada de eso creo, dijo Montlouis, que de los cuatro amigos era el que siempre habia visto el negocio bajo un aspecto mas sombrío, quizás porque tenia que perder mas que todos ellos, su mujer y dos hijos que le adoraban; nada de eso creo yo; he visto á Dubois en Inglaterra, y he hablado con él. Es una cara de zorra, que se lame el hocico cuando tiene sed: Dubois tiene sed, y nosotros estamos presos, señores; Dubois se hartará en nuestra sangre.

—Pero se me figura que está aquí el parlamento de Bretaña, replicó Couedie.

—Sí, para mirarnos cortar la cabeza, respondió Montlouis.

Pero á todo esto siempre se sonreía uno de los cuatro amigos; Pontcalée.

—Señores, decía: tranquilizaos. Si Dubois tiene sed, tanto peor para Dubois, que se pondrá rabioso y no pasará de aquí; pero os respondo de que esta vez no chupará Dubois de nuestra sangre.

En efecto, la tarea de la comision parecia difícil desde el principio; ni confesiones, ni pruebas, ni testigos; la Bretaña se reía en las barbas de los comisarios, y cuando no se reía, era peor, amenazaba.

El presidente espidió un correo á Paris para esponer el estado de las cosas y pedir nuevas instrucciones.

—Juzgad por los proyectos, respondió Dubois; puede que no hayan hecho nada por habérselo impedido; pero no hay duda que han proyectado, y la intencion en materia de alzamiento es reputada por hecho.

Armada de esta palanca terrible, pronto echó por tierra la comision todas las esperanzas de la provincia. Hubo una sesion terrible, en la cual los acusados pasaron sucesivamente de la burla á la acusacion. Pero una comision bien compuesta, como Dubois las sabia hacer cuando queria, está muy parapatada contra la gente que se rie ó enfada

Al volver á la cárcel, Pontcalée se felicitaba por las verdades que, él sobre todo, habia dicho á los jueces.

—No importa, dijo Montlouis; estamos en un mal negocio, y la Bretaña no se rebelará.

—Es que espera nuestra condenacion, respondió Talhouet.

—Entonces se rebelará mas tarde, dijo Montlouis.

—Nuestra condenacion no puede tener lugar francamente, nosotros somos culpables; pero no habiendo pruebas, ¿quién osará dar una sentencia contra nosotros? ¿La comision?

—La comision no, pero si Dubois.

—Yo tengo muchísimas ganas de hacer una cosa, dijo Couedie.

—¿Cuál?

—Gritar en la primera audiencia:—«¡A nosotros, bretones!» Siempre he visto en la sala un buen número de semblantes amigos. Pues bien, así nos veremos libres ó muertos, pero al menos todo habrá concluido. Mas quiero la muerte que esperar así.

—¿Pero á qué esponerse á ser herido por algun esbirro? dijo Pontcalée.

—Porque se cura de la herida que hace un esbirro, y no se cura de la que hace el verdugo, contestó Couedie.

—¡Bien dicho! exclamó Montlouis; soy de tu opinion.

—Pero descuidad, dijo Pontcalée; no tendreis que habéros las con el verdugo mas que yo.

—¡Ah! siempre la prediccion, dijo Montlouis; ¿pero no sabeis que no fio en ella?

—Pues haceis mal.

Montlouis y Couedie se encogieron de hombros; pero Talbouet aprobó.

—Eso es seguro, amigos, continuó Pontcalée. Nos condenarán á destierro, nos obligarán á embarcarnos, y yo naufragaré en el camino. Esta es mi muerte, pero la vuestra puede ser diversa; pedid hacer la travesia en otro buque que el que me lleve á mi, y os salvareis. Ademas puede suceder tambien que yo me caiga del puente ó me resbale al subir una escalera. Ya sabeis que es positivo que yo pereceré en el mar; así, puedo ser condenado á muerte y conducido al cadalso, que como esté levantado en tierra firme, ya me vereis á su pie tan tranquilo como estoy aqui.

Este tono de seguridad daba que pensar á los tres amigos, pues siempre es uno supercioso cuando espera. La esperanza no es mas que una supersticion.

Los cuatro amigos concluyeron por reir de la horrible rapidez con que llevaban los debates, pues no sabian que Dubois espedia desde Paris correo para acelerar la marcha del procedimiento.

Al fin llegó el día en que el tribunal se declaró suficientemente ilustrado.

Esta declaración redobló el buen humor de los amigos, que desde entonces fueron mas mordaces y burlones que nunca.

La comision se retiró á sesion secreta para deliberar.

Jamás hubo debate mas borrascoso; la historia ha penetrado el secreto de estas deliberaciones, y sabe que algunos de los consejeros, menos dados al mal ò menos ambiciosos, se rebelaron á la idea de condenar por presunciones, pues aparte de las revelaciones trasmitidas por Dubois, y de cuya veracidad podian dudar, ninguna otra mas habia sido hecha. Estos manifestaron en voz alta su parecer; pero la mayoría era adicta á Dubois, y en el mismo seno del tribunal vinieron á querellas, injurias y casi á combate. Las discusiones duraron once horas, al cabo de las cuales se pronunció la mayoría.

La víspera de la sentencia, una comision de habitantes notables, de oficiales bretones y de miembros del parlamento se presentó ante el tribunal ministerial, y desenvolvió allí conclusiones que probaban que los bretones no se habian rebelado de hecho: que la eleccion del rey de España en perjuicio del duque de Orleans era un derecho resultante de la misma constitucion del estado,

que preferia el nieto de un rey al pariente colateral, y que la provincia, en materia de regencia, tenia mas derecho á pronunciarse que un simple parlamento.

La comision ministerial, que conocia no tener respuesta alguna que dar, no respondió, y los diputados se retiraron llenos de esperanza.

Mas no por eso dejó deser dictada la sentencia, no con arreglo á la instruccion hecha en Nantes, sino conforme á las órdenes recibidas de Paris. Los comisarios unieron á los cuatro jefes presos otros diez y seis caballeros contumaces, y declararon:

«Que los acusados, reconocidos culpables de proyectos de crímenes de lesa-majestad y de planes de felonía, serian decapitados, los presentes de hecho y los ausentes en efigie. Que las murallas y fortificaciones de sus castillos serian demolidas, sus atributos de señorío derribados y sus bosques talados á la altura de nueve pies.»

Una hora despues de haber dictado la sentencia, se dió orden al escribano para que la notificase á los reos.

La sentencia se habia dado á consecuencia de aquella sesion tan borrascosa de que ya hemos hablado, y en la cual el público diera tantas muestras de simpatía hácia los procesados. Y como habian batido en bre-

cha á los jueces sobre todos los puntos de la acusacion, jamás tuvieron mas y mejores esperanzas.

Sentados estaban en la sala comun, y comian recordando todos los detalles de la audiencia mencionada, cuando de repente se abrió la puerta, y en la sombra se dibujó el rostro pálido y severo del escribano.

Esta aparicion solemne cambió en un instante las bromas en latidos de corazon.

El escribano se adelantó con lentitud, mientras el carcelero permanecia de pie á la puerta, y en la sombra del corredor se veian brillar los cañones de los mosquetes.

—¿Qué quereis? preguntó Pontcalée. ¿Qué significa este siniestro aparato?

—Señores dijo el curial: soy portador de la sentencia del Tribunal: arrodillaos para oirla.

—Pero advertir que solo las sentencias de muerte son las que se oyen de rodillas, dijo Montlouis.

—Arrodillaos, señores, respondió el escribano.

—Eso es bueno para culpables y bentes de poco valia, dijo Couedie: nosotros somos caballeros é inocentes, y oiremos la sentencia de pie.

—Como gustéis señores; rero descubrios, porque hablo en nombre del rey.

Talhouet, que era el único que tenía puesto el sombrero, se descubrió.

Los cuatro quedaron en pie y descubiertos apoyados unos en otros con la frente pálida, pero con la sonrisa en los labios.

El sayon leyó la sentencia, sin que un solo murmullo ni gesto de sorpresa le interrumpiera.

Cuando hubo concluido, preguntó Pontcalée.

—¿Porqué me han dicho que declarase los designios de la España contra la Francia y que me dejarían en libertad? La España era país enemigo; yo he declarado lo que creía saber de sus proyectos, y sin embargo nos condenan.. ¿Por qué? ¿Se compone la comisión de cobardes que tienden lazos á los acusados?

El escribano no respondió.

—Pero el regente, añadió Montlouis, ha perdonado á todo Paris, cómplice en la conspiracion de Cellamare. Ni una gota de sangre ha corrido sin embargo los que querían arrebatár al regente, matarle tal vez, eran tan culpables al menos como gentes contra quienes no ha podido articularse ni una acusacion seria. ¿Somos acaso eslogidos para con la capital?

El escribano no respondió tampoco.

—Ten entendida una cosa, Montlouis, di-

jo Couedie; allá en Paris hay un antiguo odio de familia contra la Bretaña y el regente para hacer creer que es de la familia, quiere dar una prueba de que nos odia. No es á nosotros personalmente á quines se hierre, sino á una provincia que hace trescientos años reclama sus derechos y privilegios, y á la cual se quiere hacer culpable para desembarazarse de ello de una vez.

El escribano guardó siempre silencio.

—Concluyamos dijo Talhouet. Estamos condenados; corriente: decidnos ahora si hay ó no hay apelacion.

—No la hay señores, contestó el curial.

—Pues podeis retiraros, dijo Couedie.

Ei escribano saludó, y salió seguido de los guardias que le escoltaban, y la puerta de la prision volvió á cerrarse con ruido.

—¡Conquel..... dijo Montlouis, cuando se quedaron solos.

—Estamos condenados, concluyó Pontcalée. Yo no he dicho jamás que no habria sentencia; lo que he dicho es que no habria ejecucion, y nada más.

—Soy de la opinion de Pontcalée, dijo Talhouet: lo que han hecho ha sido para asustar la provincia y medir su Paciencia.

—Ademas dijo Couedie, no nos ejecutarán sin que el regente haya confirmado la condenacion. A no ser por correo extraordinaria-

rio, se necesitan dos dias para ir á Paris, uno para examinar el negocio y otros dos para volver: total, cinco... Tenemos, pues, cinco dias delante, y en ese tiemposucedan muchas cosas: la provincia se alzar  cuando sepa nuestra sentencia.

Montlouis se encogió de hombros.

—Ademas, tenemos   Gaston,   quien siempre olvidais, señores, añadió Pontcalée.

—Mucho me temo que Gaston est  preso, señores, dijo Montlouis. Conozco   Gaston, y si estuviera en libertad, ya habriamos oido hablar de él.

Pero no negar s, al menos, profeta de desgracias, que aun tenemos algunos dias delante, dijo Tahouet.

— Qu en sabe? contest  Montlouis.

—Y despues la mar, dijo Pontcalée: la mar,  qu  diablols!... Siempre olvidais que debo perecer en la mar, señores.

—Ea, pues, señores; sigamos comiendo, y bebamos el último vaso de vino á vuestra salud.

—Ya no tenemos vino, dijo Montlouis; mala señal.

— Bah! aun hay en la bodega, contest  Pontcalée.

Y llamó al carcelero.

Al entrar este encontr  á los cuatro amigos sentados   la mesa y los mir  con aire sorprendido.

—¡Hola! ¿Qué hay de nuevo, maese Cristóbal? dijo Pontcalée.

Maese Cristóbal era de Guer, y tenia una veneracion particular hácia Pontcalée, pues el tio de este, Crisogon, habia sido su señor.

—Nada mas que lo que ya sabeis, señores, contestó.

Entonces, ve á traernos vino.

—Quieren aturdirse, dijo el carcelero al salir: ¡pobres caballeros!

Solo Montlouis oyó lo que acababa de decir Cristóbal, y se sonrió tristemente.

Un instante despues oyeron pasos que se acercaban precipitadamente. La puerta se abrió, y apareció de nuevo Cristóbal sin llevar botella alguna.

—¡Cómo! dijo Pontcalée; ¿y el vino?

—¡Buena noticia! exclamó Cristóbal sin responder á la interpelacion. ¡Buena noticia señores!

—¿Cuál? dijo Montlouis estremeciéndose.

—¿Ha muerto el regenté?

—¿Se ha revelado la Bretaña?

—No, señores, no; yo no me atrevería á llamar á eso buenas noticias.

—¿Pues qué hay entonces? dijo Pontcalée.

—Hay que el Sr. de Chateaneuf acaba de mandar retirar á ciento cincuenta hombres que estacionaban armados en la plaza del marché, lo cual habia asustado á todo

el mundo; pero esos hombres acaban de recibir contraórden y vuelven á sus cuarteles.

—¡Vamos! dijo Montlouis; comienzo á creer que eso no sucederá hoy.

En este momento dieron las seis.

—¡Pues bien! dijo Pontcalée; una buena noticia no es una razon para que nos quedemos con nuestra sed. Vuelve á buscarnos vino.

Cristóbal salió, y volvió diez minutos despues con una botella en la mano.

Los cuatro amigos llenaron sus vasos.

—¡A la salud de Gaston! dijo Pontcalée cambiando una mirada de inteligencia con sus amigos, para los cuales solamente era comprensible este brindis.

Y bebieron todos, escepto Montlouis, que, en el momento que se acercaba el vaso á los labios, se detuvo.

—¡Qué hay! preguntó Pontcalée.

—¡El tambor! dijo Montlouis estendiendo el brazo en la direccion en que oia el ruido.

—¿Pues no has oido lo que ha dicho mae-se Cristóbal? dijo Talhouet; son las tropas que se retiran.

—Al contrario, son las tropas que salen, pues ese no es el toque de retirada, sino el de generala.

—¡Generala! dijo Talhouet; ¿qué quiere decir esto?

—Nada bueno, dijo Montlouis moviendo la cabeza.

—¡Cristóbal! dijo Pontcalée volviéndose hácia el carcelero.

—Vais á saber lo que es, respondió este; vuelvo dentro de un instante.

Y salió de la sala, no sin haber cerrado antes cuidadosamente la puerta.

Los cuatro amigos permanecieron en el silencio de la ansiedad, y al cabo de diez minutos volvió á abrirse la puerta, y entró el carcelero, pálido de terror.

—Un correo acaba de entrar en el patio del castillo, dijo; llega de Paris; ha entregado sus despachos, y al instante se han doblado los puestos, tocándose generala en todos los cuarteles.

—¡Oh, dijo Montlouis; esto nos concierne!

—¡Suben la escalera! dijo el carcelero, mas trémulo y espantado que aquellos á quienes se dirigia.

En efecto, oyéronse las culatas de los mosquetes que resonaban en las losas del corredor, y al mismo tiempo las voces de muchas personas.

Abriose la puerta, y apareció el escribano.

—Señores, dijo: ¿cuánto tiempo deseais para arreglar vuestros negocios y sufrir vuestra pena?

Un profundo terror heló á todos los concurrentes.

—Yo quiero, dijo Montlouis, el tiempo para que la sentencia vaya á Paris y vuelva con la aprobacion del regente.

—Yo, dijo Talhouet, solo quiero el tiempo necesario para que la comision se arrepienta de su iniquidad.

—Pues yo, dijo Couedie, quisiera que se dejase al ministro de Paris el tiempo para conmutar esta pena en la de ocho dias de detencion que merecemos por haber obrado un poco ligeramente.

—¿Y vos, caballero? dijo gravemente el escribano á Pontcalée, que guardaba silencio; ¿qué pedís?

—Yo no pido absolutamente nada, respondió Pontcalée con la mayor calma.

—Pues entonces, señores, dijo el escribano, oid la respuesta de la comision:—Teneis dos horas para pensar en vuestros negocios espirituales y temporales; son las seis y media, y es preciso que dentro de dos horas y media os encontréis en la plaza de Bouffay, donde tendrá lugar la ejecucion.

Hubo un largo silencio: los mas valientes sentian el terror hasta en la raiz de los cabellos.

El escribano salió, sin que nadie tuviera una palabra que responderle: solo los acusados se miraron y estrecharon las manos.

Tenian dos horas.

Dos horas, en el curso ordinario de la vida, parecen alguna vez dos siglos: en otros momentos dos horas parecen un segundo.

Llegaron los sacerdotes, luego los soldados, despues los verdugos.

La situacion se hacia terrible. Solo Pontcalée no se desmentia, no porque á los otros faltase ánimo, sino esperanza: sin embargo, aquel los tranquilizó por la calma con que respondia, no solo á los sacerdotes, sino tambien á los ejecutores que ya se habian apoderado de su presa.

Arregláronse los preparativos de esa terrible cosa que se llama el trage de los condenados. Los cuatro pacientes debian ir al cadalso revestidos de mantos negros, para que á los ojos del pueblo, cuya rebelion siempre se temia, quedasen confundidos entre los sacerdotes encargados de ausiliarlos.

Despues se agitó la cuestion de atarles las manos. ¡Cuestion suprema!

Pontcalée dijo con su sonrisa de sublime confianza:

—¡Pardiez! dejadnos las manos libres que iremos sin rebelarnos.

—Eso no es cosa nuestra, respondió el ejecutor, que se las habia con Pontcalée: á menos de una órden particular, todas las disposiciones son las mismas para todos los condenados.

—¿Y quién da esas órdenes? preguntó Pontcalée riendo; ¿es el rey?

—No, señor marqués; respondió el verdugo sorprendido de una sangre fría de que jamás había visto ejemplo; no es el rey, sino nuestro jefe.

—¿Y donde está vuestro jefe?

—Allí está hablando con el carcelero Cristóbal.

—Decidle que venga, dijo Pontcalée.

—¡Eh! maese Lamer, esclamó el ejecutor, ¿quereis pasaros por aquí?... Uno de estos señores desea veros.

Un rayo que cayera en medio de los cuatro condenados no habría producido un efecto mas terrible que este nombre.

—¿Qué decís?... esclamó Pontcalée palpitando de terror. ¿Qué nombre habeis pronunciado?

—Lamer, caballero; es nuestro jefe.

Pálido y helado Pontcalée, cayó sobre una silla, fijando en sus aterrados compañeros una mirada indecible: nadie alrededor de ellos comprendia este mudo abatimiento que tan rápidamente sucedia á aquella confianza estremada.

—¡Conque!... dijo Montlouis dirigiéndose á Pontcalée con un acento de dulce reconvenccion.

—Si, señores; tenlais razon, dijo Pont-

calée; pero tambien la tenia yo en creer en la prediccion, pues sin duda se cumplirá esta como las otras. Solo que esta vez me rindo, y confieso que estamos perdidos.

Y por un movimiento espontáneo, los cuatro condenados se abrazaron orando á Dios.

—¿Qué ordenais? preguntó el ejecutor.

—Es inútil atar las manos á estos señores si quieren dar su palabra: son soldados y caballeros.

XV.

El drama de Nantes.

Entre tanto volaba Gaston por el camino de Nantes, dejando detras al postillon, encargado entonces; como hoy dia, de contener los caballos, en lugar de hacerlos correr hasta no poder mas. Mas á pesar de estas dos fuerzas contrarias, andaba tres leguas por hora, y así habia atravesado Sevres y Versailles.

Al llegar á Rambouillet, cuando comenzaba á clarear el dia, vió al maestro de postas y á los postillones alrededor de un caballo que acababan de sangrar. El animal estaba tendido en medio de la calle, y apenas respiraba.

Chanlay no reparó al principio, ni en el caballo, ni en el maestro de postas, ni en

los postillones; pero al montar de nuevo oyó á uno que decía:

—Al paso que va, matará mas de uno de aqui á Nantes.

Iba á marchar Gaston; pero acometido de una reflexion súbita y terrible, se detuvo, é hizo señas al maestro de postas para que se acercase.

El maestro de postas obedeció.

—¿Quién ha pasado por aquí dejando ese pobre animal en tan mal estado? preguntó Gaston.

—Un correo del ministro, respondió el maestro de postas.

—¿Un correo del ministro! exclamó Gaston: ¿y venia de Paris?

—Sí señor.

—¿Y cuánto tiempo hará que pasó?

—Unas dos horas, poco menos.

Gaston dió un grito sordo, parecido á un gemido. Conocia á Dubois... Dubois, que lo habia engañado bajo el traje de La Jouquiere, y se espantó recordando la buena voluntad del ministro. ¿Por qué espedir un correo ganando horas, justamente dos antes de salir él?

—¡Oh! era demasiado feliz, pensó el joven, y Elena tenia razon al decir que presentia alguna gran desgracia. ¡Oh! yo atraparé ese correo, y sabré lo que lleva, ó perderé la vida.

Y salió como una saeta.

Pero en todas estas dudas é interrogaciones habia perdido diez minutos; de suerte que al llegar á la primera posta iba las mismas dos horas atras. Esta vez habia resistido el caballo del correo, y el de Gaston era el próximo á caer. El maestro de postas quiso hacerle algunas observaciones, pero el jóven dejó caer dos ó tres luses, y continuó al galope.

En la posta inmediata habia ganado algunos minutos, pero nada mas. El correo que le precedia no acortaba su carrera, y Gaston aligeraba la suya, pero nada mas. Esta horrible rapidez doblaba la desconfianza y la fiebre del caballero.

—¡Oh, decia; sí, llegaré al mismo tiempo que él, si no consigo adelantarlo!

Y redoblaba su celeridad, y castigaba á su caballo, que en cada posta se detenia bañado en sudor y en sangre, cuando no se desplomaba en tierra. En todas las paradas sabia que el correo habia pasado casi tan rápido como él; pero le habia ganado algunos minutos, y esto sostenia sus fuerzas.

Los postillones se quejaban á pesar suyo de aquel hermoso jóven, de frente pálida, que corria sin tomar descanso ni alimento, bañado en sudor apesar del frio, y pronunciando únicamente estas palabras:

¡Un caballo; pronto; un caballo; un caballo!

En efecto, transido de fatiga y sin mas fuerza que la descorazon, atolondrado por la rapidez de la carrera y el sentimiento del peligro, Gaston sintió desvanecerse su cabeza y hendirse su frente: el sudor de sus miembros estaba mezclado de sangre.

Abogado por la sed y el ardor que sentia en la garganta, bebió un vaso de agua fria en Ancenis. Esta era la primera vez que perdía un segundo en diez y seis horas.

Y sin embargo, el maldito correo aun llevaba hora y media de delantera. En ochenta leguas solo habia ganado Gaston cuarenta ó cincuenta minutos.

La noche se acercaba rápidamente, y creyendo siempre Gaston ver aparecer alguna cosa en el horizonte, intentaba penetrar la oscuridad con su mirada sangrienta: volaba como en medio de un sueño, creyendo oír campanas que resonaban, cañones que disparaban y tambores que batían: tenia la cabeza llena de cánticos lúgubres y de rumores siniestros, y ya no vivía la vida de los hombres, sino que, sostenido por la fiebre, volaba por los aires.

A eso de las ocho de la noche distinguió al fin el horizonte de Nantes como una masa, en medio de la cual brillaban algunas luces como si fuesen estrellas.

Quiso respirar, y creyendo que le sofocaba su corbata, la desnudó y la tiró al camino.

Montado así en un caballo negro, envuelto en una capa negra y la cabeza desnuda hacia mucho tiempo, pues se le habia caido el sombrero, Gaston parecia un ginete fantástico encaminándose á algun conventículo de brujas.

Al llegar á la puerta de Nantes cayó su caballo, pero no perdió Gaston los estribos, y tirando de la brida con un sacudimiento violento, al mismo tiempo que sepultaba las espuelas en el vientre del animal, consiguió que se levantára.

La noche estaba oscura y ni aun siquiera se veian los centinelas de la muralla: hubiérase dicho que aquella era una ciudad desierta; pero como tampoco se oia el menor ruido. Nantes tenia mas bien el aspecto de una ciudad muerta.

Sin embargo al penetrar por la puerta, un centinela dijo algunas palabras que no entendió Gaston.

Y continuó su camino.

En la calle del Chateau cayó por segunda vez su caballo para no levantarse mas.

¡Mas qué importaba esto á Gaston, si ya habia llegado!

Y continuó su marcha á pie, á pesar de tener tránsidos todos sus miembros en la

mano llevaba un papel que arrugaba.

Una cosa le sorprendia; y era no encontrar á nadie en un barrio tan populoso como el que atravesaba.

Mas poco á poco oyó como un rumor sordo en la direccion de la plaza del Bouffai: pasaba por delante de una calle, cuya estremidad desembocaba en esta plaza.

Luces vacilantes iluminaban un mar de cabezas; pero Gaston pasó, pues donde tenia que hacer era en el castillo, y se apagó la vision.

Al fin llegó á la fortaleza, y vió su pórtico abierto. El centinela colocado en el puente levadizo quiso detenerlo: pero Gaston con su órden en la mano, lo apartó violentamente y entró.

Unos hombres hablaban tristemente, y al mismo tiempo que hablaban; uno de ellos enjugaba sus lágrimas.

Gaston lo comprendió todo.

—¡Orden de suspender!... gritó; ¡órden de!...

La palabra espiró en su garganta; pero los hombres lo habian comprendido todo por el ademan desesperado del caballero.

—¡Corred pronto, corred! gritaron enseñándole el camino. ¡Pronto! Tal vez llegueis á tiempo todavía.

Y ellos mismos salieron en diversas direcciones.

Gaston atravesó un corredor, luego varios departamentos vacíos, despues la sala grande y por último otro corredor.

Al traves de los barrotes de las ventanas que allí habia, descubrió aquella gran reunion de hombres á la luz de las antorchas que ya habia distinguido.

Atravesando todo el castillo, llegó á un terrado, desde d nde descubrió la esplanada, un cadalso, hombres y en rededor de todo una imensa multitud.

Gaston quiere gritar, y no le oyen; agita su pañuelo, y no le ven. Un hombre mas sube al cadalso, y Gaston da un grito y se precipita.

Ha saltado la muralla, y queriendo detenerle un centinela, lo echa por tierra y sigue: una especie de escalera conducia á la plaza y sube por ella.

Abajo hay una especie de barricada hecha con carretas; Gaston se desliza y pasa por entre las ruedas.

Mas allá de la barricada están formados en fila los granaderos de Saint-Simon. El jóven hace un esfuerzo desesperado, y rompiendo la fila se encuentra en el recinto.

Los soldados, que ven á un hombre pálido, jadeando y con un papel en la mane, lo dejan pasar.

De pronto se para como herido por un rayo.

Talhouet acaba de arrodillarse sobre el cadalso: Gaston lo ha conocido.

—¡Deteneos, deteneos! grita Gaston con la energía de la desesperacion.

Pero al mismo tiempo brilla como un relámpago la espada del ejecutor en jefe; despues se oye un ruido sordo, y un estremecimiento grande corre por toda la muchedumbre.

El grito del jóven se ha perdido en el grito general lanzados por veinte mil pechos á la vez.

Gaston ha llegado un segundo tarde. Talhouet ha muerto, y cuando alza los ojos, ve la cabeza de su amigo en la mano del verdugo.

Entonces, como corazon noble, comprende que habiendo muerto uno todos deben morir, y que nadie aceptará un perdon del cual no puede ya disfrutar uno. Mira en rededor suyo, y Couedie sube á su vez vestido con una capa negra y la cabeza y el cuello desnudos.

Gaston piensa que él tambien lleva una capa negra, el cuello desnudo, la cabeza desnuda, y se echa á reir convulsivamente.

Ve lo que le resta que hacer, como se ve un paisaje siniestro á la luz del rayo que cae.

Esto es horrible, pero es grande.

Couedie se inclina, pero antes de inclinarse, esclama:

—¡Así se recompensan los servicios de los soldados fieles; así cumplís vuestras promesas, oh bretones cobardes!

Dos ayudantes le hacen doblar las rodillas; la espada del verdugo relumbra por segunda vez, y Couedie rueda al lado de Talhouet.

El verdugo recoge la cabeza, la enseña al pueblo, y luego la coloca en uno de los ángulos del cadalso, enfrente de la de Talhouet.

—¿A quién ahora? preguntó maese Lamer.

—¡Poco importa, respondió una voz, con tal que el señor de Pontcalée sea el último, pues así lo dispone la sentencia!

—¡A mí, entonces! dijo Montlouis.

Y Montlouis subió al cadalso; pero allí se paró con los cabellos erizados, pues vió en una ventana de enfrente á su mujer y á sus dos hijos.

—¡Montlouis, Montlouis! esclama su mujer con el acento desgarrador de un corazón lacerado. ¡Montlouis, aquí estamos, míranos!

En el mismo instante se dirigieron todos los ojos hácia aquella ventana. Soldados, pueblo, sacerdotes, verdugos, todos miran al mismo lado. Gaston se aprovecha de esta libertad de la muerte que reina enrededor

suyo, y dirigiéndose al cadalso, sube los primeros escalones.

—¡Esposa, hijos míos! esclama Montlouis torciéndose los brazos de desesperacion; oh, retiraos; tened lástima de mí!

—¡Montlouis! grita su esposa presentándole desde lejos el mas jóven de sus hijos; ¡bendice á tus hijos, y tal vez uno de ellos te vengará un dia!

—¡Adios, hijos míos; yo os bendigo! esclama Montlouis estendiendo las manos hácia la ventana.

Esta despedida fúnebre resuena como un eco horrible en el corazon de los concurrentes.

—¡Basta, basta! dijo Lamer al paciente; apresuraos, añadió á sus ayudantes, ò el pueblo no nos dejará acabar.

—Tranquilizaos, dijo Montlouis; aunque el pueblo me salvase, no les sobreviviria.

Y con el dedo señalaba las cabezas de sus compañeros.

—¡Ah! exclamó Gaston, que habia oido estas palabras; ¡Montlouis, mártir, ruega por mí!

Montlouis se volvió, pues le parecia haber oido una voz conocida; pero en el mismo instante se apoderaron de él los verdugos, y un grito agudo hizo saber á Gaston que lo mismo habia sucedido á Montlouis que á los

otros, y que le habia llegado su vez.

Subió en un instante, y desde lo alto de la plataforma infame estendió la vista por toda la multitud. En tres ángulos del cadalso estaban las tres cabezas de Talhouet, Coudie y Montlouis.

Entonces habia en el pueblo una emocion estraña, debida á la ejecucion de Montlouis acompañada de las circunstancias que hemos referido. Aquella plaza pareció á Gaston un mar de olas vivas; mas, ocurriéndole la idea de que podia ser conocido, y que su nombre, pronunciado por una sola boca, podia impedir la realizacion de su intento, cayó de rodillas, y puso la cabeza sobre el banco fatal.

—¡Adios, murmuró; adios, pobre amiga mia.... dulce y cara Elena! Mi beso nupcial va acostarme la vida: pero no me costará el honor. ¡Ay! Aquel cuarto de hora perdido en tus brazos habrá hecho caer cinco cabezas. ¡Adios, Elena; adios!

Brilló la espada del verdugo.

—¡Y vosotros, amigos míos, perdonadme! añadió el jóven.

El hierro cayó; la cabeza rodó á un lado y el cuerpo á otro.

Entonces tomó Lamer la cabeza, y la enseñó al pueblo.

Pero la muchedumbre prorumpió en un

gran murmullo, porque nadie había reconocido á Pontcalée.

El verdugo no comprendió este murmullo, puso la cabeza de Gaston en el ángulo que permanecía vacío, y empujando el cuerpo con el pie hácia el cajón donde le esperaban los de sus tres compañeros, se apoyó en su larga espada gritando en alta voz:

—¡La justicia está cumplida!

—¡Pues y yo! exclamó una voz tonante: ¿se me olvida acaso?

Y Pontcalée; subió á su vez al cadalso.

—¡Vos! exclamó Lamer retrocediendo como si viera un fantasma. Vos! ¿Quién sois?

—Yo Pontcalée; vamos estoy dispuesto.

—Pero, dijo el verdugo temblando al ver ocupados los ángulos de su cadalso con las cuatro cabezas; ¡pero si tengo mis cuatro cabezas!

—Yo soy el baron de Pontcalée, ¿entiendes? Yo soy quién debo morir el último, y aquí estoy.

—Contad dijo Lamer tan pálido como el baron, mostrándole los cuatro ángulos del patíbulo con la punta de la espada.

—¡Cuatro cabezas! exclamó Pontcalée ¡imposible!

Pero en este momento reconoció en una de ellas el noble y pálido semblante de Gaston, que parecía sonreírle hasta en la muerte.

Y á su vez retrocedió de espanto.

—¡Oh, matadme pronto! exclamó con gemidos de impaciencia. ¿Quereis hacerme morir mil veces?

Unos de los comisarios habia subido entre tanto al suplicio, llamado por el ejecutor en jefe.

—El señor es sin duda alguna el baron de Pontcalée, dijo el comisario; haced vuestro oficio.

—¡Pero ya veis que las cuatro cabezas están aquí! exclamó el verdugo.

—Pues con esta habrá cinco: lo que abunda no daña.

Y al mismo tiempo que bajaba los escalones, indicaba á los tambores que redoblasen.

Lamer vacilaba, y el rumor crecia entre tanto. Aquello era mas horror del que podia soportar la multitud; las luces se apagaron; los soldados empujados por la gente, gritaron ¡*á las armas!* y hubo un instante de confusion espantosa, durante el cual resonaron muchas voces, diciendo: ¡*Mueran los comisarios!* ¡*Mueran los verdugos!* Entonces los cañones del fuerte, cargados con metralla, inclinaron sus bocas hácia el pueblo.

—¿Qué hago? dijo Lamer.

—¡Herid! dijo la misma voz que siempre habia tomado la palabra.

Arrodillóse Pontcalée; los sacerdotes se retiraron con horror, y los soldados temblaron en las tinieblas. Lamer hirió, volviendo los ojos para no ver su víctima.

Diez minutos después la plaza estaba vacía, las ventanas cerradas. La artillería y los mosqueteros acampaban alrededor del cadalso demolido, y miraban en silencio las enormes manchas de sangre que enrojecían el pavimento.

Los religiosos que se encargaron de los cuerpos reconocieron con espanto que había efectivamente cinco cadáveres en lugar de cuatro. Uno de ellos tenía en la mano un papel arrugado.

Este papel era el indulto de los otros cuatro.

Solo entonces se esplicó todo, y fué adivinado el sacrificio de Gaston.

Los monjes quisieron celebrar una misa, pero el presidente Chateaufeuf, que temía hubiese alguna asonada, ordenó que la celebrasen sin pompa.

Miércoles Santo fué el día en que se enterraron los cuerpos de los ajusticiados. El pueblo fué apartado de la capilla donde reposan sus cuerpos mutilados.

Así terminó el drama de Nantes.

XVI.

Conclusion.

Quince dias despues de los sucesos que acabamos de referir, una carroza verde, la misma que hemos visto llegar á Paris al principio de esta historia, salia por la misma barrera porque entrára, y avanzaba por el camino de Paris á Nantes. Una jóven pálida y casi moribunda iba sentada en ella, al lado de una hermana agustina, que cada vez que volvía los ojos á su compañera, daba un suspiro y enjugaba una lágrima.

Un hombre á caballo y envuelto en una capa, que no dejaba ver mas que sus ojos, esperaba este carruaje un poco mas allá de Rambouillet.

Cerca de él estaba otro hombre cubierto con una capa semejante.

Cuando pasó el coche exhaló un profundo suspiro, y dos lágrimas silenciosas corrieron por sus mejillas.

— ¡Adios, murmuró; adios, mi alegría, mi felicidad! ¡Adios, Elena; adios, hija mia!

— Monseñor, dijo el hombre que estaba á su lado; un gran príncipe que quiere mandar á los hombres es preciso que se venza á si mismo. Sed fuerte hasta el fin, monseñor, y la posteridad dirá que habeis sido grande.

—¡Oh! jamás os perdonaré. dijo el regente con un suspiro tan profundo, que se parecía á un gemido; jamás. porque habeis asesinado mi dicha.

—¡No digo, trabajad por los reyes! dijo encogiéndose de hombros el compañero de este hombre afligido: *Noli fidere principibus terrae nec filiis eorum.*

Los dos hombres permanecieron inmóviles, hasta que el carruaje desapareció en el horizonte, y entonces tomaron el camino de Paris.

Ocho dias despues entraba la carroza bajo el pórtico de las Agustinas de Clison: á su llegada todas las monjas se apiñaban al rededor de la triste viajera, pobre flor troncada por el viento del mundo.

—Venid, hija mia; venid á vivir con nosotras, dijo la superiora.

—No á vivir, madre mia, dijo la jóven; sino á morir.

—No penseis mas que en el señor, replicó la buena abadesa.

—Si, madre mia; en el señor, que murió por los crímenes de los hombres.

La superiora la recibió en sus brazos, sin hacerle mas preguntas, pues estaba acostumbrada á ver pasar los padecimientos de la tierra sin preguntar nunca quién los causára.

Elena volvió á su pequeña celda, de donde solo habia estado ausente un mes escaso:

4.000
3 to 1 ml
AN.
LVI
SXIX

todo lo encontró en el mismo sitio y como lo había dejado. Fué á la ventana: el lago dormía tranquilo y triste, solo que el hielo que lo cubría había desaparecido con las lluvias, y con él la nieve, donde antes de marchar había visto la jóven las huellas de los pasos de Gaston.

Volvió la primavera, y con ella la vida para todo, escepto para Elena. Los árboles que bordaban el pequeño lago echaron sus verdes hojas, y las anchas ninfeas flotaron otra vez en la superficie de las aguas: los juncos y espadañas crecieron, y las parleras aves volvieron á habitar el bosquecillo inmediato.

Elena atravesó el verano, y luego, en el mes de setiembre, murió.

La misma mañana de su muerte recibió la superiora una carta de Paris, que llevó á la agonizante, y que contenía estas palabras.

«Madre mia, alcanzad de vuestra hija que perdone al regente.»

Elena palideció á este nombre, y respondió:

—Si, madre mia; le perdono, pero es porque voy á unirme con aquel á quien mató.

Y espiró á las cuatro de la tarde.

Habia pedido que la sepultasen en el mismo sitio en que Gaston amarraba la barca cuando iba á verla.

Y se cumplieron sus últimos deseos.

FIN.



